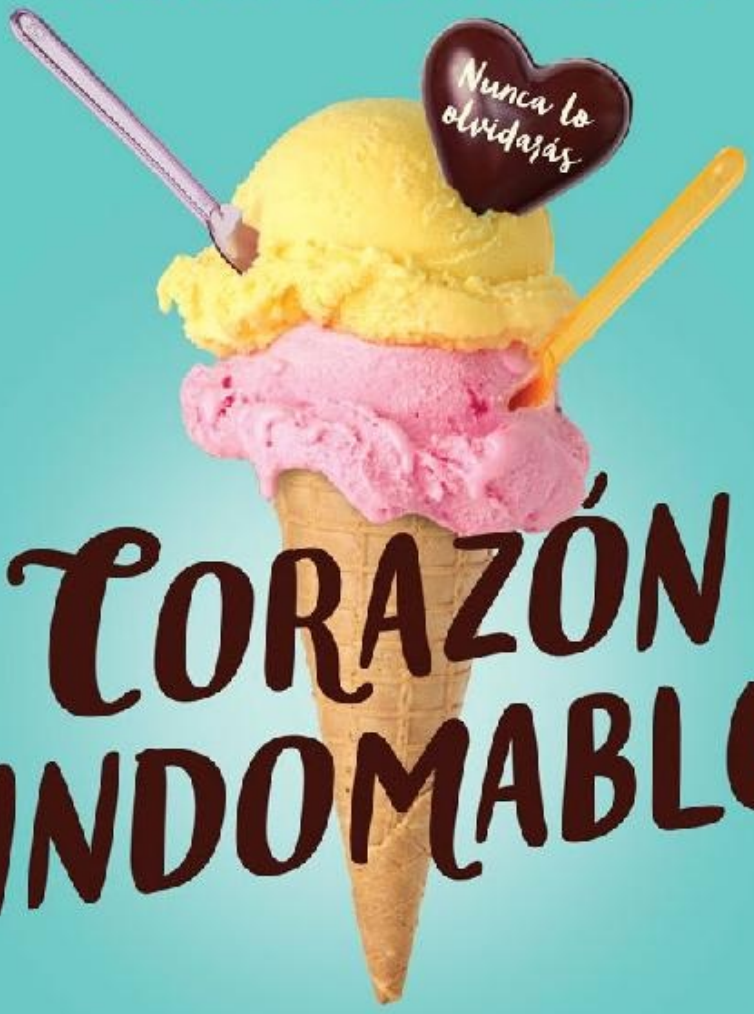
ELENA MONTAGUD

CORAZÓN INDOMABLE

TRILOGÍA CORAZÓN, 2

Grijalbo

ELENA MONTAGUD



CORAZÓN INDOMABLE

TRILOGÍA CORAZÓN, 2

Grijalbo

Grijalbo

ELENA MONTAGUD

Corazón indomable

megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

1

Apenas puedo mantener los ojos abiertos. Me empujan y trastabillo. Se me enreda un pie

con otro y a punto estoy de comerme el suelo, que parece arenas movedizas. Se me escapa

una carcajada de esas que va acompañada de una sonora pedorreta. Un par de pupilas oscuras me observan divertidas, con los párpados entornados. Aunque he perdido la mesura hace un par de horas, cuando la cuarta copa, cargadísima, me resbalaba garganta

abajo, alzo la barbilla, muy digna, e interrumpo la risa hasta quedarme muy seria.

—¿Qué pasa? ¿Te parezco graciosa?

Vale. En mi cabeza he pronunciado esas palabras, aunque lo más probable es que de mi

boca haya salido algo muy distinto.

—¿Perdona?

El chico se me acerca un poco más y arrima una oreja a mis labios. No se me ocurre otra cosa que darle un mordisquito en el lóbulo. Se aparta sacudiendo la cabeza, pero con

una sonrisa que me convence de que mi atrevimiento le ha gustado.

—¡Que si te parezco graciosa! —chillo para hacerme oír por encima de la música. Esta

vez logro pronunciar la frase entera y que, al menos, no tenga la impresión de que estoy

hablándole en una extraña lengua indígena.

—Me pareces eso y mucho más, guapita —responde él agrandando la sonrisa.

—¿Como qué? —pregunto con la voz pastosa.

Mis ojos vuelven a descender en caída libre. Parpadeo. Los abro cuanto puedo y trato de

centrar la mirada en el tío que tengo delante.

—¡Como que vas muy borracha! —grita.

Sus labios me hacen cosquillas en la oreja. Su mano, de manera disimulada, se ha apoyado en mi cintura.

—¿Qué te hace pensar eso? —Me llevo una palma al pecho en mi mejor imitación de

una damisela ofendida.

—Pues que si no llego a sostenerte, aterrizas en el suelo. —Se aparta un poco para mirarme a la cara—. Eso… y que sujetas dos copas. —Me las señala con expresión risueña.

Bajo la vista y reparo en que es cierto. ¿Cuándo las he pedido? Ni me he enterado.

Supongo que sí voy un poco ciega. Pero ¡la noche es joven y estoy pasándomelo en grande!

—¡Claro! —convengo con una sonrisa borrachuza—. Una es para ti. —

Le tiendo la

copa de balón y la toma con una ceja arqueada—. Es un gin-tonic, malpensado. No soy una pirada que echa drogas en las bebidas. —Realmente no sé si pronuncio todas las letras

o me como la mitad, aunque él parece entenderme.

—¿Me lo juras?

A pesar de lo mal que voy, me doy perfecta cuenta de que el tío ha empezado a coquetear conmigo. Tampoco es que yo esté comportándome como una mojigata. Doy un

gran trago a mi gin-tonic y suelto un gemido de placer con los ojos cerrados.

—¿Con quién has venido? —me pregunta.

—No lo sé. —Me encojo de hombros.

—¿Cómo que no lo sabes?

Me acompañan Begoña y Sebas, pero los he perdido de vista en algún momento de la

noche. En realidad, he sido yo quien ha hecho todo lo posible por quedarme sola y que dejaran de darme el coñazo con que estoy bebiendo demasiado. Venga ya, como si ellos no

le dieran al alpiste.

—¿Y tú?

Alguien me da un empujón y choco contra el chico, con lo que su copa se derrama sobre mi brazo desnudo. Se me escapa otra carcajada. Hay que ver, cuando vas borracha

todo te parece gracioso.

—Con unos amigos —responde, y señala con el dedo índice hacia atrás.

Asiento con la cabeza y vuelvo a beber. Me oculto tras la copa para observarlo, aunque

lo cierto es que todo lo veo un pelín borroso… No está mal. No es que

sea un tío guapísimo con un cuerpo ideal, pero pasa del aprobado; de hecho, hasta se merece un notable. Tiene el pelo muy negro y corto y una sonrisa atractiva.

—¿Cómo te llamas? —quiere saber. De nuevo, sus dedos están rozando mi cintura.

—¿Qué nombre crees que me pega? —Ladeo la cabeza, juguetona.

—Amanda.

—¿Amanda? —Arrugo el entrecejo.

—Significa la que debe ser amada.

—¡Vaya! Eres todo un donjuán. ¿Te has ligado a alguna novicia?

—No me van mucho las monjas —dice siguiéndome el juego.

Justo ahora empieza a sonar una canción que este verano estaba de moda. Es una de esas con una letra subida de tono para bailar muy juntos. J. Balvin y su *Ginza* caldean el ambiente de la discoteca. Las tías que se hallan a mi lado chillan y se ponen a bailar como locas. Mi acompañante les lanza unas cuantas miradas en absoluto disimuladas. Ni de coña esas pelanduscas van a levantármelo. Bueno, no es que haya pensado nada cochino

con él. Aún no.

—«Si necesitas reguetón, dale. Sigue bailando, mami, no pares. Acércate a mi pantalón,

dale. Vamos a pegarnos como animales» —canto.

Me aproximo a él con un vaivén de caderas. Aparta la vista de las otras y de inmediato

la posa en mí. Apoyo una mano en su hombro mientras alzo la otra por encima de la cabeza. Me atrapa de las caderas y me acerca a su pantalón, tal como indica la canción.

Suelto un grito animado al comprobar que está dispuesto a proseguir con el juego.

—«Y hoy yo estoy aquí imaginando. Sexy baila y me deja con las ganas…» —canto a

voz en cuello.

Con un movimiento de lo más sensual me doy la vuelta y pego el trasero a la cremallera

de sus vaqueros. El tío tampoco se corta ni un pelo. Me desliza la mano desde la cadera

hasta el vientre y me aprieta aún más contra él. A los pocos segundos de frotamiento nada

disimulado, su erección me saluda. Sonrío y continúo bailoteando. La falda de mi vestido

se contonea a mi ritmo. Su otra mano (por cierto, ¿dónde ha dejado la copa que le he regalado?) me roza las medias a medio muslo. Noto su respiración, un poco agitada, junto

a mi oído.

Muevo las caderas y el trasero. En este momento, con todo el alcohol que llevo en vena, ni me planteo cómo nos verán los demás. Supongo que como la típica pareja salida de discoteca que parece estar a punto de darse un revolcón en el suelo.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el ritmo caliente de la canción. La mano que tengo

en el vientre me echa hacia atrás y me acerca aún más a un cuerpo que está mucho más

macizo de lo que había imaginado. Bajo y subo después con el trasero pegado a su entrepierna, cómo no, que ahora ya está más dura que la de Nacho Vidal en su mejor época.

Tira de mí hacia atrás bailando hasta alejarme del gentío y llevarme a un rincón apartado donde un par de parejas que quizá acaban de conocerse, como nosotros, están dándose el lote de lo lindo.

Repito el movimiento de caderas. Bien prieto contra mi culo. Su mano ya no está en el

centro de mi vientre, sino más abajo, mientras que la otra se acerca con disimulo a la parte alta de mi muslo. Me acaricia con la nariz el lóbulo de la oreja. Esta noche voy a tener compañía.

Me zafo de él, me doy la vuelta y me quedo mirándolo con esa

expresión de: «¿Estás

preparado para todo lo que se te viene encima, chato?». No parece dudar ni un instante en

su respuesta porque me atrapa de las manos y vuelve a pegarme a su cuerpo. Solo es unos

centímetros más alto que yo, de manera que su erección choca contra la fina tela de mi vestido. Antes de que se enganche a mis labios, ya tengo la boca entreabierta. Su lengua se me introduce sin escrúpulos. Ambos sabemos a alcohol, y eso me excita. Me agarro de su

brazo con la mano libre. Vaya, qué duro está. No, si al final me marcaré un tanto de los

buenos… Al menos Begoña no me dará la lata con que me he ido con el más feo de la discoteca. En el fondo, ahora mismo me daría igual. Lo único que me apetece es tener a

este tío dentro de mí, dominarlo, demostrarle todo lo que puedo ofrecerle y después marcharme sin tan siquiera decirle mi nombre.

—Tomás —murmura contra mi boca.

—¿Mmm?

—Me llamo…

Detengo los besos y lo miro con una sonrisa ladeada.

—Da igual. No voy a decirte el mío.

—¿Por qué no? —pregunta curioso.

—¿Lo necesitas para liarte conmigo o qué?

Le corto la risa con otro beso. Enrosco mi lengua a la suya, y le permito que me estruje

las nalgas y me las manosee como si no hubiera un mañana. Su erección aprieta contra mi

bajo vientre. Un gemido escapa de mi boca. De la suya, un jadeo.

—No lo he hecho nunca en los baños de una discoteca —dice entre beso y beso. Sé que

es una proposición encubierta.

—Pues alguna vez tendrá que ser la primera —respondo con voz gangosa. No lo pienso

un solo segundo. Estoy caliente.

Doy unos golpecitos en el hombro a un tío enorme que tengo delante y, cuando se da la

vuelta, le pongo mi copa en la mano. Me mira con los ojos muy abiertos, pero no espero a

que diga nada. Cojo del brazo a mi ligue, quien está descojonándose, y salgo por patas.

—Qué malo es el alcohol —se burla.

—¿Malo? No dirás eso dentro de unos minutos.

—¿Insinúas que si no fueras borracha no estarías liándote conmigo?

—Insinúo que en nada vas a estar gritando de placer.

—O quizá lo hagas tú.

—¡Eso espero, por Dios! —exclamo con gesto teatral.

Me encamino hacia los baños. O eso creo, porque veo que corrige mi rumbo. No es la

primera vez que voy al aseo esta noche, lo que pasa es que ahora mismo mi cabeza no es

un GPS.

—¿Hombres o mujeres? —Se detiene ante la entrada de ambos.

—Hombres, que sois menos cerdos.

—¿En serio?

—Nunca sabes lo que puedes encontrarte en el lavabo de tías —le digo con una mueca

de horror.

Antes de que pueda reírse, ya lo he empujado dentro. Un par de tíos

están meando, pero

no me importa. Reparo en que nos miran con una mezcla de sorpresa y diversión. Ya les

gustaría colarse con nosotros en uno de los cubículos. Empujo a mi acompañante al interior de uno y cierro la puerta con un golpe de trasero. No me da tiempo a reaccionar.

Ya lo tengo otra vez pegado a mis labios. Me los muerde, y yo a él. Sonríe sobre mi boca.

Succiono su lengua y gimo de placer.

—Dios, qué buena estás —jadea.

Me baja las medias en un arrebato y me coge de las nalgas mientras me besa con tanto

ímpetu que creo que su lengua me saldrá por la nuca. Le subo la camiseta y le acaricio el

vientre mientras desliza una mano hasta mi sexo para acariciármelo por encima del tanga.

Un dedo se introduce en él y se empapa de mi humedad.

—¡Vaya! —exclama.

Estoy cachonda, aunque puede que no tanto por él como por el alcohol, que me pone locas perdidas las hormonas. Unas cuantas copas de más me convierten en la mujer más

salida del universo. Eso… y la rabia que tengo desde hace un tiempo.

Su dedo entra en mí, arrancándome un gemido. Me muerdo el labio inferior y le deslizo

la cabeza hasta mis pechos. Me los deja libres bajándome los tirantes del vestido. No llevo sujetador y eso parece gustarle. Me chupa un pezón. Lo succiona. Lo mordisquea. Muevo

las caderas hacia delante y hacia atrás al ritmo de su dedo. Introduce otro. Acerco una mano a su entrepierna y se la aprieto. A continuación busco hasta dar con el botón y la cremallera del vaquero. De repente me tiemblan las manos, pero trato de no hacer caso, ni

tampoco a una vocecilla interior que insinúa que soy una cualquiera y que lo que estoy haciendo es una puta mierda.

—No tengo condones —dice.

Me quedo en silencio. No me encuentro bien. Y, al cerrar los ojos, me vienen a la mente

unos tatuajes. Alentado por mi mutis, me baja el tanga. Me aparta las manos y, cuando quiero darme cuenta, su pantalón y sus calzoncillos están rozando el suelo y su pene está

rozando mi sexo húmedo. Sé que este tío entrará en mí sin miramientos y me hará gritar. Y

eso es genial, ¿no? Disfrutar. Olvidar. Olvidarme de mí. Abandonarme a mi suerte con los

espasmos del placer. Sin embargo, me noto rara. En cualquier otro momento del pasado el

alcohol que he ingerido ayudaría a que mi trasero ya estuviera chocando contra la puerta.

Pero ahora tengo la sensación de que el suelo ya no es tan firme. Siento que esto no es lo que deseo de verdad. Que no me gusto. Que tengo que detener estas locuras. Que este hombre no es, y nunca podrá serlo, el que me llene, el que haga que me quiera con todos

mis defectos. Que todo se reduce a un nombre, y no es el suyo.

—Con lo mojada que estás, y qué estrecha… —oigo que protesta mi acompañante al tiempo que trata de abrirse camino hacia mi interior.

Cierro los ojos con tanta fuerza que me mareo. El estómago me da un vuelco. ¿Voy a vomitar?

—No… Para. No. —Callo y aprieto los dientes.

Pero hace caso omiso de mis negativas.

Estoy borracha, pero todavía soy consciente de que debo detenerlo de alguna forma. Me

revuelvo y me estruja contra su cuerpo. Algo similar al pánico se cierne sobre mí. ¿Qué he hecho? ¿Qué cojones estoy haciendo con mi vida y conmigo misma para terminar en los

cochambrosos aseos de una discoteca con un tío cualquiera? Me dije que ya no quería algo

así.

Justo en este instante una voz femenina provoca que abra los ojos. La reconozco. Es Begoña y está gritando.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —exclama una y otra vez.

Segundos después unos golpes retumban en la puerta de nuestro urinario.

—¡Ocupado! —gruñe mi ligue.

—¡Abre! —El tono de Begoña es imperioso.

—¡Que te he dicho que está ocupado!

Begoña no desiste. Golpea con más fuerza, ocasionando que mi espalda vibre. Empuja

la puerta y, como no nos hemos preocupado en echar el cerrojo, salimos disparados hacia

atrás. Tomás (¿se llamaba así?) acaba sentado en el retrete con los pantalones y los calzoncillos por los tobillos. Yo, con el culo al aire, me doy la vuelta y me topo con una Begoña furiosa.

—¡Vete al de tías! —protesta él.

—¿Es que no ves lo mal que está? —Begoña me atrapa de la mano y con la otra me sube el tanga y las medias como puede y me coloca el vestido.

Él se viste también y la mira con la boca abierta, sorprendido.

—¡Ah, que sois amigas! —Lanza una carcajada—. Oye, que no tiene quince años. Ya es

mayorcita para saber lo que hace. No nos estropees la diversión.

—Ella va muy mal. Tú no —le recrimina Bego.

Presencio la escena como si me hubiera desprendido de mi cuerpo, que parece haberse

convertido en un simple caparazón. Begoña tira de mí para sacarme del urinario, pero él me coge de la otra mano, reacio a dejarme marchar.

—¡Para o aviso a los seguratas! —le advierte ella con un bufido.

—Ha sido tu amiguita la que ha venido a calentarme la polla. —Se le ve cabreado, y me

encojo entre ambos.

Un par de curiosos se asoman y nos observan cuchicheando. Intuyo que mi ex ligue no

quiere problemas porque me suelta y levanta las manos al tiempo que sacude la cabeza.

—Controla a tu amiga. A los tíos no nos gustan las guarras —escupe con rabia.

—¡Vete a la mierda! —le grita Begoña, y se apresura a sacarme del aseo.

Los pies se me enredan una y otra vez. Bego me grita, y cada vez me hago más pequeña.

—Nada… malo… —farfullo, con unas tremendas ganas de vomitar.

—¡¿Que no estabas haciendo nada malo?! —Frena y me detiene de golpe, y me coge de

la barbilla para que la mire—. ¡Ibas a tirarte a un tío al que no conoces de nada en un lavabo asqueroso! ¡Y sin protección! ¿Tú sabes la de enfermedades que corren por ahí? Él

tenía razón en algo: ¡no eres una quinceañera! ¿En qué pensabas? ¡Joder, está claro que en nada! O a lo peor lo hacías con la pepitilla. Eres una inconsciente, Blanca, no puedes hacer algo así y…

Una presencia familiar se sitúa a nuestro lado. Adivino que es Sebas. Me coge del otro

brazo y exclama, para hacerse oír:

—¡Por mucho que la regañes ahora, no va a servir de nada! ¡Ha bebido demasiado para

entenderte!

Oh, menos mal que uno de mis amigos es un poco más amable. Asiento con la cabeza;

está en lo cierto.

—¡Es que no puede seguir así! —bufa Begoña en mi oreja—. Y encima el día de tu cumpleaños… ¡Te lo está fastidiando!

—No pasa nada…

Una arcada me sobreviene. Me inclino hacia delante de golpe, a punto de echar el estómago por la boca. Bego suelta un grito y se dispone a devolverme a los aseos.

—No. Mejor la llevamos afuera para que le dé un poco el aire.

Entre los dos me conducen al exterior de la discoteca. Begoña ya no dice nada, pero carraspea una y otra vez como cuando está nerviosa. Camino con la cabeza gacha, en una

horrible pugna interior por no dejarme los intestinos en la pista de baile.

Una vez fuera, el gélido vientecillo nocturno me azota la cara. Suelto un suspiro de agradecimiento. Sebas y Begoña me apoyan en una pared, pero al ver que me tambaleo vuelven a agarrarme.

—Madre mía… No me lo puedo creer. Pero ¿cuánto ha bebido desde que se ha

escabullido de nosotros?

La voz de Bego se me antoja un poco más lejana que antes, a pesar de que aún se encuentra a mi lado. Otra arcada me proyecta hacia delante, pero no me sale nada.

Tampoco es que haya cenado mucho.

—Deberíamos irnos ya —comenta Sebas mientras me sujeta con fuerza del brazo.

—¿Dónde está tu chaqueta, Blanca? —Begoña se inclina hasta que su rostro queda delante del mío. De repente soy consciente de que tan solo llevo el vestido de tirantes y

estoy helada. Hasta me castañetean los dientes. Me encojo de hombros —. ¡Por Dios! —

exclama cabreada—. Sebas, quédate con ella mientras voy adentro, a ver si la encuentro.

Te cojo también la tuya.

Cuando se marcha, mi amigo y yo nos quedamos en silencio. Al menos él entiende que

me encuentro fatal y que no puedo hablar. Me quedo apoyada en la pared, con las manos

cruzadas en el vientre para atenuar el frío y el dolor de estómago.

Al alzar la mirada me topo con la de Sebas. Parece preocupado por mí, aunque me regala una sonrisa, que le agradezco en silencio. Nos conocemos desde hace poco tiempo,

pero se ha convertido en un buen colega, en alguien que siempre está ahí para soportar mis neuras, que en estas últimas semanas han sido muchas.

Me habré quedado en mi mundo porque de pronto me doy cuenta de que Sebas se ha

alejado unos pasos y está hablando con unos chicos. Los observo con la vista borrosa.

Imagino que son amigos. Trato de fingir que estoy bien, ya que no quiero avergonzarlo.

Una leve vibración en el costado me alerta. Al bajar la mirada, descubro mi bolso colgándome de un hombro. Vaya, no me acordaba de que lo llevaba encima. Puede que quien me llame sea Begoña, cagándose en todo porque no encuentra mi chaqueta.

Saco mi móvil y, a duras penas, veo el símbolo del chat en la pantalla. Al abrirlo con

dedos de goma descubro que es Adrián quien me escribe. Resoplo. Desde que fui al piso,

lo pillé con la buitrona, confesó aquello y me marché hace casi tres semanas, no hemos vuelto a vernos ni he dado señales de vida. Él sí. Él me llamó muchas veces los tres primeros días, aunque al cuarto se

cansó. Y entonces empezó a enviarme mensajes de disculpa. Mensajes bonitos que deberían haberme hecho sentir mejor, pero fue al revés. El

miedo creció. Y la desconfianza. Y supe que estaba bajando muchos peldaños y que volvía

a ser una adolescente asustadiza que se empeñaba en creer que era valiente. ¿Que por qué

no lo he bloqueado si no tengo la intención de responderle? Sinceramente, no lo sé. A veces, por las noches, leo alguno de sus mensajes. Y lloro. O me emborracho. Y me dan

ganas de golpearme, de hacerme daño por fuera y por dentro, de correr y huir. Como hoy.

No debería hacerlo, pero abro la aplicación y trato de centrar la mirada para leerlo.

Masoquista…

Hola, Blanca, creo que tendríamos que quedar. Deja que me explique. Déjame intentar solucionarlo. No vuelvas a hacer lo de tiempo atrás. No voy a quedarme de brazos cruzados, no después de todo lo que ha pasado desde nuestro reencuentro. Nos merecemos algo mejor que una nueva despedida con rencor.

Me propuse alejarme de ti, pero no puedo. Que fueras tú quien vino a mi casa para poner las cartas sobre la mesa me abrió los ojos.

Suelto un gemido. Niego con la cabeza. Sebas continúa charlando con esos chicos, aunque sin apartar la vista de mí. El móvil me tiembla entre las manos y a punto está de

caérseme al suelo. Tecleo una respuesta.

No puedeser. Tú y yo no poemos ser niamigos porque lo qhicste cnesashcias es horrible… yjderno…

Me temo que el mensaje no está bien escrito; aun así, le doy a «Enviar». No han pasado

ni dos segundos cuando mi móvil vibra de nuevo, esta vez por una

llamada entrante. Doy

un brinco. «No lo cojas, Blanca. No cometas más estupideces esta noche.» Pero lo hago.

Me lo acerco a una oreja.

—¿Blanca?

La voz de Adrián me deja estacada. Un pincho muy afilado se me clava en el pecho. Me

falta el aire.

—¿Estás ahí?

—No…

—¿Te pasa algo? Tu mensaje…

—Para ya —murmuro con voz pastosa.

—¿Has bebido? —pregunta ansioso.

—No puedo hablar contigo. —Se me traban las palabras.

—¿Dónde estás? ¿Estás con alguien? ¿Con Begoña?

—Tienes que dejar de…

Se me escapa una arcada y el móvil cae al suelo. El vómito cae justo al lado, salpicándolo.

De inmediato tengo a Sebas junto a mí, cogiéndome el pelo para que no me lo manche.

Vomito por segunda vez y le riego las puntas de sus bonitos zapatos.

—¡Por Dios, Blanca! —exclama.

—¡Ya tengo la chaqueta! —oigo anunciar a Begoña. Sus tacones llegan a nuestro lado

—. ¡Madre mía, va a echar hasta la primera papilla!

Una mano masculina recoge mi móvil. Imagino que es Sebas.

—Estaba hablando por teléfono. Todavía hay alguien al otro lado.

—¿Qué? ¿Quién? —pregunta Bego.

Quiero decirles que cuelguen, pero los espasmos en el estómago no me dan tregua. La

vista se me nubla.

«Dios, Blanca, tu vida es una completa farsa.»

2

No sé exactamente dónde estoy, pero atino a reconocer que se trata de un lugar cómodo.

Algo blandito…

A los pocos segundos percibo que se trata de una cama. La mía, para ser exactos. Al palpar el lado derecho descubro un bulto. Oh, oh, creo que hace un rato estaba muy borracha… y espero no haber hecho nada de lo que arrepentirme. Si tengo suerte, será Begoña la que se ha acurrucado a mi lado y estará cuidándome.

Sin embargo, el perfume que llega hasta mi nariz no es Escada, el que usa mi amiga.

No, este es uno muy masculino y, para mi sorpresa, también muy familiar. Casi doy un brinco en la cama. Se filtra algo de luz por las rendijas de la persiana, aunque no la del sol.

Todavía es de noche. ¿A quién me he traído a casa y lo he dejado meterse en mi cama?

Me da un poco de miedo averiguarlo, pero trago saliva y pregunto en un murmullo:

—¿Sebas?

Mi acompañante suelta un gruñido y se da la vuelta para mirarme. Contengo un grito y

hasta la respiración. Sus grandes y profundos ojos se clavan en mí. Brillan en la penumbra. Lo veo sonreír de manera triste y una congoja se apodera de mí.

—¿Quién es Sebas?

—Yo… —Se me quedan atragantadas las palabras.

Quiero levantarme, salir de entre las sábanas y el edredón y echar a correr. Para mi mala

suerte, no me responden las extremidades.

—Como ya te habrás dado cuenta, no soy ese tal Sebas.

El sarcasmo de su voz me descoloca. Al bajar la mirada me topo con esos labios

carnosos que en tantas ocasiones he besado en los últimos tiempos. Los que saboreé por primera vez en mi vida. Pero… ¿qué hace él aquí?

—No, por favor —me quejo, y vuelvo a cerrar los ojos.

Adrián no dice nada. Nos quedamos en silencio un rato, hasta que me atrevo a abrirlos

de nuevo y descubro que se ha arrimado a mí un poco más. Ahora su rostro está mucho

más cerca, y me echo hacia atrás en la cama.

—No vuelvas a dormirte, loca.

Gimo. Hundo la nariz en la almohada con tal de no mirarlo, aunque, por otra parte, me

muero de ganas. Esto no debería estar pasando. Él no tendría que estar aquí, sino Begoña,

o incluso Sebas. Pero no él.

—Begoña… —murmuro.

—¿Qué?

Un movimiento me sobresalta y hundo más la cara en la almohada.

—¿Dónde está mi amiga?

—Realmente no lo sé, Blanca. Cuando he llegado, me has abierto la

puerta. Estabas sola.

—¿De verdad he hecho eso? —Lo miro atónita—. ¡No puedo recordarlo!

—Ibas fatal, así que… Es normal que no te acuerdes —dice Adrián, tan cerca de mi rostro que su aliento me eriza la piel.

—Pero ¡¿por qué estás en mi cama?!

—Me lo has pedido tú.

Vuelvo a gemir. Me dan ganas de taparme la cara con la almohada, pero como él también tiene la cabeza apoyada en ella, no hay manera. Me incorporo, dispuesta a abandonar este pequeño y cálido espacio que es una trampa infernal. Sin embargo, aún no

he puesto el trasero en el borde cuando Adrián me atrapa del brazo y tira de mí hasta tumbarme de nuevo. Caigo boca arriba de sopetón y él se coloca sobre mí, a horcajadas y

con las manos rozándome el cabello.

—¿Qué haces? —pregunto en un jadeo.

Ante su proximidad, el corazón me late con tanto ímpetu que es lo único que oigo

durante unos segundos. Eso y la respiración entrecortada de Adrián, quien me mira con fiereza.

—¿No es esto lo que querías, Blanca? ¿No me has llamado para que venga y te folle?

Su tono es duro, seco, desprovisto de cariño, de empatía siquiera. Hace tan solo unos días me enviaba unos mensajes de lo más tiernos y ahora, sin embargo, parece

tremendamente enfadado.

—No. Yo no te he llamado para nada —atino a responder. En realidad, no lo sé. ¿Habré

sido tan estúpida para pedirle por teléfono algo así? La verdad es que, con lo que he bebido, me creo capaz de todo, pero…

—Me has dicho que estabas muy cachonda y que me necesitabas

dentro de ti —

continúa.

Su rostro está tan cerca que, a pesar de la poca luz que hay, adivino su expresión. Sí, está enfadado, muy molesto, y una extraña sonrisa se dibuja en su rostro.

Lo miro con los ojos muy abiertos. Ese sabor amargo que llenaba mi boca cuando pensaba en él años atrás vuelve a invadirme. Una sensación de inquietud revolotea en mi

estómago.

—¿Ya hemos…? —Ladeo el rostro y busco en la cama señales de haber mantenido

sexo.

—¿Con lo borracha que ibas? —Adrián suelta una carcajada y sacude la cabeza—.

Nada más abrirme la puerta y regresar a tu cama has caído grogui.

—Escucha, ha sido un error. No sé qué he hecho, pero no deberías haber venido. —

Trato de mantener la voz firme, aunque su cercanía no ayuda demasiado. Más bien, nada.

—No me extraña.

—¿Qué?

—Como siempre, te comportas como una niña caprichosa. Me llamas, me dices cosas

guarras, me pones duro, vengo como un gilipollas y después… Dime, Blanca, ¿qué va a

suceder después?

Hace presión hacia abajo con las manos, con lo que me hundo un poco más en la almohada. Acerca el rostro y sus labios casi rozan los míos. Contengo la respiración.

—Pues lo siento, pero no…

—¿Crees que voy a irme así como así, Blanca? No está bien que quieras que los demás te den todo y tú, en cambio, no des nada.

—¡Eso no es cierto! —replico con voz chillona.

—¿Ah, no? ¡Entonces demuéstrame que no me has llamado por tu ego! ¡Muéstrame que

has marcado mi número porque necesitabas oír mi voz! —me grita.

Se calla, como si sus propias palabras le hubieran sorprendido. Se muerde el labio inferior, y vuelvo a tragar saliva, cada vez más amarga. Oh, Dios, ¿cómo hemos llegado

hasta aquí de nuevo? ¿Es que no ve que cuando estamos juntos somos como una bomba a

punto de estallar?

Parece que también se da cuenta de lo extraña e incómoda que resulta la situación, ya

que se aparta, rueda por la cama y, a continuación, se sienta de espaldas a mí con la cabeza entre las manos. Me entra un horrible malestar en el cuerpo y, durante un instante, quiero llorar. Llorar aquí, junto a él, a su lado. Demostrarle que sus palabras no son ciertas, que no tengo un corazón elástico, que me duele tenerlo lejos, pero también cerca.

Abandono la cama y me quedo de pie unos segundos. Me tambaleo, presa de un terrible

mareo. Tengo que arrimarme a la pared y apoyarme en ella para no darme de bruces contra

el suelo. Sé que lo que me provoca todo esto es él. Adrián. Reparo en que tan solo llevo

unas braguitas y me asusto. Y, cuando alzo la vista, lo tengo delante de mí, observándome

con los labios apretados y los ojos más brillantes que un par de estrellas.

—Debes irte. Debes dejar todo como estaba —le ruego.

Adrián coge aire, luego lo suelta despacio. Me mira muy serio. La nuez

le baila en la

garganta. Se acerca un poco más, invadiéndolo todo con su fragancia, con su presencia, con sus pupilas, con su altura.

—Probemos, Blanca. Quiero comprobar cuántas negativas eres capaz de darme —dice.

Parpadeo, sin comprender qué pretende exactamente. De repente sus manos golpean la

pared a ambos lados de mi cabeza. Encojo los hombros y abro la boca, dispuesta a insistir

en que se vaya. Sin embargo, el contorno de sus labios no me permite pensar.

—Si te dijera que quiero arreglarlo todo y que toda esta mierda acabe… ¿tú qué dirías?

¿Sí o no?

—No… —murmuro con la garganta llena de alfileres.

—Si te preguntara si, en todo este tiempo en el que hemos vuelto a coincidir una y otra

vez, has sentido algo por mí… ¿qué dirías?, ¿que sí o que no?

—No… —Ladeo el rostro y me muerdo el labio inferior. Estoy segura de que sabe que

miento.

—Si te dijera que voy a pegarte a esta pared, besarte y follarte durante toda la noche,

como me habías pedido, ¿dirías sí o dirías no?

Antes de que pueda pensar con frialdad, los calambres que noto en el bajo vientre han

tomado el control de mi cuerpo. Los pezones, ya enhiestos, me duelen. Lo miro con labios

temblorosos, aunque en realidad tiemblo entera, y respondo:

—Sí.

Adrián esboza una sonrisa que dice mucho. Dice que es el ganador esta vez, que tiene

claro que mi piel se vuelve loca con una simple mirada suya.

—Sí —repito, y en mi cabeza resuena una letanía que asegura que estoy obrando mal,

que debería ser consecuente con mi actitud de semanas atrás.

Pero antes de que pueda hacer nada, noto las manos de Adrián en mis mejillas. Su cuerpo me aprisiona contra la pared. Sus labios cubren los míos en una demanda necesitada, hambrienta y exigente. No es como las últimas veces. Ahora es él quien está al mando. Y no quiero pararlo, a pesar de todo.

Nos besamos durante mucho rato en un lío de lenguas, labios, jadeos, rabia. Él sabe a

dominación. Yo tengo en la boca el regusto del miedo. Por más que quiera luchar, Adrián

me torna débil, pequeña, indecisa. Y odio sentirme así, por eso no puedo darle más. No debo darle más que sexo porque lo que me gustaría es ser fuerte con él, y segura, y una

Blanca que lucha por todo.

—Voy a follarte, Blanca. Con mi boca, con mi lengua, con mis dedos —dice ansioso al

tiempo que sus manos se deslizan por todo mi cuerpo y me lo toca, me estruja los pechos,

tira de mis pezones, me pellizca el vientre.

Me quedo callada, simplemente dejando que haga lo que quiera conmigo, que consiga

que me sienta morir con cada una de sus caricias. Una de sus manos se cuela en mis braguitas y me descubre húmeda. Se me escapa un gemido, mezcla de placer y vergüenza.

¿Por qué siempre estoy tan dispuesta para él? ¿Por qué mi cuerpo no puede mentirle?

Gruñe en mi boca al tiempo que acaricia mi sexo rasurado. Empapa el dedo índice en

mi humedad y lo pasa por todo mi pubis. Arqueo la espalda y, al fin, con todas mis defensas derribadas, me aferro a la suya. Se la araño cuando su dedo entra en mí. Gimo

cuando traza círculos en mi interior. Dejo escapar un grito cuando me invade con otro. Su otra mano está ocupada en desabrocharse el vaquero. Lo ayudo. Y también lo libero de la

camiseta, y le acaricio el corazón derretido en la clavícula, paso mis uñas por el tatuaje del pez koi y me pierdo en el de la pluma que se deshace en aves. Adrián me muerde la barbilla con furia. Me hace daño, pero me gusta. Otro de sus dedos juega en mi sexo, provocándome una oleada tras otra de placer en el vientre.

—¡Dios, Adrián…! —gimo con los ojos cerrados.

Suelta una risa y acerca más su cuerpo al mío. Sin poder contenerme, bajo la mano derecha y lo toco por encima del bóxer. Está duro y húmedo. Meto dos dedos, como una

niña tímida, y le acaricio el glande. Adrián gime de esa manera tan suya que me vuelve

loca. Solo nuestros jadeos y gruñidos quiebran el silencio de la noche. Le rodeo el sexo con una mano y empiezo a moverla de arriba abajo. Adrián se pega a mí. Sus dedos trazan

círculos en mi interior. Gimo.

—Esto… me recuerda a… nuestra última vez, de adolescentes… —dice con la voz

cargada de placer.

Yo también me acuerdo. Fue tan hermoso… Y a la vez muy triste.

Adrián me atrapa un pecho con la otra mano y me lo estruja. Nos masturbamos entre gemidos, suspiros y algún beso que otro, pero no en la boca, como si él también supiera

que nos destrozaríamos si nuestros labios volvieran a rozarse. Cuando saca los dedos para

tocarme el clítoris los tiene mojadísimos. Me lo pellizca, y arqueo la

espalda, busco a tientas su brazo y se lo aprieto. Acelero el movimiento de mi mano y noto las contracciones de su pene.

—Nadie me hace sentir como tú, Blanca. Ninguna mujer hará nunca que me corra como

lo consigues tú —gruñe en mi frente y, acto seguido, me la besa con ardor mientras me pego a su cuerpo.

Estoy a punto de correrme, pero entonces refrena las caricias en mis clítoris y vuelve a

introducirme dos dedos. Grito. Echo la cabeza hacia atrás, deseando que fuera su polla la

que estuviera follándome. Pero eso sería más. Sería peor. Y hasta él lo sabe.

Mi mano también está húmeda. Adrián no tardará mucho en correrse, pero parece que

quiere alargarlo y, en realidad, yo también. Ojalá el tiempo se detuviera y lo único que tuviéramos que hacer fuera masturbarnos, sin pensar en nada más, solo sintiendo nuestros

cuerpos, nuestras cálidas respiraciones, nuestros gemidos. Creo que nos pasamos diez minutos más así, acelerando y desacelerando, notando las contracciones de nuestro

respectivo sexo, atrapando el placer muy dentro de nosotros. En un momento dado aprecio que no puedo más. Aprieto los muslos al tiempo que Adrián se centra en mi clítoris hinchado y dos de sus dedos escarban en mi interior. Me voy con un grito contenido.

Apenas me da tiempo a reaccionar. Me siento confundida ante toda esta energía que Adrián me demuestra. Antes de que pueda darme cuenta me atrapa de las corvas y me alza

en vilo. Me coloca las piernas a ambos lados de su cintura y mi trasero choca contra la fría pared. Sé lo que pretende, y lo mejor sería que se lo impidiera, pero no lo hago. Su sexo

roza mi entrada y, sin más, se cuela en mí de una acometida. Se me escapa un grito que es

mezcla de dolor y placer. Adrián gruñe junto a mi cuello. Me lo besa,

lo lame. Le da mordiscos rabiosos. Rabiosos como su manera de follarme. Me embiste con frenesí. Mi culo impacta una y otra vez contra la pared. Clavo los talones en su trasero y me aferro a sus hombros. Esto es tan bueno… Así que, ¿cómo podría ser malo algo que se siente tan

placentero, tan hermoso…? ¿Cómo puedo continuar pensando que no estamos hechos para

esto?

—Blanca… —jadea.

Ni siquiera puedo responder. Sus embestidas me elevan a un lugar en el que soy un ser

de luz, no de carne y hueso. No tengo palabras, ni quiera voz. Solo soy carne y piel desbordada por el gozo, la lujuria y el deseo.

El vientre de Adrián provoca un ruido delicioso en el mío. Nuestros sudores se funden

en uno solo. Vuelvo a arañarle la espalda y grito un poco más fuerte cuando de repente entra muy, muy dentro de mí. Sería capaz de desmayarme. Esto es como un sueño. Me siento como si flotara, como si no fuera real.

—Blanca… —repite.

Abro los ojos y se encuentran con los suyos. Me dirige una mirada intensa, oscura, algo

triste. Pero continúo muda, ya no puedo ni gemir. Mi corazón, que late a un ritmo despiadado, estallará de un momento a otro. Me suelta de una nalga y me coge de la barbilla. Sus dedos, exigentes, se clavan en mi carne.

—Quiero que recuerdes que nadie te follará como yo lo hago. Tú misma lo dijiste —

murmura con una voz tan ronca que no parece la de él.

Y entonces me besa. Profundamente. Es un beso empañado de todos nuestros recuerdos

de adolescencia. Su lengua me traspasa un sabor que nunca olvidaré, que no encontraré en

otros hombres, lo sé. Y sigue besándome al tiempo que acelera sus movimientos. Intento

acompasarme a su ritmo y, de repente, la voz renace en mi garganta y grito.

El orgasmo invade cada rincón de mi cuerpo, cada pliegue de mi piel. Y Adrián también se corre. Explota en mi interior, me inunda, y siento una calidez que me trastoca. Oculta la cabeza en mi cuello y lo huele, lo mordisquea, sin cesar en sus sacudidas. Y cuando estoy

a punto de reponerme, me estremezco de nuevo y vuelvo a gritar. Grito tanto que creo que

me quedaré afónica y hasta que moriré con esta tortura de placer. Y su nombre, que en la

boca me sabe amargo, se convierte en un canto.

Rompo la noche gritando: «¡Adrián!».

—Blanca… ¡Blanca!

Una voz femenina me alarma. ¿Qué…? Apenas puedo abrir los ojos. Me escuecen

muchísimo. Y la cabeza va a estallarme. En realidad, me duele todo el cuerpo, como si me

hubieran dado una paliza. Atino a reconocer mi cama al palpar las sábanas y el edredón.

Tengo la garganta llena de alfileres y una sed tremenda, pero también una terrible presión en el estómago. Cuando me coloco de lado, aún con los ojos cerrados, me doy cuenta de

que sigo un poco borracha. Debí de beberme hasta el agua de las macetas para estar así.

Acomodo la cabeza en la almohada, pero todo me da tantas vueltas y la luz me molesta tanto que suelto un gruñido.

Un leve sonido me sobresalta. ¿Hay alguien más conmigo en el dormitorio? Trato de abrir los ojos, pero apenas consigo separar un poco los párpados. Aun así, distingo la ventana y la persiana medio

bajada. Unos tenues rayos de sol se filtran y me provocan aguijonazos en la cabeza. Gimoteo. Oigo un carraspeo a mi espalda. Trato de darme la vuelta, pero apenas puedo moverme.

—Tranquila… Espera, te traeré un vaso de agua.

¿Por qué? ¿No estaba hace nada teniendo sexo con Adrián? ¿No estaba a punto de morirme de placer? Por fin logro abrir los ojos del todo y descubro que la habitación está vacía. No hay ni rastro de él. El corazón me da un vuelco cuando veo que es Begoña quien

entra en el dormitorio con un vaso y algo más entre sus dedos.

—Es un comprimido de Motilium. Te ayudará con las náuseas. Debes de tener

muchas… Has estado toda la noche vomitando, bonita.

Mi amiga me pasa una mano por la espalda y me ayuda a incorporarme. La miro confundida, y ella arquea una ceja mientras me trago la pastilla.

—Yo…

—No te acuerdas de nada, ¿verdad? Pues te comportaste como una loca. Le fastidiaste

el cumpleaños a Sebas.

Hago pucheros. Dios, me encuentro tan mal… Y encima tengo unas ganas terribles de

llorar. Consecuencias de la resaca.

—He…

—¿Qué? —Begoña se sienta en el borde de la cama y se arrima a mí.

—He tenido un sueño —digo en voz baja.

—¿Y con lo mal que estabas te acuerdas?

—Era tan raro…

Me doy cuenta de que estoy sudada y de que aún siento una especie de cosquilleo en el

sexo. Me he despertado cachondísima, para qué mentir.

—¿De qué iba?

—He soñado con… Adrián —susurro, y la miro asustada.

—Vaya… —Begoña se lleva un dedo al entrecejo y se lo frota.

—¿O no ha sido un sueño? —pregunto con una mezcla de esperanza y temor.

—A ver, sé que no puedes verte, pero estás hecha una piltrafa, Blanca. ¿Crees que podrías haber follado en tu estado?

—No lo sé.

—Voy a serte sincera: Adrián estuvo aquí.

Doy un brinco en la cama y atrapo a Begoña del brazo. Le ruego con la mirada.

—¿Por qué?

—Tú lo llamaste, o quizá lo hizo él, pero la cuestión es que estaba preocupado por ti.

—¿Y por qué le dejaste entrar? —pregunto escandalizada.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que le cerrara la puerta en las narices? Se presentó sin

avisar.

—¡Es mi casa, Begoña! ¿Y cómo permitiste que me viera así? —me señalo. Llevo un

pijama, no como en el sueño, donde estaba en bragas—. ¿De verdad lo soñé?

Mi amiga suspira. Me coloca las sábanas y el edredón, como queriendo evitar darme una respuesta que quizá no me guste.

—¡Dime, por favor! ¿Qué pasó?

—Cuando llegó y lo viste… Te volviste loca. Gritaste que estabas así por su culpa. —Se

calla y me mira. Yo no atino a decir nada—. Luego te pusiste fatal, a vomitar a chorros.

Parecías una regadera. Tuvimos que meterte en la cama, y he dicho «tuvimos» porque Adrián me ayudó. Menos mal que él estaba aquí, porque si no, yo sola… No eres una pluma, maja. Sebas tuvo que irse porque su novia ya había salido de trabajar. Total, que te acostamos…

Oculto el rostro detrás de las manos, muerta de la vergüenza.

—Nos tiramos despiertos toda la noche y hablamos. Adrián es un buen tío, Blanca, pero…

—Pero ¿qué?

—Estaba muy enfadado. Le molestaron tus reproches. Le cabreó verte así. —Me señala

y suspira. Quiero desaparecer—. Soy tu amiga, y sabes que siempre estaré a tu lado, pero

creo que esta vez él tiene razón, en parte. Tenía todo el derecho del mundo a enfadarse.

¡No le permitiste explicarse, sacaste tus conclusiones y quizá no estaba mintiéndote!

—La he cagado. ¡Joder! La he fastidiado mucho —gimoteo.

—¿Y no era eso lo que querías? ¿No buscabas que se alejara de ti? —Begoña me mira

con gesto triste.

—Yo… —Me dejo caer en la cama, abatida, rendida, consciente de que quizá haya perdido esta partida—. No lo sé. ¿Crees que debería llamarlo?

—Me parece que ahora mismo no es la mejor idea.

—¿Puedes dejarme sola? —le pido en un murmullo.

—No estás bien…

—Por favor, lo necesito.

Begoña se queda unos minutos más sentada conmigo, hasta que decide

levantarse y se

encamina a la puerta. Antes de salir, me dice:

—Tienes que permitir que pase el tiempo para que las aguas se calmen. Céntrate en ti y

mantente alejada de Adrián para que él también pueda hacerlo. Tiene tanto derecho como

tú a seguir con su vida sin sufrir. Os hacéis daño. Sois dos lenguas de fuego que cuando entran en contacto se queman aún más.

Sacudo la cabeza. Me molesta que Begoña me hable así porque, en el fondo, es la verdad. Y sé que está comportándose como una buena amiga, pero ahora mismo solo la rabia que llevo dentro no me deja pensar con claridad.

—Te llamo esta noche.

Sale de la habitación y, segundos después, oigo la puerta de la calle. Me muerdo el labio

con tanta fuerza que me hago sangre. Un sueño… Un maldito sueño. Uno en el que me dolía Adrián, pero en el que también estaba feliz durante los minutos en los que se quedaba dentro de mí. Recorro el dormitorio con la mirada. Mareada, aturdida y asustada.

Reparo en una hoja de papel que hay en la mesilla, al lado del móvil. Me lanzo a cogerla.

Una letra descuidada y un mensaje que me deja desolada.

Blanca:

Lo siento… Creo que acudir a tu casa ha sido un error. Verte de esa forma me ha molestado y defraudado. Verte tan borracha me hace pensar que no sé quién eres y que no conozco apenas nada de tu vida actual ni de lo que haces.

Estoy tan enfadado… Porque te encierras en ti misma, y no permites que los demás te ayuden o te ofrezcan lo que sea que necesites. Estaba dispuesto a luchar, pero me parece que ya no lo estoy. ¿Para qué, si siento que tus miedos y desconfianzas son mayores que las ganas de tenerme a tu lado? La gente se cansa. Se cansa de quienes se quejan a

todas horas, están tristes siempre y apartan a los demás de su vida. ¡Y al fin y al cabo ahora tienes una bonita, y la has construido tú! Y, aun así, tienes miedo. No me creíste cuando te dije que esa chica no forma parte de mi vida desde hace muchísimo. Ni siquiera antes lo hizo, porque todo lo ocupabas tú, Blanca. Pero sé que nunca me creerás, ya que para ti lo único cierto y válido es lo que tú piensas. Y si hubieras regresado al día siguiente como te pedí, lo habríamos hablado con tranquilidad. Pero volviste a huir, como diez años atrás. Gritas, pones mala cara, discutes, pero no me confiesas tus verdaderos sentimientos. Quizá solo así podríamos haber empezado algo. Ya no puedo más. Debo continuar con mi vida, y tú con la tuya. Verte tan bebida me ha hecho comprender el daño que he vuelto a hacerte y que es inevitable de cualquier forma, y como te confesé, es lo último que querría. No deseo que conserves el recuerdo de aquel Adrián que te echó de su vida; solo ansío que guardes el nuevo, uno que en estos meses ha intentado traerte de vuelta. Pero, al parecer, en tu cabeza siempre estará el otro, el culpable, y no puedo lidiar con eso. Si prefieres convencerte de que sigo siendo un cabrón, ¿qué más hago? Si optas por eso antes que escucharme a mí… entonces ya basta. Si quieres ponerte en contacto conmigo para solucionar las cosas, me parece bien. No seré yo quien no coja el teléfono, pero tampoco quien dé el primer paso esta vez. He estado intentándolo y parece que contigo no hay manera.

Así no tendré la tentación de poner tu mundo patas arriba, ya que por lo visto eso es lo que hago. Me limitaré a preguntar a tu madre cómo andas, y ella me contestará con un «bien» o con algún que otro monosílabo. Lo he pensado mucho, de verdad. No voy a pasarme el tiempo esperando por algo que no va a suceder. La vida es demasiado corta para eso. Vive, pero como tú quieras hacerlo, no como los demás te digan o como tus temores te dicten.

Ojalá existieran las máquinas del tiempo. Ojalá pudieras haber estado dentro de mi mente once años atrás.

Arrugo la carta entre los dedos, con rabia. Odiándolo a él. A mí.

Sin poder contenerme, lanzo un grito rabioso y estampo el teléfono contra la pared.

¿Cómo voy a decirle ahora que lo que siento es un miedo atroz a abrirme a los demás?

En especial a él, y a mí. Él no conoce a la auténtica Blanca, aunque

ahora sabe un poquito más lo que es capaz de hacer. ¿Cómo voy a explicar que cuando descubrí a Sonia en su

casa, y me confesó lo que hizo con ella, me di cuenta de que no he perdonado a nadie y

que odio a esas chicas, que saber que tuvo contacto con la que más daño me hizo me provoca temor? Temor porque podría estar bien un tiempo con él, pero… un día se me cruzarían los cables y volvería a estar mal. Con él, conmigo. Desconfiaría y pensaría que, una vez más, iba a romperme el corazón. Y me da tanto miedo sufrir…

Sí… Ojalá. Ojalá hubiera podido colarme en su mente. Saber lo que realmente pensaba

de mí y por qué actuó como lo hizo. Descubrir que soy yo la única equivocada y que, al

fin y al cabo, vale la pena salir malparada.

3

13 años antes

Tenía casi diecisiete años y todo el tiempo del mundo para ser feliz. Sin embargo, un

vago temor lo paralizaba en algunas ocasiones y hacía que se despertara en mitad de la noche para correr al dormitorio de su madre y comprobar que estaba bien, que continuaba

allí, para asegurarse de que no lo dejaría solo.

Tenía claro que esa imagen de chico duro, de punk pasota con tatuajes oscuros, era la

única manera de demostrar a todos que nadie le vencería. Y, por ello, había pensado en tatuarse un pez koi en el antebrazo, porque significaba fortaleza y él estaba decidido a luchar por aquello que deseaba en la vida.

Tras ese aspecto, tras todas las palabras malsonantes que escupía, de

los porros que fumaba, de los rumores que había permitido acerca de sus escarceos «amorosos», de su indiferencia por hechos importantes, de su falta de respeto por los profesores…, detrás de todo eso, una simple fachada, existía algo más: un joven que había tenido que crecer con

demasiada rapidez, un chico que había tenido que convertirse en el hombre de la casa para

cuidar de su madre cuando estaba triste, y acostarse a su lado por la noche cuando lloraba tanto, y susurrarle que todo iba a ir bien y que no necesitaban a ese tipo tan cobarde y egoísta que se había largado.

Él era muchas cosas para distintas personas en el pueblo: un adolescente rebelde y con

problemas para los profesores; un matón de patio al que temer en el recreo para los chavales de los cursos inferiores; un chico muy guapo que te llevaba en moto y te decía

«Eres preciosa» y te besaba hasta dejarte sin aliento para las chicas más atrevidas; un tío

por quien suspirar en secreto para las tímidas, y un tipo duro y pirado con el que fumar maría y liarla gorda los fines de semana para sus amigos moteros.

Pero lo que todos pensaran le daba exactamente igual. A decir verdad, tan solo existían

dos personas en el mundo importantes para él. Dos personas por las que habría hecho cualquier cosa, y a las que quería casi más que a su propia vida. La primera se llamaba Nati y era su madre. La segunda tenía por nombre Blanca y era su mejor amiga.

Justo en ese instante, mientras divagaba sobre ello acompañado de varios de sus compañeros de instituto, la divisó a lo lejos. Frunció el ceño, sin entender qué hacía ella acuclillada en el suelo. Recogía algo y, por sus rápidos movimientos, parecía nerviosa y aturdida. Uno de sus acompañantes dijo algo, y él lo miró y se echó a reír como los demás, aunque no sabía de qué porque no estaba prestándoles atención. Cuando volvió a posar su

vista en el frente Blanca había echado a correr, alejándose de ellos. La siguió con la mirada, observando el balanceo de su mochila, que casi abultaba más que ella. El cabello

le ondeaba a la espalda, y a Adrián se le dibujó una sonrisa al recordar esos días en los que le tiraba de la coleta cuando eran unos críos.

—¡Mirad cómo corre la muerma! —exclamó uno de los chicos.

Como impulsado por un resorte, Adrián volvió la cabeza y lo miró con mala cara, aunque el otro no le hizo ni caso.

—¡Tiene un culo enorme! —dijo otro, y todos se echaron a reír.

—Cállate ya, gilipollas —masculló Adrián.

—¿Qué te pasa, tío? ¡Pero si es verdad! Tiene un pandero que no le cabe en la silla. Y

encima las tetas planas —continuó el primero.

Adrián se detuvo, con los puños apretados a un lado. No era momento de iniciar una pelea, y menos con esos chicos, pero lo cierto era que le molestaba muchísimo que hablaran de Blanca de esa forma.

—Y tú eres un puto bizco y nadie te dice nada —respondió, a lo que rieron todos, a excepción del aludido.

—¿De qué vas? ¡Decidle que tengo razón! ¿Acaso habéis visto otro culo tan grande como ese? —preguntó vuelto hacia sus amigos, buscando su apoyo.

Un par de ellos se encogió de hombros. Lo pensaban también, por supuesto, pero jamás

lo habrían confesado delante de Adrián. Sabían que ella era su amiga, y que no se habla

mal de la amiga de un tío que lleva a cuestas unas cuantas peleas y calza unas botas con tachuelas capaces de partirte un labio.

—No está tan mal —dijo otro de repente.

—Tiene unos labios bonitos.

—Ya, yo creo que, si se quitara las gafas y se pusiera otra ropa menos fea, hasta podría

pasar por una chavala guapa —comentó un tercero.

—Puede, pero es de lo más sosa. Y dicen que es una empollona

aburrida, que solo estudia y no sale de casa para nada.

—Seguro que es de las que se la chupa a los prof…

—¡¿Queréis callaros de una puñetera vez?! —atronó Adrián. Todos lo miraron con

incredulidad. Quizá se habían pasado de la raya—. Estoy aquí, ¿eh? Y ella es la hija de la mejor amiga de mi madre.

—¿Solo eso, Adri? —quiso saber uno de los chavales con una sonrisa pintada en el rostro.

—¿Qué más quieres que sea?

—Creo que esa tipa te mola, por eso te has cabreado tanto. Si hasta estás rojo… —Esto

lo dijo el primero que se había metido con Blanca, y en esos momentos Adrián ya estaba

controlándose una barbaridad para no darle un puñetazo.

—Blanca es como mi hermana pequeña, así que no digas chorradas —le espetó. Pero algo en su interior se quebró un poco, y se sintió desleal y menos hombre, aunque aún no

sabía a ciencia cierta los motivos reales.

Y es que a Adrián no le quedaba mucho tiempo para descubrir que Blanca no era solo la

hija de la mejor amiga de su madre, que no era como una hermanita, que ni siquiera era

una simple amiga. Blanca era mucho más: era la razón por la que había continuado despertándose con una sonrisa por las mañanas desde que la había conocido en el pueblo,

cuando ellos eran unos críos y sus madres habían hecho buenas migas. Blanca era el motivo por el que, aunque detestaba estudiar, anhelara llegar a ser alguien en la vida, desde luego alguien mejor que su padre.

A sus dieciocho años, casi dos después de ese día, Adrián iba a conocer por primera vez, y quizá de la manera más poderosa, lo que era amar a alguien tanto que te cuesta respirar cuando esa persona no

está cerca.

—Pues… tío, si tú no quieres ligártela, quizá lo haga yo —dijo otro de sus amigos, el que había comentado que Blanca tenía los labios bonitos.

—No te atreverás a…

No le dio tiempo a añadir nada más porque se cruzaron con dos de las chicas más guapas del pueblo y, a decir verdad, de las que peor reputación tenían. Una de ellas se llamaba Sonia, y hacía tiempo que le hacía ojitos a Adrián. Sin embargo, él siempre la miraba asqueado. Le molestaban esas faldas tan cortas que llevaba y también todo ese maquillaje exagerado en el rostro. Decían que se había liado con muchos tíos del pueblo,

incluso con alguno bastante mayor. Para ser sinceros, Sonia casi podría haber sido el equivalente femenino de Adrián si no hubiera sido porque lo de él era pura fachada, y lo

de ella, en cambio, era descaro.

—¡Esa sí que está buena! —exclamó uno de sus compañeros.

Y entonces la conversación se desvió a que fulanito había subido de nivel con su novia

porque ella le había dejado que le tocase las tetas.

Para sus adentros, Adrián suspiró con alivio. Y se dijo que esa misma tarde iba a visitar

a Blanca con la excusa de que no sabía hacer unos ejercicios de matemáticas.

Cuando llegó a casa encontró a su madre sentada en el pequeño y cochambroso sofá del

salón. Adrián deseaba ahorrar el suficiente dinero para comprar uno nuevo, mucho más bonito, que hiciera sonreír a la mujer que adoraba. En secreto, todos los sábados por la mañana daba clases de guitarra a un niño de diez años. La madre del chiquillo conocía el

talento de Adrián con los instrumentos y, como su pequeñín insistió en aprender, habló con Nati para unas clases privadas. Al principio Adrián se había negado. No le gustaba mucho tocar delante de los

demás, así que… ¿Cómo iba a convertirse en profesor? Sin embargo, tras pensar en lo mucho que había trabajado su madre para darle una vida lo más

decente posible, aceptó. En el fondo, debía reconocer ahora que no estaba tan mal. El niño era simpático y, en poco tiempo, había llegado a adorarlo como a un ídolo. Y Adrián se había sentido de maravilla cuando el crío logró tocar solo (no de manera perfecta, pero qué más daba) más de media canción sin equivocarse. Y encima le estaba inculcando su

gusto por el punk.

Se acercó a su madre por la espalda y la abrazó de improviso, con lo que ella se sobresaltó y algo le cayó de las manos. Adrián estiró el cuello para descubrir de qué se trataba, pero Nati se apresuró a recogerlo y darle la vuelta.

—¿Qué tienes ahí? —quiso saber.

—Nada. Una carta del banco —respondió su madre con la voz más ronca de lo normal.

Adrián se asustó. No era la primera vez que les llegaban avisos de cuentas en números

rojos, de impagos y de advertencias acerca de cortes de luz o agua. A todos habían sobrevivido, aunque todavía se preguntaba cómo lo había logrado su madre. Lo único que

sabía era que la quería demasiado y que era su modelo a seguir.

—¿Va todo bien?

—Claro.

Nati se dio la vuelta, aún con el papel entre las manos, y le dedicó una sonrisa.

—¡No sabes mentir! —se quejó el chico, devolviéndole el gesto pero de manera

nerviosa.

—¿Por qué dices eso? —Nati chascó la lengua—. Venga, que te pongo la comida.

—¿Qué hay hoy?

—Lentejas. Si quieres las comes y… —empezó su madre, con esa broma que ambos

soltaban siempre.

—¡… si no las dejas! —concluyó él.

Y como ella bajó la guardia le arrancó la carta de las manos. Sabía que no estaba bien

adentrarse en su intimidad sin permiso, pero un presentimiento extraño lo avisaba de que

algo sucedía.

—¡Adrián! —Nati intentó recuperar el papel, sin éxito.

El chico echó a correr por el pasillo y, antes de pisar su dormitorio, las manos ya le temblaban invadidas por una furia ciega. Su madre lo había alcanzado apresándole un hombro. Sin embargo, él se zafó con brusquedad y, todavía dándole la espalda, le preguntó:

—¿Qué cojones significa esto?

—No hables así, Adri —lo regañó la mujer, aunque con la boca pequeña, como si fuera

ella la hija y no al revés.

Adrián cerró los ojos y trató de tranquilizarse. Fue en balde. La rabia le bullía muy dentro, como cada vez que pensaba en él.

—¿Desde cuándo os carteáis?

—No es lo que piensas…

—¡¿Desde cuándo?! —chilló, y supo sin verla que su madre se había encogido. De inmediato se arrepintió al pensar en el calvario que había pasado, de manera que se volvió y la contempló con tristeza. Nati siempre ofrecía la imagen de una mujer fuerte, decidida, incluso después de cuanto había pasado… Pero en ese momento parecía una chiquilla asustada. Quiso abrazarla, y la rabia se lo impidió—. Dime, mamá, ¿desde cuándo te escribes con ese hombre?

—Es tu padre, Adrián.

—¡No lo es! —atronó, y hasta él mismo se asustó de los decibelios de su voz.

—Me ha escrito tan solo un par de veces, y ha sido para preguntar por ti. Quiere saber

qué tal estás…

—¿Cómo eres capaz de contestarle? —La miró horrorizado—. ¿Cómo puedes, siquiera,

abrir la carta de quien tanto daño te hizo, que me hizo a mí, que nos abandonó por unas

cuantas putas y por el puñetero alcohol y las drogas, y que no ha dado señales de vida hasta ahora?

—Puede que esté arrepentido…

—¡Él no está arrepentido! ¡Seguro que quiere algo de ti! —Se llevó una mano a la frente y se la frotó—. Mamá, puedo llegar a entender que no quisieras arremeter legalmente contra él porque, al fin y al cabo, no tenías ni jodida idea de dónde podía estar y tampoco habrías conseguido mucho después de que… —Tragó saliva y calló. Luego añadió—: Puedo comprender que finjamos que está muerto. De todos modos, para mí lo

está. Ya veo que para ti no. ¡Pero no puedo comprender por qué cojones lees esas cartas!

—Llegó una hace un mes y…

—¡Ni siquiera ha puesto remitente! ¿No ves que no quiere que sepas dónde está?

¡Mamá, por favor, no me seas tan ingenua!

—Se las entrega a Juan —dijo ella, y agachó la cabeza, como avergonzada.

—¿Quién es ese?

—Era uno de sus amigos. Tu padre está otra vez por aquí y… quizá…

Adrián la agarró de la muñeca, y Nati alzó el rostro con los ojos muy abiertos y brillantes. Los labios le temblaban. Se compadeció de ella porque, a fin de cuentas, se había sentido muy sola. Pero lo tenía a él,

y no lo necesitaban. No les habían hecho falta ni su dinero ni su presencia. Habían sobrevivido los dos solos, y así sería siempre. No lo

quería en su vida, y no iba a permitir que volviera a destruir ni la suya ni la de su madre.

Aunque algunas noches, en la soledad, la debilidad lo invadía y deseaba reencontrarse con

su padre y que se sentara a su lado para hablar de deportes, de chicas o de lo que fuera.

Pero eso jamás se lo confesaría a nadie, y mucho menos a su madre.

—Prométeme que no vas a coger ninguna carta más —le pidió con el corazón

desbocado—. Ni siquiera es capaz de dar la cara… ¿Eso no te hace ver que sigue siendo

un cobarde?

Nati lo miró durante mucho rato, y él la estudió y supo que ella dudaba. La soltó, rompió la carta en pedacitos y se largó a su dormitorio con un grito rabioso. Antes de dejarse caer en la cama ya estaba llorando. Y al otro lado de la puerta, ella también.

Golpeó la almohada, la mordió hasta hacerse sangre en las encías. Ahogó en ella todos los

gritos que escapaban de su garganta.

No salió de la habitación en toda la tarde y, horas después, rendido por el llanto y el dolor, se quedó dormido. Al despertarse se encontró a Nati a su lado, con un tazón de caldo en las manos. Se incorporó muy serio, aunque lo que le pasaba en realidad era que

estaba avergonzado. No había querido gritar a su madre ni tratarla de ese modo, pero no

soportaba la idea de que ella pudiera traer a sus vidas a ese hombre dándole una oportunidad que no merecía. El miedo lo quebraba.

—No has comido nada… Estarás muriéndote de hambre —le dijo Nati con una sonrisa

que intentaba no ser triste.

Adrián no abrió la boca, aunque aceptó el caldo y se lo tomó casi de un trago. Ella lo

miró con orgullo y con cariño, y luego le acarició la mejilla. Si sus amigos supieran la estrecha relación que tenían a buen seguro se burlarían de él. Pero en su casa, con esa intimidad tan bonita que ambos habían creado en soledad, Adrián podía ser quien quería.

—Gracias —musitó devolviéndole el tazón.

—Llevas razón, Adri. No lo queremos en nuestra vida, ¿verdad? No lo necesito. Yo solo

necesito a una persona, y eres tú. Estás haciéndote muy mayor y pronto te marcharás, pero…

—No digas eso, mamá.

—No lo quiero. Nos hizo muchísimo daño. No te preocupes, no le perdonaré, cariño. Y

tampoco dejaré que trastoque tu mundo como ya hizo.

Adrián sonrió con semblante triste. Atrapó la mano de su madre y se la acercó a los

labios para depositarle un beso en el dorso.

—Gracias —repitió.

Cuando minutos después ella salió del dormitorio Adrián rezó en silencio para que, de

verdad, no perdonara a su padre.

Ya hacía muchos años que los había abandonado. Y, aunque él era muy pequeño por entonces, eso no le impidió albergar un odio enorme hacia ese hombre que nunca lo había

llamado «hijo» ni dedicado una palabra cariñosa. Recordaba todas las ocasiones en las que

le había dedicado insultos como «maricón», «estúpido» o «mierda», y también aquellas en

las que gritaba a su madre al llegar borracho a casa. Nunca supo si le había pegado alguna vez, aunque, para acrecentar su odio, decidió

que sí. Cuando ese hombre se marchó, hacía

ya tiempo que estaba demasiado ausente del hogar para que le doliera. De eso se convenció Adrián, aunque era absolutamente falso. Le dolió muy adentro, y de una forma

inexplicable para un chiquillo de su edad.

Al año siguiente se mudaron en busca de una nueva vida. Su madre se negó a contárselo

a nadie más que a la familia más cercana. El pueblo era pequeño, y no quería habladurías.

Necesitaban un lugar en el que empezar de cero sin cicatrices. Nati tampoco quiso emprender ninguna acción legal. De todos modos, ¿cómo hacerlo contra un hombre al que

no te une ningún documento y que, encima, está en paradero desconocido? Podrían haber

investigado, podrían haberlo intentado, pero Nati no quiso. Para ella lo mejor era olvidar, convencerse de que ambos vivirían mejor solos, sin necesidad de nadie más. Al fin y al cabo, ese hombre no le había dado demasiadas alegrías.

Por eso en el pueblo donde se instalaron nadie sabía la verdad. Ni siquiera Blanca. A Adrián le habría gustado abrirse a ella, pero le resultaba demasiado vergonzoso confesarle que no habían sido capaces de retener a su padre ni su madre ni él. Sobre todo él; esa era su mayor obsesión: se consideraba el culpable de todo. No sabía a ciencia cierta por qué,

pero imaginaba que antes de su nacimiento sus padres habían sido felices. Nati jamás le

había dicho algo así, pero en su cabeza esa idea fue creciendo y creciendo, hasta tal punto que lo martirizaba. Algunas noches pensaba que ella también lo abandonaría, que se cansaría de él y de su actitud. Otras estaba convencido de que iba a convertirse en una copia de su padre, y que haría daño a su madre y a cualquier persona que se le pusiera por delante.

Al día siguiente se presentó en casa de Blanca con la excusa de que habían abierto en el

pueblo de al lado una heladería que todos empezaban a alabar. Se sorprendió sobremanera al descubrirle un incipiente moratón en la nariz.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Me dieron un balonazo en gimnasia cuando jugábamos a vóley. Ya sabes lo torpe que

soy…

Blanca se encogió de hombros. Adrián arqueó una ceja y calló. No era la primera vez

que su amiga aparecía con una magulladura. Cierto que su torpeza en los deportes era exagerada, pero en ocasiones se preguntaba qué sucedía en realidad. ¿Y si su padre la golpeaba? Lo trataba, aunque menos que a María, la madre de Blanca, y no le parecía un

mal hombre. Además, María era una mujer con carácter que no permitiría algo así… Con

todo, Adrián había aprendido que nunca se llega a conocer por completo a nadie.

Como Blanca estaba más triste y cabizbaja que de costumbre, se propuso hacerla reír.

No se le ocurrió otra cosa que colocarse la cucharilla del helado en la nariz.

—¡Eh, Blanqui! ¡Mira!

Ella apartó la mirada de su cucurucho y, al verlo, le entró la risa tonta y se atragantó, empezó a toser y salpicó a Adrián de gotitas de helado rosas.

—¿A quién te recuerdo? —continuó él, haciendo la señal de la cruz.

Blanca sabía que estaba imitando al párroco, un hombre de nariz aguileña que llevaba

por el camino de la amargura a los niños que tomaban cada año la primera comunión. Se

carcajearon hasta que les dolió el estómago. Adrián se limpió las lágrimas y sacudió la cabeza, divertido. Observó a Blanca y descubrió

sus ojos brillantes bajo esas gafas horribles que, a pesar de todo, a él le gustaban. La había hecho reír, y ella estaba sonrojada y bonita. Sí, definitivamente una de las cosas que más le gustaban era dibujarle una sonrisa y oír su risa, bajo la que latía la palabra «hogar».

—¿Por qué estabas triste? —le preguntó.

—¿Qué? No, no lo estaba —se apresuró a responder ella.

—Llevabas toda la tarde de morros.

—Ayer no fue un buen día —dijo al fin, y se encogió de hombros otra vez.

Adrián recordó que la había visto recogiendo algo del suelo y echar a correr, y también

se acordó de los comentarios burlescos de sus compañeros y pensó que, quizá, debería

haberla defendido mucho más. Se sintió mal y se llamó «cobarde», y a su mente regresó la carta de su padre. Quizás él era igual…

—¿Y a ti? Hoy tienes cara de bulldog. —Blanca lo sacó de sus pensamientos.

—Tonta… ¿Es que no sabes ya que esa es mi cara auténtica?

Y volvieron a reírse. En momentos como ese Adrián creía que podría confesarle toda la

verdad acerca de su familia, pero jamás lo hacía. No quería compartir tanta vergüenza y

dolor con ella. De hacerlo, sabía que se sentiría inferior.

La observó mientras se comía el cucurucho con gusto. La fresa era su sabor favorito. Y

mientras estudiaba todos sus gestos, algo le pinchó en el pecho y le bajó hasta el estómago. Hacía tiempo que no podía mirar a Blanca de la misma manera. Hacía tiempo

que la miraba mucho más rato del habitual, y se ponía nervioso. Ella… lo atraía. Lo excitaba.

Adrián creía en el amor, sí…, siempre y cuando no fuera destinado a

él. Otros hombres,

con padres cariñosos, atentos y buenas personas, podían enamorarse y amar. Pero ¿y él?

Quizá en él residía una semilla maligna y podrida que germinaría y lo convertiría en un tipo idéntico a su padre.

4

Han pasado unos días. Es domingo.

Begoña viene a mi casa y me pilla despatarrada en el sofá escuchando canciones de Lana del Rey y con el salón cubierto por una neblina horrible, producto de la ingente cantidad de cigarros que me he fumado.

—¡Apesta! —exclama con la nariz arrugada—. ¿No habías dejado el tabaco?

Rauda, se abalanza hacia el cenicero y corre a la cocina para tirar las colillas y limpiarlo. Yo me tiro en plancha en el sofá y pongo uno de mis temas favoritos de Lana.

—¿Qué leches estás escuchando? —pregunta Bego con mala cara.

—No sabes apreciar la buena música —le espeto.

—¿Perdona? ¿No estarás insinuando que Raphael es un mal artista? — Me mira

horrorizada.

Me quedo callada. No vale la pena discutir. No es que me desagrade ese cantante, pero

no soy una fanática como Begoña. Además, mi intención no era meterme con él, sino simplemente defender la música que me gusta y de la que ella huye porque la considera

deprimente.

—¿ *Summertime Sadness*? —Vuelve a arrugar la nariz—. ¡Ni siquiera

estamos en verano!

Estira el brazo para detener la canción. Luchamos a manotazo limpio un rato, cada una

tratando de conseguir su propósito, hasta que me vence e introduce en la búsqueda de Spotify el nombre de otra cantante. ¡Y va la tía y me pone *I Will Survive*!

—Esto está mucho mejor —afirma, y asiente con una sonrisa satisfecha.

—Gracias por respetar mis gustos musicales —me quejo.

—A ver, petarda, lo que me molesta es que estés aquí hecha polvo y escuchando canciones que alientan al suicidio. Solo te faltan unas tarrinas gigantes de helado y envoltorios de bollos y patatas fritas por el suelo.

—Me engordaría el culo si hiciera eso. Y de tamaño ya lo tengo bien.

—¿No crees que va siendo hora de que te animes? —Begoña se recuesta en el sofá y me

coge de la barbilla para que la mire—. Tú no eres de esas masoquistas que se recrean con

películas lacrimógenas. Tú eres de las que se arregla, se maquilla, se conjunta con el bolso más cuco y sale a la calle con orgullo.

—Estoy bien.

—¿De verdad? Porque, en serio, cualquier otro domingo estarías rememorando la fiesta

que te habías pegado la noche anterior… o bien trabajando en algún caso como una loca.

—Guarda silencio unos segundos y pasea la vista por el salón—. Y ni una cosa ni la otra.

—Anoche estuve aquí mirando películas.

—¿Ah, sí? ¡No lo sabía! —Pone los ojos en blanco—. Te recuerdo que me diste un montón de negativas. Y no sabes lo bien que lo pasamos. La novia de Sebas es majísima.

Tienes que conocerla.

Me acurruco en el sofá y me cubro con la manta hasta la barbilla. Begoña me mira con

un puchero fingido. En realidad, creo que no le doy ninguna pena y piensa que me lo tengo merecido. Ya me lo dejó claro el fin de semana pasado, y desde entonces no hemos

vuelto a hablar de ello.

—¿Has…? —Se muerde el labio inferior, como dudando si hacerme la pregunta o no.

Sacudo la cabeza para darle pie a que suelte lo que quiera—. Que si has intentado ponerte

en contacto con él de algún modo.

—Lo busqué en Facebook.

—¿Y…?

—Pues no sé. No puedo ver su perfil. Creo que me ha bloqueado.

—¡Vaya! Sí que iba en serio.

—No pasa nada. Me acostumbraré.

—¿Y no le has llamado?

—Oír su voz me dejaría sin palabras…

—¿Has probado a llamarlo a su casa? Quiero decir, a la de su madre.

—No tengo el teléfono. Y no voy a pedírselo a la mía. Además, ¿qué excusa pongo?

—Pues… chica, no sé. ¡Conoces a esa mujer desde que eras una cría! No puede ser tan

difícil.

—Me dijiste que dejara que las aguas se calmaran. Y eso haré.

Me inclino para detener la canción. Tanto ritmo no me apetece.

—Vale, pero prométeme, Blanca, que no te comportarás como una

tontisosa.

—¿Qué es eso? —le pregunto con las cejas arrugadas.

—Una tía que no hace más que llorar por los rincones, apiadarse de ella misma y quejarse de su mala suerte.

—Tú lo has dicho antes. No soy así.

Me mira de reojo. Otra cosa que no se cree del todo, pero juro que no es algo que quiera

hacer. Me he propuesto continuar con mi vida, con la que llevaba hasta ahora, y esperar a

que el tiempo ponga todo en su lugar. Si es así como funciona, claro. Nunca he creído en

eso del karma, el destino o lo que sea. Pero en este momento es mi única opción, en cualquier caso. Durante esta semana he pensado mucho y he llegado a la conclusión de que Adrián tenía sus motivos para enfadarse. Ha conocido a una Blanca que no le gusta y

está en su derecho de alejarse de ella. Merece continuar con su vida sin que alguien como

yo se la estropee. Puede que Adrián tuviera sus dudas en el pasado, pero me ha dejado muy claro que ahora ya no, y supongo que es difícil intentar algo con una persona que recela más que vive. Por mi parte, debo asumir mis errores, apechugar con lo sucedido y

tratar de seguir adelante.

—¿Qué tal lo llevas en el despacho? —me pregunta Begoña de repente, sacándome de

mis cavilaciones.

—Bien —me limito a contestar.

—Has estado distraída, ¿no?

—A Saúl no le ha hecho mucha gracia. Llegó un caso nuevo, pero se lo dio a Sandra.

Era difícil, así que imagino que, en el fondo, era lo mejor.

Bego niega con la cabeza, no muy convencida. Suspira, se da una palmada en los

muslos y luego se levanta. La oigo trastear en la cocina. Fregar, rebuscar en los armarios.

Después el sonido del microondas. Unos minutos después la tengo a mi lado con dos tazas

de té con canela y una sonrisa. Me entrega una.

—Blanca, voy a hacerte una pregunta y necesito que me la contestes con total

sinceridad.

—Dispara.

—¿Por qué estudiaste Derecho? Adrián mencionó que…

Vuelvo el rostro, evitando su mirada. Claro, a Begoña nunca le he contado que, en un

principio, me había propuesto ser periodista.

—Que yo me hiciera abogada era lógico. Mi padre también lo es, y mi tío, y mi abuelo

lo fue… Pero ¿tú…? Y con lo difícil que es en España encontrar trabajo de lo nuestro.

—En aquel momento no me planteé eso —le confieso. Es cierto, quizá pequé de

ingenua al imaginar que iba a encontrar un puesto increíble. De todos modos, no puedo quejarme de mi labor ni de la posición que ocupo en el despacho con la edad que tengo.

—Me dijiste que era porque querías ser una Blanca diferente. Fría, calculadora, y que si

encima era un trabajo en el que ganaras bastante dinero… Pero cuando estábamos en la facultad, ambas ya sabíamos que esa no es la realidad para todos los abogados —continúa

Bego.

Me doy la vuelta y le dedico una pequeña sonrisa que me devuelve de inmediato.

—Pues sí, esos eran los motivos.

—¿De verdad? Es una visión bastante estereotipada, ¿no?

—Quizá yo lo sea.

—Para nada. —Me da un cachete juguetón en el brazo.

Nos quedamos calladas, estudiándonos la una a la otra. Me paso la lengua por los labios

porque los tengo resecos, y Begoña ladea la cabeza y me observa con detenimiento.

—Quizá… —empiezo, pero me corto.

—¿Qué?

—Puede que sintiera la necesidad de ayudar a otros —le confieso en voz baja, como si

eso fuera una vergüenza o algo mucho peor.

Begoña no dice nada más. Alcanza su taza de té y le da un trago con gesto pensativo.

Asiente y acto seguido se pone cómoda en el sofá con un suspiro. Tira de la mantita para arroparse también y me quita a mí buena parte. Peleamos unos segundos para cubrirnos y,

al final, nos apretujamos porque no da para más.

—¿Qué vas a hacer en Nochevieja? Ya la tenemos ahí —me pregunta, con la cara en mi

hombro.

—Me parece que este año me quedaré en casa.

Levanta la cabeza y me mira con una mezcla de susto e incredulidad. Me encojo de hombros como diciéndole que qué pasa.

—Eso no te lo crees ni tú. ¿Piensas que te dejaré aquí sola y amargada? A este paso te

veo rodeada de gatos.

—No tengo ningún plan.

—¡Me tienes a mí, tonta del culo! —exclama al tiempo que se señala con un dedo—. Ya

he hecho planes con Sebas y su novia, y con otros amigos. Si te quedas en casa, vendremos todos en plan ejército y te sacaremos a rastras, desnuda, en pijama o con lo que sea que lleves.

Tengo muy claro que lo haría. Begoña es una de las mujeres más perseverantes que conozco, y lo es en todos los ámbitos y aspectos de la vida.

Le doy un suave empujón y me lo devuelve. Estar aquí un domingo, tiradas en el sofá

charlando de naderías me tranquiliza y me hace sentir nostalgia de nuestra época universitaria. A pesar de que hice locuras y cometí muchos errores, no la cambiaría.

Conocer a Begoña ha sido una de las mejores cosas que me ha pasado. Con ella he aprendido muchísimo.

Decidimos ver una película el resto de la tarde. Mientras ella busca una, preparo palomitas. Acabamos comiéndonoslas antes de elegirla porque no nos ponemos de

acuerdo y, al final, optamos por una serie. Más bien es Begoña la que elige. Ya se ha terminado todas las temporadas disponibles de *House of Cards* y, ahora, está revisionando *Ally McBeal*.

—¿En serio? —Pongo cara de haber olido un pedo. ¿Por qué tenemos que tragarnos una

historia de abogados?

—¡Pero si no has visto ni un capítulo! —exclama un poco enfadada.

La noche nos descubre enganchadas. La verdad es que la serie es divertida y los

personajes son de lo más peculiares. Al menos me ha servido para no pensar en nada.

Propongo a Begoña que se quede a cenar, pero al parecer ha quedado

con alguien. La

muy cabrona no quiere contarme quién es la afortunada.

—Esto es como cuando soplas las velas en tu cumpleaños. Si dices en voz alta el deseo

que has pedido, no se cumple.

Le lanzo un cojín. La acompaño hasta la puerta y ella se da la vuelta y me da un beso

enorme.

—Una cosa más… —murmura junto a mi oído. Es algo que le gusta hacer cuando

quiere camelarse a alguien. ¿Qué se propondrá?

—¿Qué pasa ahora? —Finjo impacientarme.

—Sobre eso de que querías ayudar a otros… Sé que piensas que Adrián tiene razón en

lo que te dijo. Lo de que eres una persona egoísta.

Parpadeo sorprendida. No esperaba que fuera a mencionar algo así. Abro la boca dispuesta a pedirle que no continúe, pero se me adelanta tapándomela con la mano.

—Yo no pienso eso, Blanca. Creo que eres una buena persona, solo que demasiado racional. Además, me parece que, como esta vez tus sentimientos te dominaban, te has sentido desbordada. Pero a todos nos ha pasado en alguna ocasión.

—No sé qué… —empiezo a decir cuando aparta la mano de mis labios, pero al instante

vuelve a sellármelos y se lleva un dedo a los suyos.

—Creo que, aunque nunca te has dado cuenta, tus deseos por ayudar a los demás te han

llevado a no ayudarte a ti. Así que, esta vez, hazlo. Ayúdate, Blanca. Y no tengas miedo de hacerlo ni te sientas más débil por ello. Ni egoísta.

Y dicho esto se vuelve con un golpe de melena y me deja plantada

como si fuéramos los

personajes de una novela de autoayuda o una película con una historia de superación.

Pero luego, en la cama, pienso sobre ello y, tras darle muchas vueltas, llego a la conclusión de que si quieres ayudar al mundo primero debes ayudarte a ti mismo. Y en eso

me falta mucha experiencia y recorrer un largo camino.

He tenido una jornada de trabajo durísima. Entre otras cosas, porque Saúl me ha citado en

su despacho para regañarme. Me ha dicho que solo trataba de abrirme los ojos, pero me ha dejado claro que debo apartar a un lado lo que sea que esté ocurriendo en mi vida personal, ya que tras las fiestas navideñas tengo un juicio un tanto peliagudo, con un cliente pudiente, y este no está muy contento de que cancelara una reunión.

En cuanto salgo del bufete me meto en mi adorado coche con el propósito de acudir a

mi sesión con Emma. La última vez que hablé con ella fue dos días después de que Adrián

me confesara aquello. Y lo puse verde porque aún estaba en caliente. Emma no comentó

nada, ni me dio su opinión como profesional, tan solo se limitó a asentir con la cabeza y

me dejó soltar todo.

Este es uno de los días que llego a tiempo a la cita. La recepcionista me saluda con su

habitual gruñido y me indica que vaya a la sala de espera. Me dedico a hojear una revista

tras otra. Ni siquiera la nueva tendencia en bolsos de las famosas me llama la atención.

—¡Haz tus ejercicios! —La sonora voz de Emma me obliga a levantar la cabeza.

Acaba de salir de la consulta acompañada de una mujer seria, ojerosa, con el pelo desvaído y los labios apretados en una mueca silenciosa. Va vestida de manera descuidada,

incluso atisbo una mancha, puede que de lejía, en su pantalón. Por un instante me asusto al pensar que yo pueda convertirme en una persona así, de esas que han perdido las ganas de

vivir y de acicalarse y de preocuparse por el propio aspecto, y de inmediato me recrimino

ser tan superficial. Sin embargo, oigo que Emma le dice:

—Teresa, a la próxima consulta quiero que vengas más arreglada. Ve a la peluquería, cómprate algo de maquillaje. Uno de los primeros síntomas de la depresión es el descuido

y la apatía. No dejes que eso suceda. Necesito que cada vez que te mires en el espejo te

encuentres con una Teresa radiante.

La mujer asiente, aunque no se la ve muy convencida. Antes de salir me dedica una mirada triste. Quiero regalarle una sonrisa, pero no me sale. Me pregunto qué problemas la habrán traído a hacer terapia con Emma. Estoy más que segura de que hay muchísima gente en una situación peor que la mía, y ese es uno de los principales motivos por los que debo animarme.

—Buenas tardes, Blanca. ¿Entras? —Emma me señala el interior de la consulta con la

mano.

Antes de sentarme ya he sacado mi cuaderno del enorme bolso y lo he dejado sobre la

mesa. Emma ocupa su silla y alarga el brazo. Al abrirlo y toparse con mis anotaciones arquea una ceja.

—Tus niveles de felicidad están por los suelos —comenta casi distraída.

—Pronto pasará —respondo en voz baja.

Esta vez no me he molestado en mentir. Si no estoy animada no tengo por qué escribir

falacias. Quiero avanzar, necesito que Emma me ayude a vaciar la cabeza de malos pensamientos y encontrar una forma de estabilizarme. Que me cuestan lo mío las sesiones.

A veces he pensado que con el dinero que invierto en ellas podría comprarme un par de

zapatos chulos, un bolsazo, maquillaje del caro…

—Cuéntame qué has estado haciendo. —Apoya las manos debajo de la barbilla en ese

gesto tan profesional que me pone nerviosa.

—Trabajar… Bueno, no mucho, la verdad. No he rendido.

—¿Y eso por qué?

—Me noto cansada. No puedo concentrarme.

—En tu profesión la concentración es de suma importancia —me recuerda. ¡Como si yo

no lo supiera! Asiento con la cabeza—. ¿Y qué más? —insiste, y sospecho que espera que

le explique algo sobre Adrián.

—No lo he llamado.

—Eso no es del todo malo, Blanca…

—No estoy segura de ello —la interrumpo.

Me mira muy seria, como si no le gustara.

—Entiendo que quieras saber de él, pero tienes que darte cuenta de que, ahora mismo,

el vaivén de emociones que te domina no te deja actuar de la manera correcta. Tomar decisiones en caliente, cuando uno se siente triste o enfadado, es la peor forma de gestionar los asuntos.

—Creo que me ha bloqueado en Facebook —suelto, volviendo a cortar su discurso.

Se remueve en la silla.

—Si él quiere aparecer en tu vida lo hará. Debes dejar que todo fluya sin influir en nada.

—Me da miedo descubrir que lo necesito en mi vida.

—No lo has necesitado durante un montón de años. Y, de todas formas, nadie es imprescindible.

Me molesta que hable de algo que, quizá, no entiende o no sabe. Vale, se dedica a esto.

Es una experta de la mente, de los sentimientos y de lo que le dé la gana. Pero ¿hasta qué punto puede discernir lo que es necesario y prescindible en mi vida o no?

Me limito a callar, aunque no sé si es lo más correcto en este tipo de terapias. Al fin y al cabo, Emma me dijo desde buen comienzo que cuando no estuviese de acuerdo en algo hablara. Sin embargo, en ocasiones siento que no me lo permite y que es ella quien me lleva por un camino u otro.

—Ese hombre no es el adecuado para ti. No lo dejes entrar otra vez en tu vida.

—¿Qué…? —Alzo la cabeza de mis uñas mordidas. No estaba atenta del todo a sus palabras.

—Que qué vas a hacer estas fiestas.

Frunzo el ceño ¿De eso estaba hablándome? Me muerdo el labio inferior, algo aturdida.

Me ha parecido que decía algo sobre Adrián…

—Todavía no lo sé. Mi amiga Begoña me ha animado para que salga con ella y unos amigos en Nochevieja.

—Perfecto —asiente—. ¿Y en Nochebuena? Cenarás con tus padres, ¿no?

—No lo tengo claro.

—¿Qué quieres decir?

—Volver otra vez al pueblo se me hace una montaña.

—Es parte de la terapia. Y, a partir de ahora, lo será con más ahínco.

—¿Cómo? —La miro sin entender.

—Mi nuevo ejercicio va a ser que te dediques a ti misma, a descubrir la relación con tu

familia y contigo. ¿Hasta qué punto lo que te sucedió en la adolescencia ha marcado esa

distancia con tus padres?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Puede que sea yo, que soy rara y ya está.

—Explícame eso mejor, Blanca.

Se inclina hacia delante y me traspasa con la mirada. Me rasco una sien, sin saber muy

bien por dónde comenzar.

—No soy una persona que demuestre de manera abierta sus emociones. Ya en la escuela

primaria me costaba relacionarme con los demás.

—Háblame un poco más de lo que le ocurrió a tu padre.

—Era una persona muy nerviosa… Aún lo es, aunque es capaz de manejarlo todo

mucho mejor. El trabajo lo era todo para él. Se preocupaba muchísimo, se exigía un montón. Recuerdo que trabajaba hasta muy tarde. Yo era bastante pequeña todavía cuando

en su empresa corrió el rumor de que iban a despedir a una buena cantidad de empleados.

Se le metió en la cabeza que sería uno de ellos y, poco a poco, comenzó a ponerse mal, a

enfermar… Empezó a sufrir manías, a hacer cosas extrañas…

—¿Qué tipo de cosas? —Emma me observa con curiosidad.

—Se lavaba las manos muchas veces al día. Cualquier cosa que le decían le angustiaba

y le daba mil vueltas. Necesitaba tenerlo todo exactamente como él quería.

—¿Sufría de TOC?

—Por ese entonces no sé si se lo diagnosticaron… —Esbozo una sonrisa triste—.

Aunque siempre he pensado que podía ser algo de eso. Fue a un psiquiatra durante bastante tiempo y se medicaba.

—¿Qué hacía tu madre?

—Trataba de minimizarlo todo y procuraba que Javi y yo no nos diéramos cuenta. Para

mi hermano era sencillo, pues era muy pequeño. Yo ya empezaba a entender algunas cosas

y a ver que el comportamiento de mi padre no era del todo normal.

—¿Y lo despidieron?

—No… —Me muerdo el labio una vez más—. En realidad, cayó tan enfermo que tuvo

que dejarlo. Y al final le dieron una pensión.

—¿Fue entonces cuando decidiste que no debías contarles lo del acoso?

—Sí.

Emma anota algo en sus papeles al tiempo que asiente con la cabeza. Suspiro y repaso

el despacho con la mirada, algo incómoda. Desnudarme tanto ante alguien, aunque sea una

desconocida y por un buen propósito, me hace sentir frágil.

—¿Hablaste con alguien de esto? —me pregunta mientras continúa escribiendo—.

¿Con Adrián, por ejemplo?

—No.

—¿Ni con tu madre?

—En casa no se podía hablar de eso. Además, creo que a mi madre le preocupaba que yo imitara el comportamiento de mi padre. Me decía que siempre andaba estudiando, que

una niña de mi edad tenía que distraerse, salir, compartir aficiones con las amigas.

—¿Te molestaba que te dijera algo así? —inquiere, jugueteando con su bolígrafo.

Asiento—. ¿Era ese otro de los motivos por los que nunca le confesaste la verdad de lo que te hacían en el instituto y en el pueblo?

—Puede —respondo en voz baja.

Ni yo misma lo sé. En realidad, fue un cúmulo de cosas. Miedo a su reacción.

Vergüenza por no ser capaz de solucionar yo misma mis problemas. Incomprensión.

Dudas… Yo era tan solo una adolescente que jugaba a ser mayor y que creía que todos los

demás eran los responsables de mi destino. No fui consciente de que una madre siempre

va a estar ahí, en lo bueno y en lo malo, y que, probablemente, no me habría juzgado. No

supe ver que, quizá, mis padres sufrían con mis silencios y con la soledad que me había

impuesto.

—Últimamente pienso mucho en esas chicas —suelto de repente.

Emma se coloca un mechón detrás de la oreja y ladea el rostro, animándome a

continuar.

—Creo que es por la confesión de Adrián, pero la cuestión es que no puedo sacármelas

de la cabeza. Y mucho menos a ella. Al principio estaba enfadadísima, me daba asco pensarlo. Pero ahora… Lo que siento ahora es lo mismo que sentí hace once años.

—¿Qué?

—Que ha vuelto a ganar, aunque ni siquiera forma parte de mi vida. Pero en cierta manera sí lo hace. Y tengo la impresión de que su sombra siempre planeará sobre mí. Por

eso Adrián y yo no podemos…

—Blanca, ella solo será la vencedora en la medida en la que tú se lo permitas. Porque

no es ella la que decidirá qué hacer con tu vida, sino tú.

—Pero…

—El obstáculo ahora no es esa chica. Lo eres tú. —Calla durante un instante para estudiar mi reacción. Esboza esa sonrisa suya tan indulgente al darse cuenta de que he arrugado el morro—. Un brillante filósofo chino dijo una vez que el que vence a los otros

es fuerte, pero que el que se vence a sí mismo es poderoso.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Yo con un sinfín de sentimientos removiéndose en mi interior, a causa de su frase, y ella anotando algo en su cuaderno. Se

levanta la manga de la camisa y echa un vistazo al reloj.

—Hemos terminado por hoy, Blanca. Nos veremos a la vuelta de las vacaciones y espero que regreses con un montón de fotos navideñas con tu familia.

Me deja con la palabra en la boca y con la sensación de que sabe mucho más de mí que

yo misma.

5

Mi madre va de aquí para allá por la diminuta cocina. Nos tropezamos la una con la otra

unas cuantas veces hasta que se enfada y me da un grito como si yo tuviera la culpa. Me

manda salir, pero la convenzo de que no puede hacerlo sola todo.

—¿Dónde diablos se han metido tu padre y tu hermano? —pregunta en un momento

dado con toda su mala leche.

—¿Tú diciendo palabrotas? ¿Qué has hecho con mi madre? —Trato de restar

importancia al asunto con una broma, pero ella bufa—. Mamá, solo somos nosotros cuatro. ¿Qué más da cómo esté la mesa o si lo que has cocinado está perfecto o no?

—Ya sabes que a tu padre le gustan las cosas bien hechas —me recuerda de espaldas a

mí.

—Le gustará lo que hagas y punto.

Mientras coloco unos cuantos canapés en un plato y taquitos de diferentes quesos en otro, reparo en que está cocinando cinco trozos de carne, en lugar de cuatro. Y son enormes. Quizá sea porque a mi hermano le encanta tragar… Aun así veo por aquí demasiada comida.

—Somos cuatro, ¿verdad, mamá? —le pregunto con un tono sarcástico.

No contesta. Se limita a dar la vuelta a los filetes y, a continuación, corre a la nevera y saca una fuente repleta de gambas rojas. Se la arrebato de las manos y me sitúo delante,

para no permitirle que me dé más la espalda y obligarla a contestarme.

—¿Quién viene a cenar con nosotros? —la apremio.

Desvía la mirada unos segundos, aunque después la clava en la mía y alza la barbilla,

como desafiándome. ¡Será posible, qué carácter tiene la buena mujer!

—Nati.

—¿Nati? ¡¿La tía Nati?! —alzo la voz.

—La misma.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¡Porque no habrías venido, y solo me faltaba eso, que mi hija no estuviera aquí con

nosotros en Nochebuena! —exclama poniéndose roja.

—¿Y…? ¿También viene…? —Ni me sale el nombre. Solo de pensarlo, algo se me

revuelve por dentro. Las tripas y… algo más. Una especie de temor y, en cierto modo, de

ilusión.

—No. Pero Nati no me ha dicho por qué.

—¿Quieres decir que iba a cenar sola?

—¡Pues claro! Por eso insistí en que viniera. Le sabía mal, pero no podía permitir que

pasara una noche tan importante ella sola.

Me pregunto dónde estará Adrián y por qué no cena con su madre. ¿Pasará las fiestas

fuera debido al trabajo? Es la razón más plausible. Sin embargo, recuerdo lo importante que era la Nochebuena para él. Siempre me hablaba de lo bien que cocinaba Nati, del regalo que le había comprado con sus ahorros y de que alguna vez teníamos que pasarla

todos juntos. Jamás lo hicimos, por supuesto. Nuestro tiempo se acabó mucho antes de que

pudiéramos compartir una fiesta tan señalada.

Mi madre y yo nos quedamos en silencio hasta que oímos el tintineo de las llaves en la

cerradura, acompañado de unas carcajadas. Segundos después tengo a Javi abrazándome

desde atrás y chillándome a grito pelado que quiere contarme algo. Por el rabillo del ojo

veo a mamá con cara de haber mordido un limón. Mi padre me da un abrazo fuerte y me

quedo rígida, sin saber cómo actuar ante tanta demostración de emociones.

—Adivina quién se va a vivir a Valencia. —Javi coge una loncha de jamón de un plato

y mi madre le grita, pero a él le importa más bien poco.

—¿Tú? —Lo miro con sorpresa. ¡Si adora el pueblo y siempre aseguraba que jamás se

marcharía de aquí porque no quería perder las amistades!

—Estaba hasta los huevos de tener que ir y volver a la uni todos los días. ¡Y me ha salido curro!

—¿Por qué no sabía nada de todo esto? —Miro a mi padre, pero se encoge de hombros.

—Porque vives en tu mundo, hermanita. Eres cara de ver. Y pasamos de llamarte porque siempre nos mandas a tomar por…

—¡Lleva esto a la mesa! —Mi madre le pone en las manos la fuente con los patés.

—Parece que soy el último mono en esta casa —me quejo una vez que Javi ha salido de

la cocina—. Me ocultáis que Nati va a venir esta noche, que Javi vuela del nido…

—Tampoco es que tú nos tengas muy informados de tu vida —me recrimina mi madre.

¡Toma golpe bajo! Se ve que la Nochebuena también puede sacar lo peor de nosotros.

—Haya paz. —Mi padre se cuela entre nosotras y roba un trozo de

jamón, como antes

ha hecho Javi. Si es que son igualitos. Y también se lleva una colleja. Al final mamá lo manda al salón a ver el discurso del rey.

Quince minutos después aparece Nati cargada con un par de bolsas de Mercadona. Mi

madre la mira con expresión interrogante y ella saca un montón de dulces navideños que

me hacen un poco más feliz. Esta noche pienso atiborrarme y ya. Mañana…, bueno, pasado mañana regresaré a mi dieta de ensaladas y bocadillos de pechuga de pavo con pan

de centeno.

—Mi niña… —Nati me abraza con efusividad, y, aunque no me siento cómoda del todo

por lo ocurrido, me dejo envolver por ese olor tan suyo del que Adrián siempre hablaba.

Adrián… Más me vale no pensar hoy en él, aunque me resultará difícil con su madre aquí.

Y nada más. Como si ambas se pusieran de acuerdo, pasan a cotorrear sobre recetas de

cocina. Nadie lo menciona. Mi madre no pregunta por él y Nati no hace ninguna alusión a

los motivos por los que su amiga pasa sola la Nochebuena. Yo mutis también. Como si Adrián no hubiera formado parte de mi vida durante estos últimos meses.

Cuando entramos en el salón mi padre y mi hermano discuten acerca de si en España debería continuar la monarquía o, por el contrario, instaurarse una república. Mi madre les insinúa que si hablan de política pasarán mucha hambre.

Durante la cena tampoco se menciona a Adrián. Ni siquiera Javi, y eso que él siempre

lo tiene en la boca. ¿Hay algo que se me escapa? Muy en el fondo, ardo en deseos por preguntar si se encuentra bien, si está trabajando fuera, si me ha olvidado en tan solo estas pocas semanas… Pero claro, ¿qué sabrá Nati de esto último? ¿Adrián le habrá contado algo? Puede que sí… Porque me ha parecido que, de vez en cuando, me lanza miradas extrañas, como cargadas de intención.

Hacia el final de la cena mamá y Nati se van a la cocina para preparar los dulces sin mí.

Me han dejado en el comedor porque aseguran que no se me da bien decorar los platos. Y

entonces surge. Así, sin más. Es mi padre, para mi sorpresa, quien habla de él. Y lo que

comenta me sienta como una patada en el estómago. Una de esas que te deja sin respiración, ahí doblada como una gilipollas.

—Yo creo que se habrá ido a pasarlo bien con esa chica.

—¿Qué chica, papá? —pregunta Javi.

Todavía está recreándose con la última gamba y un trocito cae en mi servilleta. Entre el

asco que me da y lo que acaba de decir mi padre hasta me sube una náusea.

—Pues con la que lo he visto en un par de ocasiones. —Papá se encoge de hombros y

mira a mi hermano como si fuera tonto.

—¿Lo has visto con una tía? —Se cree que no me doy cuenta porque sé disimular, pero

Javi me lanza una mirada de reojo.

—Una muy guapa. Con tatuajes, como él. Estaban hace unos días tomando algo en la

cafetería de la plaza.

—Si es que cualquiera preferiría mojar la churra que ir a la misa del gallo.

Le doy un capón a mi hermano. Se queja, se lleva unos dedos pringados de gamba al

pelo y maldice al darse cuenta de lo que ha hecho. Se levanta para ir al baño y nos deja a mi padre y a mí solos. Me tiemblan las manos, de manera que las coloco bajo la mesa para

que no se dé cuenta. «Vamos, Blanca, no seas cría. Puede que tan solo sea una amiga. Y si

no, ¿quién eres tú para recriminarle nada? ¿Acaso no fuiste tú quien lo dejó sin darle oportunidad de explicarse?»

—Voy a la cocina a ayudar —me disculpo.

Antes de llegar oigo hablar a Nati; parece nerviosa. Mi madre le contesta en susurros.

Trato de no hacer ruido y me quedo plantada cerca de la puerta

dispuesta a escucharlas.

—Discutimos tan fuerte, María… Fue horrible. Nos dijimos cosas feas, y hacía mucho

tiempo que no sucedía. Desde que era pequeño, aquel día en que descubrió la carta…

—Se le pasará. Adrián te quiere, y estoy segura de que lo de esta noche no ha sido por

hacerte daño, sino porque necesita un tiempo a solas para pensar. Sabes que lo de su padre fue un golpe demasiado duro para él.

—Sí, pero…

—¿Qué haces en plan acosadora, hermanita?

Doy un brinco al oír a Javi a mi espalda. Las mujeres detienen su charla, y me vuelvo

hacia mi hermano y le indico con un gesto que se calle o le cortaré el cuello.

En ese momento mi madre se asoma a la puerta de la cocina y nos lanza una mirada mortífera. Para mí que sabe que he estado escuchando a hurtadillas. Sin embargo, no dice

nada y nos pide que saquemos los platos con los dulces. Han preparado un montón de turrón, polvorones y mazapán, pero se me ha cerrado el estómago. Entre lo que mi padre

ha dicho y ahora esto… ¿Qué está pasando? ¿Por qué siento que todo el mundo me oculta

algo? ¿Por qué han discutido Adrián y Nati, después de tantos años, por su padre? Murió

cuando él era tan pequeño…

Me como un par de mazapanes y un polvorón para que mi madre no se extrañe, ya que

sabe que los dulces me encantan. Javi, cómo no, se atiborra. Brindamos con sidra y, a las

doce menos veinte, mi padre nos avisa de que se va a la misa del

gallo. Nati y mi madre se apuntan.

—Yo he quedado en los pubes. ¿Te vienes, Blanqui?

Niego, cabizbaja. Lo único que me apetece es dormir. O preguntar a mi madre o a Nati

qué sucede. O descubrir que es mentira, que Adrián no está con ninguna chica. O

lanzarme a sus brazos suplicando perdón. Esto último sería muy patético. Así que, siguiendo los consejos de Begoña y, en parte, los de Emma, acepto la invitación de mi hermano.

La acepto porque en mi interior hay un leve atisbo de esperanza de ver a Adrián. Nada

más lejos de la verdad. Nunca le gustaron los pubes. Los odiaba muy mucho, tanto la música como a la gente que los frecuenta. Sin embargo, las personas cambiamos…, ¿no?

—Me mudo después de fiestas a la capi —dice Javi en cuanto estamos en la calle.

Asiento en silencio. Él continúa charlando emocionado sobre que va a compartir piso con unos compañeros de la facultad y que ya tienen planeadas un montón de juergas. Pero

yo… Yo solo pienso en la última vez que las manos de Adrián sostuvieron mi cuerpo. En

el último día en que sus labios comieron de los míos. Y… lo echo de menos. Me arrepiento de mi ataque de histeria, locura o lo que fuera. Me siento imbécil, cobarde, dañina para los demás y para mí misma.

Si me paro a pensarlo de manera objetiva, tampoco hizo algo tan horrible. Al fin y al

cabo, él no estaba al corriente de todo lo que había sucedido. No sabía a ciencia cierta lo

que me hacían, pero… Es que es imaginarlo juntos, besándola, compartiendo saliva con ella, tocándola como hizo conmigo, susurrándole cosas que quizá me dijo a mí también, estableciendo una intimidad que debería haber sido solo nuestra… Adrián estaba enfadado

por mi marcha fortuita, y eso lo comprendo. Sin embargo, los moratones que esa chica dejó en mi cuerpo, las horribles palabras que me dedicó a mí y a mi familia, el absoluto

desprecio, hacer que nadie quisiera acercarse a mí… Todo eso ha podido más. El pasado

ha sido más fuerte que mis ganas. Él sí era consciente de que se metían conmigo, pero pensaba que era cosa de críos. Y, en realidad, nunca lo fue. No es cosa de críos que una

chica le grite a otra que es una gorda y que no la querrá nadie. No lo es que la tachen de puta. No son tonterías que la arrinconen sin ningún motivo y que la golpeen. No puede serlo, y me parece horrible que mucha gente lo consienta o que no le den importancia.

Adrián se enteró más tarde y no por mí. Nunca le confesé que el acoso era mucho más grave. Él pensaba que solo me dejaban de lado. Aun así tenía más opciones. Había más chicas. ¿Por qué ella?

—¿Me estás escuchando, pava? —Javi agita una mano delante de mi cara.

—¿Qué? —parpadeo. Reparo en que hemos llegado a los pubes.

—Mis amigos han escrito en el whatsapp que ya están dentro. ¿Me prestas algo de dinero para unas copas? Este año tardan con la beca y ando tieso.

Saco el monedero del bolso y le tiendo un billete de veinte euros. Javi me estampa en

una mejilla un beso de lo más baboso. Forcejeo para apartarlo mientras chilla que soy la

mejor hermana del mundo.

—¿Crees que estarán ahí…? —Me corto antes de terminar. Si las buitronas han acudido

a los pubes, bien por ellas. Eso no va a poder conmigo. Ya basta.

—¿Quiénes?

Cojo del brazo a mi hermano sin contestarle y lo meto en uno de los pubes. A los pocos

segundos nos vamos a otro porque sus amigos se encuentran en él. Me saludan con efusividad, sobre todo el chico con el que bailé de forma poco decente en las fiestas del

pueblo. Esta noche no. No probaré ni un dedo de alcohol. La última fiesta, el cumple de

Sebas, fue la gota que colmó el vaso.

Javi y los chicos se marchan a la barra para pedir. El pub está atestado y la gente no cesa de empujarme una y otra vez. Sus amigas bailotean animadas y comentan qué harán

en Nochevieja.

—¿Qué planes tienes para fin de año, Blanca? —me pregunta Lucía, con la que tuve más trato la otra vez.

—No lo sé con seguridad. Saldré con unos amigos, aunque no está claro dónde.

—¡Este año Javi nos deja plantados! —se queja otra de las chicas.

—¿Y eso? —Arqueo una ceja. Pero si mi hermano no puede vivir sin su pandilla…

—Ha hecho nuevas amistades en la capi, ¡y ya ves! ¡Ahora ya no nos quiere!

—Porque está enchochado. —Lucía se acerca para hacerse oír—. ¡Esa tía lo tiene pillado de los huevos! ¿Qué piensas tú?

Me quedo mirándola sin saber qué responder. No tenía ni idea de que Javi saliera con

alguien. Es más, la última vez que estuve en el pueblo tonteaba con una de su grupo. No

obstante, como Lucía espera mi opinión con una sonrisa y no quiero dar la impresión de

ser de esas que no sabe nada acerca de su hermano, contesto:

—Ya es mayorcito. Que se las apañe —suelto. Todas me miran horrorizadas. Claro, a ellas no les gusta que Javi los haya cambiado por otros amigos, así que me apresuro a añadir—: Pero vamos, que me parece fatal que no pase la Nochevieja con vosotros.

Sonríen, más animadas. Se ponen a conversar acerca de lo calzonazos que son algunos

hombres. Una se queja de que su novio piensa más en su madre que en ella. Otra menciona que hay un tío por el que está coladita, pero que él prefiere a una que no le hace ni caso. Me limito a asentir, fingiendo estar también muy ofendida. Ay, si supieran de la

Blanca de antes…

Javi regresa con dos cervezas. Me entrega una como si fuera él quien invitara, ¡menuda

cara! Aun así se lo agradezco y me arrimo a su cuerpo para sonsacarle algo de esa chica,

pero uno de sus amigos lo rodea con un brazo y se ponen a dar brincos, con lo que pierdo

la oportunidad. Chupitos por aquí, cubatas por allá, todo gracias a que sus padres o sus abuelos han hecho de Papá Noel, y una hora y media después ya van lo bastante mal y son

incapaces de mantener una conversación coherente. Yo solo me he bebido la cerveza y, mientras ellos bailan, chillan y se divierten, recorro el atestado pub por si descubro algún rostro familiar. Y no, no los de las buitronas, sino el de Adrián. Pero como era de esperar, ni rastro.

Al ser Nochebuena la cosa se alarga más de lo normal y a las cuatro de la madrugada la

gente todavía está disfrutando. A mí los dedos de los pies se me han agarrotado por culpa

de los tacones y los siento como garras. A las cuatro y cuarto empieza a sonar la mítica

canción de *Feliz Navidad* y la multitud enloquece. Gorros de Papá Noel vuelan por los aires. Alguien derrama un cubata sobre el vestido de una de las amigas de Javi y uno de

los chicos busca pelea. Menos mal que los otros conservan el sentido común y lo evitan.

A las cuatro y veinticinco abandonamos el local. Casi todos

trastabillando, gritando tonterías o aferrándose a los brazos de sus amigos para no caerse. Lucía se tropieza con un vaso de plástico y se engancha a mi pelo, con lo que casi me deja calva. Se pasa cinco minutos dándome besos y pidiéndome perdón, y no sé cómo quitármela de encima hasta

que Javi me coge de la mano y se despide de ellos con la mayor cara de borracho del mundo.

—¿Por qué no vas con ellos en Nochevieja? —le pregunto mientras regresamos a casa.

—Porque me aburre hacer lo mismo de siempre —contesta con una sonrisa de pánfilo.

—¿No habría sido mejor uniros todos? Con esos chicos de Valencia y ellos… —insisto.

—Blanqui, mis colegas de la uni son diferentes. Además, estos quieren quedarse aquí y

pasar la noche en casa de Vicente. A mí eso me resbala.

Lo miro con cara de circunstancias. Aprovecho para insinuarle algo sobre chicas y, cómo no, cae. Le encanta comentar sus ligues, por eso me ha parecido extraño que no me

hubiera contado nada antes.

—¡No sabes lo buena que está! Y además es lista. Lo tiene todo.

—¿Por qué no me habías hablado de ella?

—Estamos en esa primera fase, probándonos, ya sabes.

Pues no, no lo sé. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Que no van en serio? Lucía y las demás

han asegurado que bebe los vientos por ella. Y a mí se me antoja que también, porque se

tira todo el camino alabando sus cualidades… Con cualidades me refiero a las tetas y el

culo, y los labios y…

—No hace falta que entres en más detalles —le ruego cuando empieza

a describir lo buena que es en la cama.

Se ríe, el muy cretino, y a continuación me rodea la cintura con el brazo y se pone a cantar a grito pelado un tema de Héroes del Silencio, uno de sus grupos preferidos en las

noches de borrachera. Y siempre escoge la misma canción.

—«He oído que la *noshe* es toda magia. Y que un duende te invita a *soñarrr*.» —Alarga tanto y con tanta fuerza la «r» que parece King África con su « *bailarrr, bailarrr*».

—¡Baja la voz! —le regaño—. ¿No ves lo tarde que es?

—¡Menuda aguafiestas de los cojones eres, Blanqui! Si no bebes, eres una aburrida —

dice riéndose.

—¡Eso no es verdad! —protesto.

Se le afloja tanto la risa y lleva tanto alcohol en el cuerpo que temo que se mee encima.

Y, como si adivinara lo que estoy pensado, me suelta la cintura y se arrima a un árbol al

tiempo que se baja la bragueta. Por poco le veo su cosita. Menos mal que tengo buenos reflejos y me doy la vuelta a tiempo.

—¡Venga, tía! ¡Como si fuera la primera polla que ves!

—Las que veo no me producen pesadillas —me mofo, y Javi suelta otra carcajada que

retumba en la noche.

—Tienes que venir más. Para salir juntos más a menudo. Me lo paso guay contigo —me

dice cuando termina mientras trata de pellizcarme las mejillas.

Le aparto las manos con un gesto de asco y saco las llaves del bolso porque estamos a

punto de doblar la esquina. Un montón de tíos apretujados en un coche nos pitan y gritan

algo que no logro entender.

—¡Cuidado, que es mi hermana! —vocifera Javi, pero le tapo la boca con una mano.

—No despertemos a los papás. Sabes que no les gusta nada vernos llegar borrachos.

—Pero ¿tú también vas borracha? —Trata de fijar la vista para mirarme, pero se tambalea.

Cuando me dispongo a abrir la puerta oigo el ruido de una moto. Y como si se tratara de

un aviso todo mi cuerpo se pone en tensión. Me quedo quieta, con la punta de la llave en

la cerradura y los oídos aguzándose.

—¿De verdad no te apetece que continuemos la fiesta? —Una voz femenina, de esas sugerentes, empalagosas… Vamos, esa voz que ponemos las tías en plan guarrindongas para conseguir algo.

—¿Abres o qué? —me espeta Javi, impaciente.

Pero entonces, otra voz, una masculina, provoca que la mano me tiemble. Apoyo la libre en la puerta y cierro los ojos, diciéndome a mí misma que no debo oír más.

—Depende de qué tipo de fiesta me propongas…

Me doy la vuelta muy despacio, con el temor de tener a Adrián a tan solo un metro. No obstante, lo descubro en la esquina por la que hemos venido, aparcado al lado de un coche

de color rosa. ¿En serio? ¿Rosa? ¿El coche de ella? ¿De esa chica que sostiene un casco

entre las manos y que se inclina hacia delante de manera provocativa?

Javi sigue la dirección de mi mirada y esboza una sonrisa ilusionada.

—¡Pero si es…! —Le impido terminar la frase estampándole la mano en la boca.

No nos han visto. Y no quiero que lo hagan. Un fuego horrible me quema en el estómago al ver que la chica se acerca un poco más a

Adrián, lo suficiente para que sus

narices se rocen. Ella ha bajado la voz, de manera que ya no entiendo lo que dice, aunque

en la noche reina el silencio. Así que era verdad lo que mi padre contaba… Tan solo puedo contemplarla de perfil, pero me parece muy guapa. Y familiar. Sé que la he visto antes.

Adrián la toma de las caderas y la pega a su cuerpo. El vientre me arde más. Y el corazón me brinca en el pecho. Me duele. Estoy celosa. Enfadada. Confundida. Recuerdo

las veces en las que subí a la moto de Adrián, las ocasiones en las que me besó encima de

ella, cómo mi sexo palpitaba demandando más, la manera en que me frotaba contra el asiento para calmarme. ¿La habrá besado a ella también de la misma forma que a mí?

Y justo en ese momento Javi da un paso adelante y no llego a pararle los pies.

—¡Adri! —exclama.

¿Es que no se da cuenta el niñato este de que está interrumpiéndolos? Y debería alegrarme, porque parecían a punto de besarse.

No obstante, ambos vuelven el rostro hacia nosotros, y cuando Adrián me descubre, dibuja un gesto de sorpresa y se aparta de la chica. Aprecio sus músculos en tensión, como a la espera de que yo haga algo. El nudo que noto en el estómago aprieta más y siento que, si continúo presenciando esta escena, me pondré enferma. Así que no se me ocurre otra cosa que apartar la mirada, abrir la puerta (o luchar para abrirla, ya que las manos me tiemblan) y meterme en el portal. Corro hacia el ascensor, pero como está en el último piso no espero a que baje y empiezo a subir la escalera como una loca. La respiración se

me queda presa en los pulmones y al llegar arriba me falta tanto el aire que tengo que detenerme y apoyarme en la pared. Un montón de puntitos negros aparece ante mis ojos.

Cuando me repongo me lanzo a la puerta de casa. Doy un portazo sin tan siquiera pensar en que mis padres puedan asustarse. Entro en mi habitación como si alguien me

persiguiera. Abro el armario y, para mi sorpresa, todavía anda por ahí lo que estaba buscando. La ropa que Adrián me prestó aquella vez que corrimos juntos y el CD de los

Ramones que me regaló cuando éramos unos críos.

Por unos instantes ardo en deseos de coger unas tijeras y romperlo todo. Sin embargo,

me controlo. Lo que me cuesta más es dominar las lágrimas. Me siento en la cama con esos objetos en el regazo. Los observo como si fueran irreales y los manoseo hasta comprender que no lo son, que ahora mismo son más reales que yo. Tan reales como esa

chica que está en la calle, como Adrián, como el beso que estaban a punto de darse. Tan

jodidamente reales como los pinchazos que noto en el pecho.

No me doy ni cuenta del momento en que Javi entra en casa.

Cuando vuelvo a la realidad ya ha amanecido, y todavía estoy sentada en el borde de la

cama con la ropa y el CD en las manos y con la sensación de que en lo único en lo que me

he equivocado es en lo que más he querido.

6

Puede que lo haya hecho a propósito. Posiblemente la parte más gilipollas de mí haya

decidido que estaría muy bien hacer que se sintiera mal, demostrarle que yo también puedo ser egoísta y que no me costará acostumbrarme a vivir sin ella.

¿Existe alguna manera más estúpida de engañarse a uno mismo?

Tras haber discutido con mi madre la semana pasada decidí que no pasaría con ella la

Nochebuena. En realidad, lo único que me apetecía era pasarla solo en mi piso, emborrachándome hasta perder el sentido y quedarme después dormido con la guitarra entre las manos. Pero entonces una actriz y compañera, la misma con la que Blanca me vio en el restaurante más caro del pueblo hace unos meses, sacó a relucir que este año no

tenía ganas de cenar con su familia porque iban a casa de un tío con el que se lleva fatal.

Y, aún no sé por qué, le propuse quedar. Su respuesta no se hizo esperar: a los dos minutos mi móvil vibraba con un montón de emoticonos de caritas felices y corazones.

Anaïs es una de las mujeres más sexis que conozco, y solo alguien que no tuviera ojos

en la cama o que fingiera ser políticamente correcto lo negaría. Es una de esas chicas seguras de sí mismas, con un cuerpo de escándalo, con los pechos y el trasero bien puestos y unos labios de caramelo que te hacen pensar que te la comerá como nadie. Además, es

una descarada; me refiero a que ella misma sabe lo que provoca en los demás y lo exagera

hasta límites insospechados.

Nunca he tenido nada con ella y no por falta de ganas, porque, qué caray, soy un hombre y cuando alguien me roza con unas tetas así o bebe de una pajita con esos morros

me la pone dura. Y eso es ley de vida, es natural; no significa que yo sea un salido o un

guarro. Anaïs se ha insinuado más de una vez y yo, de manera sutil, la he rechazado porque no me gusta mezclar sexo con trabajo. Pero la obra ya ha terminado y ya no nos

une ninguna relación laboral, así que… Tampoco es que estuviera pensando en follármela cuando le propuse quedar. No tenía ganas porque juro que solo pienso en Blanca.

Únicamente pretendía cenar juntos, solo eso, de verdad, hablar de teatro, reírme, mirarle

las tetas un rato porque seguro que se iba a poner escote, olvidarme

de la discusión con mi madre y de lo cabrón que había sido por dejarla sola en Nochebuena, beber alguna cerveza

que otra, escuchar música y, por último, acompañarla a su coche y despedirnos.

Anaïs, como buena seductora, se ha pasado la noche soltándome pullas, arrimándose a

mí, poniéndome el culo en la cara a la menor ocasión y metiéndome mano. Tampoco es

que yo la haya parado, pero me he controlado. Y ha habido un momento en que, después

de estas semanas tan jodidas, hasta me he empalmado. Pero ya está. Porque, no sé muy bien los motivos (bueno, sí los sé pero no quiero darles vida), no me apetecía meterla en

mi cama.

Y casi a las tres y media de la madrugada, con unas cuantas copas en el cuerpo y muchas confesiones, Anaïs se ha soltado la melena y ha empezado a contarme sus experiencias íntimas, tal vez imaginando que charlar sobre sexo me estimularía más. En cierto modo lo ha logrado, hasta que me ha relatado su primera vez y he pensado en la mía, y Anaïs me ha preguntado por ella, y le he mentido y le he dicho que fue desastrosa,

como la de muchos adolescentes, cuando en realidad cada vez que pienso en esa primera

vez mi cuerpo se desborda, me arden las venas y me endurezco de tal manera que no hay

quien calme eso.

Mi mente ha volado hacia esa adolescente que consiguió volverme loco sin apenas hacer nada. He visualizado a aquella Blanca de caderas anchas y pecho pequeño, a esa de

anticuadas y feas gafas, a la muchacha de boca roja y carnosa, mucho más preciosa que la

de Anaïs. Y es que creo que jamás me toparé con unos labios como los de Blanca, tan esponjosos, tan hechos para hacerme ver las estrellas y

empalmarme con tan solo imaginarlos en mi sexo. He recordado a esa joven seria, insegura, solitaria, asqueada y enfadada con la vida y con los demás, y algo ha botado en mi pecho.

Me había prometido no dejarla entrar en mi cabeza de nuevo. Ni a aquella Blanca ni a la

de hoy. Pero por lo visto no hay manera. Y me he cabreado. Por su actitud. Por la mía de

mierda. Por ser los dos tan gilipollas. Y puede que suene extraño o enfermizo, pero el mosqueo me ha puesto cachondo, y cuando Anaïs ha aprovechado mi distracción y me ha

besado, no la he rechazado. He jugado con su lengua hasta estar seguro de que su sexo se

había humedecido. Y después, como imbuido por una fuerza macabra, le he dicho que era

mejor no ir más allá, y ella ha hecho un puchero, pero no ha insistido.

Hemos salido de casa a por la moto porque me ha confesado, como una niña, que le encantaría subir en ella. Y me ha parecido perfecto acompañarla hasta el coche que, qué

casualidad, le dije que aparcara cerca del piso de mi madre. Porque quería alzar el rostro y contemplar el balcón de la casa de Blanca iluminado por las luces que pone María. Porque

deseaba rememorar esas noches en las que mi madre y yo nos acercábamos a felicitarlos.

Porque algo en mí me aseguraba que ella estaría allí, pasando la Nochebuena con la familia, y que, de esa forma, podría sentirla más cerca. Pero no esperaba encontrármela. O

sí. No lo sé.

Lo que sí que no esperaba era su reacción. Javi me ha llamado y, al volver la cabeza, ha

sido a ella a la primera persona a la que he visto, como si su cuerpo y su cara fueran un

imán para mis ojos. Solo han sido unos segundos, pero he temblado por dentro y por fuera

y, estúpido de mí, he esperado que Blanca echara a correr hacia nosotros, apartara a Anaïs de un empujón y sustituyera los labios de mi compañera por los de ella. Sin embargo, me

ha dedicado una mirada vacía, como si ni siquiera me conociera, y se ha metido en el portal. Me he cabreado más y he deseado pedir a Javi las llaves, perseguirla, estamparla

contra la pared y adueñarme de su cuerpo, que sus manos me tocaran otra vez, follármela

tan a lo bruto que comprendiera que ningún hombre iba a hacérselo así y que era más mía

que de nadie. Pero no es la verdad. Porque la hice mía hace mucho, y hace poco también,

y es mejor que no me engañe porque Blanca no pertenece a nadie, por mucho que esté grabada a fuego en mi corazón, en mi piel y en la sangre de mis venas.

Y mientras Javi me hablaba, Anaïs se rozaba de manera disimulada, y he imaginado que

era Blanca, que esas pequeñas caderas eran las suyas, tan plenas, tan perfectas para mis manos. Y unos minutos después nos hemos despedido porque él iba muy borracho, y yo

también. Yo de rabia, de excitación, de dolor y de ausencia. Y he susurrado a Anaïs que

había cambiado de opinión y que la quería en mi cama. Me dolía la entrepierna de pensar

en hundirme en Blanca.

Y ahora estoy aquí, en mi piso, en mi habitación, de pie y de espaldas a la puerta, con

Anaïs arrodillada ante mis pantalones. Me los baja. La miro y ella me dedica una sonrisa

lasciva. Me siento sucio, pero ya no puedo detenerme. Apoyo una mano en su cabeza y la

guío hasta acoplarla a mi sexo. Ella abre la boca y se lo mete entero. Sin contemplaciones.

Cuando se lo saca, tengo el rastro de su pintalabios. Por un instante me digo que esto es

una puta mierda y que soy el tío más rastrero del mundo, que estoy cometiendo el mismo

error que hace años, y tengo un amago de gatillazo que justifico ante Anaïs alegando que

hace mucho frío y que tiene los dedos helados.

Así que se apiada de mí y aparta las manos, me las apoya en el trasero y se dedica a lamerme, a succionarme, a pasarme la lengua de una manera espectacular y, al fin, diez minutos después vuelvo a estar medianamente preparado.

—Vamos, no te cortes —susurra mientras me mira con esa cara de muñeca fatal—.

Córrete en mi boca —me pide, y mi erección vibra en su lengua.

Cierro los ojos y jadeo. Enredo los dedos en su largo pelo moreno y tiro de él. Anaïs gime y succiona con más fuerza. Imagino los pechos de Blanca, pequeños y rosados.

Imagino su sexo, apretado y cálido. Imagino que es su boca la que está comiéndome.

Dios… La veo a la perfección en mi mente con el ceño fruncido, con su cara seria y preocupada. Y eso casi me excita más que la experta manera en que Anaïs me está practicando sexo oral.

Abro los ojos de golpe, maldiciendo para mis adentros. Maldita Blanca. ¿Es que nunca

va a desaparecer de mi cabeza? Fijo la mirada en los tatuajes *old-school* de Anaïs.

Siempre me ha excitado hasta límites insospechados una mujer tatuada, con piercings, de

estilo *pin-up*. Sin embargo, solo una y completamente distinta me ha vuelto loco de deseo y de más, de mucho más.

—No pares. Más rápido —ruego a Anaïs con el apremiante deseo de correrme en su boca, como si eso fuera a exorcizar todos mis fantasmas.

Anaïs acelera los movimientos de la mano y se la mete casi hasta la garganta. Menuda

boca tiene la chica. En otras circunstancias estaría gritando como un poseso, pero ahora mismo lo único que hago es concentrarme, apretar los dientes y empujar. Arrastrarme hacia la culpa.

Al fin me voy, y ella traga sin rechistar e incluso se pasa la lengua por labios, sin apartar los ojos de los míos. La veo recostarse en la cama, abrirse de piernas y mostrarme su sexo perfectamente rasurado. Es una invitación de lo más apetecible, aunque me muevo como

un autómata. Me acuclillo ante ella y paso mi lengua por sus muslos. Anaïs gime, se retuerce y suelta unas cuantas palabras subidas de tono. Le separo los labios con los dedos y hundo mi nariz en su sexo, se lo olfateo y, a continuación, lo pruebo. No sabe igual. No tiene el aroma del de ella. Sin embargo, continúo. Y Anaïs me coge del pelo y grita una y

otra vez de manera escandalosa.

—¡Dios! —exclama apretándome la cabeza entre los muslos—. Quiero que me folles.

Bien duro, Adrián.

Me abalanzo hacia el cajón y saco un preservativo. Me subo a la cama y, a horcajadas

sobre ellas, me pongo la protección. Me recibe con los brazos y las piernas abiertos. Tiene que ayudarme de nuevo durante un buen rato. Al menos la chica tiene paciencia y, al fin,

vuelvo a estar más o menos preparado. Está tan húmeda que puedo clavarme en ella de una estocada. Fuerte. Duro. Como me ha pedido. Ni rastro de cariño y mucho menos de

amor. No podría hacerlo así con nadie más que con Blanca.

Le mordisqueo un pezón, me meto en la boca sus pechos, grandes y redondos. Tan distintos de los de ella. Anaïs jadea, contonea las caderas para aumentar el ritmo de mis

embestidas. Cierro los ojos y hundo la nariz en su cuello, aspirando su aroma. No encuentro nada en él que me remueva las entrañas.

Anaïs me coge del pelo y me obliga a mirarla, pero no quiero, así que la atrapo de las

caderas y, con un movimiento rápido, la coloco a cuatro patas y me sitúo detrás. La oigo

reírse, murmurar algo como que soy un cerdo y que le encanta, que hacía tiempo que no se

la follaban así. Y me prometo que voy a hacerlo mejor porque, al fin y al cabo, no tiene

culpa de nada.

Me concentro en su bonita y colorida espalda tatuada, me engancho a su trasero, se lo

estrujo, le separo las nalgas para introducirme en ella con otra embestida, tan fuerte que la lanzo hacia delante. Anaïs apoya la cara en la almohada y ahoga un grito que, a pesar de

todo, resuena en la madrugada. Los vecinos, si están despiertos, se habrán escandalizado.

—¡Más fuerte! —chilla.

Mi vientre choca contra su trasero y ese sonido logra que me concentre en ella, en las

sensaciones que está provocándome y, al fin, disfruto. Noto placer. Mi sexo palpita dentro del suyo, tan resbaladizo que me engulle. Gruño y ella me devuelve un gemido. Me agarro

a su estrecha cintura para adentrarme aún más. El cabecero de la cama choca contra la pared y ella se ríe. Estoy concentrado, con los ojos fijos en el movimiento de su trasero, aunque casi ni lo veo.

Estiro el brazo para coger uno de sus pechos. Lo masajeo en mi mano, le pellizco el pezón. Anaïs menea el culo hacia delante y hacia atrás, con lo que mi sexo se adentra aún

más.

Y al fin me corro. Dejo escapar un jadeo. Noto que su sexo se contrae, recibiendo mis

espasmos y, por sus gritos, adivino que ella también ha acabado. Sin

quererlo, cierro los

ojos. Y en mi cabeza vuelve a dibujarse un cuerpo que no es el de Anaïs, una mirada que

no es la suya. Recreo en mi mente el tacto de una piel que va a costarme mil y una vidas

borrar. Pero lo lograré. Si ella no regresa a mi vida, debo olvidarla. Lo he intentado, y no

ha querido. Llegará un momento en que podré acostarme con una mujer sin que mi corazón me juegue una mala pasada.

Caemos en la cama, agotados y brillantes por el sudor. Anaïs, satisfecha y sonriente. Yo,

un farsante. Se queda a dormir. Caigo en un sueño intranquilo y, al despertar, ella ya no

está. Me ha dejado una nota en la que solo hay la marca de sus labios rojos.

Doy vueltas en la cama, sin ganas de levantarme. Cuando lo hago es más de mediodía.

Los pies me llevan hasta la ducha y, mientras el agua caliente resbala por mi piel, dibujo una vez más los carnosos labios de Blanca. Los imagino rodeando mi polla. Me la agarro

y observo mi mano unos segundos. Luego la muevo con suavidad hasta ponerme más duro

que una piedra. Y la imagino besándome como solo ella sabe, con ansiedad, miedo y fiereza. Diciéndome que menudos gilipollas somos y que qué error y enfado más tontos.

Desnudándome temblorosa. Desvistiéndose, libre de cualquier duda. Ofreciéndose en mi cama. Mis dedos deslizándose en su sexo. Sacudida, tocada y hundida por las sensaciones

de tenerme dentro. La pienso encima de mí, meneando esas caderas plenas y con el cabello revuelto. Con los labios húmedos, suplicándome más, regalándome palabras sucias

que me ponen a mil.

—No pares… Por favor… —murmuro bajo el agua, imaginando que es ella la que me

lo pide.

Y yo jamás pararía. Jadeo, acelerando los movimientos de la mano. Nunca me

detendría. Me correría. Ambos lo haríamos. Como ahora mismo… de verdad, con ganas

absolutas, con todo el cuerpo, con la piel, con la sangre de mis venas. Echo la cabeza hacia atrás, conteniendo un jadeo.

—Blanca…, ¿qué coño me has hecho?

Apoyo la frente en las baldosas de la ducha. Dios, vuelvo a ser ese adolescente que se

masturbaba pensando en la chica de sus sueños porque no podía tenerla.

7

Quítale la botella a esta yonqui del alcohol! —brama Begoña.

Le saco la lengua y corro hasta el otro extremo de la cocina, donde con una rapidez increíble me sirvo otro chupito y me lo bebo de un trago, sin dar la oportunidad a Sebas de que me lo quite. Suelta una carcajada, y Clau, su novia, me observa con el ceño fruncido.

—Deja a la muchacha que disfrute —dice él mientras dispone embutidos en una

bandeja.

—¿Es que no recuerdas lo que le pasó en tu cumpleaños o qué? —Begoña se cruza de

brazos y adopta un gesto enfadado.

—Vamos, que hoy es Nochevieja… Lo que ocurra en casa de Sebas queda en casa de

Sebas. —Me guiña un ojo y sonrío, triunfal.

Clau se limita a sacudir la cabeza y a comprobar cómo va en el horno la quiche que está

cocinando.

Nos hemos reunido en el piso de Sebas, que, por cierto, es enorme y precioso, para celebrar la última noche del año. En el salón cotorrean con música de fondo algunos de sus amigos, todos ellos muy majos. Begoña y yo hemos preferido acompañar a los anfitriones a la cocina para ayudarlos, aunque yo más bien estoy ayudando a que el alcohol baje. Clau es bastante simpática… Con todos, excepto conmigo. Me parece que no

le caigo en gracia. Lo primero que he pensado es que al darme dos besos ha olfateado, como un animal, que su novio y yo tuvimos un rollete. «Pero… nena —me dan ganas de

decirle—, fue el más breve del mundo, y gracias a eso ambos nos dimos cuenta de lo que

realmente queríamos. Solo que él triunfó, y yo estoy más sola que la una con esta botellaza de tequila en la mano.» Justo en ese momento Begoña me la arrebata y la mete

en la nevera.

—Menuda petarda estás hecha —le digo.

—El tequila es el mal, Blanca.

—No, guapa. La cazalla es el mal —la corrijo.

—Con una botella en la mano te conviertes en un peligro, sea de lo que sea.

—Solo estoy calentando motores —me quejo, y me acerco a la bandeja de embutidos que las dos hemos traído y que Sebas ha dispuesto la mar de bonita. Cojo una rodaja de

chorizo ibérico y la engullo con placer.

—Lo que haces es intentar ahogar tus penas en alcohol y comida. —Begoña está hoy cortarrollos total. Con lo que ha sido ella, por favor. ¿No quería que volviera la Blanca de antes?

—No es la mejor manera —murmura Claudia. Otra que tal. No me conoce lo bastante

para ponerse a opinar de mi vida.

—Cada uno lo hace como sabe y puede —me defiendo.

—Y yo lo hice genial. —Sebas atrapa a su chica de la cintura, la pega a su cuerpo y hunde la nariz en su cuello.

Begoña se lleva una mano al pecho, muerta de ternura, y yo me doy la vuelta y finjo que me meto dos dedos en la boca. Esta noche romanticismos no, gracias.

—En serio, chicos, sois amor. Me encantáis —les dice, y la tía se acerca y los abraza de

manera efusiva.

Luego me indica con un gesto que me una a ellos y lo hago, claro, porque, si no, es capaz de montármela. ¡Cuánto le gustan las escenitas de chachi pandi! Al separarnos añade:

—Alguien aquí debería seguir vuestro ejemplo.

—Claro que sí, Begoña. Voy a arrodillarme, a suplicarle que me dé una segunda oportunidad porque fui gilipollas y después me lanzaré a sus brazos, me estrechará entre

ellos y nos fundiremos en un beso de película mientras suena la BSO de *Oficial y caballero* —me burlo, y aprovecho que me da la espalda para sacar el tequila de la nevera y darle un trago así como quien no quiere la cosa. Me pilla amorrada a la botella.

—¿No te has planteado si eres alcohólica? —se mofa la muy cabrónida.

—¿Qué ocurrió realmente, Blanca? —pregunta Sebas en ese momento.

A él todavía no le he contado nada. Viene hasta la nevera, coge tres botellines de cerveza; se queda uno y entrega dos a las chicas, aunque Clau la rechaza. A mí no me ofrece nada, como tengo el tequila en mano… Me apresuro a guardarlo para no parecer una alcohólica de verdad.

—Que huyó con el rabo entre las piernas, como siempre —se adelanta Begoña.

—¡No hice eso! —me quejo con un bufido.

—¿Te encontraste con Adrián? —Sebas da un sorbo a su cerveza y asiento.

—Sí, ya parece algo habitual… También yo hice por encontrármelo, pero me salió el tiro por la culata.

—¿Y eso?

—Estaba acompañado. —Carraspeo al notar que la voz se me quiebra.

Hay un antes y un después desde esa noche; aun así, mencionarlo me cuesta, y eso que

me he propuesto hablar de ello con naturalidad, como si la cosa no fuera conmigo. No sé

si Emma me propondría una terapia como esta, pero me la he impuesto sola, en plan masoca. Tras amanecer con el CD de los Ramones y su camiseta en las manos, sin haber

pegado ojo y con una losa en el estómago, pensé que era una auténtica tonta y que, de una

vez por todas, debía dejar atrás ciertas cosas. Me propuse no amargarme más. Ese día lo

conseguí con la magnífica comida de Navidad de mi madre. El resto, a base de salir a correr como una loca y de trabajar a todas horas. Y de convencerme de que ir a la mía se

me da la mar de bien.

—¿Y qué hiciste?

—Me subí a casa.

—¿No lo saludaste ni nada?

—¡Por supuesto que no! Después de esa carta que me dejó podía tener alguna

esperanza. Pero al verlo con una tía ¡ni hablar! No al menos tan rápido.

—Tú esperabas que estuviera en su casa llorando por los rincones y

que acudiera a ti como un perrito. —Begoña me apunta con el botellín.

—¡¿Quieres dejar de pintarme como un monstruo?! —le recrimino—. ¿Qué va a pensar

Claudia de mí? —La miro y ella se encoge de hombros, aunque esboza una pequeña sonrisa.

—¿Y no te paraste a pensar que, quizá, era una amiga?

—De eso no tenemos los hombres —interviene Sebas con cara de pillo, y Clau pone los ojos en blanco.

—Lleva razón —suscribo. Begoña pone cara de haber olido un pedo y sacude la cabeza

—. Además, al día siguiente caí en la cuenta de que esa tía me sonaba porque era con la

que cenaba aquella noche que me lo encontré en el restaurante de mi pueblo.

—¿Y…? —Begoña estira el cuello—. ¿Qué pasa con que fuera esa?

—¡Bego, por favor! —exclamo perdiendo la paciencia—. Estaban a punto de besarse, y

me pareció que ella se rozaba con él.

—¿Y qué que lo rozara? ¡Ni que eso fuera un síntoma evidente de amor eterno!

—¡Pues no sé si lo será o no, pero desde luego sí pronostica que luego follarían como

conejos!

Clau abre los ojos, sorprendida por nuestro vocabulario. Ambas nos excusamos con una

sonrisa. Sebas niega con la cabeza y se encoge de hombros cuando su novia lo mira con

expresión horrorizada.

—No les hagas caso.

—Tú misma lo dijiste —me encaro con Begoña, quien apoya las manos en la cintura y

me mira con la cara ladeada—. Que lo dejara seguir con su vida. Y eso hice, y es lo que

pienso seguir haciendo. No es para mí. Y yo… desde luego no soy buena para él.

Begoña murmura por lo bajini algo como «A tomar viento fresco». Nos pasamos un rato

sin hacernos caso la una a la otra, hasta que Sebas y Clau salen de la cocina para ir llevando los platos al salón y nos dejan solas. Mi amiga se me acerca con sigilo y me abraza desde atrás. Me aparta del cuello unos mechones y me balancea.

—Lo siento, cariño. Solo quiero que seas feliz. Lo entiendes, ¿no?

—Yo sí, pero la que no entiende esto eres tú. Y es normal, Begoña. Porque tengo claro

que tú, directamente, no habrías permitido esta situación. Pero yo lo hice… Y ahora estoy

así y… No quiero compadecerme de mí misma. No quiero llorar más porque no me pega y

porque no es sano.

—Quién sabe qué habría hecho yo en tu lugar. Y no, yo tampoco quiero que llores.

En ese momento suena el timbre y ella, con los ojos brillantes, da unas palmadas. Sebas

nos propuso invitar a quien quisiéramos. Yo añadí cero invitados a la lista, pero Begoña comentó que se lo diría a unas amigas.

—¡Yo abro! —exclama, y me da un empujón para abrirse paso, pero la sigo con una sonrisa.

Tres mujeres, que tendrán más o menos nuestra edad, nos saludan con unas botellas en

la mano. Oh sí, más alcohol. Adoro a las amigas de Bego. Conozco a dos de ellas. En alguna ocasión hemos salido juntas, aunque no

muchas, ya que yo no era muy dada a ir en

grupo. Hasta que he conocido a Sebas y, miradme, aquí estoy con un montón de peña, socializando sin el objetivo de encontrar un pene.

Tras ellas aparece un hombre muy alto, de cabello rubio y bien peinado, ojos claros y

aspecto de estirado. Lleva traje y parece extranjero, aunque cuando nos saluda con un marcado acento valenciano descarto por completo esto último.

Begoña presenta a sus invitados uno por uno, describiéndolos con una frase, tal como a

ella le gusta hacer.

—Y este es Fer, el notario más atractivo del mundo.

Las amigas de Sebas, incluida Clau, sueltan unas risas y hacen turno para plantarle dos

besos en la cara. Cuando llega el mío, una corriente eléctrica me atraviesa al juntar las mejillas y me obliga a dar un paso atrás. Fer esboza una sonrisa traviesa, que contrasta con su aspecto de hombre serio y formal.

—Me has dado calambre —me disculpo.

—No hace falta que lo digas. He visto hasta las estrellas.

Nos echamos a reír. No suelen gustarme los tipos como él, con ese pelito tan ordenado,

ese traje impecable y esos aires de «No he roto un plato en mi vida». Aunque dicen que

esos son los peores… No obstante, con este hombre ha sido distinto. Quizá hayan sido esas arruguitas que se le marcan al sonreír o esas manos tan grandes y masculinas que se

han posado en mis caderas al saludarme, pero he sentido algo raro, como serenidad y, al

mismo tiempo, curiosidad.

No cruzamos ninguna palabra más porque Begoña lo coge del bracete

y lo aleja de mí

para presentarlo a los hombres. Sin embargo, cuando dan las diez y Clau anuncia que la

cena está lista me sorprende que sea él quien tome asiento a mi lado.

—¿No te da miedo notar otro calambre? —pregunto en un intento por hacerme la

simpática.

—Oh, no. En realidad, que me den calambres en el cuerpo es una de mis filias ocultas

—responde muy serio. Lo miro con cara de circunstancias, sin saber qué contestar, hasta que sonríe y hago lo mismo—. Nada, es una broma mala…

—¡No, no! Es que esta noche estoy lenta de reflejos —me disculpo un poco

avergonzada.

Begoña, que se ha sentado con sus amigas al otro extremo de la mesa, no nos quita el

ojo de encima. Mientras los otros charlan y apenas prueban la comida, yo me atiborro. Ni

siquiera me importa que Fer me mire, de vez en cuando, de reojo.

—Es maravilloso que las mujeres no se recaten a la hora de comer —dice en un momento dado, como si esperara que le diera conversación.

—Disculpa. Es que está todo buenísimo —respondo con la boca llena. Eso y que, desde

Nochebuena, mi estómago se ha convertido en un agujero sin fondo. Termino de tragar una gamba, me limpio los dedos con la servilleta y me vuelvo hacia él—. Así que eres notario…

—Y tú abogada —dice. Lo miro con sorpresa y esboza un gesto picarón que le otorga

un aspecto mucho más relajado y sexy—. No, no tengo poderes sobrenaturales, si es lo que te estás preguntando. Begoña me lo

comentó.

—¿De qué la conoces? Nunca te había visto con ella ni me había hablado de ti.

—Soy el hermano de Carla. Trabajaron juntas un tiempo. —Señala a la chica bajita de

cabello oscuro.

—No os parecéis en nada. Ni en mil años lo habría dicho.

—En realidad, no somos hermanos de sangre. Mi padre se casó con su madre. Pero tenemos muy buena relación.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—Begoña propuso a Carla que me invitara. Iba a pasar la noche en familia, pero esta también me pareció una buena opción.

Estiro el cuello para mirar a mi amiga, quien me guiña un ojo y me saca la lengua. ¿No

será este uno de sus planes maquiavélicos para buscarme pareja? Sería extraño después de

lo mucho que me ha tocado las narices con el tema de Adrián, aunque siendo ella, a saber.

Nos comemos los dulces charlando sobre cine, música, la vida, el trabajo. Le gustan las

películas de terror, como a mí, y también Lana del Rey. ¡No puedo creerlo! Y mucho menos cuando asegura que en la actualidad es una de las cantantes con temas más

profundos. También adora la música clásica (asegura que no se pierde ni un concierto) y le encanta ver fútbol. Bueno, esto a mí ni fu ni fa. Me hablan de *Las cuatro estaciones* y automáticamente pienso en una pizza y no en una composición clásica, y el fútbol me aburre sobremanera. Pero le gusta Lana, y con eso ya podría ser el tío más inútil del mundo que daría igual. También me comenta que es una persona muy familiar y que todos

los domingos va a casa de sus padres a comer. Eso tampoco lo tenemos en común, aunque

yo lo esté intentando.

Tras las campanadas ya he descubierto que no bebe (en cuanto a mí, durante la cena he

bebido unas cuatro copas de vino, en el postre varios chupitos de mistela y después de las uvas mi copa llena de cava hasta el borde), que no sale apenas (¿qué hará un sábado por la noche? Ah, sí, los conciertos de cámara…) y que la comida china no es de sus favoritas (y

yo mañana, con la resaca, seguro que encargaré un rollito de primavera, pollo agridulce y

tallarines con ternera para mí sola). Pero da igual, porque se sabe de memoria casi todas

las canciones de Lana del Rey y me lo demuestra cuando reproduzco *Ride* en el Spotify.

—¡Que es Nochevieja! —exclama Begoña, que ya ha abandonado sus aires de mujer

formal y sostiene en la mano su cuarto chupito de tequila—. ¡Quítame esa música de adolescentes traumatizados!

Sebas y ella discuten porque uno quiere poner rock y la otra a Raphael y, cómo no, gana

mi amiga en esa lucha encarnizada. En cualquier caso, todos acabamos cantando a coro *Mi gran noche*, y de ahí pasamos a *Vivir así es morir de amor* de Camilo Sesto y a *Por qué te vas* de Jeanette. Clau, que tampoco está tan seria como antes y a quien la falda se le va subiendo poco a poco en parte debido al alcohol y en parte a los sobeteos que le pega Sebas, nos anuncia que tiene una sorpresa preparada. Un karaoke. Hacemos parejas y a Begoña le toca con una de las amigas de Sebas el mítico tema de O-Zone, *Dragostea Din*

Tei. Nos descojonamos en su cara. Hasta Fer, que parece tan serio, sonríe. A mí me juntan con él para cantar *Barbie Girl* de Aqua, y se me sale el gin-tonic por la nariz cuando pone la misma voz de hombretón que el cantante y desafina como un gato al que le han pillado

sus partes.

—¡Y yo que creía que todos los notarios eran unos aburridos! —

exclamo junto a su oído un rato después, cuando el karaoke termina y ponemos música de pachangueo.

—Ya, como eso de que los abogados son unos tiranos, ¿no? —Sonríe y las arrugas en

los ojos le dan un aire de lo más atractivo.

En ese momento empieza a sonar *El taxi*, una de esas canciones de reguetón que dan

vergüenza ajena pero que a Begoña le encantan cuando sale de fiesta y tiene más alcohol en vena que sangre. Lanza un grito, se pone a bailar como una loca y de inmediato tiene a

dos de los amigos de Sebas meneándose con ella. Ay, ilusos, si supieran que los hombres

le producen jaqueca… La veo apartarse con disimulo y acercarse a una de las amigas de

Sebas, una rubia muy mona. No es lista ni nada mi Bego.

—«Yo la conocí en un taxi, en camino al club… Yo la conocí en un taxi, en camino al

club. Me lo paró. ¡El taxi! Me lo paró… ¡El taxi!» —canta con golpes de melena. Me hace

aspavientos con la mano para que me acerque—. Vamos, Blanca, ¡demuéstranos tus dotes

de bailarina!

Y como yo también llevo en sangre una ingente cantidad de alcohol me arrimo a ella con un vaivén de caderas y nos ponemos a bailotear como las jamonas que salen en el videoclip de la canción (en serio, no tiene desperdicio).

—«¡Ella hace de todo to to to to to…!» —exclamamos todos, cada uno con su propia

coreografía.

Clau pega el culo a Sebas, las amigas de Begoña dan saltos, esta se arrima a la rubia (creo que la pobre está asustada)… Yo me vuelvo hacia Fer y me encojo de hombros.

—No tenemos vergüenza —declaro. ¿Y qué? Me lo estoy pasando bien y la tristeza que

acarreaba ha desaparecido casi por completo. No es malo querer ser feliz, eso es lo que siempre me dice Emma.

Como veo que Fer está parado, me acerco y lo cojo de una mano para que se una.

Lástima; lo intenta, pero no se le da muy bien. En realidad, tiene menos ritmo que una pandereta rota y baila como si hubiéramos regresado a los años cincuenta, aunque fatal.

Me río en su cara sin mala intención y, al final, como me da algo de pena, opto por que

vayamos a uno de los sofás para charlar, que parece que eso se le da mejor.

—¿Cuál es tu canción favorita de Lana? —le pregunto medio recostada porque noto un

ligero mareo. Fer me quita el cubata de las manos y lo deja en la mesa que hay delante de

nosotros—. ¡Eh! Que conste que yo no soy así… Es que me han puesto las botellas delante —digo riéndome sola. Trato de incorporarme, pero al final caigo hacia atrás y mi

cabeza rebota en sus rodillas. Eso todavía me hace más gracia—. ¿Te importa que me quede así un rato? Pero no te muevas tanto, anda, que me da angustia.

—No estoy moviéndome, Blanca —dice mientras se inclina para mirarme a la cara. Me

río otra vez y sacude la cabeza, aunque con expresión divertida—. Me encanta

Summertime Sadness. Es melancólica, pero al mismo tiempo tiene mucha fuerza.

—¡Oh, por Dios! Muero de amor. —Me llevo las manos al rostro y me lo cubro, emocionada como una chiquilla—. Creo que también es mi canción preferida. El videoclip

es tan deprimente y hermoso a la vez… —Cierro los ojos y sonrío—. Si

Begoña me oyera,

diría que soy una macabra.

—No. Eres una persona con sentimientos.

Ladeo el rostro para observar a Fer, quien me mira muy serio. ¿De verdad lo soy? ¿Los

tengo? Porque, en más de una ocasión, me he visto como un robot autoprogramado para

no sentir, para no vibrar, para no emocionarse.

—Me caes bien, Fernando —le digo. Alzo una mano para tocarle la barbilla, pero se me

cae como un peso muerto y acabo dándole una especie de bofetada—. ¡Lo siento! —me

disculpo mientras me incorporo. Por suerte, se echa a reír.

Cuando los demás ya han ido acoplándose por sillones y camas para dormir, nosotros todavía estamos charlando. Bromeamos sobre ir a ver al cine la segunda parte de *The Conjuring*, una película de terror que me encantó. Fer es ingenioso, dulce y formal. Me siento en calma al oír su voz y su sonrisa me inspira calidez. Mientras me cuenta anécdotas del trabajo, me digo que quizá sea el tipo de hombre que necesito en mi vida.

Uno que me ofrezca estabilidad, y no me refiero a estabilidad económica ni nada por el estilo, sino a un equilibrio interior, emocional, que me ayude a reconducirme y a encontrarme, a vivir como en una balsa, serena, sin sobresaltos ni emociones fuertes, sin

miedos ni dudas. Uno que no me transportara al pasado y que no me doliera por dentro.

Luego me digo que es una tontería lo que estoy pensando, pues apenas lo conozco y hasta

hace nada estaba bien jodida.

A las ocho de la mañana Begoña me pide que la acompañe hasta su casa porque le ha

sentado mal algo de la cena. ¡Y qué más, bonita! Lo que le ha sentado

mal son los chupitos de tequila y los gin-tonics. La espero a la puerta del baño mientras hace pipí, aunque creo que está haciendo aguas mayores porque no me ha dejado entrar, lo que es raro en ella.

Fer se acerca a mí con andares un tanto tímidos.

—Ha sido un placer conocerle, señor notario más sexy del mundo. —Me inclino hacia

delante como en una reverencia.

Se pasa la mano por el pelo en un gesto nervioso.

—Oye, que… lo de antes lo decía en serio.

—¿Qué?

—Lo de ir al cine.

—Ah…

Trago saliva. No sé yo si… ¿Blanca yendo al cine con un tío? ¿Y en estas extrañas circunstancias? No obstante, me recuerdo que no he pensado en Adrián mientras estaba con Fer, y eso me otorga una pequeña esperanza y bastante seguridad.

—¿Qué te parece?

—Pues no sé. Con tanto trabajo…

—Te entiendo. A veces me parece que mi pareja es mi profesión. —Sonríe y se le marca

un hoyuelo de lo más sensual en la barbilla.

Ay, Blanca, que te ponen a un maromo atractivo delante y ya no hay nada que hacer, te

sale la bicha que llevas dentro.

—Pues dame tu número, y si eso te llamo. —Hete aquí uno de mis trucos preferidos para escaquearme.

No obstante, Fer, que parece bastante listo, dice:

—Soy bastante tradicional. Me gusta llamar a mí.

Nos quedamos en silencio. Está claro que sabe que he usado una excusa. Me mira sin

borrar la sonrisa, con las manos en los bolsillos y aire nervioso. ¿Qué puede pasar? Solo es ir al cine. En el fondo, si lo pienso, no es un plan tan malo. No lo he hecho nunca y, a mis treinta años, ya va siendo hora.

—Dame tu móvil —le pido.

Fer asiente y de inmediato se saca de un bolsillo el teléfono. Le anoto mi número. Y no

uno falso, que conste. De todo esto puede salir algo bueno, algo como que yo siente la cabeza.

—Gracias.

Se inclina hacia mí, posando una de sus enormes manos en mi cadera, y otro calambre

nos hace dar un brinco.

—¡Vaya! —exclamo entre risas.

—Hacemos que salten chispas… —bromea.

Y asiento, siguiendo su broma. Pero no… La verdad es que no saltan. No como cuando Adrián me toca. No como cuando Adrián me mira. No como cuando, simplemente, tengo

a Adrián cerca. Me asesto una bofetada mental. Toda la noche sin pensar en él y ahora…

Justo en ese momento oímos una arcada. Begoña me grita desde el interior del baño que

se va a morir y que se le ha caído el móvil al retrete. Me despido de Fer y me apresuro a

socorrerla y, en cierto modo, a socorrerme a mí misma.

Cuatro días después, Fer me telefoneó. Aunque no para ir al cine, sino para ver la cabalgata de los Reyes Magos con unos amigos suyos que tienen hijos. Titubeé, me quedé

en silencio y después le pregunté si Begoña podía acompañarnos. No pareció molesto por

la inclusión de una persona que no pintaba nada en ese plan, pero como iba más gente tampoco resultó tan raro. Al principio mi amiga se negó, aunque al recordar que habría críos acabó aceptando porque es muy niñera. Fer quiso recogerme en mi piso, a lo que me

negué con la excusa de que Bego y yo iríamos antes de compras. Al final quedamos en el

centro, cerca de la estación, y como él ya se encontraba allí, a Begoña y a mí no nos dio

tiempo de charlar sobre nada. Nos divertimos bastante… hasta que un caramelo de lo más

gordo impactó en mi ojo izquierdo y un poco más y me lo deja a la virulé. Fer se ofreció a llevarme a casa para mirármelo, pero volví a escaquearme.

Cinco días más tarde me llamó de nuevo. Ya habían estrenado la segunda parte de *The*

Conjuring. Pero le di la excusa de que pronto tenía un juicio muy importante. Y que conste que era verdad. Justo al día siguiente había quedado con mi cliente, un hombre bastante pudiente que ya lleva tres divorcios a sus espaldas y cuya última esposa no parecía dispuesta a ceder como las anteriores. Tuve que disculparme ante Fer por posponer

el cine, pero al final lo entendió. Luego el juicio fue bastante bien. De hecho, me gané unas cuantas palmaditas en la espalda por parte de Saúl, quien bromeó con que el cliente

quería seguir trabajando conmigo y con que en breve nos consultaría para otro divorcio.

Sin embargo, a la quinta propuesta de Fer (en las dos anteriores alegué que debía visitar

a mi madre, algo que no era cierto, pero como él es tan familiar le

pareció maravilloso) tuve que aceptar. ¿Qué más excusas podía inventarme? Además, en el fondo solo estaba

retrasando el encuentro por miedo, dudas y, en cierto modo, vergüenza. No quería que la

gente pensara que no tenía sentimientos y que me sobreponía con demasiada rapidez a lo

que me había ocurrido. Y con «gente» me refiero a Sebas y a Bego, por supuesto. El primero me tranquilizó diciendo que solo se trataba de ir a ver una peli y la segunda aseguró que si Adrián se había metido en las piernas de otra yo hiciera lo mismo.

—¿De verdad no piensas que es muy pronto? —insistí nerviosa.

—A ver, cariño, ¿qué problema hay en que quedes con un tío? La vida son dos días, y si

te pilla la muerte mejor que sea con las bragas por los tobillos.

—Pero tú defendiste tanto a Adrián… —le recordé.

—Eso no quita que también crea que debes pasar página si tu intención es olvidarlo.

Así que acepté quedar con Fer y fuimos a ver la película. Llegué antes y compré dos bebidas y una caja enorme de palomitas, pero entonces me acordé de que me había comentado que no soportaba que la gente hiciera ruido masticándolas, de manera que, en

cuanto lo vi entrar por la puerta del cine, me apresuré a regalárselas a un niño que correteaba por allí. La madre se deshizo en agradecimientos.

—Qué gesto más bonito, Blanca —comentó Fer con una tierna sonrisa —. Para que

luego digan que los abogados no tienen corazón.

Tuve que contener una carcajada. Después fuimos a cenar a un restaurante italiano e insistió en pagar. Qué tradicional todo. No hubo copas, por supuesto. Me produjo risa interior que pidiera agua con gas. Siempre me ha parecido algo extraño. Y cuando a la una, más o menos, me acompañó a casa… se despidió con un simple beso en la mejilla.

No estoy acostumbrada a algo así, por el amor de Dios. Solo hay dos hombres en el mundo que se despiden de mí de esa forma: mi padre y Javi.

El sábado siguiente fuimos a la ópera. Tuve que preguntar a Begoña qué ropa debía ponerme y eligió uno de mis vestidos más sobrios, negro y hasta debajo de las rodillas.

Pensé que era aburrido, pero a Fer le pareció precioso. Esa noche ocurrió algo más: me besó en los labios. Fue un beso tierno, lento… Y corto. Se apartó de mí rápidamente y me

quedé esperando más con la boca abierta y los ojos cerrados, como una gilipollas.

Tampoco es que quisiera que me la metiera allí mismo, pero sí que hubiera algo más de

toqueteo. De todas formas, aunque había sentido cosquillas en la entrepierna, no me había

resultado del todo convincente y, una vez más, mi mente navegó hacia unos ojos verdosos

y unos dientes delanteros un poquito más grandes.

—Entonces ¿todavía no te lo has zumbado?

Begoña da un manotazo en la mesa y se echa a reír. La miro con mala cara. Ambas hemos tenido una semana dura en el trabajo y hemos decidido quedar este sábado para comer. Justo esta noche tengo otra cita con Fer, y necesitaba hablar con ella y exponerle

mis dudas.

—¿Y si no le gusto?

—Para nada, cielote. Estoy segura de que a Fer le encantas, lo que pasa es que es un hombre de lo más tradicional. Lo que me extraña es que no te abalanzaras sobre él y le bajaras los pantalones.

—¿Cómo iba a hacerlo? Me puso nerviosa. No quería parecer una desesperada.

Además, no ha estado tan mal. No sé, tampoco he sentido la imperiosa

necesidad de tener

sexo.

—¿No te pone?

—Claro que sí. Me atrae, y mucho. Pero también me apetece hacer otras cosas con él.

Otras que no impliquen poca ropa y una cama.

Begoña enrolla unos espaguetis cargados de salsa de tomate, se los lleva a la boca y los

mastica con lentitud al tiempo que me observa.

—¿Te ha comido la cabeza la loquera? —me pregunta una vez que ha tragado.

—¡Por supuesto que no! —Chasco la lengua—. Pero ¿qué te crees? Yo también soy capaz de tomar mis propias decisiones. Supongo que Fer y yo estamos conociéndonos.

—Y dime, ¿vale la pena lo que estás descubriendo? —Me mira con ojos brillantes. Ella

fue la artífice de nuestro primer encuentro, ¿no? Ni siquiera se lo he preguntado porque me conozco a la perfección todas sus artimañas.

—Disfruto con él. Y me siento tranquila a su lado. En serio, transmite serenidad. Hacía

tiempo que no trataba con una persona así.

Begoña me observa sonriente, aunque noto algo extraño en ella, como si realmente no

creyera lo que le estoy diciendo. Asiente con la cabeza y continúa con su plato de pasta.

Ataco mi pizza, que está a medio comer.

—Yo también he conocido a alguien —me dice con una sonrisa un tanto extraña. No parece alegre, por cierto.

—Ya me imaginaba, por lo que me contaste… Bueno, más bien por lo que no me

contaste —le suelto con ironía.

—¿Alguna vez has pensado en que solemos fijarnos en las personas más contrarias a nosotros?

La miro con los ojos muy abiertos. ¿De verdad está preguntándome esto? Como si se contestara a sí misma, se echa a reír. A mí también me da la risa tonta.

—Lo siento, Blanca —se disculpa al tiempo que se limpia los labios. Sacude la cabeza,

negando una y otra vez—. Menuda pregunta más estúpida.

—Ajá… Pero creo que encierra una respuesta muy cierta.

—He conocido a alguien que no se parece en nada a mí.

—¿Y qué hay de malo en ello? Si yo estoy animada con Fer, ¿por qué tú no?

—Es que es mucho más difícil.

—¡No me digas que te gusta un tío! —exclamo inclinándome hacia delante.

Begoña me mira con el morro arrugado y una expresión de horror. Suelta una carcajada.

—¿Estás loca? Para que un tío me gustara, tendría que tener unas tetas bien grandes y

unas piernas largas y bonitas.

—Eres una salida y una superficial —me meto con ella en broma.

Begoña chasca la lengua.

—Por eso acabamos siendo amigas. Me lo viene a decir la que se ha ligado a los tíos

más jamelgos de la ciudad.

—Puede, pero Fer, por ejemplo…

—Fer… ¿qué? El tipo no está mal. —Se encoge de hombros—. Es guapo, ¿no?

—Sí, pero no me fijé en él por eso.

—Entonces ¿por qué?

—Lo primero que me atrajo de él fueron sus manos. Grandes, masculinas…

—Para cogerte bien mientras te empotra.

—¡Que no, Begoña! Aunque ahora que lo dices… —Se me escapa una risa—. Pero no

me cambies de tema. Estábamos hablando de esa persona que has conocido, tan diferente

a ti, y no sé por qué no me explicas ya qué es eso que os hace tan distintas.

Mi amiga se apoya en el respaldo de la silla y echa un vistazo a nuestro alrededor. Casi todas las mesas se han vaciado ya, y percibo por las miradas de los camareros que están

deseando que nosotras nos larguemos también.

—Pues verás… —Bego se inclina hacia delante y me indica con un dedo que haga lo

propio.

—¡No me hagas sufrir más! Sabes que soy una cotilla.

—Ella está casada —susurra.

—Vaya —musito.

—Sí.

—Bueno, pero… ¿vais en serio? No sé, existen los divorcios y…

—Blanca, el problema es que ella está casada con un hombre.

Me quedo callada, sin saber qué decir. Por Dios, cuánta razón tenía al insistir en que son muy distintas.

—Pero ¿a ella le gustan las…?

—Pues por la forma en que me besaba, creo que sí.

—¡¿Ha engañado a su marido?! ¿Lo sabías cuando…?

Agita la mano ante mi rostro para que baje la voz. Asiento con la cabeza y le pido disculpas.

—Sí.

—Y… ¿cuánto hace que os conocéis?

—Hace bastante. Es la hija de una vieja amiga de mi madre.

Esbozo un gesto de horror. Con la mala relación que tienen Begoña y ella, solo faltaba

algo así. Si su madre se enterara, pondría el grito en el cielo. Casi que desterraría a su hija o… qué sé yo.

—Y tiene tres hijos.

Abro la boca, totalmente sorprendida. ¿En qué lío se ha metido mi amiga? Y si ha tardado tanto en contármelo, es porque para ella esto es serio, porque, en cierto modo, la avergüenza y le da miedo.

—¿Qué sientes por esa mujer?

—Me ha gustado siempre, Blanca. Pero era como un amor platónico, no sé. Ella nunca había dado señales de que le atrajeran las mujeres. Y… quizá solo ha sido un desliz porque tiene problemas de pareja.

Nos quedamos en silencio. Por mucho que Begoña esté tratando de mostrarse fría, racional, tranquila, estoy más que segura que por dentro le duele. Esa mujer es importante para ella. Lo adivino en sus ojos.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Lo habéis hablado o…?

—La semana que viene nos veremos. Y entonces le pediré que se aclare. No estoy dispuesta a ser su pasatiempo, o lo que sea… Me gusta… Yo… siento cosas fuertes por ella. Cuando me besó, porque lo hizo ella, fue tan especial…

Admiro la decisión de mi amiga. Alargo una mano para posarla sobre una suya y hacerle ver que estoy a su lado y que la ayudaré en lo que sea, aunque no sé muy bien cómo. Todavía me rondan la cabeza las palabras que Adrián me dijo, aquellas de que soy

una persona que tan solo piensa en sí misma. Pero no es cierto, me

preocupo por los demás. Quiero apoyar a Begoña en todo.

Mientras tomamos el café la noto más nerviosa que de costumbre. Si hasta está rasgando su sobre de azúcar en un millón de trocitos…

—¿Ocurre algo más?

—Es que tengo otra cosa que contarte.

—Pues tú dirás.

—Voy a dejar el bufete.

—¡¿Qué?! ¡¿En serio?!

Me inclino hacia delante y a punto estoy de tirar la taza. Hoy todo son sorpresas. ¿Tan

encerrada en mí misma me ha visto Begoña que no se ha atrevido a confiarse a mí antes?

—Estoy harta de trabajar con un amigo de mi padre. Siento que no puedo ser quien soy

y que me dan casos precisamente por él. Quiero demostrarles que yo sola puedo ganarme

la vida, y muy bien. Que tengo cabeza, tesón y capacidad —me dice con pasión mientras

la observo boquiabierta.

—Y… ¿qué han dicho tus padres? ¿O todavía no se lo has contado?

—Mi madre no lo sabe. Y mi padre me apoya. Hasta está dispuesto a ayudarme.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Voy a montar mi propio despacho —me anuncia con una sonrisa orgullosa.

—Pero ¿tú sabes lo difícil que es hoy en día conseguir clientes?

—Blanca, yo ya tengo una buena cartera de clientes. Conozco a mucha gente, y esa gente conoce a otra. Además, lo he hablado con algunos compañeros de profesión y están

encantados de formar parte del equipo.

—Vaya —respondo con una sacudida de la cabeza.

—Y quiero proponerte que tú seas una de las socias.

—¡¿Yo?! —exclamo al tiempo que me señalo con un dedo.

—No veo a ninguna otra excelente abogada por aquí. —Me guiña un ojo.

—Bego…, ya sabes que le debo mucho al despacho en el que estoy. No puedo irme así

como así.

—Ponte todas las trabas que te apetezca, pero sabes que formaríamos un equipo

perfecto.

—Y, además, no dispongo del dinero suficiente para ayudarte en…

—De eso no te preocupes. Pondrías lo que te venga bien, y luego ya veríamos. Piénsalo,

Blanca. Nuestra vida se construye a partir de las decisiones que tomamos. Y yo sé que la

mía es la acertada y que si no fueras la más idónea para acompañarme en mi nueva aventura no te diría nada. No lo hago porque seas mi amiga. Ahora estamos hablando en

términos profesionales.

Da el último trago a su café y mira la hora en el caro reloj de pulsera que lleva. Es precioso. Desde hace mucho se lo envidio. Se levanta con una enorme sonrisa en la cara,

se sitúa a mi lado y me da un beso en la mejilla.

—No tienes que responderme ahora. Voy a hacer las cosas poco a poco y con calma.

Pero ¡tampoco te demores un mundo! —suelta con una risa.

La sigo con la mirada hasta la salida del restaurante. Tan segura en su

manera de caminar, en sus decisiones, en todo. Cuando repartieron valentía, Bego se quedó con la mejor parte. Puede que vaya siendo hora de que yo busque la mía.

9

Fer está hablándome. Oigo su voz muy lejana y apagada. Despego la vista de la ventanilla, de todas las luces que iluminan la noche de Valencia, y la poso en él, quien me sonríe de manera paciente. La verdad es que, desde que hemos salido de casa, estoy bastante ausente. Reparo en que ha detenido el coche y veo que nos hallamos en un aparcamiento.

—¿Estás bien, Blanca?

—Sí. Bueno, no. Ay, no sé. No es que esté mal, solo despistada.

—¿Ha ocurrido algo en el trabajo?

—No exactamente. Es que hoy Begoña me ha propuesto algo.

—¿Y ese algo te preocupa?

—Sí. —Me muerdo el labio inferior, pensativa. En realidad, con Fer es sencillo conversar—. Va a montar su propio despacho y quiere que sea su socia.

—¡Pero eso es fantástico! —exclama, y de verdad parece que le alegre.

—¿Tú crees?

—Yo abrí mi propia notaria, junto con un amigo, hace ya casi cuatro años, y no me arrepiento. Fue la mejor decisión de mi vida. Bueno, esa y haber aceptado la invitación de Begoña en Nochevieja —dice con una sonrisa pícara.

—Es que es todo tan repentino…

—Soy de pensar muchísimo las cosas, pero esa decisión, no sé por qué, la tomé enseguida. Mi amigo y yo lo hablamos una noche, casi como de broma, y al día siguiente

ya estábamos haciendo planes en serio. A veces las decisiones rápidas

son las más acertadas.

Me gusta la forma de pensar de Fer. Es inteligente, maduro, sensato, pero al mismo tiempo parece tener esa chispita de locura que todos necesitamos en nuestra vida para sacar adelante proyectos que nos asustan.

—¿Adónde me has traído? ¿Vamos a cenar en un aparcamiento? —bromeo, desviando

el tema. Esta noche no quiero hablar de trabajo.

—¿No te gusta? He reservado mesa en la plaza E, junto a ese Toyota que ves ahí. Dicen

que es la que mejor vistas tiene.

Me río y apoyo la cabeza en el respaldo. Sí, con Fer todo es serenidad y sencillez. Lo

miro durante unos segundos, fijándome en sus dientes perfectos (¿llevará fundas?), y, para mi sorpresa, se inclina sobre mí, me toma de la nuca y me besa. Y menudo beso. Qué diferente a los anteriores. Apasionado, incluso con algún jadeo que otro por parte de los

dos, y con mucha lengua. Pero entonces, cuando estoy pasándole la mía por sus dientes,

me vienen a la cabeza los de Adrián. No tan perfectos. Un poco más grandes de lo habitual. Y un Adrián enorme se instala en mi cabeza.

—¡No! —exclamo, y me aparto con la intención de que se vaya de ahí, a un lugar oscuro.

—Lo siento, Blanca. De verdad, perdona. Me he emocionado y… no he podido

contenerme. —Fer trata de excusarse a toda costa, creyendo que mi reacción se debe a su

beso.

—No, no. No ha sido por ti. En serio, que no —insisto al ver que se ha ruborizado.

El silencio nos inunda por unos instantes. «Por favor, Blanca, qué estúpida eres. Por una

vez un hombre te interesa para algo más que para follar y lo asustas.» Bueno, vale, no es la primera, pero la anterior salió tan mal que necesito borrarla de mi mente. Me muerdo el

labio inferior, sin saber muy bien qué hacer, hasta que Fer me da otra sorpresa abalanzándose de nuevo sobre mí. Hunde los dedos en mi pelo y me atrae hacia su boca.

El beso vuelve a ser húmedo, pasional, hambriento. Me acaricia el cuello con la otra mano. Me estremezco. Introduzco la lengua en su boca y nos pasamos un buen rato jugueteando, expandiendo nuestros sabores, tomándonos nuestro tiempo para conocerlos.

Pero ¿qué le pasa hoy? Había llegado a pensar que en la cama sería uno de estos tipos más

sosos que un pez muerto. Cuando se aparta, ambos tenemos el cabello revuelto, los labios

mojados. Y estoy cachonda, para qué mentir. El bulto en su pantalón me avisa de que a él tampoco le ha resultado indiferente.

—Salgamos, porque si no… —Carraspea, y me río para mis adentros.

Querrá aparentar que es un hombre formal, pero vamos, con esos besos, con esa lengua… Y con ese culo. Porque, ahora que me fijo, lo tiene muy bien puesto.

No salimos a la calle, sino a un portal. Me quedo mirándolo con extrañeza. Me devuelve una sonrisa nerviosa.

—Te he traído a mi casa. Espero que no te moleste. No voy demasiado deprisa,

¿verdad?

Por poco le suelto que he estado en la casa de muchos hombres la primera noche, pero

por suerte me contengo. Niego con la cabeza.

—He preparado la cena yo —me dice una vez que entramos a su piso. Grande, con muebles de aspecto caro, todo muy ordenado y sobrio, como él. Si no fuera por esos besos

que me ha dado antes…

—Me parece perfecto. Voy a descubrir tus dotes culinarias.

«Y espero que otras», pienso. Me enseña el resto del piso. Dos baños, grandes y preciosos. Una habitación con una cama enorme y hecha a la perfección. Un despacho con

un montón de libros, aunque la mayoría de Derecho notarial, y una mesa repleta de papeles ordenados. Una cocina con una isla en el centro que me parece maravillosa.

Supongo que me he quedado embobada mirando todo, porque se acerca por detrás y doy

un brinco al notar su rostro cerca de mi cuello. Y esta vez no me aparto como he hecho

con otros hombres. Otro paso más en la búsqueda de una Blanca que supere sus movidas.

—¿Te gusta lo que ves? —Me atrapa de las caderas para darme la vuelta y dudo de si

ahora se refiere a su piso o a él mismo.

—Sí —respondo. Sí a las dos cosas, por supuesto.

Me pongo de puntillas, dispuesta a besarlo. Me recibe con una sonrisa. Su mano derecha desciende un poco, hasta llegar a la parte baja de mi espalda. Deseo que descienda más y lo logro al introducirle la lengua en la boca. Me acaricia el trasero con suavidad. Y

cuando suspiro en sus labios me aprieta contra su cuerpo. Está duro. Muy duro.

—¿Comemos? —me pregunta.

—¿No lo estamos haciendo ya? —murmuro con coquetería.

—Prefiero que tú seas el postre —dice con voz ronca.

De esta noche no pasa. He descubierto que este hombre sí me excita y eso es algo bueno, ¿no? Significa que podré olvidar a… En fin.

Nos apartamos a regañadientes. Me ofrezco a ayudarlo mientras descorcha una botella

de vino que imagino que será para mí porque no bebe, pero ya lo

tiene todo preparado. En

el salón nos aguarda una mesa con una vela en el centro. Vaya, qué romántico es todo.

¿Estaré a la altura? Me noto nerviosa mientras lo espero sentada a la mesa con las manos

en el regazo. No sé cómo comportarme. Me regaño en silencio. Por lo que he conocido hasta ahora de Fer, parece una de esas personas que no juzga a los demás. Todas las veces

que nos hemos encontrado he estado relajada, así que esta cita no tiene por qué ser diferente.

—¿Te gusta la comida india?

—Sí, claro —asiento, tratando de aparentar tranquilidad—. ¿De verdad la has preparado

tú?

—Me gusta mucho cocinar. He tenido que aprender a hacerlo para llevar una dieta equilibrada. Si fuera por mi trabajo, me alimentaría a base de comida basura —me explica

al tiempo que me sirve una copa de vino blanco. Un Vaquos Verdejo de Bodegas Pinord,

considerado uno de los mejores de España. ¿Se habrá molestado en hacer averiguaciones y

comprarlo para mí? Si es así, qué detalle.

—Tienes razón. Cuando estoy muy liada en el bufete como mierdas —suelto, toda fina.

Fer se me queda mirando con el ceño fruncido. Ahora que lo pienso, todavía no le he oído

soltar ningún taco—. Dime, ¿qué es esto? —me apresuro a preguntarle señalando uno de

los platitos.

—Es biryani. Arroz basmati con yogur y cebollas, curri de pimiento verde y berenjena

asada —responde como si fuera un experto chef—. A ver si te gusta. —Coge mi plato y

me sirve un poco.

Espero hasta que Fer también está sentado, aunque me muero de ganas por probarlo.

Estoy hambrienta. Entonces me doy cuenta de que no hay cubiertos en la mesa.

—Es tradición comerla con la mano —dice con una sonrisa, y añade —: ¿Sabes que la

comida india es afrodisíaca?

Me contengo para no confesarle que yo no necesito ningún afrodisíaco. Comemos entre

risas, saboreando cada alimento, disfrutando de los aromas, y acabo llenísima. Pero

cuando trae el postre, una especie de crema compuesta de almendras, leche, azafrán y cardamomo, no puedo resistirme. Damos buena cuenta de él en unos almohadones que Fer

ha colocado en el suelo, al mejor estilo hindú. Me ofrece una pizca con su dedo índice y

me tomo mi tiempo para lamérselo mientras lo miro a los ojos. De inmediato lo tengo otra

vez besándome. Una mezcla de sabores en nuestras bocas. Me aferro a su espalda, ancha y

sugerente. A los pocos segundos tiene un botón de la camisa desabrochado y mi vestido ha

ascendido hasta los muslos.

—Me excitas hasta límites insospechados —murmura en mi boca.

Me da un suave mordisco en el labio inferior y jadeo. El sexo me palpita bajo el tanga y

aprecio que ya estoy húmeda. Va a ser verdad que me ha dado comida afrodisíaca…

—Tú a mí también me gustas.

¿En serio he dicho eso… tú también me gustas? ¿No se me ocurre nada mejor que una

frase de quinceañera?

Disimulo introduciendo una mano en su camisa y acariciándole el escaso vello del pecho. Por unos instantes tan solo se oye el sonido húmedo de los besos, mis jadeos y su

respiración acelerada. La cosa va subiendo de nivel y una de sus manos se pierde dentro

de mi vestido. Me acaricia el trasero por encima de las medias. Se excita y me lo estruja.

Le respondo con un mordisco en el labio que lo acelera aún más. Tanto se anima la situación que, minutos después, me descubro tumbada en los almohadones con él sobre mí

frotándose lentamente, clavando su erección en la parte interna de mi muslo.

—Es la primera vez que hago esto —jadea en mi cuello.

—¿Qué? —pregunto confundida. Por un momento pienso que va a confesarme que es

virgen.

—Rozarme de esta manera, como un adolescente, en el suelo de mi casa…

—¡Ah! —Suspiro aliviada—. Y yo, y yo —miento de manera deliberada. No es plan, así a bote pronto, de confesarle que lo he hecho en los lugares más insospechados.

Además, mis encuentros íntimos son eso, míos y de nadie más.

Animada por sus besos y toqueteos, deslizo la mano hasta sus pantalones y la dejo ahí

posada. Me encuentro con un aparato bien grande. Lo aprieto, y Fer responde con un gruñido en mi cuello. Se frota de nuevo, esta vez contra mi muslo y mi mano. Sonrío y busco su boca. Nos fundimos en otro beso, todo lenguas, saliva y sabor a deseo. Justo en

ese momento me toma en brazos y me deposita en el sofá. El vestido se me sube hasta casi

la cintura, por lo que mi tanga negro de encaje (una se ha vestido para la ocasión, por si acaso) lo saluda y Fer, para mi sorpresa, acerca la cara y me besa el interior de los muslos.

Vaya con el notario de aspecto serio. Se deshace de mis tacones, los deja bien colocados

en el suelo y, a continuación, me baja las medias con mucho cuidado al tiempo que me roza con los dedos. Me retuerzo en el sofá, observando cuanto hace y sonriendo mientras

se quita la camisa y el pantalón.

—Podría pasarme así toda la noche —murmura cuando se pone encima de mí otra vez.

Su sexo, ahora libre de la cárcel del pantalón, se clava en mis piernas desnudas sin piedad

—. Y creo que podría irme como un crío sin experiencia. Eso haces conmigo, Blanca.

Volverme loco.

Nos devoramos a besos impregnados de sabor a deseo y a excitación. Su mano se desliza hasta mi tanga. La mete muy despacio, provocando mi anhelo. Echo el trasero hacia arriba para que sus dedos me rocen. Me encuentra de lo más húmeda y eso le hace

sonreír. Con la otra mano me desliza por los hombros los tirantes del vestido. Mis pezones desnudos apuntan hacia sus labios, y Fer se inclina y frota la barbilla en el derecho. Luego en el izquierdo, que acaba por meterse en la boca para lamérmelo con delicadeza, lentamente, haciéndome sentir cada uno de los movimientos de su lengua. Se me escapa

un gemido. Enredo los dedos en su cabello, tan bien peinado, y acabo revolviéndoselo.

Cierro los ojos para disfrutar del placer, pero de repente noto que Fer se detiene y, al abrirlos, lo encuentro observándome muy serio.

—¿Pasa algo? —le pregunto con expresión preocupada.

—Perdona que te pregunte esto, pero… ¿tienes condones?

Ambos nos quedamos en silencio. Siempre lo he hecho con protección con hombres que

no conocía. Que tome anticonceptivos se debe a mis desarreglos hormonales, que me han

perseguido desde casi mi primera menstruación. Sin embargo, esta vez no he cogido ninguno, no sé muy bien por qué. Quizá pensaba que esta noche tampoco habría fiesta.

Niego, y Fer sacude la cabeza. Segundos después se incorpora y corre hacia el dormitorio.

Lo espero tumbada en el sofá, un poco nerviosa, ya que esto es más que sexo y no estoy

acostumbrada. Tras unos minutos, regresa con aire triunfal y con algo brillante en las manos.

—No está caducado —dice alzando el preservativo.

¿Quiere decir eso que lleva mucho tiempo sin acostarse con nadie? Lo más seguro es

que no sea uno de esos hombres que no alcanzan a contar la lista interminable de conquistas. Y me siento un poco mal por mi largo número de…

No me da tiempo a pensar más. Fer ya se ha puesto el condón y tira de mí para recolocarme en el sofá. Suelto una exclamación. Vaya, quiere llevar la batuta. No puede estar sorprendiéndome más. Dejo que me abra de piernas y que se sitúe entre ellas con ansiedad. Me atrapa de los muslos y se coge el pene para guiarlo hacia mi interior. Es de

las pocas veces que permito que sea el tío quien haga lo que quiera, pero la verdad es que esta situación está excitándome bastante.

Fer se introduce en mí con parsimonia y se queda quieto unos segundos con el ceño fruncido como si estuviera muy concentrado. Lo atrapo de la nuca y lo acerco a mí para

besarlo. No obstante, antes de que pueda hacerlo, da una sacudida que me saca un grito. Y

otra, y otra más. Parpadeo con una sonrisa. Qué gusto. Me muerdo el

labio para no chillar

más, pero Fer no se detiene en sus embestidas.

—¿Te gusta así, Blanca? —jadea.

—Sí… —murmuro. Un nuevo empellón—. ¡Sí! —exclamo, y esboza una sonrisa de lo

más pícara.

Me coge una pierna y me la sube, con lo que su sexo entra más en mí. Duro, húmedo,

impaciente. Se mueve de manera indomable, sensual. Me aferro a sus brazos y, aunque no

está cachas, sus músculos se contraen de un modo delicioso. Su pelvis choca una y otra vez contra la mía sin descanso. Se detiene un momento, y luego traza círculos con la cadera, haciéndome ver las estrellas. Gimo. Me embiste otra vez con fuerza. El sofá se mueve unos centímetros con nosotros encima. Jadeo. Sus dedos se hincan en mi carne.

Está follándome a su antojo y me gusta, demasiado. Pensé que no lo lograría, que después

de todo lo ocurrido no tendría ganas de… Cierro los ojos y los aprieto con fuerza para no

pensar. Fer me muerde en la barbilla y busco sus labios. Nos fundimos en un beso brutal,

lleno de gruñidos por su parte y gimoteos por la mía. Me sube aún más la pierna, de manera que su pene casi impacta en mis entrañas.

—¡Dios! —grito.

Y entonces me tapa la boca con una mano. Frunzo el ceño, aunque después me limito a

seguirle el juego. Puede que esto le ponga. O simplemente no quiere que los vecinos nos

oigan.

Tras un par de empellones más, siento que todo mi cuerpo se tensa.

Arqueo la espalda,

me aferro a la suya y me dejo ir. Mis gritos quedan ahogados bajo su enorme mano. Noto

las contracciones de su sexo y, al fin, se corre también con un par de jadeos. Observo su rostro crispado por el placer, los ojos cerrados y los labios húmedos e hinchados por los

besos.

Cae sobre mí como un peso muerto. No sé cómo comportarme. En otras circunstancias

lo apartaría, me levantaría del sofá, me vestiría y saldría a toda prisa. Pero este no es el caso, porque quiero que Fer sea algo más para mí. Así que le acaricio el cabello sudado en la coronilla y trato de calmar mi respiración agitada. Unos minutos después alza la cabeza y me mira muy serio, provocando que me preocupe. ¿He hecho algo mal?

—Blanca…

¿Ahora me dirá que ha estado genial, pero que ya está?

Sale de mí, dejándome con una sensación húmeda en la entrepierna que me inquieta aún

más. Nos miramos en silencio, hasta que por fin me pregunta:

—¿Te apetece pasar la noche aquí?

Suelto el aire que había estado conteniendo. Trago saliva. Dormir con él… Será la segunda vez que lo hago con alguien.

—Vale —contesto en un murmullo.

Fer me da un rápido beso en la boca, luego otro en la nariz y un último en la barbilla. Se levanta y sale del salón. Me siento en el sofá y me pongo bien el vestido. La cabeza me da vueltas. Cuando Fer regresa parece de lo más contento y esbozo una sonrisa nerviosa. Para

mi sorpresa, me toma en brazos y me lleva a la cama. ¿Es así como se comportan dos personas cuando buscan algo más que sexo?

Estoy más tiesa que el palo de una escoba cuando me deposita entre las sábanas, pero

me mira con intensidad y me acaricia una mejilla muy suavemente.

—¿Estás bien?

—Claro. Lo de antes… Me ha gustado mucho —susurro. No estoy acostumbrada a

decir cosas bonitas, para ser sinceros.

Fer asiente, suelta un suspiro y, a continuación, se echa en la cama. Me mantengo en la

misma posición, boca arriba, hasta que me canso y me coloco de lado. Se arrima a mí y

me pasa un brazo por encima. Cierro los ojos al tiempo que aspiro el olor a suavizante de

las sábanas. El calor que desprende el cuerpo de Fer se mezcla con el mío y me tranquiliza. «Esto no está tan mal. No es tan difícil.»

—¿Quieres ponerte más cómoda? —me pregunta al cabo de un rato.

Me desnuda. Y yo a él. Contemplamos nuestros cuerpos. Después pasamos a

acariciarnos, a besarnos. Pienso que tendremos sexo otra vez, pero lo que Fer hace es pegarme a su cuerpo y cerrar los ojos. Al cabo de un rato creo que se ha quedado dormido

por su respiración, mucho más lenta. No obstante, estoy amodorrándome cuando oigo su

voz:

—Voy a serte sincero: siempre imaginé que, a los treinta años, como mucho, estaría casado y con un hijo al menos. Por unas cosas o por otras he llegado a los treinta y cuatro y… no ha sido así, pero… No quiero nada que no sea serio. Necesito una mujer sensata a

mi lado, una que busque lo mismo que yo, que desee casarse y crear una familia. No sé

por qué, pero contigo tengo una buena vibración. Quiero una relación, Blanca.

No sé qué decir. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

¿Es lo que realmente quiero yo? ¿Casarme? Nunca había pensado en ello. ¿Tener hijos? Jamás me lo

he planteado. Sin embargo, con Fer todo parece mucho más cercano y fácil. Y poco a poco

estoy dándome cuenta de que tener a alguien con quien compartir la vida no está mal. Así

que… ¿por qué no puede ser ese alguien el hombre que tengo abrazado a mi espalda?

A modo de respuesta, me vuelvo y le doy un suave beso. Me estruja… Y siento serenidad, calidez. Ninguna turbulencia en mi interior. Y me digo que esto es lo correcto.

¿Por qué optamos por pasarlo mal, por tomar los caminos más insondables y difíciles, cuando se nos ofrecen otras oportunidades menos tortuosas? ¿Por qué quedarnos anclados

en el pasado si el presente es lo único que cuenta?

Volver la vista atrás es una cosa; dar marcha atrás, otra bien distinta.

Eso es lo que me recuerda mi cabeza.

Sin embargo, como me dijo Emma un día, el subconsciente no se controla.

Y como si el mío quisiera burlarse de mí, mientras Fer me abraza durante toda la noche,

sueño con cosas que no debería. Sueño con el pasado. Con ese chico punk enterrado, por

primera vez, entre mis piernas. Y en el sueño todo es distinto. Yo no soy una Blanca asustadiza, amargada e incoherente. Y Adrián es dulce y atento. Y nos susurramos palabras hermosas y sinceras, aquellas a las que no dimos vida en la realidad. Un sueño

que no es la verdad, porque esta nunca la sabré.

Pero como dijo aquel dramaturgo… los sueños, sueños son. Y acabo despertándome

bañada en sudor, con el corazón a mil por hora y la entrepierna húmeda.

Fer murmura algo, medio dormido, y me acaricia un brazo. Y pido en silencio para que sea él el presente que me haga borrar el pasado y pueda vivir en paz. Sin miedos, sin dudas, sin torturas.

10

11 años antes

Blanca le dijo, más segura que en ningún otro momento o situación, que quería perder la

virginidad. Y a él por poco no le dio un jamacuco, y de los grandes. No estaba seguro, pero probablemente se había quedado pálido o había puesto una cara rara, ya que Blanca

había esbozado una sonrisa inquieta. Y es que lo ponía enfermo imaginar a su mejor amiga

debajo de un tío… o encima en el peor de los casos, porque para él que una tía estuviera

en esa postura en la cama era un paso más allá. No se había dado cuenta hasta entonces de

que el ser humano funciona a través del cuerpo, de la piel y del corazón, con independencia de lo que la cabeza desee. Y tampoco había comprendido que Blanca era alguien demasiado importante en su vida. Tanto que no quería que otro chico se interpusiera entre ambos y, mucho menos, que compartiera esa intimidad que, a su parecer,

debía quedar solo para ellos dos.

Después ella le pidió el favor. Con mayúsculas. Que fuera él el que se acostara con ella.

El corazón le dio un brinco, le golpeó en el pecho y, finalmente, se liberó y se lanzó en busca de un rincón donde ocultarse. Por primera vez en su vida se puso nervioso con una

chica. Por primera vez el sexo se le antojaba peligroso, amenazador y, al mismo tiempo,

cálido y brillante. Era también lo que Blanca le inspiraba. Cuando quedaba con ella aparentaba ser ese Adrián odioso, enfurruñado, frío y descarado. Sin embargo, a veces se

le escapaba el otro, ese al que tan solo su madre conocía. Uno mucho mejor y más niño.

Uno más inocente y menos creído. Uno mucho más cariñoso y capaz de amar. El Adrián

que trataba de ocultar para no parecer débil. Al que odiaba, pero al que también adoraba.

El que Blanca se merecía. ¿O no? A decir verdad, Adrián se moría de miedo al pensar en

lo que estaba ocurriéndole. Se había jurado y perjurado que no pasaría o que sería con cualquier otra chica. Una de su estilo: ruda, con tatuajes y el rostro agujereado, y un torbellino en la cama. Y que no hablara de amor. Siempre le habían gustado así.

Pero entonces apareció ella. Más bien, se le cayó la venda de los ojos o, como se decía

él, Dios había querido jugársela porque Blanca había estado ahí casi desde siempre, era todo lo que conocía y no podía ser más que una amiga o una hermana. Para sus ojos, por

supuesto. Porque para su cuerpo era un imán, una mecha, un aroma especial. Y para su corazón era la paz, el hogar, una sonrisa tras un día horrible, su serie favorita, una comida deliciosa, un suspiro por las mañanas. Qué poético, ¿cierto? No para él. No para un crío

cuyos sentimientos se harían demasiado grandes. Lo desbordarían, y no sabría cómo reaccionar. Se había convencido de que no había nacido para sentir ni para ser el novio ideal. No tenía ni idea de cómo hacerlo. Le daba miedo que, de alguna forma, sus actos

fueran una copia de los de su padre.

—¿Por qué no dices nada? —le preguntó Blanca, sacándolo de sus pensamientos.

Adrián sacudió la cabeza con los ojos muy abiertos, mirándola como a través de un túnel. Muy lejos. Blanca estaba muy lejos de él. Y la quería cerca. ¿Por qué no? Pero… ¿y

después qué? ¿Qué iba a suceder cuando acabara? ¿Dejarían de ser amigos? ¿Pasarían a comportarse como algo más o a no poder siquiera saludarse?

—No digas tonterías, Blanca.

Insistió en bajar al pueblo con la excusa de que tenía que ensayar para las pruebas del

conservatorio. Blanca se quedó muy callada, pero en la moto se aferró a él de tal forma, le apretó tanto la cintura con sus dedos que… ardía. Y ya en su casa se tocó pensando en ella. No era la primera vez que lo hacía. La primera fue tres años atrás, cuando él tenía quince años y su sexualidad estaba en pleno esplendor. Se pasaba el día cachondo perdido

y hasta tenía a su madre preocupada. Veía mucho porno, leía revistas guarras y continuamente hablaba de chicas y sexo con compañeros y amigos.

Años atrás, una tarde de verano de esas en las que lo único que puede hacer uno es derretirse, María los invitó a su madre y a él a tomar un helado casero. Cinco minutos antes había estado viendo una película en la que todas las tías gritaban, y mucho. Tenía los gritos fingidos clavados en la cabeza y, cuando salió del dormitorio para acompañar a su

madre, esta había deslizado los ojos hasta su entrepierna y había esbozado una mueca de

disgusto.

—¿Qué has estado haciendo, Adrián?

—La pregunta correcta es qué no he hecho, mamá. Si me hubieras dado tiempo, esto no tendría este tamaño —respondió con una sonrisita.

Su madre lo miró con horror, luego murmuró algo y, al final, se le escapó una risa. Por

mucho que quisiera hacerse la dura y mostrarse como una madre escandalizada, lo cierto

era que Nati entendía muy bien por lo que su hijo estaba pasando y, en cierto modo, le hacía gracia y no le parecía nada malo.

Por suerte, de camino la cosa bajó, a pesar de que las imágenes de las chicas desnudas

llenaban su retina. Calor, sudor, porno, hormonas adolescentes. Una mezcla demasiado explosiva. María les abrió la puerta con una sonrisa y dijo que Blanca se encontraba en su dormitorio leyendo, que saldría en un rato. Él pidió ir al baño. No para hacer nada indecente, su locura no llegaba a esos extremos. Al terminar, la curiosidad le venció. Oía a su amiga canturrear por lo bajito. Esa canción que a ella tanto le gustaba, *Eternal Flame*, y que él estaba aprendiendo a tocar. Se acercó a la habitación despacito, como un intruso (Blanca era bastante celosa de su intimidad y la temía cuando se enfadaba) y encontró la

puerta medio abierta. Se filtraban unos rayos de luz a través de la persiana bajada que otorgaban al dormitorio un aura casi mística, como de otra época, cercana a una ensoñación. Y entonces la vio. Ella, sentada en el suelo de espaldas, con un vestido veraniego de tirantes, unos cascos en la cabeza, su cabello largo recogido en un moño del

que se le habían soltado un par de mechones que le rozaban la nuca. Y los ojos de Adrián

se detuvieron en esa nuca, en la que destacaban unas brillantes gotas de sudor. Una le resbaló por el cuello. Adrián se imaginó el resto de la escena: la gota se deslizaba por el hombro, recorría la espalda hasta desaparecer en la fina tela del vestido. Y no deseó otra cosa más que ser esa gota de sudor.

Regresó al salón como en un sueño. María y su madre lo miraron con el ceño fruncido.

—Adri, ¿te pasa algo? ¿Por qué pones esa cara de besugo? —le preguntó Nati.

—Anda, prueba un poco de helado. ¡Verás lo bueno que me ha salido! —le ofreció María.

Y él tragó, aunque sin saborear. Escuchó la conversación de las mujeres, aunque sin participar. Y es que tan solo tenía en su mente la imagen de Blanca bajo esa tenue luz, con un tirante más bajo que el otro, con el moño en lo alto de la cabeza, con esa nuca blanca y tan bonita, tarareando la canción, y se dio cuenta de que no podía haber nada más excitante en el mundo. Ni siquiera las mujeres desnudas de los vídeos. Ni sus gritos. Nada iba a parecerle ya tan sensual y, al mismo tiempo, tan tierno. Blanca y su nuca lo ocuparon

todo desde entonces. Y esa noche se masturbó por primera vez pensando en ella. Se sintió pletórico en un principio, y después mal, muy sucio. Pero al final se convenció de que algo que le hacía sentirse tan bien no podía ser malo.

A partir de entonces cuando se excitaba ya no era por una película, por la foto de una tía desnuda o por el coqueteo de alguno de sus ligues. Era por la nuca de Blanca, por esa gota solitaria de sudor, por el tono de su voz mientras cantaba, por los mechones rebeldes de su cabello. Durante tres años, en numerosas ocasiones, se había imaginado cómo sería tocar a

Blanca. Qué sentiría al besarla, al rozar su piel, o al introducirse en ella. Cómo serían sus pechos y cuál sería el aroma de su cuerpo. Se había preguntado cómo tendría los pezones,

y se los había imaginado pequeños, rosados y dulces al contacto con su boca. Y su lengua,

¿a qué sabría? ¿Qué tipo de ropa interior llevaría?

Nati le decía que cada vez estaba más obsesionado con el sexo y que en el pueblo tenía

fama de cabroncete (no con esas palabras, por supuesto). Nada más lejos de la verdad.

Quizá sí estaba obcecado, aunque ese empeño tenía nombre de chica y un cuerpo normalmente oculto por camisetas anchas y viejas que lo excitaban un mundo. Nadie iba a

saberlo nunca. Ni siquiera quería saberlo él. Hasta esa tarde. Hasta ese momento. Porque

Blanca estaba allí, delante de él, con las manos cruzadas a la espalda y una sonrisa inquieta. Tenía la oportunidad de responderse a todas las preguntas que se había hecho, a

saciar todo ese deseo contenido. Y estaba muerto de miedo. Le habían temblado las manos

al enviarle el mensaje: «¿Quieres venir a mi casa?». Era la primera vez que la invitaba sin excusas, porque sí. Blanca ya había estado en el piso de Adrián, aunque solo para ayudarle con los deberes o por Nati. Pero nunca la había llevado a su dormitorio. Su santuario. Un

lugar demasiado íntimo. No le gustaba que nadie formara parte de él. Ahora sí. Ahora Blanca se encontraba allí, colmándolo todo con su olor, aparentando tranquilidad, cuando

a él le temblaba todo por dentro.

Le había costado un mundo decidirse. Por una parte, anhelaba ayudarla. Por otra, un mal presentimiento le susurraba que todo iba a cambiar. Y, además, estaba eso… Eso intenso. Ese deseo sobrehumano de estrecharla entre sus brazos. En cierta manera, sentía

que solo de esa forma podría cumplirlo, que ella jamás le permitiría hacerlo a no ser por

beneficio propio. Y le molestaba, por supuesto. Le jodía muchísimo que tan solo quisiera

acostarse con él por esa tontería de desear cambiar. ¿Por qué cojones ansiaba tanto hacerlo? Él sabía algo, aunque no mucho. Sabía que algunos se burlaban de ella e imaginaba que a Blanca no le gustaba, como a cualquiera, pero no llegaba a entender que

deseara cambiarse a sí misma por culpa de otros. Blanca era especial, y si los demás eran

tan gilipollas como para no darse cuenta, pues que les dieran. También hablaban de él, estaba seguro. Y le importaba tres cominos. Podían quedarse con todos sus comentarios chorras, con sus risitas y con sus opiniones.

Aterrizó en la realidad de golpe al ver que Blanca contemplaba sus libros y sacaba de la

estantería uno de sus favoritos. Le preguntó de qué iba y él contestó que de locura, de pérdida, de amor, de desamor. De un tío que se enamoraba de una mujer especial y que, al

no comprenderla, ni quererla como se merecía, se volvía loco y luego la veía por todas partes. Quién iba a decirle a él que, años después, le ocurriría casi lo mismo, que también iba a encontrarse con el fantasma de Blanca en cada rincón en el que habían estado juntos.

Adrián temió y anheló, a partes iguales, que ella cambiara de decisión. Pero no lo hizo.

Se la veía resuelta, ansiosa, y él se preguntó, con cierta esperanza, si

sería porque había algo más. Algo como lo que a él lo acechaba en el estómago. Algo como el temblor que lo

asaltaba cada vez que la tenía cerca. Como el fuego que le encendía las venas al verla sonreír. Y se preguntaba qué podría ser eso tan raro si estaba clarísimo que Blanca era para él una hermana pequeña, una amiga muy cercana, nada más.

Al contemplarla recostada en la cama, tan pequeña y, en cierto modo, asustada, un enorme cariño se apoderó de él. Y deseó, más que nunca, fundirse con ella, mecerla entre

sus brazos y pegarla a su cuerpo hasta que no pudieran respirar. Para ser sinceros, esa fue una de las veces en las que Adrián estuvo más cagado. La primera fue cuando a su madre

y a él los dejaron solos. Desde entonces nada le había hecho temblar y sentirse débil. Pero Blanca sí. Blanca conseguía hacerlo pequeñito, asustadizo, inseguro. Aunque no iba a mostrárselo, por supuesto. Y él era muy buen actor.

La besó. Primero lentamente, con los labios cerrados. A continuación con un poco más

de intensidad, intentando que ella separara los suyos. Y eran como los había imaginado, incluso mejor. Unos labios dulces, cálidos y suaves. Sabían a dolor, a indecisión, a miedo.

Y él quiso transformar esos sentimientos en unos mucho más brillantes, de modo que la besó con más ganas, hasta que el corazón le palpitó tan fuerte que creyó que iba a dejarlos sordos. Se separó a regañadientes, pues habría estado besándola hasta el anochecer, y hasta que amaneciera otro día junto a ellos, y hasta el final, hasta que no les quedara saliva.

Puso música para relajarse, para concentrarse en algo más que en la piel de Blanca. En

ese cuerpo tenso que respiraba profundamente debajo de él. Ni siquiera reparó en la canción. No podía pensar más que en la tímida lengua de Blanca al rozar la suya. Con otras chicas se había besado de una manera mucho más sucia, por supuesto, pero no podía

compararse. Ellas no sabían como Blanca. No le hacían sentir el adolescente más afortunado del mundo.

Blanca no quería quitarse la camiseta y Adrián la miró con preocupación. Ansiaba verla

desnuda. Necesitaba el contacto de los pechos de su amiga. Descubrir si sus pezones eran

como los había dibujado en su mente. Y cuando ella se atrevió a desnudarse contuvo la respiración. Blanca era lo más bonito que había visto en su vida… ¿Cómo podía pensar ella lo contrario? Si hubiera sido más valiente, menos parco en palabras cariñosas, más abierto y entrenado en desvestir sus sentimientos… Entonces le habría confesado, palabra

por palabra, todo lo que su cuerpo desnudo le inspiraba.

—Eres preciosa, Blanca. Es que te veo y no sabes cómo me pones. Esa piel tuya, tan suave, con ese aroma que te hace especial. Ni te imaginas cómo adoro tus manos pequeñas

y tus deditos. Me encantan tus labios, sensuales, rosados, tan hechos para mí. Y también

me gusta cómo frunces el ceño cuando estás preocupada o enfadada y la voz de pito que se

te pone al regañarme por alguna estúpida broma. Dios, Blanca, si lo supieras… Si te vieras como yo te veo, serías capaz de enfrentarte a todos, y que les dieran. Desde hace tres años pienso en ti a menudo, cada día más, y lo llenas todo. Tu nombre se me va a desgastar en

la boca de tanto que lo pronuncio cuando me toco pensando en ti. Y… yo no sé si esto es

amor. No soy el tipo de tío que se enamora, ya lo sabes. Pero estoy convencido de que el

pecho me explotará y te encontrarás en él, Blanca, y que después de acostarme contigo para mí lo serás todo y para siempre —le habría dicho.

No abrió la boca, por supuesto… Sus miedos y su cobardía no se lo permitieron. Pero

intentó demostrárselo con su lengua. Por aquí, por allí. Lamió sus preciosos pechos, a los que se habría quedado enganchado una vida entera. Y notó que ella se tensaba, y ya no por

inseguridad o por nervios, sino de placer. Y quiso hacerla sentir bien, feliz, pletórica. Trató de enseñárselo con sus manos. Y, cuando se introdujo lenta y suavemente, para no hacerle

daño (en todos los sentidos posibles), supo que había nacido para aquello. Que había salido del vientre de su madre para meterse en las entrañas de Blanca. Fue mucho más de

lo que había esperado. Más hermoso. Y doblemente doloroso, a pesar de que no entendía

por qué el pecho le pinchaba una y otra vez.

Las paredes de Blanca fueron abriéndose poco a poco y a él se le encogió el corazón.

Jadeó en su oreja. Aspiró en su cuello, y su amiga tembló bajo sus brazos. Se mordió el

labio inferior para no susurrarle que aquello era el paraíso. Y cuando ella gimió y se aferró a sus brazos estuvo a punto de irse. Qué mal habría quedado. Debía aguantar más, todo lo

posible, porque probablemente no se repetiría. Blanca no le dejaría entrar una vez más a su sexo. La conocía muy bien.

Adrián tenía fama de ser el tío que mejor follaba del pueblo. Pero era su primera vez,

como la de Blanca. Y estaba haciéndole el amor. La miró para guardar esa imagen bien dentro y, justo en ese momento, ella abrió los ojos y todo lo demás desapareció. Adrián sonrió, con la felicidad estallando en su pecho. Se movió un poco más rápido, más fuerte,

consciente de que no podía aguantar más. Se corrió en silencio, aunque en su garganta pugnaba un grito. Y un nombre. Blanca. Blanca…

Se sintió vacío al salir de ella. En el baño descubrió un rastro rojizo en el preservativo.

Se aseó mientras trataba de no pensar en nada, aunque fue en vano. Cuando regresó al dormitorio ya no podía sonreír. La preocupación lo atenazaba. ¿Qué diría Blanca? ¿Qué haría?

Quizá esperara algo más que en esos momentos Adrián no podía darle.

Quiso asegurarle

que había sido bonito, que ella no era una más, pero que los chicos como él solo dañaban a las personas buenas. Sin embargo, Blanca se adelantó y soltó una estupidez tan grande que

lo cabreó. Le dijo que eso quedaba entre ellos dos y que no buscaba amor eterno, que ya le había dejado claro por qué se habían acostado. Ella tampoco quería nada más, claro. Tan

solo lo había utilizado para su propósito. Él fingió estar de acuerdo, aunque tenía el orgullo herido. Porque solo era eso, ¿no? Solo el orgullo…

Y cuando su amiga salió corriendo, como si lo que habían hecho fuera algo horrible, la

furia ardió en su sangre.

Esa noche su nombre nadó en la boca de Adrián. Sonaba a melodía. Daba vueltas en su

lengua. Chocaba contra sus dientes. Quiso llenarse la boca con sus letras. Y se tocó, una

vez más, con la certeza de que era lo único que podía hacer tratándose de Blanca.

Unos gemidos resuenan junto a mi oído. Mi nombre repetido una y otra vez por una voz

femenina y sensual. Entreabro los ojos y recuerdo dónde me encuentro, quién me acompaña, lo que estoy haciendo.

Anaïs se mueve encima de mí como una experta amazona. Hundo los dedos en su

cintura estrecha. Sus pechos rebotan delante de mi cara y me inclino hacia delante para atrapar uno de sus pezones con los dientes.

Sin embargo, no hay nadie más que Blanca en mi cabeza. Los gemidos de Blanca. La piel de Blanca. El cuerpo de Blanca. Su mala leche. Su pasión. Su ternura. Su frialdad.

Ella es pura contradicción, y me desborda.

Y estoy follándome a Anaïs solo para saciar la excitación que se apodera de mí cada vez

que pienso en Blanca. Y me siento tan sucio, tan jodidamente cabrón, tan gilipollas… que

está bien. Es bueno darme bofetadas de realidad de esta manera. Demostrarme que todo esto es lo peor que puedo hacer y que no debería haberle escrito esa nota. Tendría que haber continuado buscando un perdón. En el fondo, creo que sé cómo es ella: su orgullo y

su tendencia a culparse de todo no le permitirán llamarme o acercarse a mí. Y después de

haberme visto con Anaïs, mucho menos.

Masoquismo puro y duro es de lo que Blanca y yo sufrimos. Como el sexo que

practicamos Anaïs y yo. Me corro cuando lo hacemos. Jadeo. Le sonrío. Gestos

mecánicos. Palabrería. Está bien que me engañe a mí, pero no que le mienta a ella.

Realmente no sé lo que busca Anaïs. Quizá solo esto, solo disfrutar con mi cuerpo. Pero si al hacerlo tengo a otra en mi mente, a la mujer que tan loco me volvió… ¿no estoy siendo

un perfecto cabronazo?

Anaïs me coge de la nuca y me aprieta contra sus pechos. Casi no puedo respirar. Se mueve de manera brutal, clavándose mi polla una y otra vez bien dentro. Sin parar. Y me

voy rompiendo. Mil pedazos de un Adrián con el corazón derritiéndose en sangre, como el

tatuaje de mi clavícula. Dios mío, debo detener esta sinrazón.

—No pares, Adrián, no pares, cariño… —gime Anaïs con sus movimientos expertos.

Estoy envenenándome. Y no quiero hacerlo más. Mi cuerpo no la necesita a ella. No puedo ser tan egoísta. O sí. No me gusta utilizar a los demás. Me niego a ser como mi padre. De crío me dije que solo me

relacionaría con mujeres que no anhelaran nada de mí.

No sé lo que Anaïs pretende. Tengo miedo de descubrirlo.

Ella se corre con gritos ensordecedores. Los vecinos de arriba suben el volumen del televisor. La silla se queja con un golpeteo rítmico en el suelo. A punto estamos de caernos. No me voy, pero lo finjo. Puede que no sea tan buen actor como creía, porque Anaïs se detiene durante unos segundos y se me queda mirando con la respiración agitada.

Y entonces pregunta:

—¿Quién es ella?

—Nadie —murmuro con voz ronca.

Y todo. Ella es mi mundo al completo. No conozco nada más. Tras encontrarnos comprendí que ninguna otra mujer me ha satisfecho de igual manera, y no solo en el plano

sexual, sino en todos. Fue por la que más sufrí, pero también con la que más reí. Fue la

que me dolió bien profundo y la que me hizo querer ser mejor. Por eso debo detenerme.

Necesito buscarla. Tenerla. Ya no me importa cómo. Simplemente he de saber que ella estará en mi vida de alguna forma, pero real, no como una sombra. ¿Puedo ser su amigo?

¿Puedo sentarme a su lado sin morirme por tocarla? Prefiero eso a nada. Pero ¿y ella?

Anaïs se baja de mi regazo. Trato de atraparla, pero se me escapa. Dios, ¿es que nadie

va a quedarse conmigo?

—Lo siento. Lo siento tanto… No te vayas, por favor —le suplico. Me siento

miserable. Patético. Rogando como un condenado a muerte.

—No me voy. Solo quiero ir al baño —dice.

Me quedo sentado en la silla con la cabeza enterrada entre las manos. El condón arrugado en mi miembro. Uno que ya no quiere fingir más,

aunque pueda.

Anaïs regresa y se sitúa frente a mí, todavía desnuda. La contemplo. Es preciosa. Pero

no es ella. La tomo de la mano y la acerco. La rodeo con mis brazos. A punto estoy de romper a llorar cuando me acaricia el pelo como a un crío.

—Cuéntamelo todo.

—¿Por qué?

—Porque sé que eres un buen hombre. ¿Necesito más razones para querer ayudar a un

amigo?

—No sé si contarlo servirá para algo.

—Al contrario, Adrián. Lo que no decimos por miedo se nos acumula en el cuerpo y se

transforma en tristeza. Las palabras que callamos nos hacen enfermar.

Nos observamos en silencio un buen rato y acierto a ver en sus ojos brillantes que ella

también sufrió alguna vez por amor. Puede que todavía lo haga. No sé si se debe a su sonrisa sincera o al dolor que me atenaza la garganta, pero al final acabo contándole todo.

Le hablo del abandono de mi padre y de cuánto lo odié. Del miedo que sufría por las

noches. De las veces que lloré con mi madre. De cómo me transformé en un punk rebelde

y terco. De la primera vez que la vi a ella. A Blanca. De lo que su nombre me hacía sentir.

Del día en que descubrí su nuca y ya no pude imaginarme otra. De nuestra primera vez.

De los errores. De la gilipollez que cometí. De todos los años en que me convencí de que ella había sido alguien en mi vida, pero ya no. De las mentiras que me creí. De nuestro reencuentro. De cómo redescubrí su piel y de cómo volví a tatuarla en la mía. Del temor,

de la incomprensión, de la rabia. De que parece que no podemos estar juntos, pero que me

muero sin ella. Y Anaïs y yo bebemos vino. Y nos fumamos un porro con la maría que ha

traído. Y al final acabamos llorando ambos. Y toco la guitarra. *Eternal Flame*. Nos acostamos juntos en mi cama, medio borrachos y colocados. Y entonces Anaïs se da la vuelta para mirarme y la observo en silencio, un poco más libre después de todo lo que le

he confesado. Todo lo que guardaba y estaba carcomiéndome.

—No permitas que el amor muera, Adrián. Que ella te haya dejado ir no significa que

desee hacerlo.

Y me pregunto si la verdadera razón de que Blanca no me quiera en su vida es por no

encontrarse consigo misma y con sus peores recuerdos. Y si yo, de alguna forma, puedo

cambiar eso. Me equivoqué una vez. No la ayudé, y estaba pidiéndolo

a gritos. Que alguien la comprendiera, que dieran la cara por ella, que le demostraran que no era distinta, ni peor, ni una mierda como probablemente le hicieron sentir. Ser salvada por su mejor amigo, el único que tenía. No fui el chico que ella esperaba. Y ella no ha sido ahora la Blanca que yo creía. Y, aun así, está presente en mi piel. Pero ¿y yo en la suya?

11

Como era de esperar, Fer ansía celebrar San Valentín. Yo, por el contrario, hasta este año era de las que se les pone cara de acelga y retuerce la cabeza a lo niña de *El exorcista* cada vez que esa fecha se acerca.

Sin embargo, en esta ocasión es distinto, por supuesto. Trato de dejar fluir mis sentimientos, algo que a Emma le parece maravilloso y me recuerda en cada consulta, y

procuro emocionarme por las cosas más simples… y sentir. Y el 14 de febrero, según ella,

es un buen momento para ello. Pero Fer y yo estamos de trabajo hasta arriba, de modo que

tenemos que posponer esa cita que, para mí, es una especie de reto.

Me siento en el sofá con una Coca-Cola y un sándwich, dispuesta a redactar unos informes. No he escrito apenas dos hojas cuando el timbre suena. Alzo la cabeza con los

ojos muy abiertos. ¿Y si Fer ha planeado una sorpresa? Me echo un vistazo: un pantalón

de pijama descolorido y una sudadera. Por unos segundos me planteo no abrir la puerta.

Pienso en las ocasiones en que Fer y yo hemos quedado después de la primera noche que

pasamos juntos. Sesiones de cine, charlas en una cafetería y más sexo, claro. Pero no hemos tocado ese tema que él sacó a relucir, el de ir en serio. Y me inquieta que quiera hacerlo esta noche, en el caso de que sea él quien está tras esa puerta.

Al final me armo de valor. Me atuso un poco ante el espejo del recibidor. Me asomo a la

mirilla y descubro el oscuro cabello de Begoña. No acierto a verle la cara porque tiene la cabeza agachada. ¿Qué hará aquí? Se suponía que había quedado con… Sin dudarlo más,

hago girar la llave en la cerradura y abro. Bego alza el rostro, mostrándome unos ojos hinchados y con churretes de rímel. Debe de haberse matado a llorar. Sin decirle nada, la

cojo de la mano y tiro de ella para meterla en el piso. Mi amiga se aferra a mi cintura entre sollozos. La acomodo en el sofá y le traigo un vaso de agua. Espero unos cuantos minutos

a que se calme, ya que debido al llanto no es capaz de pronunciar tan siquiera una palabra.

—Tiene miedo, Blanca. Me ha dicho que no puede dejar su vida así como así por algo que no sabe qué es. Y lo entiendo, de verdad. Al menos hasta que me ha besado. No hemos pasado de ahí, pero… ¿Por qué me besa si no quiere nada más?

Las tornas han cambiado. Ahora soy yo la que estrecha a Begoña. La que debe darle consejos de amor. ¡Yo, por favor! Como si fuera una experta en ello. Como si ya no tuviera miedo de lo que estoy iniciando con Fer. Como si mi mente a veces no viajara en

pos de otros ojos…

—Estoy segura de que ella siente algo por ti, Bego. Lo que pasa es que… Bueno, forma

parte de un mundo en el que algo así sería un escándalo.

—Pero ¿no es egoísta comportarse de ese modo? ¿No podía simplemente haberse

marchado sin tocarme ni besarme? ¡O que me mande a la mierda y ya está!

—En ocasiones es difícil ir en dirección contraria a lo que nos pide el cuerpo.

Y el corazón. Aunque eso me lo callo. Siento que ya no hablo de esa mujer, sino de mí,

y me asusto tanto que se me hace un nudo en la garganta y a punto estoy de salir corriendo hacia el baño, encerrarme en él y telefonear a Fer para que me quite de la cabeza esa sombra con forma de hombre.

—Pero sabe que yo estaría ahí, que la ayudaría en lo que fuera necesario. Sé que es complicado. Por mucho que la gente finja ser liberal, no hemos avanzado tanto.

—Pues entonces piensa que para una mujer de su edad y en su situación todavía lo es

más. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y cinco.

—¿Y cuánto tiempo lleva casada?

—Desde los veinticinco. Pero me contó que no estaba enamorada cuando se casó. Que

más bien fueron sus padres los que decidieron por ella.

—No todo el mundo es tan fuerte como tú, Begoña. Hay personas que no saben cómo

manejar su vida, o que después de haber hecho sin rechistar cuanto se les ha impuesto durante años se les hace un mundo cambiarlo todo, por más que quieran. No sé cómo se

sentirá esa mujer, pero…

—Quizá tú la entiendas más que yo.

Begoña se me queda mirando con expresión triste. Sacudo la cabeza y le acaricio la mano. No sé cómo ayudarla. Me gustaría tanto asegurarle que todo saldrá bien… Pero

nunca he sido de las que miran las cosas con optimismo. No al menos en cuestiones sentimentales ni en relaciones humanas.

—¿Sabes? Siento un poco de envidia —me dice mi amiga al cabo de un rato, cuando se

ha calmado un poco. Tengo su cabeza en mi regazo e inclino la mía para mirarla.

—¿Envidia? ¿De qué? —Frunzo el ceño.

—Te ves bien con Fer.

Titubeo unos segundos. Claro, por supuesto que estamos bien… Porque no he querido

pensar mucho, porque estoy dejándome llevar como todos me han aconsejado. Si

rebuscara en lo más profundo de mi mente quizá todo sería distinto.

—Estáis saliendo, ¿no?

—Supongo. —Me encojo de hombros.

—¿Supones? —Begoña se incorpora y estudia mi rostro con una arruga en el entrecejo

—. Hacéis cosas de pareja. Nunca antes habías salido con un hombre a no ser que después

hubiera sexo.

—Lo sé.

—¿Entonces…?

—No hemos hablado claramente sobre eso. Aunque imagino que sí tenemos una

relación. Él ya me dijo lo que buscaba.

—¿Y qué es?

—Una mujer con la que compartir el resto de su vida —digo con un nudo en la garganta.

—¿Y tú qué opinas?

—Es algo bonito. Me parece bien.

—¿Has vuelto a pensar en…? —Se calla, y le agradezco que no pronuncie su nombre.

—Algo. Emma me ha dicho que es normal, pero que debo intentar ir apartándolo poco a

poco de mi vida.

—Me alegro, Blanca. En serio, estoy contenta de que no te mortifiques e intentes ser feliz con alguien. Te lo mereces, aunque te convencieras a ti misma de que no.

Me levanto y me dirijo a la cocina a por otra Coca-Cola. Regreso con un cuenco lleno

de fresas. Imagino que Begoña no ha cenado. Ella me sonríe.

—¿Vamos a celebrar nuestro San Valentín particular?

—Sin nata. Ya sabes que a mí los romanticismos no me van.

Nos echamos a reír. Begoña da un mordisco a un fresón enorme al tiempo que me observa.

—Ojalá ella se atreva a encontrarse a sí misma, como tú.

—Vamos, deja de pensar en eso. ¿Quieres que veamos una peli o una serie?

—¿ *Ally McBeal*? —Se le ilumina el rostro. Es sencillo animar a Begoña. Es una de esas personas a las que le hacen feliz las cosas pequeñas. Como debería ser para todos. Me abraza mientras busco la serie—. Gracias, Blanca. Por intentar distraerme.

Esbozo una sonrisa. En realidad, ahora mismo también trato de distraerme a mí para no

pensar en si de verdad estoy acercándome a la Blanca correcta.

Al final Fer me propone celebrar San Valentín a finales de febrero, cuando ya estará menos estresado por el trabajo. Dice que desea prestarme la atención que merezco.

Quedamos para el último sábado del mes y, hasta entonces, vamos hablando por whatsapp

y alguna noche que otra me llama. Siempre tiene palabras de ánimo, se interesa por cómo

me va en el bufete, me pregunta por mi familia y me habla de manera cariñosa. Y todo está bien, todo va fluyendo. Hago mis ejercicios para Emma, y ella se muestra orgullosa

de mis avances. Me dice una y otra vez que Fer es la persona adecuada para mí, para ayudarme a superar el pasado y componer un presente tranquilo. Es muy cierto. Pero entonces ¿por qué me siento como si estuviera esperando algo que no va a llegar? ¿Por qué noto un vacío dentro de mí cada vez que anochece? Intento no pensar mucho en ello.

Simplemente… me dejo flotar, ir a la deriva.

Fer pasa a recogerme en su coche. Preferiría coger el mío, pero él también adora el suyo

y le encanta conducir. Todavía no le he enseñado mi piso y agradezco que no insista en ello. Hacerle entrar en mi espacio personal sería dar otro paso más. No es que vayamos muy rápido, lo que pasa es que no estoy habituada a esto. No tengo experiencia en invitar

a un hombre a cenar a mi casa.

—¿Me has comprado algo? —me pregunta una vez que me he acomodado en el asiento.

Señala la bolsa que he dejado en el suelo.

—Claro. Es lo que se hace en San Valentín, ¿no? —Le sonrío. En realidad fue Emma la

que me animó a tener un detalle con él. Y probablemente Fer también haya traído algo para mí.

—Mi mejor regalo es que tú estés conmigo esta noche. Y todas.

Se inclina para besarme. Su lengua entra en contacto con la mía. Una de sus manos sube

hasta mi cabeza y me acaricia el moño informal que me he hecho. Jadea contra mi boca.

Me aferro a su camisa y lo beso con ansiedad. Cuando nos separamos ambos respiramos

con dificultad y tenemos los labios hinchados. Fer me limpia con un dedo el pintalabios

corrido.

—Te quedan bien los morros rojos —bromeo.

—Sí, ¿verdad? Siempre lo he pensado… —Nos echamos a reír. Luego se pone serio y

me mira con intensidad—. He echado de menos tu boca, Blanca. He pensado muchas veces en ti en el despacho. Si mi compañero me leyera la mente se escandalizaría.

—¿Y qué es eso tan escandalizador en lo que pensabas? —Le sigo el juego, coqueta.

Fer esboza una mueca pícara y se inclina hacia delante. Sus labios rozan mi cuello y suben hasta mi oreja. Encojo los hombros ante las cosquillas que me provoca. También en

otra parte de mi cuerpo.

—Que venías a verme a la notaría con uno de tus vestidos o de esos conjuntos de falda

y blusa que te pones para ir a trabajar. Y que no llevabas ropa interior debajo —susurra con una voz tan seductora que humedezco las braguitas sin poderlo evitar.

—No es un mal plan —respondo, animada por su confesión subida de tono—. ¿Y qué

harías si te dijera que hoy no llevo?

Fer se aparta de mí como si mi piel le quemara. Yo misma me asusto y me echo hacia

atrás. Me mira con cara extraña. Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué he dicho para que me mire

con esos ojos de pánico?

—Llegaremos tarde al restaurante si no salimos ya. Tenemos reserva para las diez.

Arranca el coche y me deja con la sensación de que he hecho algo mal. No dice nada

durante el trayecto, y me pregunto una y otra vez qué leches sucede. En otras circunstancias preguntaría qué pasa o soltaría una de mis burradas. Pero con Fer rumio las

cosas antes de pronunciar palabra. Cuando se lo conté a Emma me

aseguró que eso era algo muy bueno, que no siempre hay que decir todo como uno quiere.

Al detenernos ante uno de los mejores restaurantes de la ciudad las dudas se me pasan.

Se llama Vuelve Carolina. Es uno de los espacios más modernos de la ciudad y con una

carta deliciosa. No por nada su dueño y cocinero ha sido galardonado con tres estrellas Michelin. Ya he venido alguna que otra vez y siempre he salido totalmente satisfecha.

Nos decidimos por el menú de seis tapas y postre para compartir. Como de costumbre,

solo yo bebo vino durante la cena, aunque Fer se moja los labios para brindar.

—¿Has pensado en lo que Begoña te propuso?

—Pues si te digo la verdad, no mucho. Como he tenido tanto ajetreo en el despacho y

ella tampoco ha mencionado nada… No se encuentra muy bien últimamente.

—¿Y eso? —me pregunta, y sé que su interés es sincero.

Podría explicarle la situación de Begoña y estoy casi segura de que me daría un buen consejo, pero es algo demasiado íntimo y llevamos juntos poco tiempo. Así que me limito

a decirle que está agotada, que también ella trabaja mucho. Fer se muestra comprensivo y

se pasa un buen rato sopesando los pros y los contras de nuestras profesiones.

Tras cenar le propongo ir a un club cercano en el que sirven unos cócteles buenísimos,

pero rechaza el plan alegando que está muy cansado y que prefiere que vayamos a su piso.

En el coche me confiesa que lo que le pasa es que tiene muchas ganas de mí. Suelto una

risa, pero no digo nada excitante como antes, por si acaso. Quizá lo que ocurre es que todavía no se ha acostumbrado a esa parte de mí, la que no se anda con tapujos en temas

sexuales.

Una vez en su piso me sorprendo ilusionada por el hecho de darle mi regalo y de recibir

el mío. Me doy cuenta de que tengo la esperanza de que le guste y siento una gran curiosidad por saber qué me ha comprado. Le tiendo la bolsa con una sonrisa. Él saca el

paquetito que contiene y lo abre con mucho cuidado, sin rasgar ni un trozo del envoltorio.

Al ver la elegante pluma suelta una exclamación. Me costó bien cara, para qué mentir.

Cuando estuve en su despacho me fijé en que le gustaban los bolígrafos y las plumas estilosos, así que me pareció una buena opción.

—Menudo detalle. Es preciosa, cariño. —Me agarra del brazo y me atrae hacia él para

besarme.

Me asombro por el hecho de que no me ha importado que me llame «cariño». Más bien

al contrario, me ha hecho sentir bien. Me abrazo a él y le paso las manos por la espalda. El beso se alarga más de lo que habíamos planeado y acabamos apretujados contra la pared,

frotándonos y palpando cada una de las partes del cuerpo del otro. Deslizo una mano hasta

su pantalón con la intención de desabrocharle el cinturón. Su sexo empuja contra el hueso

de mi cadera provocándome una sensación deliciosa.

—Espera, espera —me pide y me aparta la mano. Me quedo mirándolo con gesto de disgusto y con la entrepierna bien mojada. Dibuja una sonrisa y me da un rápido y sonoro

beso en los labios—. Quiero darte mi regalo.

Qué inoportuno. Para mí el mejor regalo ahora sería su sexo en mi interior. Sin embargo, asiento y lo espero sentada en el sofá con los muslos apretados para retener las

cosquillas. Regresa con una bolsa negra en la que veo escrito un nombre femenino. Por el

tacto parece que se trata de ropa. ¿No me digas que me ha comprado un conjunto sexy y

por eso tenía tanta prisa por venir a su piso?

—¿Qué será, será…? —canturreo.

Fer se echa a reír y me anima a abrirlo, tan ilusionado como un niño. Y, en el fondo, yo

también. Hacía muchísimo tiempo que un hombre no me regalaba algo. Desde aquel profesor casado con el que yo… Sin quererlo, me inquieto. Fer se da cuenta porque me mira con una ceja arqueada.

—¿Pasa algo?

—No, claro que no. Es que me pone nerviosa recibir regalos.

—Eres encantadora, Blanca. —Toma asiento a mi lado y me da un suave beso en la mejilla—. ¿Cómo es posible que alguien como tú no saliera con nadie? ¡Menuda suerte he

tenido!

Sonríe, y le devuelvo el gesto, aunque, como es falso, noto que me tiemblan las comisuras de los labios.

Por un momento he sentido vértigo al pensar en todo lo que hice antes de conocer a Fer.

Me dijo que quería una mujer seria y formal a su lado, y no es que yo haya sido un modelo

a seguir. ¿Cómo actuaría si supiera que me acostaba con tíos de los que tan solo sabía el

nombre y a los que después no volvía a llamar? ¿Y que tuve un percance en el trabajo a

causa de esto? ¿Qué pensaría de mi manera de concebir la relación entre un hombre y una

mujer, al menos en lo que a mí se refiere, antes de salir con él? ¿Seguiría aceptándome?

Quizá me equivoque, pero me da la impresión de que Fer es uno de esos tipos con pareja

eterna. «Es lo que tiene haber sido un error andante.» La voz de Emma interrumpe en mi cabeza como un Pepito Grillo con gafas de pasta y mirada gélida. «Si un tío no te acepta

como eres, que lo folle un pez. ¡Y desde luego no disfrutará tanto como lo haría contigo!»

Esa es la de Begoña, por supuesto. Y, no sé por qué, me quedo con la de Emma.

—¿Blanca? ¿Estás escuchándome?

Alzo la vista y la poso en Fer, quien me observa con gesto preocupado. Vaya, ¿cuánto

tiempo he estado ausente? A este paso pensará que no ando muy bien de la cabeza.

—Vamos, ábrelo. Lo vi en el escaparate y tuve claro que era para ti.

Me apresuro a desempaquetar el regalo. A diferencia de él, lo hago de cualquier manera

y rasgo todo el papel. Al descubrir lo que contiene me quedo horrorizada. Esperaba un conjunto de ropa interior de lo más sugerente o algo por el estilo, y con lo que me encuentro es con un vestido horrible. Horroroso. Más que un vestido parece la colcha llena de florituras de una señora de noventa años. En serio, esto no se lo pondría ni mi abuela, que en paz descanse.

—¿Por qué no te lo pruebas?

Vuelvo la cabeza lentamente hasta toparme con la sonrisa de dientes perfectos de Fer.

Lo miro en silencio, contemplando su atuendo. En realidad, una mujer vestida con esta ropa es lo que le pega. Fer es muy atractivo, de eso no me cabe la menor duda, pero se pone camisas, corbatas y chaquetas

que parecen sacadas de los camerinos de *Cuéntame*.

Menos mal que desnudo gana mucho.

—¿Quieres que me lo pruebe ahora? —le pregunto con los ojos muy abiertos.

—Para comprobar que es tu talla. Si no, esta semana lo devuelvo.

—Puedo hacerlo yo…

—Venga, Blanca… Me muero de ganas por verte con él puesto —insiste, con esa

sonrisa que hace que las bragas se me caigan al suelo.

—Está bien.

Me acompaña al dormitorio y me deja sola. Me ha visto desnuda ya… ¿Por qué se va?

Quizá es que quiere que lo sorprenda. Me paso unos minutos ante el espejo de cuerpo entero. Estoy retrasando el momento de ponerme este horror. Ahora recuerdo por qué no

me gustaba recibir regalos. Porque siempre hay alguien que tiene el gusto en el orto. Y

todavía es peor cuando ese alguien es el hombre con el que estás iniciando una relación.

¿Qué cara debe poner una cuando no le gusta un regalo? ¿Podemos ser sinceros o debemos callar y simular que es una maravilla para no herir sensibilidades ajenas?

Yo, ahora mismo, lo segundo. Me quito mi preciosa blusa y mi estilosa falda y me inclino para coger el vestido. Me lo pongo con los ojos cerrados. Hasta me da miedo abrirlos. Cuando lo hago y descubro la imagen que me devuelve el espejo esbozo un gesto

de espanto. Ay, Dios… Además de ser feo, me hace un culo y unas caderas enormes. Soy

la hermana gigantesca de Kim Kardashian. Justo en ese momento Fer llama a la puerta.

—¿Ya estás visible?

—¡Sí!

Abre la puerta, entra en el dormitorio, me observa durante unos segundos muy serio y,

al fin, exclama:

—¡Lo sabía! Estás preciosa, Blanca.

¿Está ciego o qué? ¿No se da cuenta de que parezco la *Venus* de Willendorf, pero aún más deforme? Me indica con un gesto que dé una vuelta. Apenas puedo moverme

mientras lo hago. Como me incline hacia delante, esto explota.

—Creo que no es de mi talla… —empiezo a decir, esperanzada.

—La mujer de la tienda me explicó que este vestido es así, que al principio te lo notarías muy pegado, pero que poco a poco iría cediendo.

Se acerca a mí y me abraza. Suelto una especie de sonido que intenta ser una risita, pero

en realidad se asemeja más a la risotada de una hiena.

—Blanca… —Se separa un poco de mí, me coge de las manos y me lleva hasta la cama.

Ambos tomamos asiento—. Me gustaría proponerte algo.

—¿Qué? —pregunto, un poco asustada. Vale, mucho. ¿No querrá que lo hagamos con

este vestido puesto?

—¿Te gustaría conocer a mis padres?

Se hace el silencio. Uno de esos incómodos en los que oyes grillos en tu cabeza. Lo miro con la boca abierta, sin saber qué decir. Si ni siquiera tengo una relación familiar con los míos, ¿cree que estoy preparada para establecerla con los suyos?

—Les he hablado de ti y están encantados. Se mueren de ganas por conocerte. Puede que te parezca pronto, pero… En serio, me siento tan bien contigo… Y sé que tú te sientes

igual. Hemos conectado de una forma que no todo el mundo logra, ni en un montón de años.

A ver, yo estoy bien con Fer, sí. Me siento cómoda, tranquila, me agradan las citas que

tenemos. Y me pone. Me gusta el sexo con él de una manera distinta de la que me inspiraban otros hombres. Y de verdad que quiero que funcione, que esto vaya más allá,

pero…

—¿Qué me dices? No tenemos que estar en su casa mucho tiempo. No vamos a comer

con ellos, aunque me gustaría. Podemos quedar solo para tomar el café.

Trago saliva. Todo esto significa que Fer me ve como su novia, y esa palabra se me antoja completamente desconocida. ¿Cómo se comporta una novia al conocer a los padres

de su novio? Dios, esto es ridículo. ¿Cómo una persona de treinta años se pregunta algo

así? ¿Qué es lo que falla en mí?

Me encojo un poco ante su insistente mirada. Reparo en que le hace mucha ilusión. Y

no niego que siento algo por él. Lo noto en mi pecho cuando lo tengo a mi lado. Emma me

dijo que en una relación no todo es recibir, que también hay que ofrecer.

—Claro —respondo al fin con la boca pequeña.

El largo beso que me da me convence de que estoy haciendo lo correcto.

Lana del Rey me despierta con su *Born To Die*. Al principio pienso que es Fer quien la ha puesto, aunque cuando se acalla y, al cabo de unos segundos, comienza a sonar de nuevo, caigo en la cuenta de que se trata de mi móvil. Me desperezo en la cama para encontrarla vacía. ¿Y Fer? ¿Estará en la ducha? Al coger el teléfono y descubrir que es mi madre se me escapa un gimoteo. Son tan solo las nueve de la mañana. ¿Habrá ocurrido algo malo para que me llame a estas horas?

—¿Mamá?

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta ella con tono ansioso.

—¿Qué? ¿Por qué lo preguntas? —Me incorporo en la cama un poco confundida.

—Te he llamado al fijo varias veces y no contestabas.

—¡Ah! Eso… —Carraspeo, luchando para que mi mente abandone los últimos

resquicios del sueño y se invente una excusa—. Pues es que he pasado la noche en casa de

Begoña.

—¿Habéis salido de fiesta?

—No, no. Qué va. Lo que pasa es que Bego últimamente no se encuentra muy bien.

—¿De salud? Cuando vino a casa se la veía muy sana. Pero claro, siendo abogada también, seguro que trabaja un montón, como tú…

La mujer tiene una energía increíble un domingo de buena mañana. Menuda verborrea.

Y a mí me duele un poquitín la cabeza, y eso que anoche tan solo me tomé dos copas de

vino. Pero me siento como si mi mente hubiera estado funcionando toda la noche.

—De salud está bien. Lo que tiene son problemas amorosos, ya sabes.

—¡Con lo jóvenes que sois! A vuestra edad sufrir por amor debería ser pecado —dice mi madre con alegría.

—Eso díselo a Romeo y Julieta —respondo en tono irónico.

—¿Cómo?

—Que… ¿Pasa algo?

Cierro los ojos y me los froto. Me separo el móvil de la oreja para ver si oigo algún ruido por la casa, pero nada. Ni la ducha. ¿Dónde leches estará Fer? Aunque, bien mirado,

puedo hablar a solas con mi madre tranquilamente.

—En nada es el día del Padre…

—¿En nada? ¡Si todavía quedan más de quince días! —exclamo con una sonrisa.

—Sí, pero prefiero recordártelo con antelación porque luego me dirás que tienes planes,

y eso sí que no…

—Ya, quieres que vaya a veros, ¿no?

—Tu padre hará paella. Compraré tus buñuelos favoritos. Y chocolate. Y por la noche

podemos ver la *Cremà* todos juntos. —Mi madre calla unos segundos —. Bueno, no sé si Javi vendrá. —Y me parece que su tono es un poco triste.

—¡Es verdad! —Me doy un manotazo en la cara—. Ya se ha mudado, ¿no?

—Hace un par de semanas. ¿No te ha llamado? —me pregunta extrañada.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Me dijo que te llamaría para que fueras a ver su piso.

—Pues no…

—Entonces… ya sabes, pásate por allí y así también ves cómo está, que el muy canalla

solo me ha llamado dos veces en estas dos semanas.

—¿Que vaya yo a su piso? ¿Así como así? ¿Sin que me invite? —Alzo un poco la voz y

miro a un lado y a otro como si alguien estuviera observándome. Si estoy más sola que la

una. ¿No se habrá ido a la notaría de improviso el capullín de Fer? Con lo adicto al trabajo que es, quién sabe.

—Cielo, que es tu hermano. No hace falta que te invite para que vayas a verlo. Seguro

que le hace muchísima ilusión.

—No acostumbro a ir a casas ajenas sin preaviso. Y menos cuando allí vive más gente

—le digo con tono reprobatorio.

—¡Pues llámalo y le dices que vas a ir! No te cuesta nada, Blanca. Y así ves si está bien, que seguro que no me come nada… —insiste la buena mujer.

—¡Vale, vale!

Me rindo. Mi madre jamás acepta un no por respuesta y, si se lo das y metes la pata por

ello, luego te lo recuerda a la menor ocasión.

—Cuando vengas te daré la invitación.

Arqueo una ceja. ¿Invitación? ¿De qué habla ahora?

—¿Qué dices, mamá?

—La invitación para la boda de Vero —responde con un tono que indica que piensa que

soy tonta.

—¿Vero…? ¿La Vero de…? —No quiero mencionarlo a él. Pero sí, Vero es su prima.

Con la que lo vi la segunda noche de nuestro reencuentro en el pueblo y la confundí con

un ligue.

—¿Conocemos tú y yo a otra Vero?

—No me habías dicho que se casaba.

—¿Cómo que no? Cuando te llamé hace unas semanas ya te lo comenté. ¿Es que no me

escuchas?

Vale, podría ser. Últimamente he estado muy encerrada en el trabajo y comiéndome la

cabeza por lo de la cita de San Valentín con Fer, así que quizá se me pasó o no le presté la suficiente atención. O mi mente boicoteó dicha información.

—¿Y me ha invitado?

—¡Pues claro que sí, Blanca!

—No sé qué pinto yo allí. No voy a ir.

—No empecemos…

—No me apetece, ¿lo entiendes? —Se me ha escapado un tono bastante cortante. Mi madre suspira al otro lado de la línea.

—Si no vienes, ¿qué pensará Vero? ¿Y Nati? ¿Y la gente del…?

—El pueblo me importa una…

Me trago la palabra malsonante que iba a soltar porque, al alzar la vista, me topo con

Fer en el umbral de la puerta. Porta consigo unas bolsas y me observa con una sonrisa ladeada y un gesto interrogativo. Lo saludo con la mano y le señalo mi móvil, insinuándole que me deje sola, pero el tío no se mueve.

—Blanca, no hagas esto a la tía Nati. Está muy ilusionada con la boda, y también Vero.

No sabes lo contenta que parecía cuando me entregó el tarjetón. Siempre le has caído bien…

—Ya hablaremos, ¿vale? No te prometo nada —murmuro. No le permito componer otra

frase—. Tengo que colgar. Un beso.

Ella se despide con un escueto «Hasta pronto». Creo que no le ha hecho ninguna gracia

mi actitud, pero no me apetece hablar de eso con Fer mirándome. Deposito el móvil en la

mesilla de noche y me vuelvo hacia él con una sonrisa forzada. Se acerca con sus andares

elegantes. Va tan bien vestido y peinado como siempre, a pesar de lo temprano que es.

—¿Con quién hablabas? —me pregunta tomando asiento en el borde de la cama.

—Con… —A punto estoy de mentirle diciéndole que era Begoña, pero me regaño por

el hecho de querer atrasar algo que no es tan horrible—. Era mi madre.

A Fer se le ilumina el semblante. Asiente con la cabeza y se inclina hacia delante para

darme un rápido beso en los labios.

—¿Y qué quería?

—Nada, que cómo estaba y esas cosas. Ya sabes, lo típico de las madres.

Fer arruga el ceño y me escudriña como si no me entendiera. Durante un rato ambos nos

miramos. Yo, inquieta. Él, como a la espera de que le diga algo. Imagino que desea que le

proponga conocer a mis padres, tal como él hizo anoche. Sin embargo, con una quedada

familiar vamos bien. De momento…

Parece darse cuenta de que no conseguirá nada de mí, ya que suelta un suspiro y, durante unos segundos, se queda observando el suelo con expresión muy seria. Me paso la

lengua por los labios resecos y me pregunto si va a producirse nuestra primera discusión.

No debería sentirme así, a la defensiva… Eso solo ocurría con Adrián. Fer y yo no tenemos una relación así, y precisamente por ese motivo esto funciona.

—He bajado a comprar el desayuno —dice justo en este momento. Contengo un suspiro

de alivio al verlo sonreír. Alza las bolsas marrones y las zarandea ante mi rostro—. No sabía lo que te gustaría más, así que he traído un poco de todo. —Saca una enorme napolitana de una de las bolsas y me la tiende.

—Tú lo que quieres es que se me engorde más el culo —bromeo.

Pero cojo la napolitana y le doy un buen mordisco, acompañado de un gemido de placer.

—Si haces esos ruiditos, no te dejaré desayunar, Blanca…

Fer se inclina sobre mí con una pícara sonrisa y me pasa la lengua por el labio superior

para limpiarme el azúcar con el que me he manchado.

—Vas a tener que currártelo mucho para que quiera sustituirte por esto. —Le muestro el

bollo. Se lo acerco a la boca y le da un mordisco. A continuación son mis labios los que lo sustituyen. Nos damos un beso dulce, suave, hasta que se torna más ansioso y tengo que

apartarme para que Fer no se atragante con el bocado.

Mientras mastica se desabrocha los botones de la camisa. Dibujo una sonrisa y ladeo la

cara con timidez, aunque lo que sucede es que mi cuerpo ya está despertando ante la idea

de una buena sesión de sexo matutino.

—Veamos si me lo curro bien… o no, como tú dices —murmura con voz ronca. Me coge de la muñeca y acerca mi mano a su pecho. Le sigo el juego y se lo acaricio, hasta

bajar a su vientre. Le toco por encima del borde del pantalón—. ¿Qué tal vamos?

—No está mal.

Se levanta y se deshace del cinturón bajo mi atenta mirada. Suelto un par de silbidos mientras deja caer el pantalón y se queda tan solo con el bóxer. Se da la vuelta para mostrarme su trasero. Suspiro, deseosa de clavar mis dientes en esas prietas nalgas.

—¿Y ahora…? ¿Te gusta esto que ves más que la napolitana?

—Tendría que probarlo. Ya sabes, para comparar y eso —continúo con el juego.

Estiro una mano, dispuesta a darle un cachete, pero se adelanta y la atrapa a tiempo. Un

segundo después me hallo aprisionada bajo su cuerpo con los brazos por encima de mi cabeza y el sexo de Fer clavado en mi muslo. Se frota hacia delante y hacia atrás, sin apartar los ojos de los míos, y me muerdo el labio inferior con mi mejor cara de guarrona.

—Te gusta que te dominen, ¿verdad, Blanca? —susurra con una voz de lo más sensual.

—Sí… —jadeo. En realidad, prefiero ser yo quien lleve la voz cantante, aunque esto

tampoco está tan mal.

—Te pone que te frote con mi polla, ¿eh?

Voy a contestarle alguna cochinada, pero de repente me besa con efusividad y lo recibo

con ganas. Le separo los labios para introducirle la lengua y cuando encuentro la suya me

engancho a ella. Fer me besa con avidez y durante un buen rato solo somos saliva, un enredo de lenguas, dientes y labios, y jadeos entrecortados. Me muevo a su ritmo, apreciando que su sexo crece cada vez más.

—Un día vas a conseguir que desgarre el bóxer con esto. —Se señala el paquete y me

da la risa tonta.

Me suelta una mano y desliza la suya por mi pecho desnudo. Arqueo la espalda y le acerco uno de mis pezones a la boca. Lo atrapa con los dos dientes delanteros, tira de él y termina con un lametón que me arranca un gemido. Me contoneo bajo su peso y me aprisiona más contra la cama, con lo que no puedo hacer ni el menor movimiento.

Me coge ambas manos con la suya, que es muy grande, mientras que las mías son muy

pequeñas. Sonrío ante el jueguecito. Vaya, parece que le gusta tenerme aquí en plan sumisa. Aunque espero que no le vaya el rollo sado. Nunca he practicado sexo de ese tipo,

y quizá no esté mal, pero no creo que sea lo mío. A mí me gusta mucho más montarme

encima de un tío y cabalgarlo hasta caer rendida sobre su pecho.

—¿Qué tenemos aquí? —murmura al tiempo que acerca su mano libre a mi sexo. Roza

la suave tela de las bragas y doy un respingo al notar su dedo corazón tanteando en mi entrada—. Vaya, qué húmeda estás. ¿Y si hago esto…? —Mete un par de dedos por mi ropa interior. Noto cómo se impregnan de mis fluidos.

—Joder… —Se me escapa. No lo puedo evitar, cuando siento placer la boca se me llena

de palabras malsonantes, qué le vamos a hacer.

Fer estampa sus labios en los míos, impidiéndome añadir nada más. Trato de liberarme

las manos para tocarlo, abrazarlo o qué sé yo, pero continúa amarrándome con una fuerza

bestial. Al final desisto, me limito a besarlo, a morderle el labio inferior y, eso sí, a arquearme para que sus dedos me acaricien. Cuando me introduce uno de ellos gimo en su

boca. Abandona mis labios y me lame el cuello. Cierro los ojos y me

abro más de piernas,

ansiosa de que haga maravillas en mi interior.

Introduce otro dedo, al tiempo que con el pulgar me acaricia el clítoris. Un nuevo

gemido escapa de mi garganta. Fer frota su sexo contra mi muslo provocando que todas mis terminaciones nerviosas despierten.

—Más rápido —le pido, pero me hace sufrir sacando los dedos.

Por un momento pienso que enterrará la cabeza entre mis piernas, de modo que las separo aún más. Sin embargo, Fer me suelta las manos y se me queda mirando muy serio.

Me pregunto qué sucede y llego a la conclusión de que quiere una mamada. Me incorporo

y lo empujo de los hombros para tumbarlo en la cama. Me mira con una expresión de sorpresa que me provoca una sonrisa. Ahora verá lo que es bueno. Va a conocer la experta

boca de Blanca. Se queda boca arriba sin apartar los ojos de los míos, y me deslizo hacia

abajo dejando una estela de besos por su pecho. No obstante, cuando estoy a punto de llegar a su pubis noto unas manos que me atrapan por los hombros y me suben. De repente

nos encontramos otra vez cara a cara. Nos estudiamos el uno al otro en silencio, hasta que me atrevo a preguntarle:

—¿No quieres que te la coma?

Fer esboza una sonrisa pícara que me lleva a pensar que sí lo desea. Sin embargo, lo siguiente que hace es abrazarme y besarme con todas sus ganas. Me dejo ir. Vacío la mente. Quizá es uno de esos tíos que prefiere follar. No es tan raro. Minutos después me

hallo otra vez bajo el peso de su cuerpo. Lo ayudo a bajarse el bóxer y le aprieto las nalgas. Clava su sexo justo en el centro de mi placer y, aunque todavía llevo las bragas,

puedo notarlo todo de tan húmeda como estoy y de tan duro como él se ha puesto.

—Tienes un coño perfecto para mí —gruñe en mis labios.

Esas sucias palabras me ponen a mil. Soy yo quien se aparta a un lado la ropa interior y

arrima el sexo desnudo al de Fer. Él también se ha mojado y esa sensación me vuelve loca.

Le estrujo el trasero, recreándome en lo firme que lo tiene. Qué desperdiciado está este hombre con su ropa anticuada y sus modales formales fuera de la cama. Aquí es todo un

semental… Y cómo me gusta.

—Abre el cajón —me ordena.

Hago lo que me pide y, al meter la mano en él, rozo unos cuantos sobres que de inmediato identifico. Cojo uno y se lo muestro. Me encantaría ponérselo, pero me lo arrebata y se apresura a colocárselo.

Sin esperar más, me aúpa el culo para bajarme las bragas. No me sorprende que, en lugar de hacerlas volar por los aires, las deje dobladitas encima de las sábanas. Ya voy

conociéndolo. Lo bueno es que lo hace con rapidez y pocos segundos después ya lo tengo empujando en mi entrada.

—Por lo general, el sexo por la mañana no me llamaba la atención… pero contigo, Blanca, estaría haciéndolo en todo momento —me susurra al oído.

Me revuelvo bajo su cuerpo. Su vientre desnudo arde sobre el mío, y esa sensación hace

que lo desee aún más.

—Métemela —le respondo en voz baja y sensual.

De nuevo me sube las manos por encima de la cabeza y me retiene de las muñecas. Me

dejo hacer. Es excitante follar de esta forma. Se coge la polla con la mano libre y frota la punta en mi entrada. Jadeo, echo el trasero hacia arriba para que me la meta de una vez.

Pero Fer se dedica unos segundos a rozar mi sexo con el suyo, a humedecerme todavía más, hasta que sin previo aviso se introduce en

mí de una estocada. Un grito se me engancha en la garganta y acaba saliendo en forma de gemido. Me muerdo el labio inferior

con una sonrisa. Cierro los ojos y permito que sea él quien se mueva, quien me folle.

Entra y sale con movimientos expertos. Una embestida fuerte provoca que mi cabeza choque contra el cabecero de la cama. Esta vez grito. Fer me besa casi con rabia en los labios y luego en la barbilla dejando un reguero de saliva.

Subo las piernas y las enlazo a su cintura para que pueda clavarse en lo más profundo

de mí. Sus sacudidas me lanzan hacia atrás, después hacia delante y una vez más contra el

cabecero de la cama. Joder, me va a romper. Pero me gusta, y trato de acompasar mis movimientos de cadera a los suyos. Cierro los ojos un instante, empapada en las cosquillas que recorren todo mi cuerpo. Al abrirlos me topo con su rostro concentrado. Ahora que tiene el pelo revuelto y está sudado me excita mucho más. Me recreo en esa imagen, en

cómo clava los dientes delanteros en sus labios. El recuerdo de otros dientes, unos un poquito grandes, destella en mi mente. No, no. Me apresuro a besar a Fer para borrarlos.

Él gruñe en mi boca, provocando un eco en mi garganta.

—Te gusta así, ¿eh? —jadea al tiempo que me embiste con rudeza. Casi ronroneo, muerta de placer. Otra estocada más me encoge las entrañas—. Voy a follarte hasta que me

ruegues que pare.

Estoy a punto de decirle que eso no ocurrirá, que me encanta que me den caña una y otra vez. No me da tiempo porque sus labios se pegan a los míos. Lucho para soltarme de

sus manos, pero me retiene con más presión. Lo único que puedo hacer es agarrarme a la

almohada con la yema de los dedos y clavar las uñas en la tela. Joder, cómo deseo clavarlas en su culo…

Ralentiza las acometidas para no irse ya. Yo tampoco iba a tardar mucho, pero lo cierto

es que la manera en que dibuja círculos en mi interior con su polla es de lo más placentera.

Gimo. Fer jadea. Y al instante, como si no pudiera contenerse más, empieza a embestirme

con una rapidez y un vigor que me sorprenden. Se me escapa un grito acompañado de una

risa. Fer baja la mirada hasta la mía con expresión seria, como si no le hubiera hecho gracia. Pero como estoy a lo mío, a punto de recibir un orgasmo maravilloso, lo ignoro.

—¡No pares! ¡Fer, más fuerte! —chillo moviéndome al mismo ritmo que él, a tan solo

un milímetro de la explosión.

Aprecio las contracciones en su sexo. Eso provoca que mi vientre se deshaga en cosquillas y que, segundos después, me una a su orgasmo. Me retuerzo bajo su peso y, al

fin, consigo que me suelte. Me engancho a su espalda y se la araño mientras gimo sin cesar y suelto unas cuantas palabrotas. Y entonces noto su mano en mis labios ahogando

mis escandalosos chillidos. Cierro los ojos y me dejo llevar por el inmenso placer, regodeándome en los últimos espasmos de su sexo y en sus gruñidos.

Al cabo de unos minutos se aparta y se desploma a mi lado. Observo de reojo su cuerpo

sudado y su pene todavía erecto y, por unos segundos, estoy tentada de subirme encima de

él y continuar. Sin embargo, por mi mente pasa una idea absurda que acabo verbalizando.

—Fer… ¿Pasa algo? —Me vuelvo hacia él y lo miro.

—¿Cómo? —Parpadea con gesto de confusión.

—Es que… —Me paso la lengua por los labios, hinchados a causa del

placer y de tantos

besos. ¿Cómo plantearle lo que he pensado? ¿Y por qué me da tanto reparo? Con cualquier otro hombre me habría importado una mierda —. Bueno, tú… —Callo, pero Fer

insiste con la mirada para que hable—. Pues nada, que me extraña una cosa.

—¿Cuál?

—¿Por qué me tapas la boca cada vez que gimo o grito? Sé que soy un poquito escandalosa, pero…

Fer esboza una sonrisa al tiempo que se coloca de lado y me atrapa de la cintura para

arrimarme a él. Su corazón palpita contra mi pecho a un ritmo desenfrenado. Aprecio que

está recuperando la respiración poco a poco.

—Tengo unos vecinos un poco remilgados.

—¿De verdad es solo eso? —le pregunto con preocupación.

—¿Qué otra cosa podría ser, Blanca? —Se me queda mirando con una ceja arqueada.

—Pues no sé, yo… —Casi le digo que he llegado a pensar que quizá no le guste oírme

gemir. A todos los otros tíos les ponía a mil, pero los otros no eran como Fer.

Me acalla con un tierno beso. Sonríe bajo mis labios y me uno a ese cálido gesto. Cierro

los ojos y durante un buen rato nos besamos con suavidad, notando cada uno de nuestros

movimientos.

—No me apetece que luego me digan algo en las reuniones de vecinos. O a mis padres… Los de arriba son unos ancianos que los conocen — confiesa una vez que nos apartamos. Asiento, no es algo tan descabellado—. Voy al baño a quitarme esto. Y de paso

me ducharé. Si quieres ve desayunando. Después del buen sexo siempre se le abre a uno el

apetito —dice riéndose.

Sigo con la mirada sus movimientos. Es una bonita imagen, para qué mentir. Cuando sale del dormitorio me incorporo y me quedo apoyada en el cabecero de la cama con las

manos cruzadas en el vientre y la mente a mil por hora. La verdad es que me apetece más

sexo. En la ducha… No obstante, lo que hago es cambiarlo por un enorme cruasán relleno

de chocolate. Cierro los ojos y ronroneo de placer. Qué rico está, por favor.

Y mientras me atiborro de dulces y Fer se ducha me viene a la cabeza una ocasión en la

que desayuné con Adrián porque se quedó a dormir en mi casa, ya que era un crío y Nati

esa noche no disponía de canguro. El muy cabrón metió los dedos sucios en mi Cola-Cao

y yo le derramé el zumo de piña por encima, de manera que mi madre me castigó. Y luego

recuerdo los momentos que he pasado con él de adultos. Sonia en su casa. Esa confesión.

Mi huida. El dolor sordo en el pecho. De repente se me quitan las ganas de seguir desayunando. Dejo el segundo cruasán a medio comer encima de la mesilla. Me acuesto y

doy unas cuantas vueltas en la cama. En mi mente resuenan jadeos, carne contra carne en

una casa que no es la de Fer, piel contra piel en una cama que tampoco es la de Fer. Me

levanto empapada… No solo de sudor. Basta. No debo permitir que se cuele en cada uno

de los rincones de mi cuerpo. Él está haciendo su vida. Yo la mía. Y

Fer es la persona perfecta para mí.

Salgo del dormitorio y corro por el pasillo con una mezcla de excitación e inquietud.

Abro la puerta del baño con parsimonia. La silueta de Fer en la ducha me activa de nuevo.

Doy unos pasos más y descorro la mampara. Me mira con sorpresa. Por unos segundos pienso que va a decirme que qué hago allí.

No obstante, saca un brazo mojado, me atrapa de la mano y me mete bajo el chorro. Su piel desnuda, caliente por el agua, se pega a la mía. Me besa con ardor, acariciándome por todas partes. Jadeo, gimo, y esta vez no me tapa la boca.

Me siento mejor.

No pienso en nada. Ni en nadie. Simplemente floto.

Y, aun así, duele.

13

El domingo siguiente, después de una semana en la que no he dejado de comerme la

cabeza y de dedicarme insultos silenciosos, decido hacer una visita a Javi para complacer

a mi madre. No lo hago por mi voluntad, no del todo, ya que mamá me ha llamado tres

veces más para preguntarme si he podido ir, insistiendo en que estaba preocupada porque

mi hermano le contestaba con monosílabos cada vez que le telefoneaba.

—Con lo cariñoso que es siempre, no me parece normal. Quizá está estresado con los

estudios o… algo.

—Ya. Y quieres que me comporte como una hermana mayor controladora —dije entre

dientes a la tercera llamada.

Me mordí la lengua para no soltarle que lo que probablemente le pasaba a mi hermano

era que estaba haciéndose mayor y quería un poco de espacio. Sin embargo, me supo mal

ser tan borde y, por esos remordimientos, he planeado esta visita.

En realidad, yo también le telefoneé el viernes y el sábado, y no cogió el móvil. Un poco preocupada sí estoy. O puede que el tío pase de mí, que también es posible.

Hoy Fer iba a dedicar el domingo a avanzar trabajo, eso me dijo. Pero justo me hallo en

la puerta con la mano en el pomo cuando mi teléfono suena.

—¿Qué tal, preciosa? —me saluda con su habitual encanto.

—Pues me pillas a punto de salir.

—¿Vas a hacer una visita a tus padres?

Leches, ¿es que este hombre no conoce otros planes para un domingo? Existen los amigos, un libro, una peli, la soledad, qué sé yo…

—La verdad es que es a mi hermano a quien voy a ver. —Decido no inventarme ninguna excusa. Fer me cuenta todo lo que hace, y quiero seguir el consejo de Emma de

dar y recibir. (Vaya, eso ha sonado un poco mal, ¿eh? ¿O es mi mente pervertida?)

—¡Ah, sí! Me dijiste que esta es su primera vez compartiendo piso, ¿no?

—Exacto, y mi madre está preocupada, ya sabes. Así que me ha dado la dirección y…

Bueno, me pasaré por allí, a ver qué tal lo lleva.

Al otro lado de la línea reina el silencio. No soy tonta, entiendo qué es

lo que Fer espera. Y, al fin y al cabo, Javi es mi hermano, no mis padres, y le importará un comino

que me presente con un tío. Me armo de valor y pregunto a Fer:

—¿Te apetece venir conmigo o todavía tienes mucho trabajo?

—Creo que puedo tomarme un ratito libre. Y quizá luego te invite a comer…

Noto la ilusión en su voz y reprimo una sonrisa.

—Vale, pero esta vez pagaré yo. Siempre me invitas tú, y empiezo a sentirme un poco

caradura —bromeo.

—No digas tonterías, Blanca. A las mujeres hay que trataros como las reinas que sois, y

los hombres tenemos que pagar. Las buenas costumbres no deberían desaparecer.

Me miro en el espejo de la entrada y compongo en silencio un «pero ¿qué coño?».

Decido pasar por alto ese desafortunado comentario. Seguro que no lo piensa en serio. Es

un hombre tradicional, pero no tanto como para eso. Aunque si Bego hubiera estado delante se habría tapado las orejas y habría salido corriendo como si Fer fuera el diablo.

—¿Paso a por ti?

—No. Cojo yo el coche. Dentro de un rato estoy ahí, ¿vale?

Pienso que Fer va a negarse, que dirá que son los hombres los que deben conducir, pero

acepta y se despide con un «tengo ganas de verte, cariño», y sonrío al imaginarlo susurrándomelo al oído.

Me subo en mi monísimo Polo de un buen humor increíble. Después de esta semana tan

rara me apetece ver a Fer. Lo he echado de menos, y eso me

entusiasma. Estoy lográndolo.

Podré ser una novia normal. Podremos tener una relación sin sobresaltos y malos recuerdos. Quizá vaya siendo hora de que le dé la bienvenida en mi piso y estrenemos la

nueva alfombra que compré el otro día en Ikea. Es preciosa, y alguien tiene que ayudarme

a probarla.

Tarareo canciones de Ed Sheeran mientras conduzco con más sensatez que de costumbre. Esta serenidad es rara en mí, pero qué bien sienta. Cuando llego a la calle de

Fer, ya me espera en la calle con un abrigo de lo más elegante. Eso sí, parece que lo haya heredado de su tatarabuelo. Estoy pensando en regalarle algo moderno y bonito para su cumpleaños. No es que sea una superficial, pero me gusta la moda. Y total, él ya me compró aquel vestido que me provoca escalofríos con tan solo mirarlo.

—¿Qué tal va la mañana, cariño? —me saluda y me da un beso en la frente.

Por Dios, que no soy su hija. Le tomo de la nuca y por poco le rozo la campanilla con la

lengua. Fer se aparta y sacude la cabeza, aunque le veo contener una sonrisa.

—¿Por qué zona ha alquilado el piso?

—El Cabañal.

—No es muy buena, ¿no?

Por el rabillo del ojo diviso su nariz arrugada, como si algo oliera mal.

—Todos no pueden tener un piso con unas vistas maravillosas en plena Gran Vía —

respondo, un poco incómoda.

Fer se revuelve en el asiento.

—Perdona. No quería ser petulante. Solo que por allí hay gente que…

—Mi hermano es mayorcito y sabe cuidarse, Fer. No estará viviendo en una chabola, tranquilo. Hay zonas y zonas.

—Hoy no nos hemos levantado de buen humor —dice en tono mordaz.

Alza las manos en señal de derrota, aunque a mí más bien se me antoja un gesto altanero de «me da igual lo que digas, tengo razón y lo sabes».

Me muerdo la lengua para no soltarle que estaba de lo más contenta hasta que ha abierto

la boca y ha tenido que dárselas de pijo, de niño rico y mimado. Su familia es adinerada.

La mía no. Y en cierto modo me preocupa, y no debería ser así. Jamás tendría que avergonzarme de dónde vengo y de todo lo que he conseguido por mí misma.

Al final el tío sabe cómo camelarme y me saca una sonrisa al poner un CD de Lana del

Rey y canturrear. Acabo uniéndome a él.

Cuando llegamos a la dirección que mi madre me dio, la barbilla casi se me cae al suelo. Menudo edificio cochambroso. Pero, bueno, no hay que prejuzgar ni dejarse llevar

por las apariencias, que yo de eso he padecido mucho. Puede que en el interior la finca sea divina. Aparco al lado de una furgoneta de aspecto siniestro, y todo por no darle la razón a Fer. Mi madre está en lo cierto, soy la más cabezota y orgullosa del mundo.

—¿Quieres que te espere aquí vigilando el coche? —se ofrece Fer.

—¡No seas así! No pasa nada. Y a Javi le hará ilusión conocerte.

Con eso lo convenzo de inmediato. En realidad, es que me da un poco de miedo entrar

sola en el edificio. Y me alegro de que Fer me acompañe porque la puerta del vestíbulo

está abierta y la luz no funciona. Alcanzamos sin sobresaltos la quinta planta sin ascensor, aunque el corazón me sale por la boca, y eso que ya solo fumo un pitillo, antes de acostarme, para desengancharme

poquito a poco, que dejarlo de sopetón no es bueno.

Pulso el timbre con un Fer totalmente silencioso a mi lado. Después de unos minutos, que

parecen eternos, nos abre un veinteañero con cara de colgado y vestido con tan solo unos

calzones. No es mi hermano, que conste. Me quedo muda. El chaval me mira de arriba abajo con sus ojos de besugo y luego deja la vista fija en mis piernas enfundadas en unas

medias negras. Chasco los dedos para que me preste atención.

—¿Está Javi?

El chico me dedica una mirada vacía. O es tonto o se ha tomado algo, y espero que sea

lo primero porque si es así de eso no tiene culpa alguna. Luego llama a mi hermano con un

berrido.

—Qué cojonudos son ahora los camellos. Menudas piernas —dice el muy gilipollas.

—¿Perdona? —Abro los ojos de par en par, incrédula. Fer carraspea a mi lado.

Aparto al chaval de un empujón y me meto en el piso. Nada más entrar, por poco no me

ahoga un olor inconfundible. En el salón me encuentro con un montón de jovenzuelos sentados en los mugrientos sofás o, directamente, en el suelo. Algunos fumando. Otros enrollándose. La mayoría con cara de ir colocados hasta el culo. No veo a Javi por ningún

lado, hasta que oigo a mi espalda:

—¿Blanca? ¿Qué haces aquí?

Me doy la vuelta y me topo con un Javi ojeroso, sudado y pálido. No me digas que el

muy imbécil se ha metido algo.

—Mamá me ha pedido que me pase.

—¿Te he invitado yo acaso? —me pregunta con malas maneras.

—Oye, a mí no me hables así. ¿Y qué significa todo esto? —Le señalo el espectáculo del piso.

Javi estira el cuello para echar un vistazo y a continuación se ríe a carcajadas.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —Lo miro enfadada y él se limita a encoger los

hombros—. ¿Tú también has fumado o qué? —En realidad, eso no me parece lo peor—.

¡Javi, que solo son las once de la mañana! —Alzo la voz y un par de jóvenes nos miran.

Mi hermano aprieta los labios y me observa con rabia. Pero ¿dónde está mi Javi?

—Blanqui, no me toques las pelotas y vete —me espeta.

En ese momento Fer aparece y se sitúa a mi lado.

—No deberías hablar así a tu hermana.

—¿Y este cursi quién es? —dice mi hermano observando la ropa y el pelo de Fer.

—¡Javi! —lo regaño completamente avergonzada.

Echo un vistazo a Fer y le descubro de un color casi púrpura. Creo que le ha sentado mal.

Javi suelta alguna bordería por lo bajini y nos deja ahí plantados. Pido disculpas a Fer

con la mirada, le ruego que me espere un minuto y voy tras mi hermano. Cuando lo agarro

del brazo forcejea. Suelto un bufido rabioso y al final consigo que se dé la vuelta.

—Pero ¿de qué vas, Javi? ¿Por qué le has dicho eso a Fer?

—Ah, Fer… El cursi —contesta en tono irónico.

—Deja de llamarlo así.

Miro con el rabillo del ojo a la gente que nos rodea y decido llevármelo aparte para hablar con tranquilidad. Lo cojo del brazo y esta vez se deja. Acabamos en un dormitorio

oscuro con una diminuta ventana, una cama que parece del año de la nana y un armario

viejo. Dios, espero que no sea su habitación.

—¿Qué cojones quieres, tía?

—No me habías explicado cómo era tu piso. Podrías haber buscado uno mejor… Toda

esa peña no vive aquí, ¿verdad?

—Blanca, con la mierda que gano en el trabajo no puedo alquilar uno mejor —dice un

poco molesto.

—¿Y no sabes que yo podría ayudarte?

—No, no lo sé. Nunca estás ahí.

Sus palabras me duelen. Y sé que las ha dicho a propósito. Observo su rostro pálido, sus

enormes ojeras y sus ojos enrojecidos. Ay, por favor, que no esté drogándose porque a mi

madre le da un chungo de los malos.

—¿Tu novia vive aquí también?

Javi asiente. Me quedo en silencio y después trato de esbozar una sonrisa conciliadora.

—Preséntamela.

Se encoge de hombros, sale del dormitorio y me lleva de nuevo hasta el salón. Fer se

encuentra en el umbral de la puerta, mirando con horror a una pareja que fuma y se pasa el humo del porro entre besos. Y justamente es a esa chica a la que Javi señala. Me quedo

muerta. No entiendo nada, de verdad que no.

—¿Esa es tu novia? —pregunto estupefacta. Javi afirma con la barbilla —. ¿La que está

morreándose con ese tío?

Javi vuelve a asentir. Lo miro con los ojos muy abiertos, confundida. Mi hermano se da

la vuelta en dirección al pasillo. Lo sigo como una bala, totalmente indignada.

—¿Y no te importa que esté liándose con otro? ¿O es que ya no sois nada?

Se detiene de golpe, con lo que choco contra su espalda. Al volverse me lanza una mirada despectiva.

—Guárdate tus lecciones morales para otro.

—¿Qué dices, atontado?

Ambos nos retamos con la mirada. Javi niega con la cabeza y se echa a reír.

—Tenemos una relación abierta.

—¿Qué significa eso? ¿Que puede follarse a otro tío delante de ti y no pasa nada? —

alzo la voz de nuevo y Javi chista para que la baje.

—Blanca, si no lo entiendes, no hables. No opines de algo que ignoras.

—No me lo puedo creer, en serio. ¡Esa gente está comiéndote el tarro! Me dijiste que tu

chica era lista, pero no me lo ha parecido. —Me acerco a él con la intención de olisquearlo, pero se aparta con brusquedad—. Dime, ¿te has fumado un porro? ¿Has tomado algo…?

—¡Cállate de una puta vez, Blanca! ¡No necesito que vayas de

hermana mayor que se preocupa por mí porque nunca lo has hecho! Ahora es cuando menos lo necesito.

Nos quedamos callados. Javi con la respiración agitada, mirándome muy molesto. Yo,

con el corazón a mil por hora, asustada y preocupada.

—Escucha, Javi, no es eso. Además, ¿quién te ha dicho que no me preocupo por ti? Si

no lo hiciera, no estaría aquí intentando averiguar lo que pasa.

Ladea la cabeza y lo tomo de la barbilla para que me mire, pero me la aparta de un manotazo. Chasco la lengua.

—Quiero que dejes este piso. Puedo prestarte dinero para que alquiles otro. Te ayudaré

a buscar uno asequible. Y si no… pues vuelve al pueblo con mamá y papá.

—¡No quiero volver allí, joder! —ruge. Me encojo un poco, asombrada ante su

estallido. Javi nunca ha sido así—. Y tampoco quiero irme de este piso. Estoy bien. Me lo

paso genial.

—No voy a permitir que arruines tu vida.

—Mejor tendrías que preocuparte por la tuya.

—¿Y qué sabes tú de mi vida? —le pregunto con los puños en la cadera. Será posible,

el niñato.

—Justamente eso. No sé nada. No sabemos nada —recalca con tono amargo.

El silencio nos inunda. Javi se apoya en la pared y se pasa la mano por el cabello revuelto. Por un instante tengo unas tremendas ganas de darle todos esos abrazos que le negué con mi marcha y mi forma de ser. Quizá tiene razón y no he sido la hermana ni la

hija perfecta, pero si mi hermano no está pasando un buen momento, no voy a dejarlo en

la estacada.

—Mañana llamaré a algunas inmobiliarias. Y tú deberías mirar anuncios. Hay muchos

pisos para compartir por las facultades.

Me doy la vuelta con un nudo en la garganta. Ahora mismo es imposible hablar con él.

—Blanca —me llama. Me vuelvo con la esperanza de que me conteste que hará lo correcto—. Me gusta esto. Me gusta mi novia y la relación que tenemos. Creo que tú no

puedes decir lo mismo.

—¿Qué? ¿Qué insinúas? —Lo miro patidifusa.

—¿Quién es ese pijo de mierda?

—Javi, por favor…

—¿Estás saliendo con ese engreído? Porque no te pega para nada —continúa con un tono de lo más cruel.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí? Tú y yo sabemos quién te pega.

Creo que me he quedado pálida. Su ataque me ha dado de lleno y, ahora mismo, siento

un horrible vacío en el estómago.

—Mira, eres un niñato que no sabe nada de la vida. Fer es uno de los hombres más amables y cariñosos que he conocido.

—Puede, pero no es el hombre con el que quieres estar.

Frunzo el ceño y contengo una palabrota. Dios, me saca de quicio. Y lo que es peor, mi

cabeza se ha parado a pensar que quizá esté en lo cierto. Pero no, me he prometido que no

voy a lamerme las heridas.

—No tienes ni idea de a quién quiero o dejo de querer —le espeto, aunque me tiembla

la voz.

Javi sonríe. A punto estoy de propinarle una bofetada. Sin embargo, me limito a darme

la vuelta y avanzar por el pasillo.

—¡No sé por qué coño huyes de Adrián, Blanca! ¡Pero deberías apartar la vista de tu ombligo por una vez en tu vida! —me grita.

Contengo la respiración, con el rumor sordo de los latidos de mi corazón en el oído. Fer

me espera en el mismo lugar que antes con la sorpresa dibujada en el rostro. Por Dios, que no haya escuchado lo que ha dicho mi hermano. Lo cojo de la mano y me lanzo a la puerta. Al volverme veo a Javi con los brazos cruzados y aspecto indefenso. Si es que es

solo es un crío… Tengo que poner solución a esto.

—Vámonos —ruego a Fer.

Bajo la escalera a trompicones. Preocupada por Javi. Atemorizada a causa de mí misma

y de todas las palabras que me ha dicho él. Verdades como puños. Que sea un chaval de

veintipocos el que tiene que abrirme los ojos…

Fer espera a que subamos al coche para abrir la boca.

—¿Te encuentras bien?

—Sí… Tranquilo —respondo sin apartar la vista del volante. No me atrevo a mirarlo.

—Ya verás como todo sale…

—Sí —murmuro, aunque ahora mismo siento que nada irá bien.

—Venga, vamos a un lugar bonito a comer y hablamos sobre lo

ocurrido —se ofrece inclinándose hacia mí para abrazarme. Lo rechazo y por el rabillo del ojo veo que pone mala cara—. Blanca, solo quiero ayudar —dice molesto.

—Lo sé, lo sé. —Me vuelvo hacia él—. Lo siento. Pero es que no me apetece comer por

ahí. Tampoco hablar de lo que ha pasado. Quiero estar sola. Y pensar.

Fer me mira durante unos segundos que parecen eternos. Al fin asiente. Arranco y me

alejo de ese piso terrorífico. Debo sacar a Javi de ahí. No voy a contarle nada a mi madre.

Le daría algo. Y no quiero que tenga más preocupaciones, que ya ha sufrido bastante en la

vida. Soy yo quien debe ayudar a mi hermano.

Conduzco de manera frenética. Fer no dice nada, aunque sé que no le hace ninguna gracia. Al llegar a su calle hace amago de ir a darme un beso, pero se lo piensa mejor y se limita a acariciarme la nuca.

—Te llamo esta noche.

No respondo. Asiento con la cabeza. Me quedo un buen rato aparcada, hasta que un conductor me pita porque quiere ocupar la plaza. Murmuro un insulto y me largo.

Me largo con las palabras de Javi clavadas en el pecho y con una sensación de culpa y

frustración terribles.

14

La siguiente semana es tranquila en el bufete. Tan solo tengo una cita con unos clientes

que desean un divorcio más o menos amistoso y alguna llamada o mensaje de los abogados de las partes contrarias. Saúl anda un poco preocupado porque la cantidad de casos ha remitido durante estos

meses y se pasea por el despacho con un humor de perros.

Me dedico a pensar en la propuesta de Begoña. No solo por este motivo, y mucho menos

por ganar más dinero (lo que últimamente no me preocupa tanto, algo sorprendente en mí), sino porque poco a poco me va pareciendo una buena oportunidad para afianzarnos

ambas, ponernos unas metas y cumplirlas. Es lo que siempre me ha gustado en la vida.

¿Voy a conformarme ahora con lo que tengo por la estabilidad? A veces hay que arriesgarse, buscar algo nuevo. Y lo cierto es que trabajar codo con codo con Begoña sería apasionante.

Fer me telefonea en varias ocasiones. La cita con sus padres se pospone porque todos

están muy ocupados y él casi no da abasto en la notaría. En cierto modo, me alegro. Estos

días, tras lo ocurrido con Javi, me he sentido bastante avergonzada y todavía sabría menos cómo comportarme ante ellos.

En una semana y media nos vemos dos días para comer juntos y, de inmediato, regresa

a su despacho. Parece que le sabe mal dedicarme tan poco tiempo, de modo que me envía

un ramo enorme que no sé dónde colocar y que seguramente se me morirá pronto porque

nunca he tenido mucha mano con las flores. Otro día recibo una caja repleta de chocolatinas y bombones. ¿Lo echo de menos? Probablemente sí, pero hasta que no sepa

cómo gestionar lo de Javi casi me tranquiliza que no nos veamos, ya que Fer querrá hablar

sobre ello y darme algún consejo.

Llamo a Begoña para que se pase por mi casa, si le apetece, para dar buena cuenta de

los dulces juntas. Al menos que nos engorde el culo a las dos. No me

coge el teléfono. A

los dos días vuelvo a probar. Las Fallas se acercan y estaría bien salir a dar una vuelta y comernos unos buñuelos. Esta vez sí contesta, aunque con una voz de muerta que echa para atrás.

—No voy a ir a ningún sitio —me dice cuando le propongo ver una Mascletà.

—¿Por qué, loca?

—Estoy mal, Blanca. Tengo los ánimos por los suelos.

La convenzo para que venga a mi piso. Cuando entra ya he desperdigado por la mesa de

centro todas las chucherías que Fer me ha enviado. A Begoña se le ilumina la mirada. Se

deja caer en el sofá con un profundo suspiro y coge un bombón.

—Entre que estoy esperando la regla y lo mierda que es la vida… Necesito chocolate

por un tubo. —Se mete todo el bombón en la boca y lo chupa antes de masticarlo y tragarlo.

Le ofrezco otro y me cojo un Mars para mí. La miro en silencio mientras devoramos las

chocolatinas.

—¿Recuerdas lo que me dijiste hace unos meses?

Begoña se vuelve hacia mí y me dedica una mirada tan triste que me deja paralizada.

Esta no es mi amiga. No, mi Bego no es así. Ella siempre sonríe, siempre tiene los ojos brillantes y alegres. Ella no permitiría que otra persona la venciera. Aunque claro, ¿qué es el amor sino un rayo que, en ocasiones, te alcanza de la manera más dolorosa posible?

—Me pediste que no cayera en la autocompasión.

—No estoy compadeciéndome de mí misma, Blanca. Lo que me pasa es mucho peor.

Noto que me rompo por dentro.

Sus palabras me provocan un pinchazo en el pecho. Creo que la entiendo, porque así me

sentí yo durante mucho tiempo por diversos motivos. Uno de ellos, amoroso. Y no veas cómo duele el puto amor de los cojones. Decido buscar otro tema de conversación para animarla, pero no se me ocurre ninguno. La única solución para ella es que esa mujer recapacite y, si de verdad siente algo por mi amiga, que se enfrente a sus miedos. Aunque

es mucho pedir… Es algo que yo no hice.

—Pues si no quieres salir en Fallas, al menos vente a comer a mi casa el día del Padre.

¿O tienes planes con tu familia?

—¿Con mi familia? —Begoña suelta una carcajada desdeñosa y se inclina hacia delante

para coger otro bombón—. Le conté a mi madre que estoy decidida a abrir mi propio despacho. Ni te imaginas cómo se puso. Me tachó de desagradecida para arriba. ¿Qué más

le da a ella? ¿Es que va a vivir mi vida o qué? —Da un mordisco furioso al chocolate.

—¿Y tu padre continúa apoyándote?

—Sí. Pero, ¿sabes?, cuando voy a verlos se comporta como un calzonazos delante de mi

madre. Ya ves, un hombre de su valía y parece un perrito por esa mujer.

—Bueno, míralo por el lado bueno: tu madre estará tan cabreada ahora por lo del bufete

que no pensará que su hija nunca le llevará a casa a un tío con un buen aparato.

Begoña se atraganta con el bombón. Tose un par de veces al tiempo que le doy palmadas en la espalda. Cuando se le pasa, se ríe.

—Eso es lo que necesita. Que mi padre le dé más rabo. A lo mejor no

estaría siempre

tan a la defensiva, por favor. Vivimos en el siglo XXI y se comporta como si viviera en la época de Lope de Vega.

—Pues ese tío bien que la metía en caliente —contesto al recordar lo que nos contó de

Lope el profesor más majo que tuve en el bachillerato.

Nos reímos de nuevo. Me abrazo a mi amiga, satisfecha de haberle borrado la tristeza

del rostro, al menos durante un rato. Ella me acaricia el cabello con mucha suavidad. Ay,

si a mí me gustaran las mujeres… Puede que nosotras dos, en otra vida, fuéramos la pareja

ideal.

—¿Y tú qué tal con Fer? ¿Ya has conocido a sus padres?

—Qué va. Tiene follones en el trabajo, como siempre. Y, además, creo que no estoy preparada para verlos, Begoña.

—¿Y eso por qué? No digas tonterías. —Me coge de la cabeza para mirarme.

—Su familia no es como la mía. El otro día ocurrió algo muy embarazoso con Javi.

—¿Lo pillasteis trincando? Es normal a su edad, cielo —dice con sarcasmo.

—Lo que lo pillé es fumando… o eso creo. Vive en un piso horrible con un montón de

fumetas. Espero que todos no sean inquilinos porque aquello parecía una ratonera. Y

encima el muy cabrón me habló fatal delante de Fer.

Omito lo que mi hermano me dijo acerca de mi vida y de mi relación. Ahora mismo no

me apetece que Begoña saque el tema a relucir. No me siento con

fuerzas para hablar de

ello, o que ella insinúe que Javi tiene razón.

—En todas las casas hay problemas y secretos.

—En la de Fer no —digo muy segura.

—¡Venga ya! A saber lo que ocurrirá entre esas cuatro paredes.

—En serio, a veces pienso que él es demasiado perfecto.

Begoña se incorpora y se me queda mirando con expresión interrogativa.

—¿Tienes dudas?

—¡Claro que no! —Sacudo la mano como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo

—. Fer es el hombre que toda mujer necesita en su vida.

Y de nuevo Bego me lanza una mirada inquisitiva. Una en la que leo lo que ya me dijo

Javi. Si Fer es lo que yo necesito. O lo que quiero, vamos. Pero, tal como me ha aconsejado Emma, en la vida hay que dejarse llevar y permitir que los sentimientos fluyan

poco a poco.

—¿Sabes lo que necesito yo en este momento? —me pregunta poniendo morritos. Le señalo los chocolates y niega con la cabeza—. ¡ *Ally McBeal*!

—¡Otra vez no! —me quejo medio en broma.

Media hora después estamos acurrucadas en el sofá con un cuenco de palomitas, dos litros de Coca-Cola y la sensación de que esos momentos con las amigas son de los mejores en la vida. En una bonita escena, de esas ñoñas que a Begoña le encantan, se me

pega como una lapa.

—Te quiero, Blanca —susurra con una sonrisa.

Le devuelvo el gesto.

—Y yo, tonta. Siempre me quejé de no tener amigos. Pero, ¿sabes?, no te cambiaría ni

por un millón de ellos.

En Fallas Fer está cansado y estresado, así que solo salimos una tarde a dar una vuelta para ver los premios. Lo noto más serio que de costumbre, pero me asegura que lo único

que le sucede es que tiene demasiado follón en la notaría. Ni siquiera nos acostamos ese

día. Se despide de mí como la primera vez, con un casto beso en la mejilla. Y no puedo

evitar comerme la cabeza con que quizá lo de mi hermano no le ha gustado y ya no me ve como la novia perfecta.

Como Begoña no quiere salir, y no consigo convencerla con nada, quedo la noche anterior al día del Padre con Sebas y su novia. Cenamos juntos, vemos los espectaculares

fuegos artificiales y después tomamos unas copas, esas que rechazo cuando voy con Fer

por aparentar qué sé yo. Al verlos tan acaramelados (vale, el término exacto es «fogosos», porque Sebás parece un pulpo pero Clau no se queda atrás) siento envidia y llamo a mi novio (qué rara sigue sonándome la palabrita), pero me sale su buzón de voz. Debe de haberse acostado temprano para ir a comer mañana con su familia.

Lo que sí he conseguido es que Begoña acepte comer conmigo en casa de mis padres.

Por el camino le confieso que he estado pensando en lo que me dijo acerca de ser su socia.

Con lo cabizbaja que estaba, se le ilumina la cara al instante y se lanza a darme semejante abrazo que me veo obligada a dar un volantazo.

Mi madre nos espera con una sonrisa de oreja a oreja, aunque no con esa suya tan alegre. Es más, creo que está un poquito triste. Y el motivo no es otro que la ausencia de mi hermano. Intenté contactar con Javi de nuevo, e incluso acudí al piso una vez más, pero no di con él. Tras saludar de manera efusiva a Begoña, la mujer me pregunta:

—¿Cómo está Javi? Fíjate, al final no ha podido venir. Dice que tiene un montón de exámenes.

Contengo una palabrota. Será mentiroso… Los exámenes en la universidad son entre enero y febrero. A ella podrá engañarla, pero a mí no. En cuanto lo pille me va a oír. Como no quiero preocupar a mi madre más de la cuenta, enmascaro la verdad un poquito. Vale,

mucho.

—Pues está genial. Tiene unos compañeros de piso majísimos y su novia es un cielo.

Begoña me mira con una ceja arqueada y me siento como una completa estafadora. Pero

la tranquilidad que veo en los ojos de mi madre me confirma que he hecho lo correcto.

Esto lo voy a solucionar yo sola. Nadie más que Javi y yo sabremos que se ha comportado

como un imbécil.

—¿A tus padres no les importa que comas con nosotros? —Mi madre acepta la botella

de vino que Begoña le tiende.

—Para nada. En mi casa esto no se celebra.

Mi amiga sonríe. Pero estoy segura de que le encantaría que todo volviera a la

normalidad.

Al asomarnos a la cocina descubrimos a mi padre concentrado ante la paella. Nos saluda de manera distraída y mi madre nos lleva hasta el salón, donde ha dispuesto una mesa llena de cosas ricas para picar. Nos ofrece empezar, así que Begoña y yo atacamos

las aceitunas, los fiambres y los mejillones en escabeche. Mamá me observa fijamente mientras mastica unos cacahuetes.

—Le he dicho a tu padre que podríamos ir un día de estos a Valencia a ver a Javi.

—¡No! —exclamo. Tanto ella como Begoña me dedican una mirada sorprendida. Trago

a duras penas el mejillón que tenía en la boca y doy un sorbo a mi vaso de agua—. Lo que

quiero decir es que… es verdad que está ocupadísimo con los exámenes. Se estresa mucho, y es mejor no acercarse a él ahora. En serio, mamá. El otro día fui a verlo y por

poco no me manda a la mierda.

—¡Será posible, el niñato! Tratar así de mal a su hermana… Pero ya sabes cuánto te quiere, Blanca. Es que el pobre tiene que estudiar mucho para aprobar. No es tan listo como tú. —Mi madre esboza una expresión resignada de: «Ojalá me hubieran salido inteligentes los dos hijos».

Justo en ese momento mi padre llega al comedor canturreando un pasodoble fallero y deposita en la mesa la paella. A Begoña los ojos le hacen chiribitas. Es como yo, la buena comida le encanta. Charlamos sobre el propósito de mi amiga, y mis padres se muestran

entusiasmados con la idea de que me convierta en su socia. Vaya, a todos les parece estupendo. ¿Soy yo la única que se piensa demasiado las cosas?

Estamos devorando unos buñuelos de calabaza con chocolate cuando mi madre se

levanta como impulsada por un resorte y nos deja con la palabra en la boca. Al regresar

porta consigo un sobre. Ya sé lo que es. No se le ha podido olvidar a la mujer, no. Me lo

entrega con una sonrisa y Begoña me insta a abrirlo con un codazo. Leo el nombre de los

novios, el lugar de la boda y la fecha. ¿El domingo 9 de abril? ¡Pero si no queda nada!

—¡¿No podían casarse en verano u otoño como todo el mundo?! —exclamo, aterrada por la cercanía del evento—. Te avisó hace solo un par de meses, ¿no? Estas cosas hay que

decirlas con antelación. ¿Es que se ha quedado preñada o qué?

Mi madre me lanza una mirada severa y mi padre se carcajea. Begoña también reprime

una sonrisa.

—El novio de Vero es militar. Lo destinan al extranjero. Es una misión complicada y

quieren casarse antes de que se marche —murmura mi madre un poco enfadada.

Ups, qué metedura de pata. Dejo el tarjetón en la mesa mientras niego con la cabeza una

y otra vez.

—Sea como sea, no voy a ir.

—¡¿Por qué eres así, hija?! —me reprocha mi madre.

—Déjala, si hay bodas que son un paripé —se inmiscuye mi padre. Y se lleva una mirada mortal, por supuesto.

—No tengo vestido y no me apetece soltar dinero a unas personas con las que no tengo

relación desde hace tropecientos años. Además, me habéis avisado con muy poco tiempo.

—Hale, toma excusas.

—Anda ya. ¿Qué vas a tener que hacer un domingo? —Esa es Begoña. Y como no se

calle, le daré una patada por debajo del mantel.

Suelto un bufido y me levanto de la mesa para retirar los platos. Begoña va a hacer lo

propio, pero mi padre le hace unas preguntas sobre su despacho y entonces mi madre aprovecha para seguirme por el pasillo. Después de tirar los restos a la basura, me doy la vuelta y me la encuentro con los brazos cruzados ante el pecho y cara de pocos amigos.

¡Por favor, qué hartura!

—¿Sabes la pena que le dará a la tía Nati?

—¡Deja de llamarla así! —estallo enfadada. ¿Por qué tiene que seguir con esa tontería?

—. En un montón de años apenas la he visto un par de veces. ¡Le dará completamente igual que yo vaya o no!

—Eso no es cierto, Blanca. Te tiene mucho aprecio. Fuiste la mejor amiga de su hijo y

casi una hija para ella.

Al mencionar a Adrián, doy un respingo. Mi madre arquea una ceja y me mira con la

cabeza ladeada. Ya se huele algo, estoy segura. Las madres van equipadas de una especie

de radar capaz de detectar todos los secretos de sus hijos.

—¿Es que no entiendes que irá gente a la que no quiero ver?

Me refiero a él, por supuesto. El resto de invitados me la sudan muy mucho en este punto. Pero él asistirá a la boda de su prima hermana y, con tan solo pensar en ello, la cabeza me da vueltas y el estómago se me cierra.

—Y también hay gente que quiere verte. Y es con eso con lo que tienes que quedarte.

Con los que te aprecian.

Aparto la mirada de la suya, con unas tremendas ganas de fumarme un cigarro. Mi madre se acerca con pasos inseguros y me coge de la barbilla para alzarme la cara. Se me

queda mirando un buen rato en silencio, estudiando mis ojos, mi nariz, mis labios. Toda

yo. Y es como si me leyera el alma.

—¿Por qué siempre hay algo que te impide avanzar, hija? ¿Qué es lo que no te deja ser

feliz? —No lo pregunta, lo afirma. Y con un tono tan triste que a mí me contagia su amargura. Noto ese escozor familiar de garganta que

te entra cuando luchas por no llorar.

—Estoy bien, mamá. Soy feliz.

—No creo que lo hayas sido nunca.

Esa es mi madre, que, como yo, tampoco tiene filtro.

Trago saliva, y ella me suelta la barbilla permitiéndome agachar la cabeza. En mala hora he venido… aunque, en el fondo, siento alivio. Un extraño alivio al descubrir que mi

madre conoce mi verdad.

—Por una vez querría que te abrieras a mí, Blanca. Me habría gustado tanto ser más valiente para acercarme a ti y solucionar todos tus problemas… Me arrepiento de haberme

encerrado en el mundo de la enfermedad de tu padre y no haber visto que de niña eras infeliz. Habría tenido que insistir muchísimo más. A veces siento que no fui una buena madre.

Me muerdo el labio inferior. Dios, de verdad que estoy a punto de llorar. Me aparto el

flequillo de un manotazo. Hago de tripas corazón y clavo la mirada en la suya.

—Tu hermano me ha dicho que tienes un novio —suelta de repente.

Sacudo la cabeza y apoyo los puños en las caderas. Puñetero Javi, qué pronto se ha chivado. ¿Quién es él para contar nada a mi madre?

—¿Es un buen chico?

—Mamá…

—Solo quiero saber si se porta bien contigo. Es la primera vez que… —No termina la

frase. Sé lo que va a decir: que jamás he tenido novio, que ella sepa al menos. Carraspea

—. ¿Te hace feliz?

—Llevamos poco tiempo juntos. Estamos conociéndonos —murmuro.

Mi madre asiente. Me gustaría ser capaz de explicarle todo, lo que pienso, lo que me preocupa, lo que me desvela por las noches. ¿Por qué no puedo? Es mi madre. Durante nueve meses me llevó en su vientre y estuve unida a ella. Algo funciona tan mal en mí. Y

no siento que las sesiones con Emma estén ayudándome por completo.

—Me alegra. De verdad, hija.

Pero hay algo en su tono de voz que me hace pensar que no es cierto del todo. Un sentimiento de que, después de parirme, se quedó con una parte de mí que le revela lo que

no le confieso.

—Papá y Bego estarán esperándonos.

Mi madre esboza una media sonrisa, pero no hace amago de moverse. Suelto un

suspiro.

—Vale, lo pensaré. Lo de la boda. ¿Contenta?

—Gracias, mi vida. —Me roza el brazo en una caricia que esconde muchísimo amor y

me muero por ser la hija que ella necesita.

Emma sacude la cabeza y chasca la lengua al tiempo que revisa mis anotaciones en un nuevo cuaderno. Alza la vista, se quita las gafas y cruza las piernas. La mujer tiene sus rituales. Yo, como siempre, tan tiesa que parece que me han metido el palo de una enorme

escoba por el trasero.

—Tus niveles de satisfacción están bajísimos. Y en varias semanas solo has escrito dos

cosas buenas que te han pasado. Y una es que te atiborraste de chocolate.

—Fuiste tú quien me dijo que debía dar importancia a las cosas sencillas —protesto.

—¿Por qué no has venido estas semanas?

Me quedo pensativa. ¿Por qué no lo he hecho? Siendo sincera, no encontraba las ganas

para hablar con ella.

—Muchísimo trabajo —miento.

—¿Qué es lo que te ocurre para que el cuaderno esté lleno de negatividad? —me pregunta con el rostro muy serio—. Veamos, estás bien con Fer, en el trabajo todo marcha…

—Hay una boda —me adelanto. Vayamos al grano y punto. Y lo de mi hermano no voy a contárselo.

—¿De quién? ¿De alguien de la familia de Fer?

—De la prima de Adrián —Y, como tanto tiempo atrás, su nombre me sabe amargo en

la boca.

—Ya veo. —Emma anota algo en sus hojas. El sonido del garabateo del boli me pone

nerviosa y me revuelvo incómoda en el sillón—. No quieres ir.

Jugueteo con una punta de mi falda. Emma carraspea para llamar mi atención. Asiento.

—¿Cuál es el motivo para no ir?

—No hagas que te lo diga.

—Blanca, si no pones de tu parte, no puedo ayudarte.

—No quiero ir porque él estará allí, ¿vale? Tú ya lo sabes. —Suspiro y estrujo la tela de

la falda—. Como dices, estoy bien con Fer. ¿Por qué fastidiarlo?

—Pero ya no sientes nada por Adrián, ¿no? —Emma espera mi respuesta y, como no llega, se contesta a sí misma—. No, claro que no. Y tu relación con Fer lo confirma. Os

acostáis y funciona. Lo echas de menos. Son signos evidentes.

—Y también es evidente que la presencia de Adrián es dura para mí —respondo con sequedad. Emma me mira con indulgencia—. Además, había pensado en ir, pero con Begoña, y se niega. Dice que solo le falta asistir a una boda en su situación.

—¿Y por qué no se lo propones a Fer?

—¡¿Qué?! —chillo.

—Ya sabes, a tu novio… Es lo que suele hacerse en estos casos.

—¡No conocemos todavía a la familia del otro! ¡Llevamos solo tres meses juntos!

—Pues es la ocasión perfecta. —Emma me apunta con una patilla de las gafas—. Y será

un paso adelante. Es lo que deseas, ¿no? Ve a la boda. Muéstrate segura ante Adrián.

Hazle ver que la vida sigue para todos.

—¿Y si no es eso lo que quiero hacer? —protesto. Pero ¿qué consejos me da esta mujer?

—Es lo que deberías querer. —Se alza la manga para echar un vistazo al reloj de pulsera—. Es la hora. —Se queda pensativa y, a continuación, añade—: A tu madre le

haría mucha ilusión que fueras, ¿verdad? Recuerda lo que te dije: hay que recibir, pero dar en la misma cantidad. Y no solo en una relación de pareja. Vienes aquí para avanzar, Blanca. Hazme caso y entiende que solo irás hacia delante si quieres.

La mano me tiembla cuando alzo la copa de vino. Me la bebo de un trago bajo la atenta

mirada de Fer. Después de suplicar a Begoña una y otra vez que me acompañara a la boda

y se negara otras tantas medité acerca de lo que Emma me había aconsejado y llegué a la

conclusión de que yo misma estaba dibujándolo todo peor de lo que era. Pensé mucho en

Adrián y, al acordarme de cómo besaba a aquella chica, me cabreé. Y por eso estoy en este

bonito restaurante con Fer, a una semana de que se celebre la boda. He tratado de convencerme de que lo hago por mi madre, pero una parte de mí, la más diabólica y orgullosa, sabe que también voy a ir para darle en las narices a Adrián y confirmarme que

lo he superado todo.

Fer se ha quedado mudo cuando se lo he propuesto. Y después ha esbozado una enorme

sonrisa y me ha cogido de las manos.

—¿De verdad quieres que sea tu acompañante?

—Claro que sí. Eres mi pareja. ¿Quién mejor que tú? —Me río nerviosa.

—No te sientas obligada. Ya sabes, por lo de mis padres.

—No es eso. Además, ni siquiera los he conocido todavía.

—¿Quieres presentarme a los tuyos? —A Fer le brillan los ojos.

Asiento. No es cierto por completo, pero le hace una ilusión tremenda. Nos terminamos

el postre en silencio. Le lanzo miraditas de vez en cuando y lo veo tan feliz que hasta se me contagia. Al salir del restaurante me abrazo a su cintura y deposita un beso en mi cabeza.

—¿Me acompañarás a comprar un traje? —me pregunta.

—Por supuesto.

De repente me detiene y me coge de las mejillas. Sus labios se pegan a los míos con avidez. Nos besamos un buen rato en medio de la calle, ante personas que van y vienen.

Fer no es de los que dan muestras de cariño en público, así que me emociono y lo aprieto

contra mí. Cuando nos separamos sonríe como un crío.

—Blanca…

—¿Sí?

—¿Qué dirías si yo, ahora mismo, te propusiera una boda a lo loco?

—¿Cómo? —Parpadeo un par de veces sin entenderle muy bien.

—Tú y yo, cariño… Casarnos como esos novios.

15

Me miro en el espejo una vez más y fuerzo una sonrisa. Descubro una mancha de carmín en una de mis paletas y me apresuro a limpiármela con el dedo. Trato de tragar saliva, pero tengo la boca tan seca que incluso me duele.

No sé si esta soy yo. No sé si esto le ha pasado a alguien, aunque imagino que sí. Esa

sensación de ir a la deriva, de no entender los motivos por los que se hace algo… pero se

hace, claro. Esas cosquillas en el estómago al darte cuenta de que te alejas de lo que eras en un intento por buscarte y te pierdes todavía más, como si de ti no pudiera existir una

versión auténtica, sino solo copias.

Estoy rumiando sobre todo eso cuando mi madre se me acerca por detrás y deja escapar

una exclamación. Me coloca un mechón rebelde. Me alisa el vestido y me agarra de la barbilla para mirarme cara a cara.

—Estás preciosa, Blanca.

Todavía no puedo creerme esto. A veces la vida te lleva en su oleaje y, cuando abres los

ojos, te encuentras muy lejos de la orilla sin un salvavidas. Pero aquí estoy, con las manos temblorosas y el corazón frenético en el pecho. ¿Quién me ha convencido para hacerlo?

Me he dicho a mí misma que tengo voluntad propia, que continúo

tomando mis decisiones

y que yo he elegido.

—Espera, que por detrás lo llevas mal. —Oigo a mi madre como si estuviera muy lejos,

y la imagen que el espejo me devuelve de mí va tornándose borrosa. Ella se incorpora y

me da un suave beso en la mejilla tratando de no arruinarme el maquillaje—. Vas a brillar.

Ladeo la cara y la miro con una ceja arqueada. Se encoge de hombros.

—No quiero brillar, mamá. No es mi boda.

—Pero es que este vestido es maravilloso, y tus zapatos, tu maquillaje… Toda tú.

—Lo dices en plan mami orgullosa. —Esbozo una sonrisa.

—No. Ya verás como llamas la atención.

Mi madre me aprieta el hombro y sale de mi dormitorio para terminar de arreglarse.

Desde el salón me llegan las voces de los hombres. Mi padre y Fer. Desde el minuto uno

han hecho buenas migas. Papá le ha preguntado si era extranjero al ver su cabello tan rubio y sus ojos claros, y Fer se ha echado a reír y ha soltado una broma que solo ellos dos han entendido. Yo, hasta ese momento, estaba histérica. Esa es la palabra exacta, lo juro.

Tampoco sabía cómo debía comportarme ante mis padres; pensaba que quizá nada sería natural, espontáneo, pero me he equivocado. Y eso ha sido gracias a ellos, que son de lo

más abiertos y amables del mundo. A mi madre también le ha parecido bien, aunque no sé

por qué se ha comportado de una forma menos efusiva de la acostumbrada. Cuando tienen

visitas, sean quienes sean, se convierte en la perfecta anfitriona. Puede que esté nerviosa por la boda.

Y no, evidentemente no es la mía. Aunque me siento casi tan inquieta como la novia.

No he dejado de pensar en lo que Fer me dijo acerca de casarnos. Durante unos segundos

me quedé muda y paralizada, viendo toda mi vida pasar ante mis ojos, hasta que él afirmó

que bromeaba. Y añadió que primero debíamos conocer cada uno a la familia del otro de

manera más profunda, formalizar la relación y comprobar que funcionábamos viviendo juntos. Justo es eso lo que después me propuso. Y, de nuevo, me quedé tiesa como una estatua. Seguramente mi cara era el vivo retrato de *El grito* de Munch. Me encanta la individualidad. Adoro mi piso, el espacio que tengo para mí. Fer y yo somos un poco maniáticos con nuestras cosas. Antes que nada, es mejor conocer las manías de tu pareja y

acostumbrarse a ellas, digo yo. Pero él está tan ilusionado que hasta me sabe mal. No le he dado una respuesta y no pienso hacerlo hasta pasado un buen tiempo. Estoy intentándolo,

pero no puedo saltar de una mujer con alergia a los compromisos a una que se va a vivir

con su pareja a los pocos meses de salir juntos. Es necesario un término medio, ¿no? Fer

opina que no, claro.

Echo un último vistazo a mi réplica en el espejo y salgo al pasillo. Cuando entro en el

comedor tanto mi padre como Fer sueltan exclamaciones de sorpresa.

—Qué guapa estás, Blanqui —me piropea el primero.

—Vas a quitarle el protagonismo a la novia —añade el segundo.

Chasco la lengua y sacudo la cabeza. Debería haberme puesto algo más normal, pero

cuando vi este vestido en la tienda me enamoré por completo de él. Es rojo, un color que siempre me ha parecido el más vivo y apasionado; perfecto para marcar curvas, con la espalda descubierta y ajustado

hasta la mitad del muslo para después abrirse en abanico hasta los pies. En serio, sentí que era maravilloso y perfecto. Y de verdad lo es. Pero no sé si es el adecuado para esta celebración. No tengo claro que con él pueda pasar desapercibida.

—Quizá sea mejor que cambie el vestido —murmuro cuando sale mi madre con un

traje chaqueta elegantísimo.

—¿Por qué dices eso? —pregunta. Lanza unas miradas a mi padre y a Fer, y ellos se encogen de hombros.

—No quiero que la gente…

—Hija, por favor… ¿Qué más da la gente? Tú te ves guapa con él, ¿no? Pues ya está. Y,

además, ya sabes cómo son en este pueblo y en el de al lado. Al final creo que vas a ser la más normalita.

Y dicho esto me coge de bracete y tira de mí hacia la puerta. Fer y mi padre nos siguen

hasta la calle mientras charlan sobre la notaría. Fer ha puesto la excusa de que si vamos en su coche, un BMW Serie 4 Coupé gris oscuro (si no fuera de ese color, no le pegaría), podré tomarme alguna copa en la boda, pero me da que lo hace para presumir y conducir

él. En cuanto entramos en él a mi madre los ojos le hacen chiribitas y mi padre se dedica a alabarlo. Sé que a ella le incomoda tanto lujo, puedo verlo en su cara.

Mientras Fer conduce hacia el lugar donde se celebra la boda me dedico a mirarlo con

total descaro. Le elegí el traje y bien a gusto que me quedé. Es elegante, bonito y le sienta como un guante. Está de lo más atractivo y con un aspecto juvenil. Deslizo la vista hasta

sus piernas y se me va hacia el paquete. Qué le vamos a hacer. Cuando estoy nerviosa tengo que distraerme con algo. Fer se da cuenta y me hace un gesto con la cara como regañándome porque mis padres se hallan detrás. Por favor, qué soso. ¿Es que no se atrevería a meterme mano por debajo del vestido? Con el morbo que da…

—¿Es por aquí? —me pregunta.

—Sí. Coge en la rotonda la tercera salida y después todo recto —respondo con

desilusión.

Lo cierto es que no puedo quejarme. Me da sexo. Y del bueno. Solo que ya me he dejado dominar mucho y ahora quiero ser quien le dé caña. Todavía no lo hemos hecho en

mi postura favorita: yo encima. Ya toca. Quizá esta noche, tras unas cuantas copas… ¿Y si consigo ponerlo contentillo de alguna forma?

Minutos después el enorme recinto nos da la bienvenida. Los novios han elegido uno de

los lugares más prestigiosos para casarse. Bajamos del coche en silencio y nos quedamos

observando los preciosos jardines que rodean los salones.

—¡Qué verde es todo! En qué sitios más bonitos se casa hoy en día la gente. ¿Te acuerdas del restaurante donde comimos nosotros?

Mi madre se pone a rememorar tiempos pasados con mi padre y aprovecho para

acercarme a Fer y tomarlo de la mano. Me sonríe y me da un beso en la mejilla. Voy a devolvérselo, aunque en la boca, pero ladea la cara y carraspea señalándome a mis padres

con disimulo. Pongo los ojos en blanco. ¡Ni que tuviéramos quince años! Como si mi madre no supiera que su hija no es virgen.

Al entrar descubro que mamá tenía razón: todos los invitados, en especial el sector femenino, van de lo más emperifollados. Hay algunas que habrán pensado que esta es la

boda de los príncipes, leches. Caminamos por los hermosos jardines, con un estilo arquitectónico vanguardista, hasta llegar a la zona donde se celebrará la ceremonia. Lo han adornado todo de manera exquisita y en las sillas enfundadas en tela blanca ya hay sentadas numerosas personas.

—Tu padre y yo nos vamos delante —me informa mi madre. Faltaba más, ella tiene que

colocarse en primera fila en todos los saraos—. Javi no tardará en llegar. Si lo ves, que se siente contigo.

Fer y yo nos quedamos por las últimas filas. Antes de tomar asiento descubrimos unas

bolsitas con pétalos de rosas para lanzárselos a los novios.

—Está todo precioso, ¿no? —dice echando un vistazo alrededor.

Asiento y sigo su mirada, y entonces me topo con gente indeseable. Gruño y

rápidamente me doy la vuelta, ofreciéndoles la espalda. Fer me interroga con la mirada.

Resto importancia con la mano y esbozo una sonrisa. Falsa, sí. Falsa porque a quien he visto es a la maldita Sonia. ¿Qué hace aquí? Recuerdo lo que Adrián me dijo cuando lo encontré con ella en su piso. ¿Y si todo era cierto? Debe de ser amiga de alguien para estar en esta boda. Se me escapa un bufido, y Fer sacude la cabeza sin entender nada.

Al cabo de unos quince minutos las sillas se llenan. Mi hermano ha acudido con la novia porrera liberal. Mírala, si hasta parece buenecita. Trato de esconderme entre unos y

otros, a pesar de que ni siquiera he divisado a Adrián. Quizá no está aquí… o puede que no haya podido venir porque tiene trabajo, me digo. Cruzo los dedos para que así sea, aunque la parte más mezquina de mí se lamenta, ya que no podré pasarle por los morros

que yo también estoy saliendo adelante.

Y hay otra parte, esa que quiero abandonar, que se siente triste, desilusionada. Y no por

no poder satisfacer mi orgullo, sino por no saber nada de él. A punto estoy de levantarme y correr hacia mi madre para preguntarle si Adrián no va a asistir. Qué tontería. ¿Qué importa? Hace meses que no hablamos y debe continuar así. Y menos mal que no lo hago

porque justo en ese momento veo aparecer a Nati acompañada de él. Vuelvo la cabeza con

brusquedad para no toparme con su mirada y casi le doy a Fer un

cabezazo.

—¿Ocurre algo? Estás muy rara —dice en voz baja.

La melodía nupcial me salva. Los asistentes se incorporan con sonrisas. Mientras Nati y

Adrián se dirigen hacia sus asientos me oculto detrás de un hombre altísimo. Pero no puedo evitar asomarme con disimulo por una rendija y atisbo a alguien familiar junto a Adrián. Es la chica con la que se besaba en Nochebuena. Con la que seguramente se acostó. Bueno, ahora no es que me queden muchas dudas. Si ella lo acompaña es por algo,

en especial a una boda. Me recuerdo que he traído a Fer y me convenzo de que vamos a la

par. Me digo que no debería sentirme tan inquieta. Ni siquiera tenemos por qué cruzarnos.

Aquí hay más de doscientos invitados, calculando a simple vista. Sin embargo, el corazón

me palpita con fuerza en el pecho y noto una sensación dolorosa.

En ese momento aparece el novio. Se lo ve un poco nervioso. Una vez que se ha instalado en su lugar llega Vero acompañada de su padre. La verdad es que va preciosa y

parece muy, muy feliz. Un pinchazo de envidia me asalta. Qué tontería, si yo nunca he querido casarme. Fer, a mi lado, me coge de la mano durante la ceremonia. Mantengo la

cabeza gacha casi todo el rato, hasta que el maestro de ceremonias da paso a Vero y me

vence la curiosidad. Camina orgullosa con su vaporoso vestido, las mejillas sonrosadas y

una sonrisa de oreja a oreja, y los pinchazos de envidia crecen.

—Hemos pasado por tanto y nos queda tanto por pasar… Dicen que el amor no es fácil.

Creo que nosotros podemos dar fe de ello. Nos encontramos y nos desencontramos, pero

al final siempre estábamos ahí el uno para el otro. Raúl, me enamoré de ti la primera vez

que te vi. Sé que ninguno de los dos creíamos en el amor a primera vista, pero esa noche

en la que nos presentaron cayeron todas nuestras creencias y se crearon unas nuevas.

Cuando hablamos de casarnos y miré dentro de mí no hallé ninguna duda. Lo cierto es que

siempre pensé que no podía existir ningún hombre más que tú para mí. Ya estés cerca o lejos, mi corazón se mantendrá unido al tuyo.

Ya se oyen sollozos. Estoy segura de que mi madre será una de las plañideras. Hasta yo

me siento un poco conmovida por todo lo que Vero está diciendo. Al novio le baila la nuez

en el cuello al sostener la mirada a su inminente mujer.

—Durante un tiempo desistimos en lo nuestro. Fue el mayor error de nuestras vidas. —

Vero tiene que detenerse unos minutos porque se le ha quebrado la voz. Un sabor amargo

se me instala en la garganta y me remuevo inquieta en la silla—. Perdimos tiempo por nuestro orgullo, tiempo para hacer cosas juntos que dentro de unos meses tampoco podremos hacer. Pero… lo recuperaremos. Nos queda toda una vida para ser felices, para

compartirlo todo. —Alguien tiende un pañuelo a Vero y ella trata de limpiarse las lágrimas sin destrozarse el maquillaje. El novio también se las seca con disimulo—. Gracias por querer ser mi compañero. Deseo dedicarte nuestra canción, esa que nos sirvió de banda sonora en nuestro primer encuentro y que nos ha acompañado luego en tantos momentos.

La veo dibujar un «te quiero» con los labios. La gente empieza a aplaudir, pero se detiene cuando alguien se levanta y camina hacia la silla que han colocado ante los novios.

Joder, es Adrián. Y lleva su guitarra. ¿Va a cantar él? Se oyen

murmullos alrededor.

Alguien a nuestra espalda comenta que es Adrián Cervera y algo sobre la estrella de un nuevo musical. Apenas me entero porque el pulso me retumba en los oídos. Fer acerca el

rostro y me pregunta:

—Así que ese es Adrián Cervera. ¿El de verdad? ¿El músico?

Lo miro asustada. ¿Es que lo conoce? Bueno, a Fer le encanta el teatro y Adrián es compositor… No sería tan extraño, supongo.

—Sí… —murmuro con la lengua pastosa.

—¿Tú lo conoces?

Su pregunta me pilla desprevenida.

—Sí, bueno… Eh… Un poco. Es el hijo de una amiga de mi madre. De la que nos ha

invitado a la boda —miento de manera descarada.

Fer arquea una ceja, dubitativo, y abre la boca dispuesto a decir algo, pero al final calla cuando suenan los primeros acordes de una de las canciones más hermosas que puedan existir. Estoy tentada de salir corriendo y volar muy lejos.

—«Pido perdón por no haber escuchado tus ruegos. Pido perdón por las lágrimas que

hablan de mí. Pido perdón por tus noches a solas… Pido perdón por sufrir en silencio por ti…» —La voz de Adrián resuena clara ante la emoción de los asistentes.

Su versión de *Devuélveme la vida* de Antonio Orozco va tornándose desgarradora a medida que avanza. Agacho la mirada, con el aire ahogándose en mi pecho. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. Trato de volverme sorda, pero no lo logro. Todos los rincones de mi mente los ocupa Adrián. Su voz. Los versos de Orozco que ahora está haciendo suyos.

—«Devuélveme la vida… Devuélveme la vida. Recoge la ilusión que un día me arrancó

tu corazón…»

Fer me aprieta los dedos. Alzo el rostro y lo miro. Me dedica una sonrisa preocupada.

—¿Te encuentras bien? Tienes la mano fría.

—Hace fresquito —susurro.

Lo cierto es que me he quedado helada, sí. Pero porque me muero por clavar la mirada

en ese Adrián que sostiene su guitarra ahí delante, dejando su alma en las cuerdas, en la

canción. Imprimiéndose en mí, a pesar de mi lucha interna. Qué error más grande ha sido

venir a esta puñetera boda. Maldita Emma. Y malditos los ruegos de mi madre. Y jodida

Blanca, estúpida de mí, que me he creído una sarta de mentiras.

—«Yo no volveré a quererte de nuevo a escondidas. No intentaré convertir mi futuro en

tu hiel. No viviré entre tantas mentiras. Intentaré convencerte de que siempre te amé… Yo

te pido perdón, a sabiendas de que no lo concedas. Te pido perdón de la única forma que

sé…»

Al final mi cabeza se mueve por voluntad propia. Estiro el cuello todo lo que puedo para ver a Adrián. Mi mirada se pierde en el suave baile de sus dedos sobre las cuerdas de la guitarra. Siento que me hipnotiza. Y lentamente voy subiendo la vista y cuando llego a

sus ojos los tiene cerrados, como viviendo todo lo que canta. Al cabo de unos segundos

los abre y no me da tiempo a nada. Nuestras miradas se cruzan. Un instante congelado. Él

no hace gesto alguno, sino que continúa cantando. Yo, sin embargo, debo de haber puesto

cara de circunstancias.

La oscuridad se cierne sobre mí y, como cada vez que él tocaba la guitarra, todo lo demás desaparece. Los invitados. Mi familia. Fer. Solo Adrián y yo. Tan solo sus dedos creando magia. Simplemente el palpitar quejumbroso de mi corazón en cada una de las partes de mi cuerpo. Observo atontada el movimiento de sus labios. Cómo se fruncen, se

separan y vuelven a juntarse. Su garganta vibrando al compás de la melodía. Y la sangre de mis venas ardiendo al recordar cómo besaba a esa chica que lo acompaña. Ahora le dedicará canciones a ella. Ahora sacará notas a su cuerpo. Y yo aquí, asustada por la potente sensación de que mi vida ha sido y será un cúmulo de decisiones equivocadas.

—Que seáis muy felices, chicos —dice ahora Adrián.

Ni siquiera me he dado cuenta de que la canción ha terminado. En mis oídos todavía se

repiten esas palabras que parecían hechas para mí. En mis retinas aún desfilan sus finos dedos, perfectos para arrancar suspiros y estremecer almas con solo un par de rasgueos a

las cuerdas.

El resto de la ceremonia lo paso como en un sueño. Fer me susurra palabras al oído, pero no las entiendo. Me muevo como un autómata. Cuando Vero y su flamante marido desfilan por el pasillo me uno a la lluvia de pétalos de rosa de varios colores. Y en cuanto desaparecen hacia el salón echo a correr sin esperar a Fer.

Busco como una desesperada un lavabo. Me encuentro con un empleado que me indica

la dirección correcta. Este lugar es enorme, por Dios. Una vez en los aseos, me encierro en uno de los cubículos y apoyo la espalda en la puerta con brusquedad. Cuento hasta diez.

No funciona. Inspiro, suelto la respiración. Tampoco. Veinte más. Poco a poco voy notando la calma. En cuanto me siento lo suficientemente serena salgo del retrete. Por suerte no hay nadie. Abro el grifo y me humedezco la nuca. Mi imagen en el espejo se me

antoja irreal. ¿Qué me ha pasado ahí fuera? ¿Cómo es posible que Adrián me aboque a un

precipicio cada vez que lo veo? Es justo esa sensación de vacío, de

peligro, de descontrol la que utilizo para convencerme de que nuestra decisión de permanecer separados es la correcta.

Cuando aparezco en el salón unas cuantas miradas me siguen. Entre ellas la de la buitrona. Paso por su lado aparentando tranquilidad. Pienso en lo que Adrián me confesó y

un enfado atroz se apodera de mí. Al tomar asiento me noto al borde del abismo de nuevo.

Fer me interroga con la mirada y niego. Veo que mi madre se acerca a nuestra mesa.

—Hija, ¿estás bien? Fer me ha dicho que habías salido a toda prisa.

—Necesitaba ir al baño.

—No tienes muy buena cara —observa ella.

—Solo ha sido un mareo.

—Estarás desmayada. La ceremonia se ha alargado.

Nos deja con una mirada preocupada. Fer me toma de la mano e intento esbozar una sonrisa que me cuesta un mundo. No quiero alzar la cabeza para no toparme con Adrián y

con la chica tan bonita que lo acompaña, así que me dedico a echar un vistazo a quienes

han sentado a nuestra mesa. Por suerte, ninguna de las dos parejas son ellos. Menos mal

que Vero no ha cometido una locura. Podría haber pensado que, ya que de críos éramos amigos, nos gustaría estar juntos.

Fer y uno de los hombres se embarcan en una conversación acerca de bodas. Me limito

a escuchar a las mujeres, que charlan sobre niños, pues una de ellas está embarazada.

Como de costumbre, mi habilidad para relacionarme con los demás brilla por su ausencia.

Cuando llegan los postres apenas he probado bocado. Fer no cesa de lanzarme miradas

y de acariciarme el hombro. Cree que estoy incubando algo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, tranquilo. Estás pasándotelo bien —le digo señalándole con la barbilla a los hombres con los que no ha parado de charlar.

—Bueno. Pero de verdad, si en algún momento ves que te sientes peor, dímelo.

Doy un largo trago al vino. Eso sí me entra bien. Él me mira con indulgencia. Sé que no

le hace gracia que beba tanto, pero es lo único que va a ayudarme esta noche.

Tras las sorpresas que los amigos han preparado a los novios nos avisan de que fuera la

carpa para el baile está lista. Un montón de gente abandona las mesas y se lanza a la carrera. Vaya, no soy la única que necesita más alcohol. Alzo los ojos, convencida de que

me encontraré con Adrián y su chica, pero no se les ve por ningún lado. Mis padres se dirigen al exterior acompañados de Nati. Sigo en silencio a Fer y las otras dos parejas.

Miro por todas partes. Busco por todas partes.

En la carpa la multitud ya ha empezado a beber y bailar. A los novios les han hecho un

corrillo y están lanzándolo a él por los aires. Fer se pide un agua con gas y a mí se me escapa una risa sarcástica. Menos mal que no se da cuenta. El problema es que, como apenas he cenado, el vino se me ha subido muy pronto y ya no dispongo de filtro. Me lanzo a por un gin-tonic y me coloco al lado de Fer, quien se halla muy ocupado charlando

sobre coches con sus nuevos amigos. Las esposas se han marchado a bailar sin decirme nada.

Tiro de su manga como una niña. Tarda unos segundos en prestarme atención y, cuando

lo hace, parece molesto.

—Estoy hablando, cariño. —Este apelativo no suena muy amable, la verdad.

—Quiero bailar.

—Sabes que no me gusta —me lo dice al oído para que los otros no lo oigan.

—En Nochevieja te soltaste la melena. ¿Qué diferencia hay hoy? —respondo enfadada.

—¿Por qué no vas con tu madre?

—Porque es contigo con quien quiero bailar —insisto.

Al ver que no va a apearse del burro me doy la vuelta toda cabreada. Que le den. Ni siquiera tengo claro por qué lo he traído. No pinta nada aquí. Ni yo. Echo de menos a Bego. Me acerco a mi familia murmurando entre dientes. Hasta mi padre se divierte al ritmo de Juan Magán.

—«Ayer la vi, con sus amigas en una calle de Madrid. Tan linda como el día en que la

conocí» —berreo.

—¿Vas borracha? —me pregunta mi madre mirándome de cerca.

Menos mal que Nati me da un abrazo y las gracias por asistir. No le pregunto por Adrián. Mi hermano se arrima sin dejar de bailar con su novia porreta.

—¡Dime que eso que bebe tu novio es un gin-tonic y no agua con gas! —se burla el cabrón. Me dan ganas de estamparle el cubata en la cara.

—Vete a la mierda —escupo.

—¡Tengamos la fiesta en paz! —se interpone mi madre.

Recorro la carpa con la mirada y, a lo lejos, diviso a Sonia. Adivinad con quién está hablando. Exacto, con la chica preciosa que Adrián ha traído. Bufo como una gata salvaje.

De repente miran hacia mí y esbozan una sonrisa. Me siento un poquito más fea, menos

adulta y muy gilipollas. Me obligo a permanecer serena. La Blanca

actual superó las mofas y las vejaciones.

—¡¿Qué hostias hace esa aquí?! —grito a mi madre, apuntando con la barbilla a la buitrona.

—El novio de Sonia es amigo de toda la vida del marido de Vero —responde ella con

mala cara debido a mi palabrota. A continuación dibuja una sonrisa soñadora—. Nati me

contó que, en uno de los aniversarios de Sonia y el novio, Adrián cantó para ellos y, según ella, fue precioso.

La respiración se me corta durante unos segundos. Lo que Adrián me dijo entonces…

¿era verdad? ¿Sonia fue a su piso para darle las gracias? ¿No iba a acostarse con ella? ¿Fui lo suficientemente imbécil para dejar pasar nuestra oportunidad definitiva? Me entran ganas de llorar.

—En serio, en mala hora he venido. En mala hora os he hecho caso a ti y a la estirada

de mi psicóloga.

Mi madre observa de reojo a Nati, algo avergonzada. Javi se ríe a carcajadas ante mis

comentarios y le indico con un gesto que o se calla… o alguien se enterará de la mierda de piso en el que vive y de todo lo que hace.

—¡Me voy a mear!

Lo he dicho en voz más alta de lo que pretendía. Un par de señoras de avanzada edad se

vuelven hacia mí y sacuden la cabeza, indignadas. Mi madre les pide disculpas con la mirada. Nati me sonríe, aunque la noto nerviosa. ¿Qué pasa? ¿Acaso sabe algo de lo ocurrido entre su hijo y yo y se siente incómoda?

Dejo la copa de balón en una de las mesas altas que han colocado por toda la carpa.

Echo un último vistazo a Fer, quien continúa parloteando de lo más animado con esos dos

hombres. Camino por el jardín a trompicones por culpa de los malditos taconazos. A la próxima me traigo bailarinas y que les den a todos.

—Me cago en todo lo que… —Lo único que me sale de la boca son sapos. Va a tener

razón mi madre en que soy un poquito malhablada.

Para ir a los aseos antes debo pasar por el salón donde hemos cenado. Me fijo en que se

halla a oscuras. No obstante, una música flota en el ambiente. Y esa voz masculina me es

totalmente familiar. Me detengo a unos pasos, con alfileres en la garganta. Cojo aire y avanzo hasta asomarme con disimulo a la sala. Por suerte, Adrián se halla de espaldas a

mí. Está tocando la guitarra y cantando. Su voz desgarrada hace que me estallen dentro mil fuegos artificiales. Contengo el aliento, paralizada por la belleza de la canción. Por un instante me muero de ganas de dirigirme corriendo hacia él y abrazarlo desde atrás.

Sentirme en casa…

—« *Goodbye my lover. Goodbye my friend…*» —canturrea Adrián con una voz que despierta mi entrepierna.

Doy un paso hacia delante, sujetándome al marco con fuerza. Mis labios se entreabren,

presos de un ardor inimaginable. En mi estómago cientos de espirales se balancean de un

lado a otro… Y entonces noto una mano en mi hombro. Suelto un respingo y, al darme la vuelta, me topo con Fer. Suelto toda la respiración que había contenido.

—Me has dado un susto.

—¿Qué haces aquí? No te encontraba por ninguna parte.

—Iba al baño, pero esto es muy grande y me he perdido.

Fer frunce el ceño, como si no se creyera la milonga que le he contado.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta. Me apresuro a asentir—. Voy a ir un momento

afuera. Juan quiere enseñarme su coche. —Vuelvo a sacudir la cabeza. Imagino que ese tal

Juan es uno de sus nuevos amiguetes. No recuerdo los nombres—. Ahora nos vemos,

¿vale?

Se inclina para darme un beso en los labios. Lo hago más rápido de lo normal y, cuando

se marcha, miro de reojo hacia Adrián para saber si nos ha descubierto. Pero no, continúa

atento a su guitarra.

Trago saliva con una mano apoyada en el pecho para apaciguar los desbocados latidos

de mi corazón. No debo ir a saludarlo. En su carta todo quedaba claro. En estos meses de

no dar señales de vida también. Y en la presencia de esa chica. Las piezas ya se movieron

y quedaron en la posición en la que deben.

Paso por las puertas de la sala encorvada, como una vulgar ladrona, y me dirijo a toda

prisa a los aseos con la cabeza dándome vueltas. En parte debido al alcohol. En parte a causa de ese hombre que me convierte en una mosca atrapada.

Antes de entrar en el lavabo me detengo para coger aire. Las náuseas se instalan en mi

garganta. Vuelvo la cabeza para mirar atrás y se me escapa un jadeo.

Adrián se encuentra ante mí. Imponente. Con una mirada tan profunda que me corta la

respiración.

Abro la boca para decir algo, pero no lo logro. En mi garganta hay un nudo doloroso.

Adrián me observa sin musitar palabra tampoco, y a punto estoy de meterme en el baño y

permanecer encerrada en él toda la noche. Me convenzo de que es una tontería. ¿De qué

pretendo escapar? Creo que es imposible hacerlo. Y, además, las piernas se me han convertido en gelatina.

—Hola —me saluda.

Se me escapa un gorjeo. Adrián arquea una ceja.

—¿Estás bien?

Asiento, aunque es evidente que no. Ahora solo soy esa cara de tonta de siempre. Es lo

que seguramente debe de pensar. Que soy la estúpida cobarde de la que decidió apartarse.

—Se te ve muy pálida. ¿Seguro que todo va bien? —insiste, y por un instante parece realmente preocupado.

—Algo… La cena… —murmuro con la boca sequísima.

—¿Qué? —Se acerca un poco y su perfume impacta en mí, pegándose a mi piel. Doy

un respingo hacia atrás, con lo que me golpeo con la puerta. Dejo escapar un gemido—.

¿Te has hecho daño?

—No, no. —Trato de pasar por su lado para largarme. Me siento demasiado cohibida.

Incómoda. Nerviosa. En conflicto.

—¿No ibas al baño? —Esboza una sonrisa que se me antoja burlona.

—Eh… Sí. —Trazo un par de movimientos inquietos, sin saber muy bien qué hago.

Sin embargo, en un arranque brusco, Adrián estira el brazo y apoya una mano en la

puerta, a tan solo unos centímetros de mi cara. Encojo el cuerpo, sin entender qué ocurre.

—Parece que te encanta escucharme a escondidas —murmura con los ojos entornados.

—¿Qué dices?

—Te he visto antes. Y a él.

Me paso la lengua por el labio inferior. La otra mano de Adrián aterriza también en la

puerta. Me tiene atrapada y mi corazón no es más que una pelotita arrugada en el pecho.

«Basta, Blanca. Actúa como la mujer borde que eres. No le dejes reducirte.»

—¿Podrías quitar las manos de ahí? —le pido en tono enfadado, aunque la última palabra tiembla.

Se las mira como si no se hubiera dado cuenta. Luego acerca el rostro un poco más hacia mí. Una alarma roja destella en mi cabeza. Sus carnosos labios, tan expuestos, llenan mis retinas.

—Vaya, lo siento. Es que voy un poco borracho —dice de manera irónica.

Al fin se aparta y suspiro aliviada. Mi pecho sube y baja, y Adrián lo mira sin dejar de

sonreír. Sabe que estoy nerviosa, y es un error por mi parte permitir que piense que vencerá en este maldito juego. Uno que no sé a qué viene después de todos estos meses.

—Entonces has traído a un hombre —dice poniéndose serio.

—Y tú a una mujer. —Se la devuelvo con el mismo tono.

—Es una amiga.

—¿Siempre vas a utilizar la misma excusa?

Adrián suelta una risa molesta. Sacude la cabeza con la mandíbula apretada.

—¿Qué te hace pensar que es mentira? —me pregunta.

—No sé… Nochebuena, ¿quizá?

—¡Ah, sí! La noche en que volviste a salir corriendo —me espeta con toda la rabia posible.

—¿Preferías que hubiese ido corriendo hacia vosotros y os hubiese separado o qué? —

He alzado la voz, empezando a enfadarme. ¿De qué va?

—No, pero no habría estado mal un «hola, ¿cómo estás, Adrián?». Como podrías haber

hecho ahora.

—¡Pero si has sido tú el que ha empezado a soltar burradas! —Le lanzo una mirada incrédula.

—¿Has traído a ese hombre para joderme?

Niego con la cabeza. Una sonrisa amarga se dibuja en mis labios. No puedo creerlo, en

serio.

—¡Es evidente que no! ¡No tengo por qué hacer esas gilipolleces! —exclamo. Y algo en

mí me recuerda que precisamente estuve pensando en restregárselo por la cara días antes.

—Entonces ¿por qué has venido a la boda?

—Porque mi madre no dejaba de insistir. Y para que la tuya no se sintiera mal.

—Vaya, es verdad… Eres de esas personas que siempre quieren complacer a los demás.

—Asiente una y otra vez—. Ah, no, espera. No a todos. —Se señala a sí mismo, y suelto

un bufido.

—No quiero discutir.

Mi tono de voz ha sonado más triste de lo que quería mostrar. Adrián me observa unos

segundos, muy serio, en los que lo único que se oye es la música a lo lejos y nuestras respiraciones aceleradas.

—Vale. Lo siento. —Se muerde el labio inferior y algo en mí se despierta—.

Empecemos de nuevo. Como debería ser.

Adelanta un brazo con la mano abierta. La miro sin entender qué pretende. Suelta un gruñido y, como quien no quiere la cosa, me coge la mía y me la estrecha.

—¿Qué tal, Blanca? Yo bien, aquí pasando el rato. ¿Cómo te ha ido estos meses?

—¿En serio te interesa saberlo? —murmuro. Y, en el fondo, me muero por que él me

informe de todo lo que ha hecho.

—En realidad lo que me interesa saber es si te follas a ese tío.

Me quedo boquiabierta. Agacho la cabeza un instante y, después, la alzo con furia.

—¿Te tiras tú a la chica tatuada?

—Seguramente no como tú al rubito. —Su voz es cruel, cargada de resentimiento.

—¡Vete a la mierda! —chillo. Lo aparto de un empujón y me lanzo a la carrera por el

pasillo. Hasta se me han pasado las ganas de ir al aseo.

Cuando estoy pasando por la entrada de la sala Adrián me atrapa de las muñecas y me mete en ella. Me lleva hasta el rincón más oscuro, a

pesar de mis intentos por soltarme.

Me revuelvo y trato de marcharme de allí, pero me retiene apresándome por la cintura. Mi

rostro choca contra su pecho. Los latidos indomables de su corazón retumban en mi oído.

—Espera, espera. Para, te lo ruego. No voy a comportarme como un gilipollas, pero, por favor, escúchame.

Sus dedos se clavan en mis mejillas y me obliga a alzar el rostro. Murmuro unas palabras para mis adentros.

Nos quedamos mirándonos un rato. Eterno. Efímero. Desconcertante. Maravilloso.

«Adrián… ¿Qué me haces? ¿Por qué cuando te tengo cerca siento que me anulas la voluntad y, al mismo tiempo, que el mundo puede ser mejor?»

Sus ojos verdosos estudian cada uno de mis gestos. De nuevo sus labios entreabiertos se

encuentran demasiado cerca de los míos. La antigua Blanca se habría lanzado a ellos a lo

loco, sin pensar en las consecuencias. Pero la de ahora lo único que quiere es echarse a llorar como una cría.

—Solo dime que has estado bien estos meses —susurra.

Cierro los ojos para escapar de su mirada, demasiado abrasadora para mí. El cálido tacto de sus dedos en mi cara está devastándome. Noto que mi piel se despereza, que despierta con las chispas que desprenden sus iris. Podría decirle que me he engañado durante este tiempo. Que me he convencido de que su aliento no forma parte de mi ser.

Que, en algunas ocasiones, mientras hago el amor con Fer, él se dibuja en mi mente como

un ángel divino. Sin embargo, la voz de Emma aparece advirtiéndome que Adrián no es el

hombre adecuado para mí. Y la presencia de la chica tatuada y el recuerdo de Sonia colisionan contra mi corazón provocándome un

gran rechazo.

—Estoy fenomenal. ¿No lo ves? —Extiendo los brazos.

Me suelta las mejillas y me mira de arriba abajo. Leo en sus ojos deseo. Ganas de comerme. Y unas agradables cosquillas avanzan por mi entrepierna, para qué mentir.

—De eso no me cabe duda. Estás preciosa.

—Pues gracias —murmuro al tiempo que me froto el cuello, un poco incómoda. Pero

más por mí que por él. Porque estoy segura de que es capaz de darse cuenta de que mi cuerpo reacciona con su cercanía.

—Todavía no me has perdonado por lo que sucedió en mi piso, ¿verdad? —dice de repente.

—Eso ya ha quedado atrás. Y te recuerdo que fuiste tú quien me escribió que la Blanca

que habías conocido no te gustaba —respondo con amargura.

—¿Y crees que es verdad?

—Sí. Porque a mí me pasa lo mismo.

—¿No te gusta el Adrián con el que te reencontraste?

—No me gusto yo.

Adrián abre la boca con el propósito de añadir algo, pero parece confundido y se limita

a revolverse el cabello que, hasta ese momento, llevaba de lo más peinado. Aprovecho para fijarme en su atuendo. Jamás lo había visto con un traje y reconozco que está muy atractivo. Me bebo esa imagen con la mirada, como si fuera la última. Y tendría que serlo.

Quizá mi subconsciente ha acudido a esta boda para poner punto final a algo que jamás debió empezar.

Justo en ese momento da un paso hacia mí, con lo que borra el escaso espacio que había

entre los dos. No me da tiempo a echarme hacia atrás. La mano de

Adrián se posa en mi

nuca, atrayéndome hacia él. Mis ojos caminan hasta sus labios húmedos y entreabiertos.

—Para —le ruego apoyando las palmas en su pecho y empujándolo.

—Tranquila, no voy a besarte —susurra. Mi corazón martillea con tanta fuerza que me

molesta—. Pero quiero saber una cosa. —Me coge de la barbilla y me la alza. Me siento

como si fuera mi dueño—. No me has llamado. No has intentado solucionar nada. Parece

que puedes seguir con tu vida. Y eso está bien, claro. Pero… ¿no me has echado de menos

estos meses?

Lo reto con la mirada. Su sonrisa crece y sus dientes delanteros asoman un poco.

«Vamos, Blanca, puedes hacerlo. ¿No ves que está jugando contigo? ¿Es que acaso no se

ha traído a esa mujer preciosa y tatuada? Te jodió de adolescentes. No puedes confiar en

él. No puedes desnudarle tu alma.»

—No. Ni un solo segundo —respondo, y pretendo parecer lo más drástica posible. No

sé si lo he conseguido. En mis oídos mi voz ha sonado segura, pero tal vez solo sea producto de mi imaginación.

Adrián acerca sus labios aún más. Exhala junto a mi boca. Mi estómago hace un par de

piruetas. Aprecio la atmósfera opresiva que se ha formado alrededor. El fuego que escapa de mi piel. Y de la suya. Continúo luchando con sus ojos. Y, al fin, me suelta de forma brusca. Trastabillo. Mareada. Confundida. Tocada y hundida. ¿No debería haber sido yo la

que hiciera mella en él con mi respuesta? Entonces ¿por qué esboza

esa sonrisa?

—Hasta pronto, Blanca.

Le lanzo una mirada incrédula. Él asiente dando un paso hacia mí. Yo doy otro hacia atrás. Soy la gasolina. Y él mi cerilla. Si me mantengo cerca, me quemaré.

—¿Qué…?

—Creo que en los próximos meses nos veremos bastante.

—No te entiendo.

—La obra va a estrenarse en Valencia. Así que, nada, estaré por aquí —dice con toda la

inocencia del mundo. Fingida, por supuesto. Porque está divirtiéndose a mi costa que no

veas.

—Valencia es grande.

—Ya me encargaré yo de que sea más pequeña.

Quiero responderle con algo que le haga bajar de su pedestal, pero no se me ocurre nada. Me doy la vuelta con rabia, con mucha frustración y con muy poca seguridad. Estoy

a punto de salir de la sala de banquetes cuando oigo otra vez su voz.

—Y no sé por qué mientes, Blanca. No hay nada malo en echar de menos a alguien. Yo

sí lo he hecho. Te he extrañado tanto que me dolía hasta respirar. Y no me avergüenzo de

ello.

Me entran ganas de soltarle que sí, que me habrá echado muchísimo de menos en los brazos de la otra. Pero como no soy la más adecuada para quejarme, simplemente me escabullo con los ojos llorosos y el corazón explotándome por enésima vez.

Maldito Adrián. Malditos sean esos ojos, esa boca y esa voz que no se borran de mí.

Estoy excitada —susurro.

—¿Me llamas a las cuatro de la madrugada para decirme eso? En serio, cada día estás

peor de la chota, cielo —me responde al otro lado de la línea una Bego adormilada.

Hace un rato que Fer y yo hemos llegado a su piso. En el trayecto apenas hemos abierto

la boca ninguno de los dos. Él porque se moría de sueño, y yo… Yo porque no podía sacarme de la cabeza a Adrián.

—¿Te has pasado a la otra acera y quieres que practiquemos sexo telefónico? —se mofa

mi amiga.

—Fer está durmiendo.

—¡Pues despiértalo, chica! A nadie le amarga un dulce. Métele la mano por el pijama y

hazle esas maravillas que solo tú sabes.

—No sé si estaría bien —murmuro con un hilo de voz.

—¿Y ese moralismo rancio?

Aprecio que Begoña va despertándose poco a poco con cada una de mis palabras.

—Si te digo por lo que me he excitado, me tacharás de cerda.

—¡¿Has estado viendo porno con animales?! —exclama.

—¡No! —respondo escandalizada. Qué asco. ¿Cómo se le ocurren esas cosas?

—Entonces ilumíname.

—He pensado en Adrián.

—Vaya…

—Porque lo he tenido cerca.

—¡¿En la boda?! ¿Ha ocurrido algo que deba saber?

Bego ya se ha despertado del todo.

—No pensé que fuera a hablarme. Y, en todo caso, creí que no sería así.

—¡¿Cómo?! ¿Cómo ha sido?

—Hemos discutido un poco, como siempre. Y se ha arrimado mucho. Me ha tocado.

—¿Te ha masturbado allí en la boda? —chilla Begoña.

—¡No! Oye, aquí la única loca eres tú. ¿Puedes bajar la voz? Al final hasta Fer se despertará por tus berridos a través del móvil —la regaño.

—Es que no entiendo nada —protesta.

Dirijo la vista a la puerta. Me levanto del retrete y me acerco. Apoyo la oreja. No se oye nada. Abro una rendija. Todo en silencio. Fer continuará durmiendo.

—Parecía que iba a besarme.

—Y eso de ahí abajo se te ha puesto a dar palmas.

—Begoña, esto es serio. Adrián ha jugado conmigo una vez más. Después de lo que hizo… ¡Tú lo sabes! ¡Fue él quien se alejó!

—No, Blanca. Tú provocaste que sucediera eso. Y ni siquiera has intentado solucionar

algo.

Puñetera Bego y su sinceridad. Y en el fondo me molesta porque lleva parte de razón.

Pero, aun así, la actitud de Adrián de esta noche ha dejado mucho que desear. Ni siquiera

sé cómo se ha atrevido a comportarse de ese modo. Bueno, vale, tampoco es demasiado

extraño. Siempre ha sido un capullo engreído y prepotente que…

—Total, que te ha puesto. Y ahora dudas si acostarte con Fer o no mientras piensas en

Adrián —dice Begoña.

—Sé que no debo hacerlo, pero… también puede ser una forma de olvidarme de él por

un rato.

—¿De olvidarte o de acordarte más?

—Bego, por favor… —suplico.

—Vale, vale. A ver, cariño, que tampoco es un pecado lo que te pasa. Yo a veces he

pensado en una actriz que me encanta mientras lo hacía con alguien. ¡Y ya ves! No me ha traspasado ningún rayo divino.

—Pero era una actriz. No alguien que fue tu primer amor. No una persona cercana con

la que has compartido muchas cosas.

—¿No estás bien con Fer?

—Sí… Estaba —mascullo—. Estoy. Solo es un lapsus.

—Oye, que es normal. Que nos pasa a todos en un momento dado. —Begoña trata de

tranquilizarme—. Venga, vuelve a la cama. Y si no puedes dormir, pues tienes dos opciones: o te acuestas con tu novio —dice recalcando la última palabra— o te masturbas.

¡Buenas noches!

El pitido al otro lado de la línea me avisa de que mi amiga me ha colgado. Suelto un suspiro frustrado. La sensación que me invade es la de que soy bastante estúpida. Luchar

contra nuestros deseos reprimidos, vencer los pensamientos impulsivos de nuestra

mente… es algo difícil. Demasiado. Pero no tenemos por qué convertirlo en un imposible.

Y mucho menos creer que es algo horrible o vergonzoso. En ocasiones, somos nosotros mismos los que nos imponemos tabúes, límites y sinrazones.

Sin embargo, una vez en la cama me tumbo lo más alejada posible de Fer, haciendo caso omiso a mis consejos, que, en la oscuridad del dormitorio y con la cercanía de mi novio, se me antojan mediocres y una forma de excusarme de mi culpa y de alejarme de

mis remordimientos.

Estoy medio dormida cuando noto una presión en el vientre. Es Fer, abrazado a mí.

Bueno, ese tipo de abrazos que esconden más ganas de tener sexo que de dar mimos. Me

quedo muy quieta y trato de mantener el ritmo lento de mi respiración para que parezca que no me he despertado. Pero Fer es insistente, todo hay que decirlo, y minutos después

su mano ha bajado hasta mi pubis. Y encima por dentro del pantalón del pijama. Una no es

de piedra. Y mucho menos cuando hace un rato me subía por las paredes.

—¿Duermes? —Fer rompe el silencio con una voz cargada de deseo.

Me muevo un poco y suelto el típico suspiro de los que campan felizmente por el mundo de los sueños, pero nada, no se da por vencido y el siguiente paso es un mordisco

en el lóbulo de mi oreja.

—Hoy estabas preciosa con ese vestido —susurra en mi oído.

Unas deliciosas cosquillas se extienden desde mi cuello hasta mis pies.

Su mano continúa avanzando hasta colocarse justo en el centro de mi sexo. Uno de sus dedos traza suaves círculos en la tela de mi braguita.

Aúpo el trasero, con lo que choco contra su erección, y él aprovecha y se aprieta más contra mí.

—Eso quiere decir que estás despierta.

—Tengo mucho sueño —murmuro con una voz fina como la de una niña.

Los labios de Fer exploran mi cuello. Encojo los hombros y se me escapa una sonrisa.

Maldito. Lo que ocurre es que no quiero ponerme a hacerlo cuando un rato antes tenía en

mi cabeza a otro hombre. Eso no está nada bien, por mucho que Bego diga que no es ningún crimen.

—Pues esto me asegura lo contrario —dice Fer, quien ya ha metido la mano por mi braguita y palpa mi humedad.

—Es tarde.

—Me muero por estar dentro de ti.

Su erótica voz va venciendo poco a poco mis reticencias. Permito que me coja de la cintura y me dé la vuelta para besarme. Su cálida lengua roza la mía. Ahogo un gemido de

satisfacción. Nos besamos un buen rato lenta y suavemente, hasta que los segundos van transformando esos besos en lametones, mordisquitos y juegos de lo más calientes.

Mientras tanto el dedo anular de Fer me masturba con precisión, arrancándome oleadas de

placer. Deslizo mi mano por su pecho hasta llegar al borde de la camiseta. Le acaricio el

vientre plano y se me afloja la risa al toparme con su sexo, tan dispuesto que hasta se ha escapado de la ropa interior.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, mala? —me pregunta entre beso y beso.

—Acabo de encontrarme con un amiguito.

—Mira lo que me provocas.

Apoya su mano libre en la mía y me la guía de manera que pueda empuñar su miembro.

Lo estrujo, juguetona. Fer gruñe en mis labios y me muerde el inferior con ímpetu, tirando de él.

Me acomodo en la cama para que su dedo se mueva libre en mi interior. Jadeo cuando

introduce otro y cierro los ojos con la intención de centrarme únicamente en estas sensaciones. Sacudo las caderas al ritmo que él marca, con las mejillas acaloradas. Trato

de vaciar la mente, recordar que aquí solo estamos él y yo y que es solo Fer el que me provoca placer, que es él quien me pone.

Con el pulgar presiona en mi clítoris. Me humedezco cada vez más. Me gusta cómo sabe follarme con sus dedos. «Sí, está bien. Pero no te crea mariposas mágicas en el estómago como solo sabe hacer Adrián.» Abro los ojos de golpe, a punto de soltar un berrido y descargar toda mi mala leche. Pero ¿qué quiere esa voz? ¿Que me mortifique o

qué?

Fer prosigue con sus besos. En la boca. En las mejillas. En la barbilla. Un fuerte mordisco en el cuello. Sus dedos aceleran los movimientos en mi interior. Gimo, pero creo

que me he perdido en algún momento. Justo cuando ha aparecido ese nombre que sabe amargo en mi boca. Sí, precisamente ahí ya he perdido el norte. Trato de concentrarme una vez más. Busco las oleadas de placer que deberían estar provocándome los dedos de

Fer. Me recuerdo que en el sexo lo más importante es relajarse, no ponerse a la defensiva, no repasarlo todo y, mucho menos, provocar los orgasmos.

—Voy a explotar si no te follo, cariño —jadea Fer con la nariz pegada a mi cuello.

A oscuras lo siento despojarse de la ropa. Mi pantalón y mis bragas desaparecen segundos después. Me animo a mí misma y me apresuro a quitarme la camiseta. Una de

las cosas que más me pone es que jueguen con mis pechos. No obstante, antes de que pueda hacer nada ya tengo a Fer encima de mí,

con su enorme sexo empujando. Titubeo al

percibir el calor de su carne. Esa magnífica sensación de piel contra piel. Pero eso sería demasiado íntimo. Y solo con…

—Espera, espera —digo apartándolo con suavidad—. El condón.

Fer chasca la lengua, aunque estira el cuerpo hasta alcanzar el cajón. El rasgueo del plástico resuena en la noche. Me alzo la camiseta para que se centre en mis pechos, a ver

si así vuelvo a humedecerme. Pero de nuevo lo tengo presionando contra mí. Me abre de

piernas y se coloca en el centro. Busco una postura más cómoda. Alzo los pies y le rodeo

la cintura, clavando los talones en su trasero desnudo. Fer me aúpa y tantea en mi entrada.

Se roza unos segundos en los que recupero parte de la excitación. Jadeo. Esta vez no voy a callarme, disfruto más cuando me libero. Me encanta gemir y gritar, para qué mentir.

—Dios, qué estrecha estás hoy —gruñe avanzando poco a poco. Mis paredes van

dilatándose, acostumbrándose a su dureza—. Me pone muchísimo, Blanca.

Sin previo aviso, de una embestida se mete por completo en mí. Un grito pugna en mi

garganta, pero queda en ronroneo. Fer hinca los dedos en mi trasero y me lo levanta aún

más, hasta colocarse de rodillas. Empieza a follarme con toda su fuerza. Apoyo las manos en su vientre y se lo acaricio. Se inclina en busca de mi boca. Se la ofrezco y nos sumergimos en un enredo de lenguas y saliva. Su polla entra y sale de mí sin pausa, a un

ritmo tan acelerado que pienso que si sigue así no durará mucho. Y no quiero quedarme a

medias. Lo cojo de la nuca y guío su cara hasta mis pechos. Uno de mis pezones roza su

nariz.

Fer se queda quieto unos segundos, como si dudara de algo, y al fin saca la lengua y me

lame el pezón. Lo mordisquea de manera descuidada. Y luego vuelve a mi boca sin prestar

atención al otro. Lo beso confundida. Él da unas cuantas sacudidas brutales, al tiempo que gruñe.

—Quiero probar otra postura —digo con la respiración agitada.

Voy a ponerme encima cuando Fer, en un abrir y cerrar de ojos, me atrapa de la cintura,

me voltea y acabo a cuatro patas. Me separa los cachetes para acceder mejor. Su potente

erección entra hasta el fondo, empujándome hacia delante. Jadeo y cierro los ojos. Bueno,

no era la postura que yo quería, pero no está mal.

Cojo la mano de Fer y la llevo hasta mi sexo para que me masturbe mientras me folla.

Su dedo en mi clítoris se mueve a un ritmo tan desenfrenado como el que marcan sus caderas, que chocan contra mis nalgas. Es un sonido rítmico, excitante, que llena el silencio de la noche.

—¡Voy a correrme! —exclama, y aumenta la rapidez de las embestidas.

Mis pechos se mueven al compás. Me los miro y me atrapo uno con tal de acariciarme

yo misma.

—Sigue, sigue… —le pido, porque sé que está a punto de irse y yo también lo necesito.

Su dedo presiona en mi clítoris, provocando que el vientre se me deshaga en cosquillas.

Grito, clavo las uñas en las sábanas y, de repente, estoy empotrada contra ellas y mi cara casi muerde la almohada, de manera que mis

gritos quedan ahogados. Fer posa su pecho

ardiendo en mi espalda sin dejar de embestirme. Consigo correrme, pero es extraño, casi

como una obligación.

Logro ladear la cabeza y me pongo a gemir, a jadear y a soltar guarradas como una loca.

¡Que me da igual que hoy nos oigan los vecinos! Si ellos no follan, es su problema. Fer

me acalla con besos profundos hasta que le mordisqueo el labio (con saña, que conste) y

se aparta. Se queda unos segundos tumbado y luego va al baño para deshacerse del

preservativo. Al regresar me abraza, pero distante. Es al cabo de un rato cuando entiendo los motivos.

—Blanca, cariño… Por favor, ¿podrías no armar tanto ruido? Bueno, ya sabes, cuando

eso… —susurra en tono reprobatorio.

En la oscuridad parpadeo totalmente confusa. ¿Ahora no se atreve a decirme «cuando te

corres»? Hace un rato él mismo estaba soltando cochinadas. Pero no es eso lo que más me

desconcierta, sino su petición con ese tono. Un «vete a la mierda» enorme se congela en

mi garganta. ¿Por qué no me sale? ¿Por qué no se materializan las palabras? La antigua Blanca no tenía pelos en la lengua con nadie.

Me siento furiosa. Y no solo por eso, sino también porque acabo de ser consciente de

que, en los pocos segundos del orgasmo, otro nombre se ha dibujado en mi mente.

Anaïs sacude las caderas hacia delante y hacia atrás. Centro la vista en la abundante carne que sobresale de su sujetador de encaje, en esos pechos aprisionados por la tela, a punto de escaparse por tanto movimiento. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta, como perdida en otro mundo. Yo, aunque los tenga abiertos, también lo estoy. Mi mente vuela

una y otra vez a horas antes, cuando he estado cerca de la mujer que, inevitablemente, terminará por volverme loco.

Anaïs suelta un gemido y me devuelve a la realidad. Su húmeda entrepierna empapa la

mía y ese contacto se me antoja irreal. Me inclino y le beso la parte de arriba de los pechos. Se los mordisqueo. Jadea y se engancha a mi cabello para moverse con más brusquedad. Las patas de la silla golpetean en el suelo de manera rítmica, casi componiendo una melodía.

El sexo de Anaïs se contrae aprisionando el mío. Gruño. Da un par de saltitos para incrustarse mi sexo con más ganas. Maldice, presa del placer. Hinco la yema de los dedos

en sus pequeñas caderas. Y echo de menos otras. Más plenas. Más redondas. Más hechas

para mí.

—¿Te falta mucho? —pregunta entre suspiros.

Su rostro brilla sudoroso. Sus sonrosadas mejillas la dotan de un aspecto encantador.

Enamorarse de esta mujer no estaría mal. Todo sería mucho más sencillo. Pero a mí siempre me ha gustado el peligro, lo complicado, aquello que trastoca y sacude.

Me aferro a sus caderas y lanzo las mías hacia arriba para unirme a sus movimientos.

Anaïs se muerde el labio inferior y su sexo me engulle más, ayudando a acelerar el orgasmo. Se corre en mis piernas y, un minuto después, cuando todavía es presa de los espasmos, finjo que me voy. Nada vibra en mí como cuando me introducía en Blanca.

Anaïs se deja caer al suelo con un suspiro, empapada en sudor y con la

respiración agitada. Me sitúo a su lado con la vista fija en el techo. Al cabo de un rato en el que he permanecido ausente me tiende un cigarro. Lo rechazo.

Anaïs y yo llegamos a un acuerdo. Acostarnos cuando quisiéramos. No es muy a

menudo, pero ambos somos jóvenes, sanos y tenemos nuestras necesidades. Ella es atractiva y asegura que yo también, así que tampoco va tan mal. Es una forma de olvidarnos del dolor o de la frustración que sentimos, al menos durante un rato. Nek sabía mucho de ese vacío que te come a altas horas de la madrugada, tras unas cuantas copas de

más y un poco de cordura menos. «Y si te como a besos tal vez la noche sea más corta, no

lo sé. Yo solo no me basto, quédate, y llename su espacio, quédate…» Pero no tengo claro

si Nek era un puto mentiroso o es que nunca sintió lo que yo, porque la mayoría de las veces pienso que ese espacio que Blanca ha dejado nadie podrá ocuparlo.

Y en otros momentos opino que lo que hacemos Anaïs y yo no está bien. Pero luego me

respondo con la excusa de que soy libre, que Blanca no es mi pareja, que ella se acuesta

con otro y sin duda disfruta, que esto no es serle infiel, que si no voy a estar con ella tampoco voy a meterme a monje benedictino. Y que todo es una puta mierda, en serio.

—¿En qué piensas? —inquiere Anaïs tras soltar una enorme vaharada de humo. Antes

de que conteste, dice—: Qué pregunta más tonta, ¿no?

—No me he portado muy bien con ella en la boda —musito, empezando a notar en la

espalda el frío de las baldosas.

—¿Por qué dices eso? —Anaïs ladea el cuerpo hacia mí y se me queda mirando.

—No lo sé. Es solo que… cuando estoy cerca de ella no puedo evitarlo. Trato de controlarme, pero me sale como una especie de rabia que he estado conteniendo durante

mucho tiempo. Me gusta provocarla, comprobar sus reacciones. —Titubeo unos segundos

al escuchar mis palabras—. Hoy me ha dicho que no me ha echado de menos nada en estos meses. No quiero creerla, pero me cabrea todavía más el hecho de que me mienta en

algo que podría cambiar las cosas. —Al final le quito el cigarro a Anaïs y le doy una profunda calada—. Yo apostaría por lo nuestro, aunque nunca haya existido, pero en ocasiones también pienso que no puedo estar sin ella, ni con ella tampoco, como la

canción de U2. Nos dolemos de todas las formas posibles. Es como si estuviéramos destinados a no ser. ¿Nunca has sentido algo así? El querer algo, el estar convencido de que debería ser, pero al final no puede…

—Ay, Adrián. Al menos la tuya no se ha casado… —Anaïs suspira. El amor de su vida,

con el que pasó la mayor parte de sus años de juventud, subió al altar con otra hace unos

meses, después de haberla engañado.

—Dale tiempo. Fue a la boda con ese tío —escupo con rabia.

—Y tú conmigo.

—No es lo mismo. Sus padres lo habrán conocido… —Noto que los celos se apoderan

de mí y aprieto los dientes para no soltar una palabrota—. Siento que debería haber sido

yo el que hubiera acudido con ella, joder. Quería ser yo.

—¿Por qué no le mandas un mensaje? —Anaïs apoya una mano en mi pecho en señal

de ánimo.

—No contestará. Creo que se ha empeñado en recordar al Adrián que

la traicionó de jóvenes para seguir con su vida. Y tampoco puedo culparla de nada.

—Me dijiste que se metían con ella de pequeña, que te lo contó su madre años después.

—A veces pienso que me encantaría sentir en mi piel lo que ella sufrió —susurro, más

para mí que para Anaïs.

—Cuéntame más de ella en esa época, anda.

Cierro los ojos y esbozo una sonrisa al recordar a esa Blanca adolescente. Puedo hasta

apreciar su característico olor en mi nariz, uno a colonia de bebé, y mi cuerpo tiembla por dentro. Colores, aromas, música de los noventa, sabores… Todo llega a mi cabeza con un

brillo poderoso, como si no hubiera pasado el tiempo.

—Ella pensaba que le sobraban kilos y que no era nada atractiva, pero yo me juraba a

mí mismo que lo que le faltaban eran besos, caricias y palabras que la hicieran quererse un poco más.

—¡Dios, Adrián! Eso es precioso. —Anaïs me observa maravillada.

—¿No ha quedado demasiado ñoño?

—Para nada. Ya me gustaría que alguien hablara así de mí. Con esos ojitos…

—Será que he escuchado demasiadas canciones de amor —bromeo.

—¿Nunca has pensado escribir una sobre ella o sobre lo vuestro?

La miro como si estuviera loca, aunque tampoco sería tan raro. Muchos músicos lo hacen. Pero se me antoja que escribir sobre nuestra historia sería dejarla atrás, y algo en mí se opone a ello.

—Venga, háblame de vuestros encuentros tórridos de adolescentes. —Anaïs suelta una

risa.

—Me da vergüenza. —Me tapo la cara con una mano, sin evitar sonreír al pensar en esa

Blanca de diecisiete años totalmente desnuda ante mí.

—¿Vergüenza tú?

—Creo que es la única chica con la que he sentido miedo e inseguridad. Y todo por la

cantidad de cosas que su desnudez despertaba en mí.

Cierro los ojos de nuevo y hablo como si estuviera solo. Anaïs escucha atentamente en

silencio. Viajo en el tiempo. Y me siento feliz y desdichado.

18

11 años antes

Ella siempre huía. Él daba un paso hacia delante y su amiga tres hacia atrás. No sabía

cómo comportarse con ella, ni qué decir de un tiempo a esa parte. Jamás le había temblado

el cuerpo ante una chica. Nunca había sentido que el mundo se detenía al tenerla subida en su moto, besándola como si no existiera nada más excepto ellos dos y el sabor de sus lenguas.

Él le rozaba la mano de manera disimulada, olisqueaba su cuello con cualquier excusa,

miraba su nuca cuando se recogía el cabello, y se le formaban mil y una fantasías de lo más tórridas para un chaval de su edad. Y ella, en cambio, parecía inmune a todo. Se dejaba hacer, pero nunca tomaba la iniciativa ni aparentaba querer nada más. Hasta unos

días atrás, una tarde en la que, de súbito, su amiga había empezado a hablar de porno y a

él el vientre se le encogió al imaginarla tocándose. Y entonces la había

provocado. Le encantaba hacerlo. Ver cómo fruncía el ceño y la cara se le sonrojaba por el enfado. Y para su sorpresa, ella había reaccionado y lo había besado. Y ya no había podido parar. Lo habían hecho por segunda vez, y su amiga se le metió un poquito más bajo la piel, a pesar

de que se había prometido que no ocurriría.

Y al terminar, cuando su felicidad no podía ser mayor, habían discutido porque una chica le había telefoneado. Por el amor de Dios, hacía tiempo que ninguna lo atraía. Ya no podía ni quería besar a ninguna otra más que a Blanca, porque solo esos labios carnosos le quemaban por dentro y le despertaban auténtica necesidad. Pero Blanca le había hablado

mal al ver esa llamada y él, en lugar de tomárselo a la ligera como habría hecho tiempo

atrás, se había molestado. No entendía lo que su amiga quería de él.

Cuando se había marchado, Adrián había maldecido todo, había golpeado la pared y se había convencido de que a la próxima no dejaría que Blanca jugara con él, si era lo que se proponía. Porque para él todo aquello era más. Más que amistad. Más que sexo. Más que

labios y cuerpos unidos. Blanca iba a marcharse, y un profundo vacío le atenazaba el estómago cuando pensaba en ello. ¿Qué significaba todo eso? No lo comprendía. Se convencía de que no era amor, tan solo una obsesión por el placer que sentía cuando tenían sexo.

Estaba tan cabreado por los desplantes de su amiga que decidió seguirle el juego a alguien que no le ponía, a una persona a la que Blanca no podía ni ver. Sonia, esa chica

que al parecer se metía con ella. Tal vez de esa forma despertara algo en su amiga, algo

que la hiciera reaccionar. Desde luego, uno de los dos debía dar el paso y, aunque en ocasiones pensaba que tenía que ser él, luego se acojonaba. Y el tiempo pasaba y Blanca

era cada vez menos de él. Más lejana, a pesar de haberla abrazado contra su piel. Y es que Adrián, a sus dieciocho años, apenas entendía nada del amor. Había crecido únicamente con el de su madre y, aunque suficiente, no era el necesario para comprender lo que crecía en su interior como un maremoto. Nunca había visto lo que dos

personas hacen cuando se

aman porque en su casa no había existido ese tipo de amor.

—Creo que el niño se me ha enamorado —le oyó decir a su madre una vez mientras hablaba por teléfono. Seguramente con María, la mamá de Blanca.

Y estuvo a punto de lanzarse a los brazos de Nati y pedirle ayuda porque no tenía ni puñetera idea de lo que debía hacer. Porque Sonia quería enrollarse con él, de eso estaba

seguro, pero él tan solo deseaba compartir más momentos con Blanca, y se moría al recordar que pronto ya no ocurriría más, y que lo más probable fuera que ella lo olvidara, que conociera a otros chicos en la universidad, más acordes con sus gustos, su forma de

ver la vida y su inteligencia.

Pero unos días después Blanca acudió a su casa. Al abrirle la puerta la descubrió tímida,

nerviosa, cabizbaja. Ya había tenido tiempo para enfadarse más y convencerse de que ella

tan solo lo quería a su lado para no sentirse sola. Por eso se mostró serio y no la llevó a su dormitorio, como en una especie de ridícula venganza. Le pareció una forma de castigarla

y, por un momento, se sintió más parecido a su padre que nunca y se dijo que debía alejar

a Blanca de alguien como él.

El móvil le sonó y la dejó en el salón para contestar a la llamada. Era Sonia. Dudó en

cogerlo.

—¡Hola, guapo! ¿Quedamos mañana?

Tan solo restaban tres días para que Blanca se marchara y él se había propuesto intentar

solucionar las cosas con su amiga si ella también ponía de su parte.

—Mañana no creo que pueda. Tengo que prepararme unas cosas para

la prueba del conservatorio…

—¡Quería ir a ver una peli de terror de esas que seguro te gustan! —insistió Sonia a través del teléfono. A Adrián se le escapó un gruñido. Estaba claro para lo que esa chica

ansiaba ir al cine—. Venga, no seas así.

—Te compensaré, Sonia —dijo él en tono amable, aunque se moría de ganas de colgar

y ver la cara de Blanca de nuevo.

Al terminar la llamada y darse la vuelta ella se encontraba allí. Lo había seguido al dormitorio, y Adrián se murió un poco por dentro al pensar si había escuchado la conversación. Blanca tenía la mano apoyada en el escritorio, con lo que sus dedos rozaban

los papeles de la partitura que estaba aprendiendo a tocar. *Eternal Flame*. Y encima sostenía la foto de su padre cuando él era un niño. Todavía la guardaba y se odiaba a sí mismo por ello. Se sintió desnudo y ridículo. Lo había descubierto, y ahora él no sabía qué hacer porque ella continuaba con esa cara que no reflejaba ningún sentimiento.

Pero de repente todo explotó. Blanca lo hizo. Lo acusó de haber hablado con Sonia. Y

él, imbuido por una rabia que no comprendía exactamente de dónde provenía, la tachó de

loca. Su amiga se dio la vuelta dispuesta a marcharse y a él la voz se le heló en la garganta. Ellos no podían estar juntos. A Blanca tan solo le molestaba que hablara con esa chica porque no se llevaba bien con ella, y no por ningún otro motivo similar a los que tenía él cuando la imaginaba conociendo a otros tíos y coqueteando con ellos.

Iba a perderla y su boca no reaccionaba. Ni su cuerpo. Se había quedado congelado en

el tiempo, como si le hubieran despojado de alma y de conciencia. Pero entonces ella hizo

algo que ni en años luz habría imaginado. Empezó a quitarse la ropa, y la pálida desnudez

de su amiga acabó por destruirlo del todo. No lo entendía. ¿Quería

someterlo con el sexo?

¿Demostrarle que era ella quien tenía el poder? Blanca era mucho más inteligente que él y

seguramente había descubierto lo que podía conseguir con el sexo. No iba a caer rendido a

sus pies. Si lo quería, debía hacerlo de todas las formas posibles. Con el cuerpo. Con el alma. Con el corazón. Como hacía él, aunque todavía no se había dado cuenta. Y poseído

por esa rabia dijo cosas a Blanca que no sentía de verdad. Lo hizo para que su amiga se

marchara del dormitorio y, de esa forma, no se destruyeran más. Pero al verla tan

indefensa, tan triste, pensó que quizá lo que le ocurría era lo mismo que a él. Que el miedo no le permitía avanzar y que no sabía compartir sus sentimientos.

«No te vayas, Blanca. Eres mi mejor amiga. Seré para ti todo lo que quieras, pero no me

saques de tu vida. Soy un puto crío muerto de pánico, pero lo único que sé es que te necesito cerca y que tu cuerpo se aparece en mis sueños como un bálsamo, que eres la puta luz de mi vida. Si tienes miedo como yo, dímelo. Confiésame todo lo que pasa por tu

mente, joder. Déjame formar parte de tus pensamientos.»

Todas esas palabras cruzaron por su cabeza a una velocidad desorbitada, aunque

ninguna se materializó. Por el contrario, lo único que pudo y supo hacer fue hablar con su piel, al igual que segundos antes había hecho Blanca.

Si esa era la última vez que iba a tenerla, la aprovecharía. Se empaparía de su cuerpo,

de sus gemidos, y la llevaría consigo muy dentro. La empujó contra el escritorio y hundió

la nariz en su cuello. Colonia de bebé. Olía como todas esas cosas que le sacaban una sonrisa. Se introdujo en ella sin pensar en nada más. La

oyó jadear, y su corazón se rompió y se volvió a recomponer. Estar dentro de Blanca era la sensación más maravillosa del mundo, pero necesitaba más…

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no se había puesto protección y salió de

manera apresurada, provocando desconcierto en ella. Se disculpó con un sabor a dolor en

la lengua, pero ella se acercó, le cogió del sexo indecisa y de forma inexperta comenzó a

masturbarlo. Adrián supo que jamás podría olvidar ese momento. Que quedaría grabado en sus entrañas el resto de su vida. Tener el pecho de Blanca junto al suyo, sus respiraciones tan cerca, compartiendo jadeos y miradas era más de lo que podía soportar.

La tocó con lentitud, sumiéndose en el agradable y suave tacto del sexo de su amiga.

Húmedo, cálido, tímido… Abriéndose a él.

Arrimó la nariz al cuello de Blanca y aspiró hasta marearse. Los pequeños dedos de su

amiga ganaban en seguridad y se puso nervioso al comprender que se iría pronto, de manera que se afanó en otorgarle a ella el mismo placer, en hacerle sentir que la vida podía ser bonita si se mantenían juntos.

Ambos acabaron al cabo de unos minutos. Adrián notaba su rostro estirado en una sonrisa. Pero al abrir los ojos descubrió el gesto preocupado y avergonzado de Blanca, y

se dijo: «Oh, no, ahí vamos otra vez. Tengo que hablar, confesarme, y que sea lo que Dios

quiera».

—Blanca… —La voz le salió más temblorosa de lo que había pretendido.

Justo cuando su corazón iba a derramarse en una confesión oyó a su madre llamándolo desde el salón. La puerta del dormitorio se encontraba abierta y Blanca abrió mucho los

ojos, asustada. Él le dedicó una sonrisa, rogándole en silencio que no se marchara, que debían hablar, que su madre no pensaría nada extraño al descubrirla allí.

Sin embargo, Blanca no aceptó esa petición silenciosa, sino que le lanzó una nueva mirada avergonzada y, a toda prisa, se vistió, incluso colocándose mal la camiseta y, sin

decir nada, salió corriendo del cuarto. Lo dejó allí plantado como un gilipollas, con los calzoncillos por el suelo, con la moral también por los suelos, y con la certeza de que todo había acabado demasiado pronto, de que había terminado sin ni siquiera empezar.

Recordó la vergüenza en los ojos de su amiga y maldijo por dentro. ¿Es que acaso a ella

le parecía mal, o repulsivo, lo que habían hecho? ¿Quizá Blanca, tras descargarse, había decidido que no lo necesitaba para nada más?

Se subió la ropa con rabia. En el momento en que su madre irrumpía en la habitación él

tiraba por los aires sus partituras, entre ellas la de *Eternal Flame*. Nati lo observó en silencio, preocupada, hasta que su hijo dejó de gritar y de soltar palabrotas y se echó boca abajo en la cama.

—Cariño… —Nati se sentó en el borde y le acarició el cabello rebelde —. Todo irá bien.

Sé que estás triste porque Blanqui se va, pero podréis veros…

Negó con la cabeza, envuelto en sollozos silenciosos. Odiaba que su madre lo viera llorar. Esperó a que saliera del dormitorio para darse la vuelta. Observó el techo un buen rato, aturdido por ese dolor sordo que le empapaba el pecho. Rabia. Desengaño.

Incomprensión. Odiaba un poquito a Blanca por no ser sincera con él, pero todavía se detestaba más a sí mismo por ser como ella.

A la mañana siguiente despertó con un mensaje nuevo en su móvil. No de Blanca, por

supuesto, sino de Sonia. Rugió frustrado y lo dejó en la mesilla. No quería quedar con esa chica. Tan solo ansiaba solucionar las cosas con Blanca. Ella iba a marcharse al día siguiente y, de alguna forma, debía recuperarla. Pero todos sus compañeros y amigos aseguraban que

cuando te acostabas con alguien con quien habías compartido amistad esta

desaparecía. Que ya nada era igual. Que perdías o ganabas. Él no podía dejarse vencer.

Todos esos años juntos debían servir para algo. Si se habían equivocado, sabrían cómo arreglarlo.

Se pasó un buen rato en la cama dando vueltas y más vueltas a un posible último encuentro con Blanca. Sin sexo. Sin peleas. Solo una confesión.

«Lo siento todo. Siento que las cosas hayan ido así. No sé qué querías de mí. Accedí a tu petición de acostarme contigo porque necesitaba descubrir cómo olía tu piel. Y quizá tú solo desearas cambiarte, como me dijiste, y después disfrutar un poco más antes de irte,

porque el sexo existe para pasárselo bien. Sin embargo, para mí contigo es mucho más. Es

como una explosión dentro de mi cuerpo. Mi corazón se deshace, como el de mi tatuaje,

cada vez que te he tocado y besado. Es posible que tú no busques ser nada de mí más que

una amiga. Y si es solo eso… entonces lo mantenemos. Porque te quiero conmigo de cualquier forma. Y que me llames cuando te vayas a la universidad. Y que me escribas. No

estaremos tan lejos. Podremos vernos. Yo quiero verte. Quiero saber cómo serás de universitaria. Quiero mirarte cuando estudies para tus exámenes. Nunca más te llevaré a lugares apartados. Nos mostraremos juntos delante de todos, si eso es lo que te molestaba.

Haré todo lo que desees, pero no me saques de tu vida. Creo que poco a poco me he enamorado de ti, y yo no sé nada de amor. Me resulta tan extraño cuando hasta hace unos

meses éramos amigos de toda la vida… No estoy seguro de ser capaz de amarte bien, pero

quizá debiéramos intentarlo. Y descubrir juntos si de verdad sentimos algo más que amistad.»

Esa fue la nota que escribió Adrián. La que pretendía dar a Blanca en una despedida que

esperaba que no fuera eterna. Pero cuando salió del dormitorio para desayunar se encontró

a su madre llorosa y cabizbaja. Se sobresaltó y corrió hacia ella.

—¿Qué pasa, mamá? —le preguntó con voz temblorosa. Y, en cierto modo, un presagio

oscuro le avisó de que la tristeza de Nati estaba relacionada con ese hombre que los había abandonado.

—Yo… Lo siento, Adri… —balbució su madre. Y realmente parecía muy avergonzada.

—Dímelo, por favor. Cuéntame qué ha pasado —rogó.

—Tu padre… —comenzó Nati entre sollozos, y a Adrián una furia roja le sacudió el cuerpo con tan solo esas dos palabras—. Volvió a escribirme y… me dijo que necesitaba

dinero, que iban a hacerle daño si no pagaba sus deudas, pero que me lo devolvería muy

pronto.

—Mamá… —Adrián reparó en el cabreado tono de su voz, pero ya no podía detenerse.

—Le di el dinero a su amigo para que se lo entregara y… yo… —Se le escapó un llanto

tan profundo, que provenía de tan dentro, que a Adrián la piel se le erizó—. Creo que…

me han engañado… —Se tapó el rostro con las manos, totalmente humillada.

Adrián estuvo tentado de salir corriendo, de dejarla allí sola como una venganza por

haber sido tan inocente, de gritarle que no podía haber sido más estúpida por pensar que alguien como ese hombre cambiaría. Sin embargo, lo que hizo fue abrazarla, llenarle el pelo y la frente de besos y susurrarle palabras tranquilizadoras a pesar de que se moría

de ganas de chillar, insultar, golpear las paredes y hasta abofetearse a sí mismo.

Una hora después Nati tuvo que ir a trabajar a pesar del disgusto. Salió de la casa encorvada y un poco más vieja. Y él también se sentía así. Como un anciano que hubiera

vivido mil vidas y todas ellas horribles. Su madre se había pasado un buen rato lamentándose, hablando mal de los hombres y asegurando que todos eran iguales y, aunque él sabía que sus palabras solo se debían a la amargura, no pudo evitar volver a pensar lo de siempre. Que él también era un hombre. Que llevaba dentro la semilla de su

padre y que no sería capaz de amar a una mujer sin lastimarla.

Solo en su dormitorio, releyó la carta que había escrito a Blanca y, entre gritos frustrados, la rompió en docenas de trozos. Ella había hecho bien en no querer nada más

de él. No podría dárselo. No sabría. En un futuro la haría daño como su padre había hecho

con su madre. O quizá antes.

Cogió el móvil y le escribió un mensaje a Sonia. Ella solo quería de él su cuerpo. Justo

lo único que él podía dar. Y así era como todo funcionaría, a pesar de que su corazón se

desgarrara con tan solo pensar en el nombre de Blanca.

19

Entro como una exhalación en la consulta de Emma. Su secretaria se incorpora con cara

de susto y de pocos amigos y hace amago de detenerme, pero no lo logra.

—¡No tiene cita hoy! —me recrimina.

—¿Está con algún paciente? —le pregunto con la respiración agitada

por la carrera.

—No, pero…

—¡Pues qué más te da! Es una urgencia.

Y, dicho esto, me doy otra vez la vuelta y cruzo la sala hacia el despacho de mi terapeuta. Llamo a la puerta con ímpetu y espero al menos un minuto de reloj, pero, como

no contesta, mi nerviosismo me vence y abro sin el permiso de Emma. Alza la vista de unos cuantos papeles en los que se encontraba anotando algo y me observa con una ceja

arqueada.

—¿Ocurre algo? Hoy no tenemos cita.

Deposito sobre la mesa, ante ella, el móvil que llevo en la mano. Le indico con un dedo

que lo coja. Emma continúa con su cara de circunstancias, pero obedece. Me quedo de pie

mientras lee el escueto mensaje que he recibido hace apenas cuarenta minutos y que ha sido el causante de que me encuentre aquí con aspecto y maneras de desquiciada.

—Siéntate —me pide.

Me dejo caer en el sillón con un suspiro. Emma empuja el teléfono hacia mí y luego cruza los dedos de las manos y me dedica una intensa mirada.

—No puedes venir así, de repente, sin una cita.

—Es una urgencia —repito lo que acabo de decir a su secretaria.

—¿Qué es eso? —me pregunta refiriéndose al mensaje.

—La pregunta correcta sería: ¿de quién es?

Emma asiente, como asegurándome que sabe a la perfección de quién se trata.

—Es Adrián.

—Sí.

Me pone nerviosa que sea tan escueta, que esté intentando que sea yo quien lo suelte todo, pero si lo hago, nadie va a frenarme.

—Pensé que de verdad no quería saber nada de mí.

—Pues ya ves que no era cierto. —Emma esboza una sonrisa que me parece un poquito

burlona.

—Da igual. Lo importante, y lo malo, es lo que dice en el mensaje.

—«Necesito verte.» Bueno, ¿y qué problema hay?

—¡Por favor, Emma! —suplico con ganas de berrearle que no sea tan cabrona.

—Está claro lo que tienes que hacer.

—Si he venido será porque no lo tengo tan claro —musito.

—Blanca, tú quieres ver a esa persona —dice recalcando la última palabra en un tono

desagradable.

—¿Y por qué el corazón se me ha disparado al leer el mensaje?

—Podrían existir muchos motivos para ello: enfado, decepción…

Me entran ganas de espetarle que eso es mentira, aunque sí es cierto que he sentido rabia al ver el texto. Pero luego… luego han venido a mi mente la noche de la boda, la voz de Adrián, sus manos en la guitarra, lo cerca que volví a tenerlo… Y me he vuelto un poco

más loca.

—No debes permitir que te manipule. No tienes por qué acceder a todos sus deseos. Lo

más probable es que ahora ese hombre atraviese una fase de querer recuperar lo perdido,

únicamente por orgullo, y que se ponga en plan víctima y…

—Él no es así. —Me sorprendo al oír mi propia voz, tan tajante y enfadada. ¿Qué hago

defendiendo a Adrián ante Emma? ¿Es que acaso no he venido a la consulta para que alguien borre estas ganas que tengo de contestar al mensaje?

Emma carraspea y me observa muy seria. Me encojo y me muerdo una uña maltrecha.

—Sea como sea, con esa actitud solo consigue confundirte. —Se detiene un momento

para rebuscar en uno de sus cajones y luego saca una libreta, creo que en la que anota todo sobre mí—. ¿Ha ocurrido algo que yo deba saber para que él se haya puesto en contacto

contigo?

—Pues que te hice caso. Que fui a la boda y estaba allí —le suelto como si fuera un reproche.

—Ajá. —Escribe algo y a continuación levanta el rostro y clava su seria mirada en mí

—. ¿Y…? —me interroga con los ojos de una forma que consigue aumentar mi

nerviosismo.

—Hubo un… —Trago saliva, tratando de buscar la palabra correcta—. Una especie de

acercamiento. Pero no por mí. Fue él.

Mentirosilla. Fuiste tú quien inició todo al espiarlo a escondidas.

—¿Ves? Lo que te comentaba. Estrategias de confusión. Hay hombres que necesitan actuar de esa forma para sentirse realizados. —Emma escribe y escribe en su libreta.

Cojo aire sin entender muy bien lo que quiere decirme. Me mantengo callada mientras

termina de anotar algo.

—¿Y Fer qué hizo?

—Es evidente que Fer no se encontraba allí —respondo patidifusa.

—¿Le has hablado de ese hombre?

Deseo gritarle que tiene un nombre, que se llama Adrián, pero nada más pensar en él la

lengua me sabe amarga y vuelvo a guardar silencio.

—Supongo que no lo has hecho. —Emma esboza una sonrisa que trata de ser amistosa

—. Olvídate por un momento de ese mensaje y cuéntame qué tal con Fer.

Pienso durante unos segundos que parecen eternos y, al final, me encojo de hombros.

¿De qué debería hablarle? ¿De que últimamente no me siento tan segura en esa relación

para que así ella crea que estoy dando pasos hacia atrás y llegue a la conclusión de no soy capaz de ser una buena novia?

—¿No tienes nada que contarme? —Emma continúa con su sonrisa estirada en el rostro

—. Eso significa que todo va muy bien.

—En realidad no —me atrevo a confesar.

—¿Y eso por qué? ¿Habéis tenido algún problema? —Se muestra inquieta. ¿Me habrá

cogido apego y realmente le preocupo?

—Lo que se dice problemas… —Titubeo. No sé por dónde empezar. Se supone que

Emma es psicóloga, no sexóloga, pero en alguna que otra ocasión también me ha aconsejado sobre esos temas, así que… Me lanzo—. Creo que no funcionamos en la cama.

—¿En qué sentido?

¿Es que no entiende lo que significa «funcionar»? Me muerdo el labio inferior y paseo

la mirada por la consulta.

—He estado pensando y he llegado a la conclusión de que hay algo en mí que no le gusta.

—¿Qué? —Emma se inclina hacia delante con cara de extrañeza.

—Me pidió claramente que no armara tanto escándalo al acostarnos.

—Eso no significa que no funcionéis.

—Hay cosas que a él le gustan y a mí no. —Espero a que Emma diga algo, pero me insta con un gesto a que prosiga—. Por ejemplo, yo adoro ponerme encima y él nunca quiere. Me apetece soltar cosas subiditas de tono, pero me parece que no le agradarían.

—Bueno, Blanca, es que no todo el mundo tiene los mismos gustos —me corta Emma

de manera tajante.

—Ya, pero…

—Hay hombres a los que les gusta llevar ellos el mayor peso, y la postura de la amazona no les resulta atractiva —me explica muy seria.

—¿La qué?

—En la que la mujer se pone encima.

—¡¿A qué clase de hombre no le gustaría algo así?! —exclamo escandalizada.

Emma chasca la lengua y sacude la cabeza.

—Blanca, iniciaste una relación que va más allá del sexo y debes empezar a

acostumbrarte a ello y a comprender que no todo es recibir, que también hay que…

—Dar —murmuro medio burlona.

Vale, sé que no estoy comportándome muy bien, pero es que me siento un poco enfadada. ¿No tendría Emma que ayudarme? ¿No debería darme la razón en que es Fer el

rarito en cuanto al sexo?

Carraspea, se remueve detrás del escritorio y da un trago de la botella de agua que descansa en la mesa. Creo que estoy sacándola de quicio. Bueno, para eso le pago.

—Dejando eso de lado, que tampoco es tan importante… —Se baja las gafas para

mirarme. Seguro que espera que le reproche algo como que el sexo sí es importante, pero

le doy en las narices y no abro la boca—. ¿Qué tal os va en otros aspectos de la relación?

—Bien. —Me encojo de hombros. Si nunca he tenido una antes, ¿cómo voy a encontrar

las siete diferencias? Me río por lo bajini de mi propia chorrada.

—Describe a Fer con cinco adjetivos positivos. —Se dispone a anotar algo en la libreta.

Como ve que no digo nada, añade—: Es un ejercicio. Te ayudará a dejar atrás la confusión

por la que has venido a la consulta y me has robado parte de mi tiempo libre. —Intenta ser graciosa.

—Pues… —Reflexiono hasta que me doy cuenta de que ya estoy tardando bastante y me apresuro a responder—. Inteligente. Trabajador. Familiar. Responsable. Seguro de sí mismo.

—¿Ves? —Emma me apunta con la punta del bolígrafo—. Esos cinco adjetivos son los

que describen al tipo de hombre que toda mujer debe tener a su lado.

Asiento, perdida en mis propios pensamientos. Puede ser, pero ninguno de ellos está directamente relacionado conmigo, y no sé hasta qué punto eso es importante cuando lo que Emma intenta hacerme ver es que Fer es perfecto para mí.

Unos minutos después me dirijo a la puerta acompañada por ella, quien me apoya la mano en el hombro en señal de ánimo y comprensión. Camino como una autómata. Antes

de salir, me dice muy cerca del oído:

—Te pongo un nuevo ejercicio de autocontrol. No borres ese mensaje. Supérate a ti misma y quiérete.

Por un momento pienso que lo que desea es volverme majareta.

Al día siguiente quedo con Begoña y Sebas en el centro para tomar unas cervezas, ahora

que estamos casi a mediados de abril y va haciendo buen tiempo. El sol luce bien alto y la gente empieza a desprenderse de los montones de ropa del invierno. Sin embargo, hay que

vernos a nosotros. El trío tralalá. No damos más pena porque no podemos. Llevamos sentados casi media hora en una terraza y solo hemos cruzado cuatro gruñidos.

Como no sé si a Begoña le apetecerá hablar de lo suyo y tampoco tengo claro que yo

deba soltar un monólogo de lo mío en plan egoísta, me vuelvo hacia Sebas, fuerzo una sonrisa y le pregunto:

—¿Qué tal todo? ¡Últimamente no dices nada por el grupo de whatsapp!

—No hay mucho que decir. —Se encoge de hombros con el morro arrugado.

Guardo silencio unos segundos, sin saber si debería sonsacarle si le sucede algo, pero justo en ese momento Begoña estalla.

—¡Nos hemos liado otra vez, joder! Y sigue insistiendo en que todavía se siente insegura, en que tengo que darle más tiempo, comprender que ella tiene una familia y mucho que perder y yo no…

—Bueno, en parte tiene razón —digo con un hilillo de voz, pues a media frase Bego ya

está lanzándome una mirada asesina.

—Blanca, yo perdí a mi madre por ser sincera. Pero ¿y qué? ¿Iba a guardarme toda la

vida que era lesbiana? ¿Casarme con un tío con el que jamás me acostaría solo por aparentar? ¡Eso pasaba en la época de Franco!

—Ya, ya. Si también te entiendo a ti… —murmuro.

—Lo que no puede hacer es tocarme los ovarios y marearme de esta manera. Eso es de

ser muy mala persona.

—No es la única que marea, créeme —contesto con un suspiro.

—¿El sinsangre también?

—¿Quién? —Parpadeo.

—Fer.

—Ah, que ahora lo llamas así… —Pongo mala cara.

—Lo siento, me ha salido sin pensar. Es que estoy muy cabreada.

—No me refiero a él. Me refiero a quien tú y yo sabemos. Bueno, y Sebas. —Ladeo la

cabeza hacia él y le sonrío.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunta inclinándose hacia nosotras.

Prefiero mostrárselo antes que hablar. Rebusco en el enorme bolso y saco el móvil. No

he borrado el mensaje, tal como me mandó Emma, y eso ha provocado que me pase todas

las noches desde entonces leyéndolo, con los dedos a punto de escribir una respuesta mientras el corazón me palpita frenético. Begoña estira la mano de manicura perfecta y lo

coge. Sebas se acerca a ella y, tras leerlo, ambos se me quedan mirando.

—¿Qué hay de malo en esto? —pregunta mi amiga con el ceño fruncido.

—¡Pues lo que has dicho tú antes! ¡Que es una persona que marea!

—No eres la más indicada para tacharlo de eso. —Begoña da un sorbo a su cerveza—.

Quiere verte. Vale. Ha cambiado de opinión respecto a lo que te dijo. Lo veo sensato, normal. Y todo porque él siente algo por ti todavía… o porque quiere disculparse. ¿Qué

vueltas estás dándole ahora?

—Que está con otra chica, Begoña. Que fue con ella a la boda.

—Y estás celosa.

—¡No!

—¡Blanca, por favor!

—Bueno, puede que un poco.

—¿Y en qué lugar deja eso tu relación con Fer?

—¡En ninguno! Fer y yo continuamos bien.

Begoña me lanza una severa mirada y sacude la cabeza. Me dedico a beberme la cerveza a lo loco y levanto el brazo para llamar la atención de la camarera. Como no quiero ser la única, pido otra ronda, aunque ellos apenas si han dado unos sorbos a las suyas.

—Mándale un mensaje. Dile que tú también quieres verlo.

—Eso no es lo más aconsejable. Emma…

—¡Deja ya a Emma! Si te quedas con sus consejos, ¿para qué narices quieres los nuestros?

—Hombre, es que para eso le pago una pasta.

—Pues mira, yo te saldría mucho más barata. Y puedo aconsejarte mejor —señala

Begoña con sarcasmo.

—Adrián solo quiere molestarme. En la boda se comportó de manera arrogante y…

—Es que tú no le das otra opción.

—¿Estás a mi favor o en mi contra?

—Hablo con objetividad. Tienes la cabeza como un bombo. Si no fuera así, no nos habrías enseñado el mensaje. Lo habrías borrado, habrías tratado de olvidar, como te propusiste. Y tu relación con Fer marcharía a las mil maravillas.

—Y así es.

Begoña deja escapar un profundo suspiro y niega una y otra vez. Rebusco en mi bolso

nerviosa, pero no me quedan cigarrillos. Maldigo para mis adentros.

—Solo te quejas. No tratas de cambiar las cosas.

—Y tú… ¡Tú también haces lo mismo! ¿Por qué no le das un ultimátum a esa mujer?

¿Por qué te lías con ella si eso te confunde más?

—¿Y tú por qué no perdonas ya a Adrián y te dejas de tonterías? ¿Por qué no eres sincera contigo misma y reconoces que te pierdes muchas cosas por ser como eres?

Voy a abrir la boca para preguntarle que cómo soy, pero Sebas da un golpe en la mesa

con el vaso y nos hace callar en un segundo. Nos volvemos hacia él y lo miramos con cara

de sorpresa. Parece triste y nervioso. Por un momento me siento fatal; lo hemos mantenido

al margen en esta estúpida discusión.

—Ya basta, chicas. Os estáis diciendo cosas que no sentís.

—Pido disculpas —murmura Begoña, avergonzada. Coincido con ella.

—¿Qué te pasa a ti? —le pregunto.

Sebas se atusa el cabello y bufa, como si lo que tuviera que decir fuera muy complicado. Begoña y yo le insistimos.

—Clau está embarazada.

Bego es la primera en reaccionar. Se abalanza sobre él y le da un abrazo de los gordos.

Sebas parece incómodo. Algo no marcha bien.

—Pero… eso es fantástico, ¿no? ¿O es que no estabais buscándolo?

—No es eso, es que… —Traga saliva. Sus mejillas se tornan muy rojas.

Begoña y yo nos miramos inquietas.

—Es tuyo, ¿no? —pregunta Bego, asustada.

—Claro que sí.

—¡Pues dinos qué sucede! —exclamo.

—Vale, vale… —Cruza las manos ante el rostro y apoya la frente en ellas para no enfrentarse a nuestras miradas—. Es que Clau ya sufrió dos abortos antes.

—¡Joder! —chilla Begoña, de lo más enfadada—. ¿Qué me estás contando, Sebas?

—Sí. Joder… Es que ella tuvo dos embarazos ectópicos y puede ocurrir de nuevo.

—¿Entonces…?

—Desea demasiado ser madre. Y yo… reconozco que quiero ser padre, pero me da

miedo que ocurra otra vez y que Clau se rompa del todo.

—No sé nada de esos temas, así que explícanos un poco más, Sebas —le ruego.

—Cuando se han tenido ya dos embarazos ectópicos las probabilidades son mucho

mayores de sufrir otro. En el primero, como no estábamos al tanto, la detección fue bastante tardía. Clau sufrió una infección en la trompa y eso lo provocó. La otra quedó también dañada. Lo pasó muy mal, estuvo en peligro… Lo intentamos por segunda vez y

tampoco funcionó. Y fue entonces cuando nuestra relación empeoró y lo dejamos.

Begoña lanza una exclamación y se tapa la boca con las manos.

—Lo siento tanto, Sebas… —murmura.

—Al retomar la relación me dejó claro que deseaba volver a intentarlo.

—¿Y estuviste de acuerdo? —Ahora es Begoña la que interviene.

—Dudé, pero al final acepté. Porque la amaba. Y continúo haciéndolo. Seguramente muchísimo más que antes, pero… —Alza el rostro y clava su mirada en las nuestras. Leo

tanto miedo en sus ojos… Se me forma un nudo en la garganta al sentirme identificada, en

cierto modo, con ese pánico tan familiar—. Estoy cagado. Es como si en nosotros residiera

una maldición que nos impedirá ser padres. Y me preocupa que, si sucede de nuevo, Clau

se quiebre y nunca vuelva a ser ella misma. Lo pasó muy mal antes.

—No digas eso —lo ataja Begoña. Apoya una mano en la de él—. Clau y tú merecéis

ser papás y esta vez tendréis la oportunidad de demostrarlo.

—Es cierto, Sebas. —Poso mi mano sobre la de Begoña y la de él, haciendo una piña

—. Si aceptaste es porque mantienes la esperanza.

—Por supuesto. Quiero que todo salga bien y que seamos felices.

—Entonces no tengas miedo. No nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero desde

el primer momento supe que eras un buen hombre. Y por eso también serás un buen padre.

Y ese bebé nacerá y te querrá más que a nada en el mundo y tú también a él. Solo hay que

tener fe —intento animarlo—. Debe de ser muy duro, pero… Por favor, no pienses en que

saldrá mal. Luchad para que funcione. Los médicos os ayudarán. Y nosotras estaremos con vosotros.

Sebas nos mira con ojos brillantes. Asiente una y otra vez, agradeciéndonos el apoyo.

Nos aprieta las manos y nos las levanta para depositar un par de besos en ellas.

—Tenéis razón. El miedo, qué malo es.

—Pues sí. Alguien de aquí debería aplicarse ya el cuento, que con treinta años… —

suelta Begoña.

Y a punto estamos de enzarzarnos en una nueva discusión si no llega a ser porque Sebas

empieza a contarnos que Clau tiene náuseas por las mañanas, y a Bego se le cae la baba.

Cuando era una universitaria me convencí de que jamás tendría hijos para que no sufrieran lo mismo que yo. Opinaba que el mundo es demasiado cruel para traer niños a él.

—Blanca, ¿te imaginas una cría y un crío rubitos correteando por tu casa? —me pregunta Begoña. Y parece que la muy cabrona lo ha hecho con maldad.

Le sonrío, aunque no digo nada. Pienso en los deseos de Fer de formar una familia y el

estómago se me contrae. Lo cierto es que no, que no lo imagino. Pero por unos segundos

en mi mente se dibuja la imagen de un chiquillo de ojos verdosos, dientes delanteros un

poco más grandes y sonrisa pícara.

El corazón me late desbocado y la culpa vuelve a apoderarse de mí.

La relación entre Fer y yo parece que va afianzándose. En Pascua fuimos a pasar dos

días a un hotelito en la costa. Él no podía quedarse más porque tenía mucho trabajo, alegó, y eso que su socio lo animó a cogerse más tiempo, lo cual me molestó un poco. Con todo,

menos mal que no propuso que su familia nos acompañara. La cosa fluyó. Hasta bebió una

copa de vino, algo realmente extraño en él. Paseamos por la playa, me habló de su infancia y juventud, aunque no hizo alusión a la ausencia de su madre, la biológica, y no quise preguntarle, ya que estábamos pasándonoslo bien. Por mí parte, le relaté por encima mi problema en el instituto, y él me abrazó con mucha fuerza. Es la primera vez que le cuento eso a alguien que no sea Begoña o Emma, así que supongo que significa algo. Tuvimos bastante sexo y pude jadear, gemir, mascullar palabrotas y gritar como una loca. Fer no se mostró molesto, y conseguí tranquilizar un poco mis ralladas mentales.

No pensé en Adrián. Vale, miento. Pero no lo hice tanto como había imaginado. Logré

sentirme bien con Fer y disfrutar de su compañía. Me convencí de que podíamos funcionar

como pareja. Hasta que regresamos el lunes de Pascua a casa y, en la soledad de mi piso,

conecté el móvil y me topé con un nuevo mensaje de Adrián. «Contéstame. Dime que quieres verme y volaré hacia ti», decía el puñetero mensaje. Y mis dedos temblaron durante al menos una hora, en la que medité los pros y los contras de responderle.

Lo hice. «Querer y poder son dos cosas distintas», escribí. Y al minuto mi teléfono vibraba con un «Quien quiere puede». Gruñí, suspiré, me mordí los labios y tecleé de nuevo. «Un error. Me refería a que querer y deber son diferentes.» Durante el resto de la

tarde no me llegó ningún mensaje hasta que, cuando ya me metía en la cama, me sobresaltó un pitido. «Yo también estaba convencido de que no DEBÍA verte, pero todo me

huele a ti y te veo al cerrar los ojos. Me pregunto si a ti te sucede lo mismo.»

Juro que no pude dormir en toda la noche. Tan solo a las cinco y cuarto de la mañana

eché una cabezadita y a las siete y media mi despertador me arrancó de ese sueño intranquilo, repleto de melodías, de largos dedos rasgueando guitarras y de ojos verdosos.

Lo primero que hice fue enviarle un mensaje que sonara a despedida. «No DEBES

escribirme todas esas cosas. Estoy con alguien. Y tú… No seamos crueles.» Imaginé que

se enfadaría y no diría nada, pero a media mañana, cuando una compañera me planteaba

un caso difícil, su respuesta llegó y me dejó aturdida y con el corazón congelado.

«Crueldad es lo que estamos haciéndonos al mantenernos separados, Blanca. Somos

desalmados con nosotros mismos. Y NO estoy con nadie.»

Esa tarde acudí de nuevo sin tener cita a la consulta de Emma. Mi rostro debía de gritar

que era una enorme urgencia porque la secretaria ni se molestó en reprenderme por mi irrupción. Parloteé como una histérica durante quince minutos y después Emma me pidió

que hiciera unos ejercicios de relajación. Cuando me calmé me regañó. En serio, lo hizo.

Y la noté muy irritada. No entendí nada. Me increpó por haber contestado a Adrián. Me

culpó de seguirle el juego y dijo que al final haría daño a mi actual pareja. Acabé llorando y Emma disculpándose. Me animó a hablar a Fer acerca de Adrián. Sería la única forma

de ir dejándolo atrás, me explicó, al darme cuenta de que Fer me apoyaría. Le dije que por supuesto que lo haría. Pero no, no he podido. ¿Qué voy a contarle a mi novio? ¿Que todavía pienso en el amor de mi juventud? ¿Que siento que ese hombre es el único que me

hace arder, a pesar del daño? ¿Que después de todo el tiempo

transcurrido cada vez que

volvía a acostarme con él sentía que nuestros cuerpos se reconocían a la perfección y que, aun así, todavía estoy tratando de olvidarlo, de mantenerlo alejado de mí?

Por eso me esfuerzo por conseguir que todo eso me suceda con Fer. Porque él no me duele ni me conduce al pasado, y el amor no debería dañar.

Al final el encuentro con los padres de Fer es inevitable. Ya lo habíamos pospuesto demasiado por un motivo u otro. Me convenzo de que tan solo son unas personas más y

que debo mostrarme segura y ser yo misma. Fer insiste en que me ponga el vestido que me

regaló y, como no quiero hacerle un feo, acabo aceptando. Al verme sonríe orgulloso, aunque me siento como una morcilla andante. Una vez en su coche apoya su mano en la

mía, en señal de tranquilidad.

—No te preocupes, Blanca. Vas a caerles estupendamente. Mi padre quizá es un hombre

un poco más tradicional, pero Lola le hace ver las cosas de otro modo.

En Pascua me contó más acerca del negocio de Martín, su padre. Dirige una empresa bastante importante en el sector farmacéutico. Su madre era profesora universitaria. Lola, en cambio, es notaria como Fer y, por eso, comparten muchas cosas y se llevan genial.

—¿Cómo te sentiste cuando se separaron tus padres? —me atrevo a preguntarle.

—La verdad es que no me sorprendió demasiado. Apenas se veían y ambos estaban más

enfrascados en su trabajo que en su matrimonio.

—¿Y no sucede lo mismo con Lola?

—Hace un par de años que ella no trabaja. Se tomó una excedencia por un cáncer de mama.

—Lo siento. No me lo habías contado.

—Es que es algo que a Lola no le agrada mencionar. Tú no comentes nada, a no ser que

ella te lo explique algún día.

—No, claro que no —murmuro. ¿Por quién me toma? Sé muy bien lo que es guardar

con celo las cosas que nos duelen—. ¿Y por qué nunca me hablas de tu madre?

Fer se encoge de hombros. Titubea antes de responder.

—Nos vemos en fechas señaladas. La quiero, y ella a mí, por supuesto. Pero es como si

nunca hubiera tenido un instinto maternal real. Siempre fue muy fría conmigo.

Asiento y guardo silencio. Por el rabillo del ojo veo que nos dirigimos a la parte nueva

de la ciudad, donde viven Martín y Lola.

—¿Has solucionado algo respecto a la situación de Javi? —me pregunta de repente.

—Iré a verlo otra vez. Desde la boda que no sé nada, pero lo conozco y, aunque te haya

parecido un irresponsable, no lo es. Debe de estar pasando una mala racha, solo eso.

Fer no dice nada. Estoy segura de que piensa que mi hermano es la oveja negra de la

familia.

—Una cosa… —Abre la boca minutos después y doy un brinco en el asiento, puesto que me había puesto a pensar en lo que diré ante sus padres.

—¿Sí? —Vuelvo la cabeza hacia él, medio distraída.

—Si mi padre te pregunta acerca de la profesión de los tuyos… —

Carraspea y arqueo

una ceja—. Contéstale que tu padre trabaja en una buena compañía.

—Hace mucho que no es así —le recuerdo asombrada. Una extraña sensación se instala

en mi estómago.

—No es por nada, cariño. Sabes que tus padres me encantaron, pero ya te digo que el

mío es un poco especial y, al principio, es mejor que…

—¿Voy a tener que contar muchas mentiras? —inquiero molesta.

—Blanca, no te enfades. A mí me dan igual esas cosas.

—Ya, pero no a tu padre, y supongo que su opinión es muy importante para ti y que no

quieres que mi familia le avergüence.

Fer se calla hasta que encuentra un sitio libre y aparca el coche con cuidado. Entonces

se desabrocha el cinturón de seguridad y ladea el cuerpo hacia mí. Me encuentra con unos

morros que casi tocan el suelo.

—Cariño… —Como le ignoro, me atrapa de la barbilla—. Tu familia y tú no tenéis nada de que avergonzaros. Ellos son estupendos, al igual que tú. —Chasca la lengua al comprender que estoy bastante enfadada —. Mira, no importa. Puedes decir la verdad, lo

que desees. Si a mi padre no le gusta algo, que se joda.

Lo miro de hito en hito. ¡Fer soltando una palabrota! Se me escapa una sonrisa.

—Así estás preciosa. Tienes que sonreír más. —Se inclina para besarme—. Sabes que

voy en serio, Blanca, ¿verdad?

Una sensación de inquietud y culpabilidad asalta mi pecho. Asiento y

me apresuro a devolverle el beso. Me acaricia el cabello recogido en un moño y baja hasta mi cuello.

Cuando se separa le he manchado los labios de carmín.

—Espero que te guste la comida japonesa —dice mientras lo limpio—. Este es uno de

los mejores restaurantes de la ciudad. Lola es una fanática del sushi y todo eso.

Echo un vistazo al nombre del sitio. Kamon. Lo conozco, pero nunca había venido. En

mi cabeza de repente destella un tatuaje con un pez koi. Y un nombre parpadea grande y

sólido. Me obligo a apartarlo de mi mente, a centrarme en el hombre que se halla a mi lado dispuesto a molestar a su padre por mí.

—¿Vamos? —Adelanta una mano para agarrar la mía.

Asiento y me aliso el vestido que me regaló. Ni me atrevo a mirarme en el cristal del

restaurante para no descubrir que mi aspecto es horrible.

—Te queda genial —insiste al ver cómo me lo coloco.

Entramos en el Kamon en silencio. Fer me suelta la mano un momento cuando uno de los empleados se acerca a nosotros.

—Tenemos una reserva a nombre de Fernando Garrigues. Seremos cuatro.

—Por aquí, señor.

Mientras nos guía hacia la mesa me dedico a curiosear. El local es sobrio, decorado con

grabados japoneses y con un ambiente elegante. Ocupan el restaurante varias parejas, así

como una mesa con numerosos hombres. Al pasar junto a ellos me fijo en que un par se

me quedan mirando. Una vez que hemos tomado asiento Fer se inclina

hacia delante y me

susurra:

—Estás enamorando a todos con ese vestido.

—¿Solo por eso? —Arqueo una ceja—. Creo que piensan que soy una bola.

Entre que he cogido algo de peso esta Pascua y el vestido… Mi culo es una pista de aterrizaje.

—Esta noche estás preciosa, no digas tonterías.

—¿Quieren que les traiga algo de beber mientras esperan? —Una muchacha asiática ha

aparecido de súbito junto a nuestra mesa.

—Agua con gas para mí. ¿Y tú, Blanca? —Fer me observa con atención. Quiero pedir

una copa de vino, pero quizá su familia no beba, como él.

—Un Nestea.

Fer ladea la cabeza, sorprendido, y se encoge de hombros mientras estudia la carta.

Hago lo propio, aunque un tanto nerviosa. En nada Martín y Lola estarán aquí. Ella no me

preocupa mucho, pero él…

—Lola siempre se pide yakisoba —me indica Fer.

—¿Qué?

—Son tallarines salteados con marisco y verduras, bonito, huevo a la plancha y una salsa. Están muy ricos.

Asiento con la cabeza. Ni puñetera idea. Begoña y yo no vamos más que al Miss Sushi

y con Adrián no pasé de los chinos… Me asesto un golpe en la cara con la carta y Fer da

un bote en su silla.

—¿Ocurre algo?

—Una mosca.

Mira a su alrededor en busca del molesto insecto, pero evidentemente no lo ve.

—La sopa miso también está muy buena. A ver qué quiere Lola cuando llegue.

Alarga una mano y cubre la mía. Segundos después la aparta de sopetón y se levanta como impulsado por un resorte. Cojo aire, consciente de que ya han llegado. Me incorporo

también y me doy la vuelta. Descubro a un hombre canoso que no se parece en nada a Fer.

Tiene una nariz prominente y la piel muy oscura. Lleva un traje de aspecto costoso y camina hacia nosotros con seguridad y cierto aire de petulancia. Lo acompaña una mujer

que parece algo más joven. Quizá él tenga casi sesenta y ella cincuenta y pocos. De cabello caoba y corto, no es guapa, pero tiene una cara bastante atractiva. Está muy delgada y se ha vestido con un traje pantalón precioso que realza su figura. Y yo me siento como la salchicha peleona.

Una vez que llegan a nosotros ella sonríe y él mantiene su gesto adusto. Fer estrecha entre sus brazos a la mujer y le da un beso. A continuación hace lo mismo con su padre. Y

segundos después tengo tres pares de ojos mirándome fijamente. Esbozo una sonrisa nerviosa y espero a que mi novio me presente.

—Mamá, papá… Esta es Blanca.

Es ella la que se adelanta y me da dos besos con sus manos apoyadas en mi hombro. Su

rostro es amable, a diferencia del de su marido, quien alarga una mano y me la estrecha.

La tengo pegajosa del sudor. Por Dios, qué vergüenza. Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que logro componer unas palabras.

—Encantada de conocerles.

—¿Nos sentamos? —pregunta Martín con voz ronca. Le pega, vamos.

Los cuatro ocupamos nuestros asientos. Yo rígida como una tabla. Ninguno deja de mirarme y cada vez me pongo más nerviosa.

—¿Qué te vas a pedir hoy, mamá? —Fer se dirige a Lola para distender el ambiente.

—Ya me conoces muy bien. —Sonríe.

—¿Alguna vez iremos a otro restaurante? Estoy de asiáticos hasta el gorro —murmura

su padre.

Me escondo tras la carta y no aparezco hasta que la camarera se la lleva y quedo al descubierto. Sonrío, toqueteo los cubiertos, pero luego me digo que quizá eso sea de mala

educación, cruzo una pierna y tengo que descruzarla de inmediato porque va a explotarme el vestido.

—Fer nos comentó que eres abogada —dice Lola de repente—. Conozco el despacho

en el que desarrollas tu labor. Es bueno.

—Sí, la verdad es que ya llevo años allí y estoy muy contenta.

—En este mundillo casi todos se conocen. Contáis con muy buenas referencias —

prosigue ella.

—Nos esforzamos. Nos gusta nuestro trabajo y tratamos de hacerlo lo mejor posible.

Martín me observa con su rostro huraño. Trago saliva y sonrío. No sé qué puedo decir a

ese hombre. Fer podría haberme contado algo de sus aficiones o de él.

—¿Dónde vives, Blanca? —me pregunta.

—En el Carmen.

—¿No es demasiado ruidoso?

—No, está bien. Me gusta el ambiente.

—Hay muchos artistas por allí.

Su tono ha sido desaprobatorio. Lanzo una mirada de socorro a Fer, quien hace un gesto

disimulado para que no me lo tome en serio.

Unos minutos después nos traen nuestros platos y, como todos empezamos a comer, al

menos esto me salva durante un rato. Fer y sus padres charlan sobre trabajo, amigos, familia y, poco a poco, voy sintiéndome más integrada. Lola me habla de su hija, Carla,

quien nos acompañó en la fiesta de Nochevieja en casa de Sebas, y después pasamos a hablar de ropa y bolsos y me animo más. Mientras tanto Fer y Martín discuten sobre negocios.

En los postres ya me he relajado. No me han preguntado nada acerca de mi familia y Martín hasta ha sonreído en un par de ocasiones. Fer parece muy orgulloso y me coge de

la mano por debajo de la mesa, algo sorprendente en él.

—¿Y a qué se dedican tus padres? —me pregunta entonces Martín. Mierda.

—Pues… Mi padre es economista y trabaja… —Me doy cuenta de que voy a complacer

a Fer y eso me hace sentir un poco desleal hacia mi familia.

Sin embargo, antes de que pueda terminar Fer me interrumpe para preguntarle algo

sobre un partido de golf, y Martín se olvida de su interrogatorio y de mí. Me disculpo para ir al aseo y, una vez en él, suelto un suspiro. «Blanca, deja de ponerte tan nerviosa. No debes sentirte avergonzada de nada. Tu familia y tú sois quienes sois y la gente tiene que quererte por lo que eres, no por tu posición en la sociedad o tu dinero.»

—Esto no funciona así —murmuro—. Las cosas con Fer siempre habían sido

tranquilas. La incomodidad no formaba parte de nuestra relación.

Justo en ese momento la puerta se abre y entra Lola. Al verme frente al lavamanos esboza una sonrisa. Se mete en uno de los retretes y cuando sale todavía permanezco donde estaba. Mientras se lava las manos me observa de reojo.

—¿Te encuentras bien, Blanca?

—Un poco nerviosa, nada más.

—Supongo que por mi marido. Lo sé, es un hombre serio. Y anticuado. Pero le has caído bien. No te preocupes.

—Me alegro.

—Que la posible futura esposa de su hijo sea una abogada, y de las buenas, le ilusiona

mucho.

Asiento en silencio. No puedo creerme que en nuestro siglo todavía haya gente que se

centre en ese aspecto. Pero, bueno, ahí está el caso de Begoña. Sin embargo, no me agrada

pensar que el padre de Fer no aceptaría a una muchacha que trabajara, por ejemplo, de camarera. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Acaso nuestras profesiones nos hacen mejores o peores?

—Ese vestido te lo ha regalado mi hijastro, ¿cierto? —Lola esboza una sonrisa pícara.

—Pues…

—No tiene muy buen gusto. Pero lo compensa con su amabilidad y buen hacer.

Me echo a reír y ella se une a mí. La verdad es que Lola me ha caído muy bien y con

ella sí me siento tranquila.

—Recuerdo una Navidad en que me regaló una bufanda horrible. Tuve que ponérmela

unas cuantas veces. Fer es muy sensible.

Regresamos al comedor con una sonrisa de oreja a oreja. Fer me mira ilusionado y Martín… Bueno, Martín sigue con su gesto huraño, pero Lola me ha asegurado que es su

cara y que no se debe a mí.

—Blanca me ha contado cuánto le gusta el vestido, Fer.

Tengo que aguantarme la risa. Mi novio se muestra de lo más orgulloso y Martín nos mira con una ceja arqueada. Mientras tomamos el café ellos pasan a hablar de noticias de

actualidad.

—El otro día leí acerca de un niño de once años que estuvo a punto de suicidarse. Se

acercó a las ventanas de su clase para saltar. Por suerte, un profesor lo sorprendió a tiempo

—nos cuenta Lola, apenada—. Me daría miedo que a nuestro nieto le pasara algo así.

El corazón me palpita en el pecho. Escuchar ese tipo de casos siempre me deja mal cuerpo, me reabre una herida a medio curar. Pienso en que yo podría haber sufrido la misma suerte de todos esos chiquillos que intentan acabar con su vida.

—¿Y por qué un crío de esa edad querría matarse? —pregunta Martín con mala cara.

—Al parecer padecía acoso en la escuela.

—¡Venga, hombre! —Martín se termina el café y sacude la cabeza—. ¡Eso son solo cosas de niños! Lo más seguro es que sus padres se propasasen con él y que esas fueran

las razones reales.

Me aferro con fuerza a los bordes de la mesa. Fer me lanza una mirada preocupada y

agacho la mía. Una rabia dolorosa me late dentro ante las frías palabras de su padre.

—No seas así, cariño —le recrimina Lola—. Hoy en día muchos niños y jóvenes lo pasan muy mal por esas cosas.

—En mi época también se metían con nosotros y nos daban tortas los mayores de la escuela, pero ninguno pensamos nunca en suicidarnos. Los críos son cada vez más débiles

y no saben cómo defenderse. Son tonterías para llamar la atención.

—Papá… —lo interrumpe Fer.

Y yo no querría hablar. No desearía torcer esta noche que, en el fondo, no ha ido tan mal. Pero en mi garganta quema el dolor, la rabia, lo que me hicieron, la crueldad, el hecho de que este hombre piense que son cosas de niños y que no hay que tomarlas en serio.

—Disculpe, Martín, pero creo que se equivoca —digo en voz baja.

Los tres se me quedan mirando. Lola con curiosidad, Fer con susto y Martín con molestia.

—¿De verdad a usted lo golpearon en la escuela?

—¡Pues claro que sí! En la vida siempre hay débiles y fuertes, pero de nosotros depende que formemos parte de un grupo u otro. A mí me dieron un par de tortas, pero pronto se

cansaron. Conmigo no podían. Aquellos que no se defienden nunca llegarán a nada en la

vida.

Agacho la cabeza, mordiéndome el labio. Mi pecho sube y baja desenfrenado. Segundos

después la levanto y vuelvo a mirarlo con enfado.

—Quizá sea verdad, pero eso no resta importancia a una problemática que cada vez es

mayor. Día a día aparecen nuevos casos de acoso. Y todos ellos deberían ser considerados.

—¡Eso son solo cosas de niños! —repite.

—¡No lo son! —exclamo. Y los tres abren la boca, sorprendidos. Pero yo ya no puedo

callar. Fer me coge de la mano y la aparto con brusquedad—. En todo el mundo muchos

niños sufren cada día las humillaciones de compañeros, incluso de gente que fue amiga de

ellos y luego los rechazó. Les dicen de todo. Les pegan. Sienten dolor. Y eso va haciendo

mella en su vida porque cuando uno es un niño o un adolescente todavía no tiene su personalidad desarrollada y no sabe quién es. Y ese acoso provoca que estos niños no se

quieran, que piensen que de verdad no merecen a nada ni a nadie, que no les querrán, que

son feos, o gordos, o inútiles. Hasta existen profesores y padres que se suman al maltrato.

Y esos críos, como usted los llama, padecen depresiones, trastornos, enfermedades nerviosas. Y acaban con sus vidas porque nadie los ayuda, porque no encuentran una salida. ¿Y piensa que son tonterías? —Me callo unos segundos para coger aire—. ¡¿Cómo

puede decir algo así y quedarse tan tranquilo?! —Mi voz ha subido de volumen y algunos

ojos nos miran con curiosidad.

Lola me observa con la boca abierta. A Martín le palpita una vena en el cuello. No le ha

hecho ninguna gracia que le hable de ese modo, pero mi garganta ha

decidido por mí. Fer

ha palidecido. Antes de que alguno pueda decir algo, deposito la servilleta en la mesa y me levanto.

—Si me disculpan… Necesito tomar el aire unos minutos.

Atravieso el restaurante con la seguridad de que la he cagado, y mucho. Pero con esos

temas me desbordo, exploto, me convierto en una bestia furiosa. No me importa que sea el

padre de Fer. Como si se tratara del rey de España. Hablaría igual de alto y claro.

No llevo ni cinco minutos fuera, muriéndome de ganas por un cigarrillo, cuando Fer asoma la cabeza. Aparto la mirada, un poco avergonzada, y él se sitúa a mi lado en silencio.

—¿Qué es lo que se te ha pasado por la cabeza para comportarte así ahí dentro?

Lo miro de hito en hito. Pensaba que iba a darme un abrazo o a calmarme. El enfado crece más en mí y se me escapa una risa incrédula.

—Reconoce que lo que tu padre ha dicho no está nada bien.

—¡Ya te expliqué cómo es! No debes tomarte en serio lo que piense.

—¡Ha insistido en que el acoso es una chorrada! Y no lo es, Fer, para nada lo es. Pero si

vas a defenderlo en algo así, yo…

—Te llevo a casa.

—¿Qué? —Abro los ojos, totalmente sorprendida.

—Mi padre está cabreado y es preferible que no vuelvas adentro.

—Pero…

—Se le pasará. Intentaré calmarlo.

—¡Me importa una mierda que esté enfadado! ¿No te has parado a

pensar cómo me he

sentido yo? Te conté lo que me ocurrió de pequeña. No todo, pero parte de ello, y puedo

asegurarte que no era una tontería.

—Lo sé, Blanca, pero él no. Estoy seguro de que si hubiera conocido tu historia jamás

habría dicho algo así.

—Lo dudo —murmuro.

Ambos guardamos silencio. Fer deja escapar un suspiro. Lo miro de reojo. Se pasa la mano por el cabello con nerviosismo. Sacude la cabeza una y otra vez.

—Vamos, Blanca. Te llevo a casa y regreso con ellos.

—No —le espeto en un tono furioso. Compone un gesto de sorpresa—. No hace falta.

Ya me voy yo sola. Pensaba entrar a disculparme, pero al parecer no es lo que quieres.

—No es el mejor momento.

—Entonces discúlpame tú. Pero no me arrepiento de lo que he dicho, tan solo de mis

modales. No han sido los correctos.

Me doy la vuelta y me alejo de Fer. No hace amago de correr hacia mí o de calmarme,

de intentar que yo sienta que no estoy equivocada y de que me comprende.

Nuestra primera discusión. Pensé que nunca llegaría. Y ojalá hubiera sido por cualquier

otra razón.

Al llegar a casa me preparo una infusión de valeriana para tranquilizarme. Durante todo

el camino mi mente no ha dejado de dar vueltas y más vueltas a lo ocurrido. Me siento fatal por haber puesto en evidencia a Fer. En el fondo, no obstante, siento que he hecho lo correcto. Mis palabras no van a cambiar nada, eso está claro, pero al menos son una muestra de que en estos casos nadie debe callar.

Y continúo tan enfadada con todos que estoy a punto de llamar a Begoña para contarle

las noticias. Sin embargo, llego a la conclusión de que es preferible dárselas en persona.

Además, lo que menos necesito en este momento es que me suelte la perorata de que quizá

Fer no es el hombre adecuado para mí.

Ahora ni siquiera yo estoy segura de ello. Estoy tratando con todas mis fuerzas de ser la

mujer correcta para él y ansío que él sea el hombre que me haga feliz, el que me convierta en una Blanca más serena, capaz de llevar a buen puerto una relación de pareja sin hacerme daño a mí misma ni hacérselo a él. Con su actitud de esta noche me ha demostrado que no, no es perfecto. Eso que debería tranquilizarme, al mismo tiempo me

cabrea, y mucho.

Saco el móvil del bolso para comprobar si tengo llamadas o mensajes suyos. Nada.

Mascullo para mis adentros una maldición y me estiro en el sofá con la taza en las manos.

Doy un sorbo a mi infusión y luego observo mi atuendo. Todavía llevo su vestido. Me levanto y, como una posesa, me lo quito. ¿Por qué he sido tan gilipollas de ponérmelo si

no me gusta? ¿Es que acaso una parte de mí cree que esto solo funcionará si soy como él

desea? Dios, me prometí que jamás sería como los demás me impusieran. Al parecer, no lo

he logrado. Me juré que ningún hombre me cambiaría, y ahora me comporto como una débil. Se supone que cuando quieres a alguien lo aceptas con todos sus defectos. Es posible que yo tenga muchos, pero intento superarlos.

Entonces la cabeza se me va hacia otro nombre. Cierro los ojos y lo vislumbro en la oscuridad. Alto, imponente, engreído, atractivo. Y también temeroso, dulce, consciente de

todas las Blancas que existen. Sí. Adrián es el único hombre que ha conocido a la auténtica, y también a la falsa y, a pesar de todo, sigue queriendo formar parte de mi vida.

Introducirse en ella de nuevo.

Me incorporo del sofá y cojo el teléfono. Abro el whatsapp y me topo con sus mensajes.

Los releo. También los míos. Su último mensaje me pone frenético el corazón. No debo escribirle, menos ahora que estoy enfadada con Fer. Emma me aseguró que hacer las cosas

por despecho o rabia no conduce a ningún camino bueno. Sin embargo, soy consciente de

que hay algo en mí que desea saber de Adrián por otros motivos. Porque sus mensajes me

hacen sentir que sigue ahí para mí, que en realidad nunca me abandonó, que pensó en nosotros todos los años que estuvimos separados. Me producen miedo y, al tiempo, paz. Y

es tan jodido todo esto…

Aun así le escribo. Tan solo un «hola». Y él, que no se conectaba desde esta mañana, de

inmediato lee mi saludo y veo que su estado pasa a «escribiendo». El corazón todavía me

late con más fuerza.

De verdad eres tú? ;)

Se me escapa una risa tonta al leer su respuesta.

Quién esperabas que fuera? Papá Noel?

Desde luego que él sería mucho más simpático

Me paso un minuto sin decir nada, pero Adrián se adelanta y vuelve a escribir.

Significa este mensaje que has pensado en mí?

Mis dedos tiemblan, indecisos. Me muerdo el labio, dudando. Tecleo con lentitud, sopesando cada una de mis palabras.

Significa que siento que no está bien lo que te dije

Por qué te cuesta tanto, Blanca? Estoy en Valencia, tomando algo con unos amigos. Pero si quieres verme, confiésamelo. Y entonces, como te dije, volaré hacia ti

El corazón me da un vuelco. Adrián se encuentra aquí, en algún lugar de la ciudad, puede que cerca de mí. Me abalanzo sobre el bolso y rebusco en él hasta dar con el paquete de Lucky. Solo queda un cigarro, que guardaba para una urgencia. Como esta. Lo

enciendo con manos temblorosas y le doy una honda calada. El móvil se mantiene encendido con el mensaje de Adrián como una sentencia… y un regalo. Podría verlo.

Podría confesarle que sí he pensado en él. ¿Y qué pasaría después? ¿Nos vencería el deseo, como siempre, o yo sería capaz de mantenerlo a raya y charlar con él como un simple amigo? Y esa chica con la que fue a la boda, ¿qué ha ocurrido con ella? ¿De verdad

es una simple amiga?

No me da tiempo a luchar más conmigo porque en este instante suena el timbre de la

calle. Doy un brinco en el sofá. Mi mente se imagina que es él, que ha venido a buscarme,

y no sé qué voy a hacer. Si le dejo entrar en mi casa, también será una señal de que vuelve a pertenecer a mi vida. Y el miedo es tan horrible…

Sin embargo, mis piernas se mueven solas. Corro al dormitorio y me echo por encima

una bata, y luego voy hacia la puerta. Descuelgo el telefonillo con un rumor sordo en los

oídos y el cuerpo temblando.

—¿Quién?

—Soy yo.

No se trata de Adrián, sino de Fer. Y, en lugar de alegrarme, un enorme vacío helado se

agolpa en mi pecho.

—¿Puedo subir? —pregunta al ver que no respondo.

Dudo unos instantes, pero acabo abriéndole la puerta.

Poco después Fer se halla ante mí con semblante triste. Para mi sorpresa, me abraza muy fuerte. Me llena el cabello y la frente de besos.

—Lo siento. Yo tampoco me he comportado bien —murmura.

Entramos en el piso abrazados, aunque me siento rara, como si esta no fuera ni mi casa.

Es Fer quien me lleva al sofá y me sienta. Enlaza sus manos con las mías y me observa

con los ojos brillantes.

—He discutido con mi padre.

—¿Qué? —Parpadeo. Y entonces soy consciente de que el móvil se halla en la mesa, con los mensajes de hace un rato, pero por suerte la luz se ha apagado.

—Me he enfadado con él y hemos tenido unas palabras. Pero al fin lo ha comprendido,

Blanca. Lo siento mucho. Le he explicado lo que te sucedió y se ha sentido mal. No es un

hombre cruel, de verdad. Es solo que en el mundo en el que se mueve a veces es necesario

ser rígido.

—Yo…

—Te lo dije, cariño, te aseguré que me importas y que voy en serio. No dejaré que la

actitud de mi padre te hiera bajo ninguna circunstancia. Hasta Lola me ha dado la razón.

—No tenías por qué discutir con él. Ahora me siento mal —susurro.

—Lo hemos arreglado, no te preocupes.

Guardamos silencios unos minutos. Fer me acaricia la mano y se la lleva a los labios un

par de veces para depositar besos en ella. Estoy concentrada en esta opresión que noto en

el pecho que no me deja respirar bien. No sé qué decir ni cómo comportarme. Me siento

como una estafadora y jamás he pretendido eso con Fer. Quiero ser una buena novia para

él, pero quizá nunca seré capaz.

—Es la primera vez que estoy aquí —dice sacándome de mi trance.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza porque no me he enterado.

—Que por fin, después de estos meses, conozco tu casa.

—Oh… —Trago saliva y asiento. Fer me mira con los ojos brillantes y con una leve sonrisa. Entiendo lo que desea—. ¿Quieres que te la enseñe?

—Claro que sí, Blanca. —Me besa en la mejilla con mucho cariño.

Ambos nos levantamos. Él sin soltarme la mano y yo con un incipiente

dolor de cabeza.

Le muestro primero la cocina: pequeña, aunque arreglada. A continuación vamos al corto

pasillo y lo hago entrar en el dormitorio. Lo mejor de él es mi cama, inmensa y cómoda, y

con una funda nórdica que adoro. Menos mal que esta mañana la había hecho. Fer siempre

tiene todo tan ordenado que no deseo parecerle un desastre. Por último pasamos al cuarto

de baño, que es lo que más me gusta de mi piso porque tiene una bañera enorme en comparación con el resto de las habitaciones. Cuando volvemos al salón me quedo plantada en medio y con un atisbo de sonrisa.

—No es como el tuyo, tan grande. Pero me encanta. Es mi hogar, aunque sea alquilado.

Su dueña, una anciana encantadora, me hace un precio fantástico.

Fer me observa con una ceja arqueada. Quizá mis palabras le han sonado a que estoy a

la defensiva, no lo sé.

—A mí también me gusta, Blanca. Va contigo. Lo tienes decorado de una manera muy

bonita.

Me paso la lengua por el labio inferior y asiento. Este no es un piso en el que formar

una familia. Tan solo dispone de un dormitorio, y ni siquiera podría acoger una salita para que los niños jugaran. Imagino que es lo que Fer estará pensando también. Se acerca y apoya las manos en mis mejillas y me alza el rostro para que lo mire.

—Necesito que me cuentes todo lo que pasa por tu mente —murmura.

—¿Crees que soy la persona correcta para ti? —le pregunto de repente. Ni yo misma me creo que se lo haya soltado.

—¿Por qué dices eso?

—Vivo bien y dispongo de dinero suficiente para mí. Incluso puedo darme caprichos.

Pero no soy como tú. Mi familia tampoco es como la tuya. Ellos nunca han sido adinerados. He trabajado muchísimo para conseguir todo esto y, aunque siempre he sido muy ambiciosa, ahora me doy cuenta de que me siento satisfecha con lo que he logrado

hasta ahora y no me gustaría que eso cambiase.

Fer chasca la lengua y sacude la cabeza. Un nuevo beso, casi fraternal, aterriza en mi

frente. Me guía hasta el sofá y me insta a sentarme.

—¿Crees que no eres buena para mí?

—No, no es eso. Siempre he pensado que no deberían existir las diferencias de raza, cultura, clase…

—¿Entonces…?

—No es lo que pienso yo, sino tú.

—Blanca… —Y lo pronuncia con paciencia, como si yo fuera una chiquilla a la que va

a explicar algo tremendamente complicado—. Yo no busco una chica de familia rica, con

un piso gigantesco. Y mucho menos una mujer florero. Me encanta que hayas luchado tanto en tu vida. Tus padres son un ejemplo a seguir. Solo quiero a alguien que comparta

el tiempo conmigo, que me ame como yo a ella. Alguien a quien abrazar al dormirme y al

despertarme, con quien casarme y tener hijos. El dinero y el estatus social no tienen nada que ver. Imagino que te preocupan mis padres.

Estudia mi rostro en busca de una señal. Me limito a sostenerle la mirada.

—Ellos aceptarán lo que yo desee.

Sonrío. Por un momento pienso que quizá sería bueno confesarle mi antigua vida, lo que hice en los primeros años de universidad, la larga lista de hombres que han estado entre mis piernas. Hace unos meses sufrí cuando Marcos, mi compañero en el bufete, me

tachó de «chica fácil». Y también cuando descubrí que lo más probable es que Fer prefiera

una mujer que no ha tenido tantos amantes. Pero ya no quiero avergonzarme más. Puede

que algunas personas lo consideren errores, actos sucios y feos y reprochables. Cuando lo

hice jamás pensé que lo fueran, y me niego a cambiar de opinión. Tuve muchas relaciones

esporádicas y disfruté. Ellos también lo hicieron. Nunca se quejaron. Sabían lo que ambos

buscábamos. Yo era libre. Ahora es momento de cambiar, pero no porque considere que lo

anterior ha sido horrible, sino porque he aterrizado en una nueva etapa de mi vida en la que ya no me apetece tontear con un hombre y caer en su cama. En este momento yo también deseo más.

De repente todos mis años de vida, que tampoco son tantos, aunque parezcan muchos,

me caen encima. Suelto un suspiro y me inclino para apoyar la cabeza en el pecho de Fer.

Es cálido y agradable. Él enrolla un mechón de mi cabello entre sus dedos.

—¿Qué te aflige, Blanca?

—¿Te apetece quedarte a pasar la noche?

Me aparta de golpe y me mira con los ojos muy abiertos, cargados de emoción

contenida.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí.

Y sin mediar palabra, se inclina y desliza las manos por debajo del arco de mis piernas

para, de esa forma, alzarme y sostenerme en vilo. Suelto un grito estupefacto. Fer se echa a reír y me lleva hasta el dormitorio, donde me deposita en la cama. Sus labios se ciernen sobre mí con hambre y premura. Me quedo pasmada unos segundos a causa de la sorpresa.

Al final los abro y permito que su lengua explore en mi boca y que se enlace con la mía.

Jugueteamos unos cuantos minutos. Minutos en los que nos acariciamos todo el cuerpo, todavía provistos de la ropa. Minutos en los que la respiración regular de Fer va convirtiéndose en excitantes jadeos.

—Esto significa mucho para mí, cariño. Quiere decir que tú también estás

introduciéndome en tu vida —murmura junto a mi boca.

Abre mi bata con estudiada lentitud y se dedica a observarme. Se inclina para darme un

beso en el vientre y un lametón en el ombligo. Mi espalda se arquea sin poderlo evitar. Lo cojo de la nuca para atraerlo a mis labios y volvemos a besarnos. Enrollo mis piernas en su cintura y me froto contra su pantalón. Olvidar. No pensar. Centrarme en las pulsaciones aceleradas de nuestros cuerpos. En la contracción de nuestros labios al unirse. En el palpitar de nuestros corazones encerrados bajo carne.

No llevo sujetador, de manera que mis pezones ya han despertado y esperan a que Fer

se lance a ellos. Como no lo hace soy yo quien lo guía. Y él los lame, les da pequeños mordiscos y los acaricia con los dedos, aunque aprecio que de forma descuidada. ¿Son imaginaciones mías? Ya no quiero callar. Se supone que tiramos hacia delante.

—¿No te gustan mis pechos? —le pregunto, intentando sonar desenfadada.

Fer alza el rostro y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Que si mis tetas no te ponen —repito, un poco enfadada.

Abre la boca con expresión confundida y sacude la cabeza.

—Por supuesto que me gustan. —Su nariz me roza uno de los pezones —. Toda tú me

encantas, Blanca.

Y se dedica durante unos minutos a juguetear con ellos y, poco a poco, voy

excitándome. Mi entrepierna, oculta por una minúscula braguita de encaje, se humedece.

Le guío una mano hasta ella y con la palma aprieta mi pubis. Gimo.

—Dame más —le pido.

Y esta noche, en mi casa, tumbada en mi cama, voy a ser yo quien domine la situación.

Lo aparto de encima y le empotro en las sábanas. Fer me mira con una sonrisa ladeada y

temo que se niegue, pero suspiro de alivio cuando me atrapa de las caderas y me coloca

justo sobre la erección que despunta bajo sus pantalones.

—¿Qué quieres hacerme? —me pregunta con voz ronca.

Y me animo. Qué le vamos a hacer. Me gusta más que me susurren cosas subidas de tono que a un niño un caramelo. Me convenzo de que todo irá bien, que Fer me quiere como soy y por lo que soy, que sus padres no tendrán problemas conmigo y que esta relación funcionará en todos los sentidos. Y mi madre no volverá a preguntarme cada vez

que coma con ellos si ya tengo novio.

Le desanudo la corbata y jugueteo con ella un poco. Me la paso por los pechos y por el

vientre mientras Fer me mira con una sonrisa. Parece que le complace, así que le cojo las

manos y simulo que voy a atarlo. Se ríe, pero de inmediato se suelta de mi agarre y posa

los diez dedos en mi trasero. Me lo estruja al tiempo que se muerde el labio y me hace dar un par de saltitos sobre su erección.

—Eres malvada —susurra.

—No lo sabes bien todavía.

Y, dicho esto, me apresuro a desabrocharle la camisa. Se la abro y le regalo un par de

lametones en el pecho. Su vientre se contrae cuando llego a él. Le doy un pequeño mordisco. Mi barbilla roza su cinturón y no lo pienso ni un segundo. En nada ya lo he librado de los pantalones y su sexo me señala debajo del bóxer. Se lo aprieto por encima

de la tela y Fer gruñe. Voy a hacerle la mejor felación de su vida, estoy segura.

Antes de que pueda decir nada ya le he bajado la ropa interior y estoy acariciándole el

pene. Arquea la espalda y resopla. Mientras me meto la punta en la boca alzo los ojos para mirarlo. Veo que ha cerrado los suyos y se muerde el labio inferior. Sus mejillas han adquirido un encantador tono rojizo.

Trazo círculos con la lengua al tiempo que muevo la mano de arriba abajo. Fer busca mi

cabeza y al encontrarla me tira del cabello de forma suave. Lo oigo jadear, gruñir.

—Dios… ¿Cómo has aprendido a hacerlo tan bien…?

Casi se me escapa una risa. «Años de experiencia, chato. Y tú que hasta ahora no querías que te hiciese esto… Con lo bien que sienta, hombre», me dan ganas de decirle.

Para dejarlo totalmente satisfecho me esmero al máximo. Empuja hacia arriba y me la clava bien dentro, con lo que por poco no me da una arcada. Debe de haberse dado cuenta

porque murmura:

—Lo siento, cariño. Es que me he emocionado.

Le dedico una sonrisa sin sacármela de la boca. Mi saliva y su humedad se mezclan, y

me digo que no es un sabor desagradable. «No es como el de Adrián. No sientes lo mismo al tenerlo en tu boca. Ni siquiera lo estás disfrutando. Tan solo lo haces por cumplir, para engañarte a ti misma. Como tiempo atrás. Como aquellas primeras veces con chicos a los

que apenas conocías. El sexo está bien para olvidar, siempre y cuando seas consciente de

ello. Y siempre que no sea para olvidar aquello que te da miedo.» La maldita voz de mi

cabeza atruena y me distrae. Acelero los movimientos de la mano y los azotes de la lengua. Fer me empuja la cabeza contra su sexo para introducírmelo más. Vaya, al final sí

que le gusta todo esto. Quizá solo le daba reparos pedírmelo.

—Oh, Dios… Estoy a punto. Pero espera… ¿Un pañuelo? No quiero hacerlo en tu boca.

Lo veo tantear. Siempre tengo una caja de pañuelos de papel en mi mesilla de noche, así

que en cuanto la encuentra coge un par y me los entrega. Continúo lamiendo su miembro,

besándoselo, jugando con él todo lo bien que sé.

—Ya, ya…

Se incorpora un poco y me atrapa de los hombros para apartarme. Apenas consigo cubrirlo con los pañuelos. Me siento algo adolescente. Habría preferido que terminara en

mis pechos, por ejemplo, aunque quizá para él sea un paso más allá que aún no puede dar.

De todos modos, dispongo de mucho tiempo para instruirlo, ¿no?

Antes de que me dé cuenta Fer toma las riendas y me pone boca arriba. Me abre los muslos y pienso que va a penetrarme; sin embargo, es su lengua la que ocupa el lugar de

su sexo. Jadeo. Sonrío. Disfruto tanto con esto… Me separa los labios y pasa la lengua por ellos, humedeciéndome los pliegues. Me aferro a la almohada, dispuesta a gemir, chillar o

lo que sea.

—¿Te gusta así? —me pregunta mientras me acaricia el clítoris con el pulgar.

Asiento. Me engancho a su pelo rubio y se lo revuelvo. Gruñe. No lo hace mal del todo,

aunque creo que se le da mejor la penetración. Separo las piernas con la intención de notarlo más. La punta de su lengua se mete en mi sexo. Me lo besa, le da unos cuantos lametones. Abro los ojos y miro al techo, consciente de que apenas noto nada. Parece darse cuenta porque dice:

—No he hecho esto muchas veces. Yo…

Le dedico una sonrisa. Observo sus mejillas acaloradas y sus labios perlados de saliva y

de mis flujos. Esa imagen consigue excitarme un poco más. Decido volver a tomar las riendas. Me incorporo, lo aparto de un empujón y me coloco a horcajadas sobre él de

manera salvaje. Suelta una carcajada, lo tomo de las manos y se las pongo por encima de la cabeza.

—Hoy yo te follaré a ti.

Le suelto para agarrar su miembro con firmeza y lo guío hacia mi entrada. Fer me atrapa de las caderas y me detiene un momento. Lo miro con expresión interrogativa.

—¿Condones? —pregunta, y percibo que está haciendo un gran esfuerzo para no

penetrarme ya.

Me inclino sobre él y abro el cajón. Mis pechos le golpean el rostro y, para mi sorpresa,

se mete un pezón en la boca y lo chupa. Gimo. Es una de mis debilidades. Por fin está jugando con ellos deliberadamente, así que simulo que rebusco, aunque ya he encontrado

el preservativo. Fer continúa lamiendo mi pecho. A continuación, el otro. Los estruja con

las manos.

Me aparto y le muestro el envoltorio. Hace amago de querer quitármelo, pero esta vez

soy más rápida. Rasgo el sobrecito y, de forma experta, se lo pongo. Fer sube las caderas, completamente excitado. Me introduzco la punta con lentitud y, de repente, me dejo caer.

Ambos gemimos. Fer cierra los ojos y se muerde el labio inferior. Me inclino y sustituyo

sus dientes por los míos. Apoya una mano en mis riñones y la otra en mi trasero. Me ayuda a moverme, aunque no lo necesito. Sin embargo, sus empujones hacia arriba y mis

saltos hacia abajo consiguen que su sexo entre más en mí y que mis paredes vayan afianzándose.

—No pares. Más rápido —gruñe.

Y estoy encantada de que por fin se suelte la melena. Esto es lo que a mí me gusta: el

sexo apasionado, rebelde, primitivo, y en el que yo domine. Clavo las uñas en su pecho y

me muevo hacia delante y hacia atrás. Busca mi boca, y nos sumergimos en un beso con el

que silenciamos nuestros jadeos y nos los bebemos.

Le cojo la mano que tengo en mi espalda y la poso en mi sexo. Fer comprende lo que

quiero y me acaricia el clítoris. Me lo pellizca con suavidad mientras trazo círculos con las caderas. Su pene entra y sale de mí de manera deliciosa, provocando que sienta placer.

Puedo. Con él también puedo. Estos días me había preocupado por si la cosa iba a decaer,

pero parece que sí funcionamos en la cama.

—Empújame —le pido entre gemidos.

Hace caso a mi petición y arquea la espalda. Sus caderas me elevan al tiempo que

presiono hacia abajo. Justo en este momento noto el bombeo de su pene en mi interior.

Querría postergar este instante porque me queda un poco para llegar al orgasmo. Sin embargo, Fer está totalmente emocionado y sus empujones no me dan tregua.

—Córrete conmigo —jadea hincando las yemas de los dedos en la carne de mis caderas.

Acelero los movimientos. Me echo hacia atrás, con una mano apoyada en la cama y la

otra en su vientre. Esta vez aprecio cierto cosquilleo en los pies, señal de que el orgasmo se avecina. Me frota el clítoris con la palma. Segundos después las palpitaciones de su sexo me avisan de que ya está yéndose. Suelta un suave jadeo. Me concentro para encontrar mi placer y, al fin, llega. Un grito escapa de mi garganta. De inmediato tengo a Fer rodeándome con sus brazos. Me aprieta contra él y posa sus labios sobre los míos, tratando de besarme. Mantengo la boca abierta y gimo en la suya al tiempo que me sacuden los últimos coletazos del orgasmo. Sus dientes se clavan en mi labio inferior. Otra vez esa manía de acallar mis gritos de placer…

Ahora que los dos hemos terminado nos dejamos caer en la cama, sudorosos y

cansados. Fer me pasa un brazo por debajo de la cabeza y me atrae hacia él.

—Ha sido fabuloso —susurra rozándome la mejilla con la nariz.

—Sí —coincido, aunque mi voz suena trémula.

—Jamás había estado con una mujer tan activa.

Y realmente no sé si es algo que le parece bien o que le contraría. El silencio reina en el dormitorio durante un buen rato, hasta que me coloco de lado y Fer se levanta para ir al

aseo. Se tira un buen rato allí y, al regresar, me encuentra medio

dormida. Entre sueños lo noto abrazarme, apoyar su pecho en mi espalda. Es agradable… Estoy cansada y no me apetece pensar más… Y entonces me dice al oído:

—Te quiero.

Finjo que me hallo profundamente dormida, pero lo que sucede es que me he asustado

porque no sé si soy capaz de devolvérselo. Y pienso también en que he dejado colgado a

Adrián, que no he contestado a su mensaje… Y, no sé por qué, me siento mal.

22

Los días pasan sin poder evitarlo. Mayo se acerca a toda prisa mientras en el despacho

todos nos sentimos como en una vorágine. Saúl nos reúne para explicarnos la nueva decisión del Constitucional. Trato de prestar muchísima atención y mostrarme interesada,

ya que no quiero que vuelva a regañarme como tiempo atrás. No deseo que cambie su opinión acerca de que soy una de sus mejores abogadas.

—El TC ha anulado la ley de Régimen Económico Matrimonial de la Comunidad

Valenciana. El gobierno central tiene recurridas la de Custodia Compartida y la de Uniones de Hecho. El fallo fijará la situación de los casados. Así que ya sabéis.

Por lo general termino comiendo mal en mi despacho, pero esta vez voy con unas cuantas compañeras a una de las muchas cafeterías del centro que ofrecen un menú del día

bueno y a un precio excelente. Una de ellas está muy cabreada con una de sus clientas del

turno de oficio porque esta le insiste en que exija que los abuelos

paguen las actividades extraescolares de los nietos.

—Mirad que le dije que el Código Civil extiende la obligación a gastos de sustento, habitación, ropa y asistencia médica. Pues ella erre que erre. «Mujer, si tus hijos no pueden ir a clase de música y de danza, acéptalo.» Los abuelos no dan para más. Ya pagan

por los alimentos una cuantía modesta por su condición de jubilados y encima en edad avanzada. Ella quería que abonaran quinientos euros más los gastos extraordinarios, pero

es que esos ancianos ya se hacen cargo de tres hijos, dos de los cuales viven en su casa, y uno es el padre de los niños, que es insolvente.

Unas y otras charlan acerca de sus casos y me preguntan por los míos. Les hablo de un

juicio inminente que tendré en las próximas semanas, uno de divorcio contencioso por

parte del hombre. Parece que ya soy una experta en esto, unos clientes recomiendan a otros… No es que a mí me alegre, por supuesto, pero son los que me dan de comer.

Y así transcurre otra semana más en la que voy preparándome la vista. Fer se pasa un

par de veces por mi piso. Ahora que ya lo he metido en casa, se siente tremendamente feliz. Me trae flores (se me morirán, y me sabe mal), una alfombra un tanto extraña (me

encanta la mía de Ikea y no tengo intención de cambiarla) y algo de comida más sana. Por

las noches nos acostamos y me convenzo de que funcionamos, de que nos

acostumbraremos poco a poco a nuestros cuerpos, pero me cuesta comportarme de manera

pasiva y al final se lo hago saber, y él tan solo frunce el ceño y me da un beso de buenas noches, como concluyendo la conversación.

Volvemos a quedar con sus padres, en esta ocasión para tomar un café, y aunque Martín

trata de aparentar amabilidad, aprecio que no es del todo sincero; la

situación es incómoda y el ambiente tenso. Fer me llama horas después para asegurarme que no hay ningún problema y que a su padre le caigo muy bien. Posiblemente a Lola sí, pero a ese hombre

no le gusto.

Invito a mis padres a comer en mi casa el día de la Madre. Me he propuesto cumplir con

mis obligaciones filiales. Le compro un regalo: un bonito camino de mesa que le encantará. Aunque he preparado pasta, que es lo que mejor se me da, ya que es un plato

fácil y rápido, al abrir la puerta me encuentro con un montón de fiambreras repletas de cositas para picar y de lentejas, arroz y potajes que mi madre me ha preparado para que

me los congele. Y a mí se me descongela un poco más el corazón con ese gesto tan bonito.

Había pedido a Javi que viniera una hora antes para poder charlar acerca de su situación, pero cómo no, ni caso. Se presenta quince minutos después de la llegada de mis

padres y se lleva un capón de mi parte a escondidas.

—Pero ¿qué leches te pasa? —inquiere enfadado. Se frota la nuca—. Para que lo sepas,

he cortado con esa chica. Hale, ya estarás contenta.

Y no soy capaz de disimular: se me ilumina el rostro. La siguiente misión es convencerlo de que abandone ese piso de mala muerte y se olvide de sus compañeros fumetas.

—¿Lo estás pasando mal? —le pregunto todavía en el umbral de la puerta para que nuestros padres no se enteren.

—He sido yo quien lo ha dejado.

—¿Y eso por qué? Si me decías que ella era perfecta…

—Ya estaba harto de que se besuqueara con otros.

—¿No teníais una relación abierta? —Arqueo una ceja en un gesto indulgente.

—Vale, puede que tuvieras algo de razón. ¿Feliz?

—Solo quiero lo mejor para ti.

Y sin pensarlo muy bien le doy un abrazo. Al apartarme, Javi me mira con cara de susto.

—¿Ha sido real? —dice mordaz.

—¡Venga, tira para el salón ya, que nos morimos de hambre! —Le doy un suave

empujón y él se ríe.

Durante la comida mi padre me pregunta por Fer y respondo con monosílabos. El hombre insiste en que le apetece charlar con él sobre fútbol y coches. Mi madre se limita a comer y a guardar silencio. Raro en ella, tan empeñada siempre en dar su opinión y en querer saber si su hija ha encontrado la felicidad.

Durante el postre le entrego mi regalo y, cuando lo abre, los ojos se le ponen brillantes.

Se levanta de tal forma que por poco no derriba la silla y se lanza a mis brazos. Me llena la cara de besos, y Javi y mi padre aplauden.

—Te quiero, cariño —me susurra al oído.

Y yo, para mi sorpresa incluida, la correspondo con un:

—Yo también, mamá. Mucho. —Y me aferro a su cintura con la cabeza enterrada en su

vientre, en el que me llevó durante nueve meses unida a ella.

—¡Joder, la Blanqui está volviéndose una noña! —exclama Javi, burlón—. Seguro que

es por el pijo cursi.

—¡Que no lo llames así! —le chillo.

—Javi, compórtate. Fer es un hombre formal —gruñe mi padre.

—Bueno, un poco pijito sí que es, ¿no…? —dice mi madre en voz baja.

Tras la comida nos sentamos mi padre, mi madre y yo apretujados en el sofá, y Javi coge una silla. Como a mi madre le encanta ver las películas de sobremesa de los sábados

y los domingos, allá que vamos. Nos tragamos una sobre una mujer que no puede tener bebés y que se vuelve loca y quiere robar el marido y el futuro hijo a la vecina.

A las seis y media deciden poner punto final al día y, en cierto modo, siento algo de lástima. Me gustaría que se quedaran un poco más. A cenar, por ejemplo. Pero mi padre

esta noche tiene una cita con sus amigos para jugar a las cartas y es ineludible, según él.

—Blanca, tu hermano quiere pedirte algo —me anuncia mi madre antes de marcharse.

—¿Qué? —Ladeo la cabeza hacia él con una ceja arqueada.

—Díselo tú. —Javi baja la mirada, nervioso. ¿Qué querrá el criajo? ¿Que le busque una

nueva novia?

—La próxima semana es su cumpleaños.

—¡Es verdad! Con el trabajo y tal, no me acordaba.

—¡Qué raro! —exclama Javi levantando los ojos al cielo—. Menos mal que existe

Facebook, ¿no, hermanita?

—¡Venga, díselo! —lo conmina mi madre. Pero el chaval mutis, así que ella suspira y

me dice—: Javi quiere celebrar una fiesta.

—Sí… —asiento aturdida.

—Y le gustaría hacerla aquí.

Esbozo un gesto de horror. Miro a mi madre como si estuviera loca.

—¡¿En mi piso?! ¿A santo de qué?

—¡Es más bonito, Blanqui! —interviene él.

—¡Pero si tú ya tienes uno! Y este es más pequeño… —Por favor, solo faltaba que sus

amigos me lo destrozaran.

—Voy a invitar a poca gente. Únicamente a algunos colegas del pueblo. Venga, porfi…

—Ha puesto voz de niño chiquitín para ablandarme.

—No sé… —Sacudo la cabeza. Bueno, si no vienen esos fumetas…

—Dale ese gusto al niño —me ruega mi madre. Y como me lanza esa sonrisa suya tan

enorme y brillante no soy capaz de negarme.

Mientras ella va al aseo y mi padre se dedica a observar mis libros de Derecho de la facultad me acerco a Javi y le susurro:

—¿Qué pasa? ¿Acaso te da vergüenza que tus amigos de siempre conozcan a los nuevos

y vean lo cochambroso que es ese piso?

Me dirige una mirada mortífera y le sonrío con superioridad.

—¿Ya has aceptado que debes mudarte?

—Lo estoy pensando. Pero no me agobies, tía.

Cuando mi madre regresa del cuarto de baño propone a Javi ir a ver su casa. Pongo cara

de haber mordido un limón y mi hermano busca mi mirada suplicando ayuda.

—Bueno, es que…

—¡María! Llegaré tarde a mi plan con los amigos —se queja mi padre. Y así se resuelve

la cosa, pero no sin antes fijar una fecha de visita al piso de mi hermano.

—Hay que ver, todos los padres van a las casas de sus hijos enseguida y nosotros…

—Mujer, ¿qué quieres ver? Será el típico piso de universitarios —opina mi padre.

—¡No, qué va! Es muy agradable —intervengo, y Javi me da las gracias con los ojos. A

ver si así espabila y se busca otro sitio donde posar su culo de estúpido.

Minutos después se han marchado y el silencio reina en mi hogar. Como mi madre ha

fregado parte de los platos y los vasos, no tardo mucho en dejar la pila vacía. Regreso al salón y pongo la tele de nuevo, aunque no hay nada que merezca la pena. Me siento algo

sola, de modo que envío un mensaje a Fer, pero no lo abre. Estará todavía de reunión familiar. Sin querer atisbo por el rabillo del ojo la conversación con Adrián y suelto el móvil como si quemara. La tentación es demasiado grande y siempre he sido bastante pecadora.

A las nueve las tripas vuelven a rugirme y me lanzo al refrigerador a por una de las fiambreras de mi madre. Dios mío, lentejas. Desde pequeña he adorado las de mi madre.

Me sirvo un plato hasta arriba, lo caliento en el microondas y regreso al salón. Me las como con deleite, recordando tiempos pasados, felices y luminosos. Adrián cruza un par

de veces por mi mente y lo aparto con un nuevo cucharón de lentejas. Como Fer sigue sin

contestar, tecleo el número de Begoña con una mano. En cuanto contesta le digo con la boca llena:

—Estoy muriendo de placer. Y no, no tengo el pene de mi novio en la boca.

—Entonces ¿el de quién? ¿O es un vibrador? —me sigue el juego, aunque su voz suena

un poco seria. A ver si la animo, ya que continúa mal por lo de esa mujer.

—Estoy teniendo el mejor orgasmo de mi vida gracias a unas lentejas de mi madre.

—¡Cariño, tú sí que sabes! —exclama entre risas. Me encanta ese sonido. La risa de

Begoña es jovial y contagiosa.

—¿Qué tal el día de la Madre? —le pregunto, una vez que he tragado la última cucharada.

—Dentro de lo que cabe, bien. No ha dicho nada malo sobre mí… Supongo que el regalo carísimo de mi padre ha ayudado a que estuviera contenta —suelta con un bufido.

—Escucha, la semana que viene es el cumpleaños de mi hermano y se ha empeñado en

celebrarlo aquí.

—¿Ya no vive en el piso de Bob Marley?

—Sí, pero lo que pasa es que va a invitar a sus amigos del pueblo y supongo que, en

cierto modo, le preocupa que vean donde duerme. ¿Te apetece venir a la fiesta?

—Si en el repertorio de canciones incluyes alguna de Raphael, voy de cabeza.

—Dalo por hecho. Y me uniré a ti para cantar *Como yo te amo*.

Nuestras carcajadas resuenan entre las cuatro paredes de mi piso y lo iluminan un poco.

Nueve de la noche de un sábado. Tengo la música preparada y una pancarta en la que reza

¡FELICIDADES, JAVI! Sé que le hará sentir como un crío y quiero chincharlo un poco. En la

cocina ya está preparada la comida. No la he cocinado yo, por supuesto. No he parado en

el despacho esta semana y no he tenido tiempo, así que la he encargado. Mininapolitanas

rellenas de queso, jamón y salchichas; dos tortillas de patatas; un surtido de ibéricos y unas cuantas botellas de alcohol. No muchas, que mi madre me ha pedido que controle a

Javi y tampoco quiero que mi piso acabe como la habitación del hotel de *Resacón en Las Vegas.*

Diez minutos después llega Begoña con un regalo. Un libro. ¡Por favor, pero si mi hermano ve una librería y se santigua!

—No hacía falta que le trajeras nada —la regaño. Ella me envuelve con sus brazos y me

da un beso. Está guapísima.

—Llegar con las manos vacías no va conmigo. —Me acompaña a la cocina para dejar

también una bolsa repleta de chucherías en uno de los armarios—. Para los gin-tonics de

después, ya sabes.

—Hoy creo que no beberé. Tengo que comportarme como la hermana mayor.

Begoña esboza un gesto de incredulidad y después me ayuda a ir sacando los platos a la

mesa del salón. He apartado las sillas para que la gente pueda quedarse de pie, charlar, bailar o lo que sea. De repente veo que mi amiga ya está toqueteando el ordenador y pone

una canción. Bueno, al menos no es de Raphael.

—Aparte de los amigos de Javi, él, tú y yo, ¿nos acompañará alguien más?

—Propuse a Fer que si le apetecía se pasara por aquí. Tenía una cena con su madrastra y

su hermanastra, tu amiga Carla, pero me dijo que seguramente terminaría pronto.

—¿Qué tal os va?

—Muy bien. —Le doy la espalda mientras dispongo los platos de plástico en la mesa.

Bego no dice nada, pero estoy segura de que sonríe de manera irónica —. ¿Y tú con ella?

—Me doy la vuelta. El rostro de Begoña se ha ensombrecido.

—Me ha asegurado que hablará con su marido… Yo qué sé, Blanca. Ya paso de

hacerme ilusiones. Nos hemos acostado un par de veces y ha sido precioso. Pero lo que no

voy a hacer es esperar algo que quizá no suceda. Que sea lo que Dios quiera y punto. Me

niego a comerme más la cabeza.

—Como debe ser. —Me acerco a ella y deposito un beso en su frente.

Justo en ese momento el timbre suena y le indico con un gesto que abra mientras cojo

los vasos. Desde aquí oigo el saludo de Javi, que se habrá quedado pasmado al verla.

Regresan al salón charlando, algo que me hace sentir ilusión. Mi hermano y mi amiga se

llevan bien. No sé, es bonito, ¿no?

—¿Y qué tal la experiencia de compartir piso, Javi? —le pregunta Begoña. Él titubea unos segundos y finjo que le he guardado el secreto.

—Ah, pues genial. Es divertido.

—Ven, que te contaré algo gracioso que me pasó cuando vivía con otra gente…

Quince minutos después mi pequeño salón está abarrotado. Aunque, por suerte, son los

colegas del pueblo de Javi. Once personas nos apelotonamos en torno

a la mesa para zampar y beber refrescos o cerveza. Las copas ya caerán más tarde…

Lucía conecta desde el primer momento con Begoña y ambas se ponen a hablar muy animadas sobre mujeres. Vaya, así que la amiga de mi hermano también es lesbiana…

Quién lo habría dicho. ¿Y cómo se han reconocido? Va a ser cierto lo que dice Begoña de que disponen de un radar. Qué bromista es, la *jodía*.

A mitad de la cena Javi me rodea la cintura con los brazos y me da un beso en la mejilla.

—Gracias, Blanca. Todo ha quedado estupendo y mis amigos se lo están pasando de maravilla. Eres una hermana chachi piruli —se mofa.

—Ahora sí, ¿no? —respondo mordaz. Pero le devuelvo el abrazo con una sonrisa.

A las once Begoña toma el mando y pone música movidita. Algunos bailan, otros charlan y yo me dedico a intercambiar mensajes con Fer, quien me informa de que quizá

dentro de una media hora podrá pasarse por aquí.

—¿Con quién chateas, Blanqui? —me pregunta mi hermano con un cubata en la mano.

¿Ya? Pero ¿quién ha sacado el alcohol? No me he enterado.

—Con Fer.

Javi esboza un gesto de disgusto. Chasco la lengua.

—¿Por qué no te cae bien?

—No es eso… Tampoco se le ve mal tío, y apenas lo conozco… —Se encoge de

hombros—. Pero yo qué sé, parece un poco aburrido y estirado, un ricachón. A ti te van

otras cosas, Blanca. Eres seria, pero al mismo tiempo divertida. Y él no…

—Tú mismo lo has dicho: no lo conoces. Cuando se lo propone, puede ser muy

gracioso.

Vale, puede que Fer no sea el alma de las fiestas, pero en ningún momento me he aburrido con él. No salimos juntos a bailar, ni de cervecitas, pero… También existen otras formas de pasar un buen rato.

—Le he dicho que venga.

Mi hermano compone otro gesto de hastío.

—¡Es mi fiesta! —exclama.

—Oye, ¿tengo que recordarte que esta es mi casa?

—¿Y qué va a hacer aquí con chavales de mi edad?

—Pues lo mismo que Begoña y yo.

—Pero tú eres la dueña, como dices, y Bego es muy maja. Mira qué buen rollo tiene con Lucía.

—No sabía que a tu amiga le gustaran las chicas.

—¡¿Qué?! —Abre mucho los ojos—. ¡Si hace un año estuvo liada con Vicente!

—Pues mira cómo se pega a Bego. —Sonrío.

—¿Tú crees que acabarán liándose esta noche? —Lanza una mirada disimulada a Bego

y a Lucía.

—Para nada. Begoña está intentando algo con alguien.

—Lo que habría dado yo por ver algún toqueteo entre ellas.

—¡Cállate, gorrino! —exclamo asestándole un manotazo en el hombro.

A las doce Fer me avisa de que la cosa está alargándose. Suspiro. Los amigos de Javi

son muy simpáticos, pero sus temas de conversación son diferentes de

los míos y Begoña

continúa dándole a la lengua (y no en el mal sentido) con Lucía, así que me siento un poco apartada. Cinco minutos después el timbre de arriba suena.

—¡Voy yo! Será Fer —informo a Javi. Y aprecio que sonríe. Qué raro, si mi novio le

cae como el culo.

No echo un vistazo por la mirilla antes de abrir la puerta, de manera que mi sorpresa es

mayúscula cuando, en lugar de ver a Fer, me encuentro con un Adrián guapo a rabiar. Y,

sin poder evitarlo, el pulso se me acelera.

Adrián me observa con expresión sorprendida. Abro la boca para hablar, pero nada, no

me sale ni una palabra. A punto estoy de cerrar la puerta, pero me contengo.

—Hola —me saluda. Y sonríe. Sonríe y la sangre me hierve en las venas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto confundida.

—Pues… Javi me invitó a su fiesta.

—A su fiesta en mi piso —apunto sarcástica.

—Sí, pero me aseguró que tú no ibas a estar.

—Ya. Y tú te lo creíste. A mí no me la cuelas, Adrián.

—¿Y por qué no iba a creerle?

Niego con la cabeza y me froto la frente. Recuerdo que Fer no tardará en llegar y que no

soy capaz de actuar de la misma forma cuando Adrián se halla cerca.

—Tienes que irte.

—¿Por qué?

—Porque esto no es una buena idea.

—¿Acaso estamos solos? —inquiere de manera burlona.

—Por supuesto que hay más gente, pero…

—Entonces no existen razones para que me vaya. No es como si tú y yo fuéramos a permanecer solos en tu piso toda la noche.

—Adrián —pronuncio su nombre con un tono de impaciencia—, sabes a qué me

refiero. Esto no está bien. No es correcto. No sé qué narices se le ha pasado a Javi por la cabeza…

—Tampoco está bien que me envíes mensajes y luego, de repente, cortes la

conversación y me dejes con cara de tonto —me ataca.

—Escucha, si quieres entra y felicita a Javi… Y después te vas.

—¡Adri! —La voz de mi hermano retumba a mi espalda.

Choca la mano con Adrián y se dan un abrazo. Los miro patidifusa. Será posible. Soy la

dueña de esta casa, pero nadie me tiene en cuenta. Javi me mira con una sonrisa inocente.

—No te importa que invitara a Adrián, ¿verdad?

—Pues ahora que lo dices…

No me deja responder. Le pasa el brazo por el hombro y lo mete en el piso ante mi estupefacta mirada. Correteo hacia ellos, agarro a mi hermano de malas maneras y, con una disculpa, lo aparto de Adrián y lo llevo hacia el pasillo. Cuando compruebo que estamos solos y nadie nos escucha le susurro:

—¿Es esto una venganza? ¿Por lo de Fer?

—¿Qué dices, chalada? ¿Es que yo sabía que tu novio venía antes de que me lo dijeras?

Invité a Adri hace unos días. —Me mira como si fuera tonta.

—No sé qué te propones, pero no es bueno que él esté aquí.

—¿Por qué no? Es nuestro —recalca esta palabra— amigo.

—Javi…

No me permite añadir nada más. Me da un beso en la mejilla (maldito, como Judas) y se

marcha hacia el salón. Me quedo plantada en medio del pasillo con las manos apoyadas en

las caderas y con la idea en la mente de meterme en el dormitorio y no salir hasta acabada la fiesta. No obstante, tomo aire y me obligo a comportarme como una mujer madura.

Adrián está aquí, vale. Eso no significa que tenga que cambiar nada. Yo misma le he escrito, alimentando lo que narices sea que nos traemos entre manos. Soy capaz de aguantar su presencia un rato. Y, como él ha dicho, hay más gente, así que me pego a Begoña y ya está. Si es que no debí responder a sus mensajes… De esa forma tenté a la

suerte.

—¡No me contaste que iba a venir Adrián! —exclama mi amiga en cuanto me ve

asomar.

—No lo sabía.

Esbozo una sonrisa tirante. Él me está mirando y aparto la vista.

—¿Qué tal va la obra? —le pregunta Begoña—. Si tengo tiempo, quizá vaya. ¿Todavía

hay entradas?

—La cosa está difícil, pero yo puedo conseguiros alguna. —Y lo dice con sus enormes

ojos clavados en mí.

—Yo estoy muy ocupada —rechazo de inmediato, y él arquea una ceja.

Javi se acerca a nosotros y el muy *jodío* nos pasa a Adrián y a mí los brazos por encima de los hombros y nos arrima un poco. Mi cuerpo se tensa y mascullo un insulto para mis

adentros. Begoña nos observa con semblante divertido. ¿Qué ocurre? ¿A todo el mundo le

parece gracioso que la fría Blanca lo pase mal?

—¿Quieres algo de beber, Adri? —le pregunta mi hermano.

—De momento no. —Adrián mete la mano en el bolsillo y saca un papel—. Te he traído algo por tu cumple.

Javi lo coge y tras leerlo suelta un grito emocionado. Estiro el cuello para averiguar qué es. Casi se me salen los ojos de las órbitas. ¡Un vale para un puñetero tatuaje!

—¿Para qué le regalas eso? —le espeto.

Adrián me mira con cara de circunstancias.

—Javi me dijo que estaba pensando hacerse uno y conozco a uno de los mejores tatuadores de Valencia.

—¡No te hagas nada en la piel! —ordeno a Javi, quien arruga el morro y sacude la cabeza.

—Cumplí la mayoría de edad hace unos años, hermanita. No puedes impedírmelo.

—Solo me falta tener a otro con tatuajes cerca —murmuro.

—¿Qué?

—Nada, que qué fantástico regalo el de Adrián, ¿eh? —Formo una sonrisa apenas unos

segundos y luego aparto el brazo de mi hermano—. Voy a por las chucherías.

Los dejo plantados. Sé que los tres me miran mientras me dirijo a la cocina. Una vez en

ella me apoyo en la encimera, agacho la cabeza y dejo escapar un prolongado suspiro.

Cierro los ojos al tiempo que pronuncio unas cuantas palabrotas para liberar el estrés.

Cuando me siento algo más serena estiro el brazo y abro uno de los armarios. La puñetera de Begoña las ha metido en el fondo y no las alcanzo. No es que sea baja, pero ella tiene

las piernas más largas que un día sin pan, y encima con los tacones… Me pongo de puntillas y rozo una de las bolsas.

—¿Te ayudo?

La voz de Adrián me congela. Todo mi cuerpo se queda paralizado. No puedo contestar,

pues ya lo tengo a mi espalda, que me roza con su pecho. Su respiración choca contra mi

nuca desnuda y me parece que el tiempo se detiene. Aprecio que retarda el momento de

coger las chucherías, ya que él es lo suficientemente alto para alcanzarlas ya. Debería darme la vuelta o empujarlo hacia atrás. Apartarlo de mí y no permitir que me incendie la

piel. Sin embargo, no soy capaz. La cabeza me da vueltas, como si todo a mi alrededor se

sacudiera. Adrián tiene la capacidad de que tiemble todo. No soy solo yo. Es el suelo también. Y las paredes. Y mi corazón. La vida.

Vuelvo a cerrar los ojos y hasta me muerdo el labio. Hacerme daño. Distraer el trastorno

de emociones que me provoca su cercanía. Es imposible. Es un mundo. Es como querer

luchar contra la muerte.

Al fin agarra las chucherías. Mientras las baja, sus caderas me rozan el trasero. Apenas

sería imperceptible para cualquier otra persona, pero para mí es una descarga eléctrica que me despierta todo el cuerpo. Un tenue suspiro

escapa de mi garganta. ¿Lo habrá oído?

¿Será consciente de lo que provoca en mí y por eso se comporta de este modo?

—Aquí tienes. —Deposita la bolsa en la encimera, todavía a mi espalda.

Consigo volverme. Me topo con su sonrisa, esa que con violencia derriba mis barreras,

mi hielo, mi rutina. Esa a la que me enganché muchos años atrás y después nuevamente, y

la que podría conseguir que lo que he estado construyendo estos meses con Fer se viniera

abajo. Aparto la mirada de la suya. Me siento abrasada, abatida. Deseada. Adrián me come

con los ojos, y no solo con ansia de quitarme la ropa, sino también de desnudarme la piel y el alma.

—¿Cómo te va? —me pregunta en voz baja.

Apoyo las manos en la encimera y la aprieto con fuerza. Su olor me hace querer volar.

Muy, muy lejos. A un lugar en el que no me culpe por haberlo rechazado y por continuar

haciéndolo a pesar de todo lo que despierta en mí.

—Muy bien —respondo.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—Ya te dije en la boda que no.

—¿Qué es lo que ocurre entonces, Blanca?

Alzo los ojos para sumergirme en los suyos. Ambos nos miramos durante unos

segundos que podrían convertir la vida en una eternidad. Sí, vivir en sus ojos. Morir en ellos. Encontrarme en ese color verdoso. Descubrirme.

—No quieres recuperar nuestra amistad a pesar de que, según tú, me has perdonado.

—No puedo ser tu amiga —murmuro.

—¿Y los motivos se deben a lo que hice o a otros que no te atreves a pronunciar? —Y

sus manos se posan en las mías. Me sobresalto.

—¿Qué haces?

—Olerte. —Acerca su rostro al mío y lo ladeo. Aspira mi cabello y el corazón retumba

muy fuerte en mi pecho—. Sentirte. —Uno de sus dedos me acaricia el dorso de la mano

—. Intentar hacerte regresar.

—¿Y piensas que así vas a conseguirlo? —le espeto, tratando de sonar enfadada. Pero

creo que la voz también me tiembla.

—Dudo sobre qué hacer. Por las buenas no he logrado mucho. Por las malas… No quiero hacerlo por las malas —me dice al oído. Y un pinchazo en el bajo vientre me avisa

de que esto está fatal. Y muy bien. Nunca algo así me ha parecido tan correcto y al mismo

tiempo ruin.

—Salgo con alguien —le recuerdo con tal de que se aparte de mí. ¿Por qué no lo empujo?—. Y tú también.

—¿Yo? Te equivocas. Ya te dije que no estoy con nadie. Lo único a lo que me dedico es

a volverme loco pensando en tus curvas, en tu voz, en tu boca.

—Adrián… —Poso una mano en su pecho y, para mi sorpresa, su corazón me retumba

en ella. Las palabras se me atascan en la garganta. Un nudo horrible. Un sabor amargo.

—¿Sabes lo que es increíble, Blanca? Que te hagan sentir cosas sin ponerte un dedo encima. Y eso es lo que consigues tú desde siempre. Quizá sea un idiota al querer esperarte, porque no vendrás. Pero en el fondo me gusta serlo. Es la única forma en que sé vivir en los últimos tiempos.

—Basta ya —suelto con toda la firmeza que me queda. Es muy poca, la verdad. Pero al menos logro que Adrián retire sus manos de las mías y que se eche hacia atrás.

Ahora nos separa un espacio y una parte de mí se muere de ganas por volverlo a llenar

con él. Me doy cuenta de que mi respiración se ha acelerado y trato de disimular. No se

me ocurre nada mejor que abrir la bolsa de golosinas a lo loco, con lo que unas cuantas se desparraman por el suelo, y luego me meto un par en la boca. Adrián observa todo con gesto extrañado, pero después hace lo mismo que yo: estira la mano, la mete en la bolsa y

saca una gominola. La mastica con lentitud, sin apartar su mirada de la mía. Su mandíbula

se mueve tentadora. Sus labios… Y mi pecho se hincha cada vez más, y ahogo mis ganas

de Adrián en los dulces.

Una idea estúpida pasa por mi cabeza. No es que quiera provocarlo, ni enfadarlo, ni hacerle daño. Simplemente deseo que nos deje continuar con nuestras vidas. Y, como de

costumbre cuando no reflexiono, me salen cosas como esta:

—Te follas a aquella chica, no me mientas.

—¿Perdona? —Adrián parpadea y deja una chuchería a medio masticar. Una de esas que comúnmente se llaman besitos y que son de color rosa y blanco y tienen la forma de

una montaña. Estaban entre mis favoritas de pequeña.

—Y yo me follo a otro.

Para mi sorpresa Adrián suelta una carcajada. Abro la boca sin entender qué le hace tanta gracia.

—Exacto, Blanca. Te lo follas —recalca esta palabra y, de repente, sus ojos se tornan más oscuros—. Pero quizá estés pensando en mí.

—¡Por supuesto que no! —exclamo.

—Nuestras mentiras y nuestros silencios siempre provocarán que nos odiemos un poco.

Ha sido así desde que éramos unos críos, ¿no? —Esboza una sonrisa—. La cuestión es que, como dices, me acosté con Anaïs. —Su confesión me provoca un pinchazo en el pecho porque, aunque mi mente ya se había convencido de ello, oírlo de su boca lo hace

real—. Y ya está. Nada. Ni explosiones. Ni luces brillantes. Ni la jodida sensación de que es lo mejor del mundo. Eso lo sentí solo contigo.

—No puedes decirme estas cosas y quedarte tan pancho —le recrimino.

Unos gritos jubilosos nos llegan del comedor. ¿Y si ha llegado ya Fer y no me he

enterado? No he oído el timbre, pero he estado aquí tan distraída… ¿Y si nos encuentra a Adrián y a mí a solas?

—¿Piensas que me quedo tranquilo? —Emite una risa amarga y se frota los ojos—. ¿Tú

te has sentido satisfecha al decirme que te tiras a ese tío rubio? No tienes ni idea del puñetero agujero que se me abre aquí… —Me coge la mano con violencia y la lleva a su

pecho—. Cuando te imagino debajo de él, o encima o en cualquier otra postura en la que

te tuve para mí.

—Adrián, no me hagas esto… —Y esta vez mi voz suena lastimera. «Oh, Dios, Blanca,

no te conviertas en un ser débil. Lucha contra él. Contra lo que te provoca.»

—Me consuelo pensando que es solo sexo y nada más. Que puede que él haga contigo

también otras cosas, pero que no se han convertido todavía en algo

especial para ti. Que

no le has dejado entrar del todo en tu vida. Me conformo con creer que no te has enamorado de él y que tan solo te mantienes a su lado para protegerte, incluso de ti misma.

Que juegas a ser valiente aun sabiendo que se te da bastante mal. Igual que a mí.

Me quedo sin aire ante sus palabras. Le doy un empujón y me apresuro a salir de la cocina, pero me retiene por el brazo y, a una velocidad desorbitada, me empuja contra la

nevera. Mi cabeza choca y me quejo.

—Lo siento —murmura, de nuevo con sus malditos y tentadores labios cerca de mí. Tan

cerca…

Solo unos centímetros. Unos escasos centímetros me separan del cielo y del infierno.

De una respiración y un sabor que me dan vida. Y dolor. Debilidad. Miedo. No deseo esos

sentimientos.

—Vete. Adrián, vete, por favor —le ruego agachando la cabeza—. ¿No ves que estás intentando inmiscuirte en una relación de pareja? Eso no es ser buena persona.

—Siento cosas por ti que me obligan a comportarme de forma egoísta.

Atisbo el movimiento de sus labios de manera borrosa, por el rabillo del ojo. Un beso.

Tan solo uno. Sucumbir al deseo. Hacer una locura. Cometer un error. Arrepentirme después durante un tiempo. Sería como volver a repetir el pasado. Recuperar a la antigua

Blanca.

—Me estás demostrando que todavía queda algo. No sé qué es, pero existe.

—¿Qué? —Alzo el rostro y lo miro confundida.

—Sin tocarte puedo notar cómo tiembla tu cuerpo. Y no creas, que el mío también parece un flan.

—Solo estoy nerviosa. No quiero que…

—¿Que él nos pille? No hacemos nada malo, ¿a que no? Somos dos viejos amigos charlando.

Rasco la nevera con las uñas. Mi pecho se eleva al contemplar sus ojos. Sus labios moviéndose de un modo delicioso al hablar. Aprecio nítidamente el sabor de su lengua en

la mía sin que suceda así. La boca se me abre sin poderlo evitar. La suya también. Una leve inclinación. Mi sexo desperezándose. Mi vientre perdido en un batir de alas.

Va a besarme. Y no lucharé. Me dejaré caer en una espiral de emociones y recuerdos, de

paz, de tortura. Se acerca un poco más. Mi cabeza hacia delante.

Y entonces un ruido me hace despertar. Empujo a Adrián con el temor de que sea Fer

quien esté a nuestro lado, pero al volver el rostro descubro a Begoña con los ojos como platos y las mejillas enrojecidas. Boquea un par de veces y luego se echa a reír a lo loco.

—¡Perdonadme! Quería coger hielo y… —Sacude la mano—. Pero me vuelvo al salón.

—¡No, no! —chillo, y estiro el brazo para cogerla—. Adrián ya se va.

Él me mira con intensidad un instante para después asentir. Dedica a Bego una sonrisa

algo tristona.

—Voy a despedirme de Javi.

Y antes de salir me roza los dedos con los suyos. La piel me abrasa una vez más. Mi amiga sigue a Adrián con la mirada y después susurra:

—¿Qué cojones…?

—No digas nada —le suplico ocultando mi cara con las manos.

—¡¿Cómo quieres que me calle?! —exclama hiperactiva.

—Por favor, por favor… Te lo ruego. —Le rozo los labios con dos dedos.

—Esa cabeza tuya tan loca, Blanca.

—No ha pasado nada.

—¿Es necesario que ocurra algo más?

—Todo sigue igual —digo. Y lo repito una vez más para convencerme —: Todo.

—Es evidente que no.

En ese momento ambas oímos la puerta de la calle cerrarse. De inmediato Javi aparece

en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ya tengo pensado el tatuaje que quiero, Blanqui!

—¿Nos dejas solas, Javi? —le pide Begoña con una sonrisa.

Mi hermano asiente como un tonto, hechizado por la bonita cara de mi amiga, y enseguida se va. Begoña se cruza de brazos y espera a que diga algo, pero lo único que puedo hacer es guardar silencio.

—Tienes que pensar. Hazlo, cariño. Escúchate.

Me froto la frente y suelto un grito frustrado. Bego se arrima y me envuelve con sus brazos. Su agradable perfume y su calidez no logran tranquilizarme, como en otras ocasiones.

—No puedes olvidar a Adrián ni sacarlo de ti.

—Fer es el hombre adecuado para mí —digo en una letanía—. Lo sé.

—¡Joder, Blanca! Déjate ya de esas tonterías. Cuando la vida nos trae a la persona correcta no se sabe, se siente.

Me deshago de su abrazo y me apresuro a salir de la cocina. Begoña intenta ayudarme,

pero ahora mismo necesito estar sola. Atravieso el salón a toda prisa mientras los amigos

de Javi beben, se ríen, charlan y bailan. Me encierro en el dormitorio y me siento en la cama. Suelto un grito. Luego otro. Y uno más. Golpeo el nórdico con todas mis fuerzas.

Algo vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón. Lo saco temiendo que sea un mensaje de

Adrián, pero se trata de Fer.

Disculpa, cielo. La noche al parecer se alarga… Mi padre, que quiere que me quede un rato más. No puedo ir a la fiesta de tu hermano. Nos vemos mañana?

Ahora no soy capaz de contestarle. Me siento despreciable. Adrián ha estado a punto de

besarme. Iba a caer. Y seguro que habría disfrutado. No quiero ser infiel. Jamás me lo perdonaría. Deseo querer a Fer. Por favor, ¿qué me pasa? ¿Por qué no puedo? ¿Qué falla

en mí? Adrián me rompió el corazón y todos esos pedazos todavía sienten algo por él.

La puerta se abre en ese instante. Es Begoña con cara de pocos amigos. Cruza el

dormitorio y se planta frente a mí con las manos en las caderas. Mantengo la cabeza gacha, y se acuclilla y me coge de la barbilla.

—Si Adrián estuviera lejos de ti, ¿lograrías superar todo esto? —me pregunta—. Dime

la verdad.

—No lo sé. No lo sé… —niego una y otra vez.

Pensaba que sí. He intentado convencerme de ello. He luchado. Durante muchos años

estuve segura de que era posible evitar el amor, que no te alcance, que no te atraviese como el más fuerte de los rayos. Ahora ya no estoy segura. Ahora me parece que el amor

no se escoge, que sucede; que no se piensa, que se siente. Y en esos aspectos soy una nulidad porque me siento inexperta. Porque me

prometí escoger, y pensar y mantenerme

en una hiel que no me destrozara. El descontrol emocional es lo que me provoca pánico.

No quiero volver a él.

Y ya no sé si lo que siento por Fer es algo parecido al amor o es miedo a quedarme sola.

Y tampoco sé si lo que Adrián crea en mí es amor o un espejismo: un intento de mi subconsciente por mantener la belleza que una vez tuve en mi vida.

24

Me vuelco en el trabajo con tal de aplacar la bicha mala que llevo dentro y que me

atosiga con las dudas, la incomprensión y la incertidumbre. Si algo bueno me reporta eso

es que Saúl está contento otra vez con mi implicación. Aunque he de reconocer que continúo valorando los pros y los contras de la proposición de Begoña. Ella no ha vuelto a preguntármelo, pero sé que espera mi respuesta, más que nada porque ya ha empezado a

mover las cosas para montar el despacho.

Acudo a la consulta de Emma en un par de ocasiones más, a pesar de que la visito con

menos frecuencia y suele reprochármelo en cuanto pongo el pie en su despacho. Le cuento

algunas de las emociones que he experimentado, si bien omito el encuentro con Adrián.

—Blanca, lo que estás haciendo no es correcto —me dice en una de las sesiones.

—¿A qué te refieres? —Parpadeo.

—Antepones viejos sentimientos, que además no son buenos para ti, a lo que tienes ahora, que evidentemente es mucho mejor.

—¿Quieres decir que los sentimientos pueden controlarse?

—Por supuesto que sí. En el pasado no lo hiciste y recuerda lo que ocurrió. Provocaste

daños.

Sé que tiene en mente lo sucedido con el profesor de la universidad. Alguna que otra vez ha vuelto a sacar el tema y a mí siempre me pone de los nervios. Lo malo es que soy

un animal de costumbres y, como una tonta, regreso a su consulta. Supongo que también

se debe a que una parte de mí cree que ella es la que me mantiene en el carril correcto.

—No vuelvas a pensar con ciertas partes de tu cuerpo —me espeta, dejándome

patidifusa.

—Ya no soy así —me quejo con mala cara.

—Acabas de decirme que recuerdas a Adrián y que no has sido capaz de mantenerte alejada de él.

—¡Solo le contesté a unos mensajes!

—A espaldas de tu novio. —Me mira con las gafas casi en la punta de la nariz. Le otorgan un aspecto de profesora malvada—. ¿Te parece justo?

—No he hecho nada malo. No he tonteado. No es como si…

—Unas cosas llevan a otras. Tú misma me aseguraste que no podrías ser amiga de ese

hombre.

—¿En una relación de pareja estamos obligados a contar todo al otro? —pregunto, y no

pretendo ser cáustica, en serio. Siento curiosidad por su respuesta.

—Si os atañe a los dos, sí.

—Yo no interrogo a Fer sobre sus amigas.

—Imagino que él no tendrá ninguna que pueda compararse a lo que Adrián es para ti.

—Eso nadie lo sabe —murmuro.

—Si lo que Fer y tú tenéis no marcha bien es porque él debe de notar que estás ausente.

Las personas disponemos de cierta intuición que nos avisa cuando algo va mal.

—¿Qué necesidad hay de que él sepa lo que ocurrió con Adrián?

—En una pareja no deben existir los secretos. ¿Él es sincero contigo?

—Supongo que sí.

Y la conversación finaliza con un dedo acusatorio por parte de Emma y conmigo en una

cafetería atiborrándome de tarta red velvet.

En los momentos que me veo con Fer, que tampoco son muchos debido a su trabajo y a

citas familiares, sí es cierto que lo noto raro. Un poco más distante, algo taciturno, menos cariñoso. Y me pregunto si Emma tiene razón y mi novio puede oler en mi piel que he deseado a otro hombre.

La primavera se extiende en su apogeo. Es viernes por la noche y tengo una cita con Fer

para ir a un restaurante. Mientras cenamos se muestra distraído. Lo interrogo para averiguar si ocurre algo, pero a todo responde con negativas.

—¿Vamos a tomar una copa? —le propongo una vez que hemos terminado.

Arruga el ceño y me mira como si estuviera loca.

—Sabes que no bebo.

—Bueno, me pediré un mojito de fresa y tú tómate lo que quieras. Han abierto cerca de

aquí un local de salsa y podemos pegarnos unos bailecitos. —Esbozo una sonrisa animosa.

—¿Bailar salsa? ¿Me tomas el pelo? Te pisaría todo el rato.

Me engancho a su camisa y me pongo mimosa. Fer continúa con su cara seria. Pero, bueno, ¿qué le ocurre?

—Venga, que será divertido.

—Blanca, si te apetece vamos al cine. —Me señala el edificio de enfrente.

Chasco la lengua. Por supuesto que me encanta ver películas, pero esta noche no me apetece. Me muero de ganas por mover el cuerpo y soltar los malos rollos, que hace ya tiempo que no lo hago. Sebas apenas pisa la calle salvo para acudir al trabajo, ya que el

ginecólogo ha recomendado que Lucía guarde reposo. Y Begoña cada dos por tres queda

con su especie de novia ya que, aunque la mujer todavía no ha decidido nada, siguen viéndose e intimando. Y yo, como es evidente, no voy a irme sola a un pub o una discoteca. Antes lo hacía alguna vez, pero ahora quiero ir con Fer. Es mi novio. Se supone que debemos pasar tiempo juntos. Me dan ganas de llamar a Emma y echarle en cara lo de

que no todo es recibir, sino también dar. Para una vez que pido a Fer hacer algo que me

encanta…

—¿Y si vamos a mi casa? Te quedas a dormir y…

—Mañana he quedado temprano con mi padre para jugar al golf.

—¿Pasa algo? —Me quedo mirándolo fijamente. Él se apresura a negar con la cabeza.

—¿Qué quieres que pase?

—Pues voy yo a la tuya. Te prometo que a las siete de la mañana ya estaré en pie.

Seguro que a esa hora no vais a ir a jugar al golf.

Se le ilumina la cara. No sé por qué le apasiona que vaya yo a su casa. Con lo que quería conocer mi piso. ¿Es que le parece una caca o qué? Bueno, hay personas que prefieren dormir en su propia cama y quizá Fer sea uno de ellos. Ya dije hace tiempo que

ambos teníamos nuestras manías.

Como esta noche ninguno ha cogido el coche hacemos el trayecto paseando. Me aferra la mano a mitad de camino y suspiro con alivio. Tal vez esté montándome paranoias en la

cabeza y todo siga como siempre. Que Fer no es la alegría de la huerta ya lo sabía desde

casi el principio.

Cerca de su casa hay una tienda para bebés y ahí que nos detenemos. Él observa el escaparate durante unos minutos sin decir nada. Yo finjo que también lo miro, aunque todas esas cosas no me interesan de momento.

—Tú no quieres tener hijos, ¿verdad, Blanca?

Ladeo el rostro hacia él y lo miro con confusión. Fer se muestra serio, con los labios apretados. Hasta me ha soltado la mano.

—¿Por qué dices eso?

—Es la impresión que me ha dado las pocas veces que hemos quedado con amigos que

tienen niños. Además, cuando estamos en un restaurante y hay bebés o críos cerca te pones tensa.

—¡Claro que no! —exclamo restándole importancia.

Nunca he sido consciente de algo así. No soy como Begoña; ella tiene una capacidad sorprendente para agradar a los niños y hacerse con ellos. Está cómoda rodeada de chiquillos. Yo simplemente no sé cómo comportarme ni cómo hablarles. Ni siquiera sabía

relacionarme con Javi cuando era pequeño.

—Yo sí quiero hijos, Blanca. Mejor dicho, lo deseo —murmura Fer en tono seco.

¿A qué viene ahora esto? Llevamos saliendo menos de medio año y ya he hecho cosas

que jamás imaginé, como no beber ni una copa de vino un sábado, acudir a óperas que me

aburren o conocer a sus padres. ¿Qué más debería hacer? ¿Casarme con él a lo loco y ponerme a parir como una coneja?

Me mantengo callada mientras me observa con fijeza, con los ojos oscurecidos y los labios apretados. Por un momento creo que va a decirme que si no me planteo darle hijos

mejor será que lo dejemos. Un extraño nudo se me crea en la garganta. Sin embargo, me

sorprende al dedicarme una sonrisa y al inclinarse para depositar un suave beso en mis labios.

—¿Vemos una película en mi casa?

—Como quieras —respondo forzando una sonrisa a mi vez.

Ya en su piso me pide que lo espere en el salón mientras prepara unas palomitas. Estoy algo hinchada de la cena y, además, se me ha puesto mal cuerpo. No obstante, cuando tengo el cuenco enorme de maíz delante de mis narices me lanzo a él como si no hubiera

un mañana. Los nervios y el estrés a veces hacen que me dé por comer, qué le vamos a hacer. Fer no prueba más que un puñadito y no me quita ojo de encima mientras trago una

palomita tras otra fingiendo estar concentrada en la película. Cuando quiero darme cuenta

apenas quedan y le tiendo el cuenco, avergonzada.

—Perdona. Acábatelas tú.

—No, tranquila. —Rechaza el bol con la mano.

Me encojo de hombros y me las termino. Unos minutos después él se queda observando

el recipiente y entonces suelta:

—Blanca, últimamente comes mucho, ¿no?

—¿Qué?

—Debes vigilar tu dieta.

Lo miro con la boca abierta, sin saber qué contestarle. «Venga, Blanca, suéltale alguna

de tus borderías.»

—¿Quieres decir que estoy poniéndome más gordaca? —Trato de bromear, aunque mi

voz suena un poco seria.

—Por supuesto que no, pero hay que comer más sano.

—Tan solo me excedo algo los fines de semana. De lunes a viernes en el despacho apenas pruebo bocado.

—Por eso. Es necesario comer de todo y en pequeñas cantidades.

Vaya por Dios, me ha salido nutricionista. Guardo silencio y presto atención a la peli, a

la que poco le queda ya para acabar. Sin embargo, sus comentarios no me han agradado ni

un pelo y, en los créditos finales, le pregunto:

—¿Te dan asco mis michelines?

Por un instante me recuerdo de adolescente, cuando imaginaba que ningún chico querría

mirar el cuerpo desnudo de alguien como yo. Y aquella vez que le hice casi la misma pregunta a Adrián. Mi corazón da un salto en el pecho.

—Eso está fuera de lugar, Blanca.

—Me ha parecido que insinuabas algo así —continúo.

—Vamos a la cama.

Se levanta del sofá y extiende una mano para coger la mía. Se la niego y a punto estoy

de decirle que mejor me marcho a mi casa a dormir.

Mientras se asea en el baño me desnudo y, sin que me dé permiso, abro el armario y rebusco hasta encontrar una camiseta suya algo vieja. Hoy no me apetece acostarme desnuda a su lado. Me meto en la cama y lo espero con las sábanas hasta la barbilla. Al

regresar se me queda mirando, pero no dice nada.

—¿Y esto? —me pregunta al darse cuenta de lo que llevo puesto. Creo que va a molestarle; sin embargo, esboza una sonrisa—. Te queda muy bien, cariño. Estás sexy.

Me mantengo callada, todavía dolida por sus comentarios de antes. Apaga la luz y se apretuja a mi lado. Me abraza y tenso el cuerpo. Desliza una mano por mis caderas hasta

dar con el trasero. Me lo estruja.

—¿Ahora no te importa que no cuide mi dieta? —le suelto sarcástica.

—Vamos, Blanca —se queja—. No puede ser que te haya incomodado tanto lo que he

dicho.

—Sí lo ha hecho. Durante toda mi adolescencia mi cuerpo me acomplejó.

—Tu cuerpo me gusta. —Vuelve a apretarme las nalgas—. Pero no solo te veo como una figura bonita.

Busca mis labios y los cubre con los suyos. Abro la boca para recibir un beso que, en el

fondo, me parece algo forzado, aunque no sé si son locuras mías. Aparto dicha idea de la

mente y me aferro a él, dispuesta a disfrutar de un poco de cercanía esta noche. Fer se arrima más a mí y me empuja contra su vientre. Una incipiente erección me hace sonreír

en su boca. Él me devuelve el gesto, al tiempo que introduce su lengua y la enrosca en la

mía.

—¿Quieres que te muestre si me pones o no?

—Sí —jadeo.

Me coge la mano y me la mete en sus pantalones de pijama. Rodeo su sexo y se lo acaricio por encima del bóxer.

—¿Esto te dice algo?

—Enséñame más.

Me introduce un par de dedos en la ropa interior. Su miembro va ganando en tamaño y

mi entrepierna comienza a humedecerse. Los besos se tornan más pasionales, y el dormitorio se llena de nuestros suspiros y del sonido de las lenguas encontrándose.

Introduzco toda mi mano y le rodeo el sexo. Se lo acaricio de arriba abajo y gruñe en mi

boca.

—Me conviertes en un diablo —murmura, y le tiro del labio inferior de manera

juguetona.

La dómina que hay en mí despierta y me coloco a horcajadas sobre él. Le subo la camiseta y me inclino para lamer su vientre. Fer enrolla un mechón de mi cabello entre sus dedos mientras me deslizo un poco más abajo. Entonces su otra mano se encamina hacia

mi sexo y, antes de que pueda meterla en mis braguitas, me arrimo a sus labios y le susurro:

—Hoy eso no.

—¿Por qué? —pregunta confundido.

—Ya sabes. Esos días.

Y lo siguiente ocurre muy rápido. Me desmonta de su vientre y me veo tumbada panza

arriba y espatarrada en la cama, sin entender qué ha pasado. Fer enciende la lámpara de la mesita de noche y me mira con semblante horrorizado. Me incorporo apoyada en un codo,

patidifusa.

—¿Por qué no me has avisado antes de que estás menstruando?

—No sé, tampoco es algo tan raro.

—He estado a punto de tocarte ahí, Blanca. —Y lo ha dicho como si fuera algo terrible.

Un pecado o qué sé yo.

—No pretendía que hubiera penetración.

—¡Por supuesto que no! —exclama espeluznado. Abre mucho los ojos —. Practicar

sexo cuando una mujer menstrúa no es normal.

—¿Perdona?

Ahora soy yo la que lo mira como si estuviera loco. A ver, nunca lo he hecho, pero ¿qué

hay de malo en ello si los dos miembros de la pareja están de acuerdo? Con la suficiente

higiene…

—Es sucio, Blanca.

Dios, esto va a peor. Me paso la lengua por los labios, conteniendo el torrente de palabras cabreadas que se me están ocurriendo.

—No teníamos que follar, Fer. Existen otras cosas. Yo puedo tocarte a ti y tú…

Se echa hacia atrás y chasco la lengua. Hasta se me escapa una risa. Esto ya es de traca.

A mi mente viene el apelativo que siempre le dedica Javi: «pijo cursi». Una cosa es ser formal y serio, y otra actuar como si yo tuviera la peste simplemente porque me ha bajado

la regla.

—Voy a lavarme —anuncia, y se levanta de la cama sin darme tiempo a replicar.

Suelto un bufido exasperado y me quedo mirando el techo. ¡Por favor! Si ni siquiera ha

llegado a meterme mano. Este es de los que no aguantaría un pedo. Hoy parece que nada

va a salir bien. Y encima me he quedado con el calentón y, por lo que he comprobado cuando se ha ido al baño, a él ahora le dolerán los huevos. Pues hale, que se aguante.

No regresa a la cama hasta un buen rato después, cuando ya he apagado la luz y todo.

Se inclina y me da un beso en la nuca. Me abraza con fuerza. Este hombre es un poco bipolar.

—Cariño, no te enfades. Sabes que soy un poco raro para algunas cosas. Es que ciertos

temas de higiene me pueden —me dice al oído—. Además, tú no te encontrarás bien.

No le contesto. Total, tampoco sé qué decirle. Se aparta y se tumba a mi lado, aunque

sin tocarme. Estoy quedándome dormida cuando le oigo susurrar:

—Voy al salón. Necesito terminar unas cosas. No tardo. Tú duérmete.

Y me deja sola en la enorme cama, pero me convenzo de que estoy bien así porque puedo estirarme. Y como ya me había invadido la modorra, caigo en un sueño intranquilo.

No sé cuánto tiempo he dormido, pero me despierto y palpo el otro lado del colchón y

no hallo a Fer. Quizá tan solo han pasado unos minutos, aunque me ha parecido bastante

más. Salgo de la cama y camino descalza hasta la puerta. No me apetece ponerme los zapatos, que a estas horas con el silencio armarán un jaleo impresionante. Al abrir, oigo unos sonidos extraños que al principio no logro identificar, pero segundos después comprendo que se trata de gemidos. Sí, gemidos. Y fuertes. De mujer. Y gruñidos de hombre. Vamos, gente follando y bien a gusto.

—¿Qué…?

Me asomo al pasillo y atisbo una luz que titila al fondo, en el salón. La iluminación inconfundible de un televisor o un ordenador. Los gritos de la mujer se tornan berridos y

yo con cara de póquer apoyada en la pared. Me deslizo a hurtadillas, pero antes de dar cuatro pasos la voz de Fer llega hasta mis oídos.

—Así, así… Más, grita más.

¿No me jodas que está…? Sin dudarlo un segundo, recorro el último tramo y asomo la

cabeza. El espectáculo que me encuentro me habría arrancado una carcajada en cualquier

otra circunstancia, pero en esta lo único que puedo hacer es mirar la escena con gesto patidifuso. Y es que Fer se halla tirado en el sofá, con su miembro en la mano, visionando una película porno. En la pantalla una tía con unas tetas como dos pelotas de fútbol bota

encima de un tío. Y Fer está mirando completamente emocionado, tanto que ni ha reparado en mi presencia.

Doy un paso hacia atrás para regresar al dormitorio, meterme bajo las sábanas y olvidar

lo sucedido. No es nada raro que un tío vea películas porno. Es más, con alguno de mis

rollos visionamos alguna antes de ponernos a la acción. Sin embargo, una parte de mí imaginaba que a Fer, con lo modosito que es, no le llamarían la atención. Pero claro, también hay que recordar que en la cama se transforma y que, en el fondo, es un tío. A mí

me tapa la boca para que no grite supuestamente por no molestar a los vecinos. En cambio, a la señorita de la pantalla le suelta cosas como:

—Sí, vamos. Eres una guarra. Me encanta que chilles.

Me siento un poco perturbada, así que me tropiezo con el pomo de la puerta y se me escapa un quejido, al que Fer reacciona ladeando la cara y, ups, me encuentra frotándome

el codo. Pone cara de «me ha pillado con las manos en la masa» (nunca mejor dicho). De

inmediato detiene su fiesta particular, se inclina para agarrar el

mando a distancia y apaga el televisor. Los berridos de la mujer desaparecen. Fer se apresura a guardarse la erección en los pantalones del pijama y me quedo plantada sin saber si reírme, salir escopeteada o

bromear.

—Blanca, no te enfades.

—No lo estoy —respondo. No es verdad del todo.

Primero, porque no ha querido que yo le otorgara placer simplemente porque estoy menstruando. Segundo, porque ha preferido ver porno. Tercero, porque a la de la película

le pide que chille y no le importa que los puñeteros vecinos oigan el escándalo.

Fer se levanta y se acerca a mí con un tremendo bulto en los pantalones. Lo miro, y luego alzo los ojos y los clavo en él.

—Todos los hombres hacemos esto…

—Lo sé, no tengo diez años.

—Entonces ¿por qué me parece que estás molesta?

Y al final, sin poder evitarlo, exploto. Sale la Blanca que he estado conteniendo durante

estos meses.

—¡¿De verdad necesitas que te lo explique?! ¡¿Te hago un croquis o qué?!

—He supuesto que te habías dormido y no quería molestarte.

—¿Por qué a la tipa de la peli le dices que grite y a mí me miras raro si suelto alguna

guarrada? —le espeto.

—¿Por eso te has enfadado? —Esboza una sonrisa indulgente y me cabreo más—. No

es lo mismo.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que ella es una actriz y tú mi pareja —y me lo explica como si fuera algo lógico.

—¿Qué tontería es esa? —chillo.

—Por favor, baja la voz. Es tarde.

—De verdad, no lo entiendo. ¡Es totalmente incomprensible!

—Blanca, quiero una mujer formal. Una señora.

—Claro, a ti eso de una dama en la calle y una puta en la cama te horroriza —respondo

mordaz.

—Es que tú no eres ninguna… —No es capaz de pronunciar la palabra. Pero ¿qué cosas

guarda este hombre en su cabeza?

—¡Por supuesto que no! Y tampoco tiene nada que ver con disfrutar con el sexo, Fer.

¿Te das cuenta de que estás comportándote como un machista retrógrado? Tú puedes pasarlo bien, gruñir, jadear, decir guarradas y follar como un loco, pero ¿a tu novia no se lo permites?

—Estás sacando conclusiones precipitadas —murmura serio. Se ha enfadado—. Solo he

visto un poco de porno.

—¡Me importa una mierda eso! Puedes ver todas las pelis que te dé la gana, que no me enfadaría. Son tus palabras. Tu actitud respecto a mi forma de entender el sexo. —Me detengo unos segundos para coger aire—. Me aseguraste que no querías que gimiera o gritara por los vecinos, pero ahora me queda claro que los motivos son bien distintos.

—Cariño, vamos a la cama y ya hablaremos sobre esto mañana.

—Ni cariño ni nada. —Señalo la pantalla oscura del televisor—. Y encima la tía esa tenía unas perolas enormes. ¿Es así como te gustan las mujeres realmente? ¿Por eso casi

que ni te acercas a mis pechos? Fer, ¿te atrae algo de mí o mientras te acuestas conmigo te imaginas a una mujer con tetas gigantescas?

—Deja de decir tonterías. —Me pasa las manos por los hombros y me da la vuelta para

dirigirme al dormitorio, pero me escabullo y niego con la cabeza—. Estás enfadada, lo entiendo. Pero no son horas para discutir.

—Me largo —le anuncio encaminándome al dormitorio.

—Vamos, no seas así… —Me coge de la mano, pero la aparto con brusquedad.

—Soy como soy, y si no te gusta lo que ves, dímelo sin rodeos. No estamos para perder

el tiempo.

Fer se queda apoyado en el marco de la puerta del dormitorio mientras me visto. Una

vez que estoy lista le lanzo una mirada cabreada. Niega con la cabeza, como si fuera yo la mala.

—Mañana te llamo —me dice cuando estamos en el pasillo.

—Mejor deja pasar unos días. Medita sobre si soy yo la mujer que quieres, no solo en tu

día a día, sino también en tu cama. Es importante, aunque creas que no.

Ya en la calle, la pesadumbre sustituye al enfado. Y es que aquí no es solo él quien debe

reflexionar; también he de meditar yo. Quizá sea hora de que ponga las cartas sobre la mesa, como me aconsejó Emma.

25

Sebas, Claudia y Begoña se parten de risa. Les he contado lo ocurrido y han flipado. Mi

amiga y yo hemos venido a la casa de nuestros amigos para pasar un rato con ellos. A Clau

ya se le nota la pancita y Bego no ha dejado de tocársela.

—No tiene ni puñetera gracia —mascullo dando un trago a mi cerveza.

—Sí la tiene, mi cielo —dice Bego entre risas—. Pero vale, nos vamos a contener por

ti.

—Es que no logro entender esa mentalidad del siglo pasado.

—Qué va, Blanca. Seguro que nuestros abuelos y nuestros padres también disfrutaban

de lo lindo en la cama —apunta Sebas con una sonrisa.

—Gracias. Ahora me imaginaré a mis padres haciendo… —respondo con una mueca.

—El problema es de tu novio, que es raro y ya está.

—Fer es serio, responsable y formal, pero de ahí a eso hay un mundo —murmuro con la

barbilla apoyada en una mano.

—A mí me encanta que Clau me diga guarradas —suelta Sebas mirando a su chica con

ojos golosos. Ella le palmea el brazo, aunque con una sonrisa.

—Y a mí. Pero en la viña del Señor hay de todo. Algunos son sosos —opina Bego.

—La cosa está en que Fer no lo es. Él se comporta en la cama como un macho, lo que

pasa es que no quiere que yo sea una fiera.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta Claudia.

—Pues le pedí que nos diera unos días para reflexionar y, al parecer, se lo ha tomado

muy en serio porque no me ha llamado ni nada.

—Estará pelándosela con alguna peli —se mofa Sebas.

Clau le da otro cachete.

—Tampoco te ralles demasiado —le dice. Al principio no le caí bien, pero después se

ve que cambió de parecer y las últimas veces que hemos quedado siempre ha sido simpática conmigo—. El sexo es importante, claro, pero también hay otras cosas.

—Lo sé, por eso quiero que lo solucionemos. En otros aspectos funcionamos.

—¿De verdad? —Begoña me mira con los ojos entornados en su mejor actitud de chica

tocapelotas.

Sé a lo que se refiere: a lo que ocurrió con Adrián. De quien, por cierto, tampoco he vuelto a saber nada. Y he logrado no enviarle más mensajes. Lo de Fer ya me tiene de los

nervios, así que solo faltaría un nuevo encontronazo con Adrián.

—Sí, amor, sí —contesto enfurruñada.

—Si ambos sentís algo, lo lograréis —me anima Claudia.

El resto de la tarde lo pasamos charlando sobre el embarazo. De momento va bien y ellos conservan esperanzas. Es cierto que Sebas está un poco más inquieto que su chica,

pero se les ve ilusionados y con unas ganas tremendas de ser padres. Y Begoña repite una

y otra vez que se muere por coger al bebé en brazos.

En el trabajo me siento estresada. Ha vuelto mi cliente pudiente porque una de sus ex

mujeres ha interpuesto una demanda. Al tío le sale pasta gansa por las orejas y, a pesar de todo, es un rácano y no le pasa la pensión desde hace unos meses. Y pretende que ganemos el juicio. Saúl está que se come las uñas, por supuesto. Hasta viene a mi despacho varios días a

la semana para ayudarme en la búsqueda de soluciones.

—A ver, si el tipo es un impresentable, ¿qué le vamos a hacer? —le digo una tarde en

que me tiene casi hasta las nueve trabajando como una posesa.

—Debemos encontrar algo en esa mujer que dé la vuelta a la tortilla. Como no ganemos

el juicio, este ya no vuelve, Blanca. Es un gilipollas, sí, pero paga bien.

Hale, guapa, ¿no querías casos complicados? Pues aquí tienes uno. Aunque este más que difícil es… imposible.

Acudo a mi sesión con Emma y le cuento la pillada a Fer. Su cara imperturbable cambia

a una incrédula y, por un instante, imagino que va a darme la razón. Sin embargo, me dice

que ver porno es algo normal (como si yo no lo supiera) y que la filosofía de Fer con

respecto al sexo no está relacionada con que me quiera o no. Me asegura que trata de calmarme y animarme porque, desde que salgo con él, me ve mucho más serena y con la

cabeza más asentada. Bueno, eso es lo que me propuse, ¿no?

Cuando salgo de la consulta descubro una llamada perdida en el móvil. Resulta que es

de Adrián. Los dedos me tiemblan ante la indecisión de si debo devolvérsela o no. ¿Qué

querrá? ¿Disculparse por su actitud de aquella noche? ¿Intentar un nuevo acercamiento? A

punto estoy de marcar la tecla de devolver llamada; no obstante, una entrante me salva y

es de mi madre.

—Hola, mamá —la saludo con el mejor tono que puedo.

—Estamos en el hospital del Peset —me anuncia con voz trémula.

—¡¿Qué?! —Freno en seco en medio de la calle—. ¿Qué ha pasado?

—Creíamos que a tu padre le había dado un infarto…

—¡¿Cómo?!

La gente de alrededor me mira con curiosidad.

—No, no ha sido eso. Solo un ataque de ansiedad.

—Pero ¿qué…?

—Por favor, ¿podrías acercarte? Te necesitamos, cariño. Cuando vengas te lo explico.

No he sido la hija perfecta, pero eso no significa que sea mala. De modo que corro al

coche y, tan solo diez minutos después, he estacionado en el atestado aparcamiento del hospital. Como mi madre no me ha dicho dónde se encuentran la llamo. No me coge el teléfono, pero, por suerte, al entrar en urgencias me la encuentro sentada allí, muy pequeña y seria, y al lado Javi con una cara de muerto que echa para atrás.

—¡Mamá! —grito. Un par de personas alzan la cabeza y me miran con enfado—. ¿Qué

pasa?

Me siento junto a ella y le cojo las manos. La pobre ha llorado y todo. Qué susto habrá

pasado. Por el rabillo del ojo veo que Javi se retuerce los dedos.

—Pregúntaselo a tu hermano —contesta enfadada.

—¿Javi?

—Han venido a mi piso. Un compañero les ha abierto la puerta y…

Mi madre suelta un sollozo. Me apresuro a acariciarle el cabello y a torturar a Javi con

los ojos.

—Queríamos daros una sorpresa a los dos. Habíamos ahorrado un dinerillo para

invitaros a cenar. Primero pensábamos ir a casa de Javi y después a la tuya —murmura mi

madre—. ¿Por qué nos habéis mentido?

Me mira con un puchero. Me siento fatal.

—Lo siento —es lo único que se me ocurre.

—Tu padre ha visto ese piso horrible y a toda esa gente, y se ha enfadado mucho. Ha

buscado a Javi y lo ha encontrado fumándose un porro.

—¡Era tabaco, mamá! —se queja él. Le lanzo una mirada mortífera y se calla. Vamos,

no me creo yo eso. Seguro que sí que era maría.

—Se han puesto a discutir —continúa mi madre con ojos llorosos—. Se han pegado unos gritos… Y entonces a tu padre ha empezado a dolerle el pecho, decía que no podía

respirar, y Javi ha llamado a una ambulancia y lo han traído aquí. Creíamos que era un infarto. Qué miedo hemos pasado, hija.

Se abraza a mí y noto un pinchazo en el pecho. Ahora que nos hallamos en esta situación, no puedo evitar pensar en lo que pasaría si a mis padres les sucediera algo.

Siempre he sido tan despegada… Sin coger sus llamadas cuando no me apetecía hablar.

Negándome a acudir a comer con ellos un montón de domingos. Mi lejanía no ha sido solo

hacia el pueblo, sino hacia mi familia. Formaban parte de un lugar que detestaba, pero debería haberme dado cuenta antes de que es injusto alejar a tus seres queridos solo por tener miedo. Un nuevo pinchazo me ahoga.

—¿Dónde está papá?

—Lo tienen en observación. Pasará la noche aquí.

—Me quedo con vosotros.

—Pero… Hija, mañana tienes que trabajar.

—Da igual. Dormiré lo que pueda en una silla. —Le sonrío y le acaricio la mejilla.

Atisbo un brillo de ilusión en sus ojos y eso me hace sentir mejor.

—Cuando llamen a los acompañantes, ve tú a verlo. Se alegrará.

Asiento. Mantengo mi brazo alrededor de su espalda mientras esperamos. Javi lo único

que hace es pedir perdón y mamá negar con la cabeza. Diez minutos después me levanto

alegando que voy a por agua y pido a mi hermano que me acompañe. Lo que quiero es hablar con él. Le largo un sermón y, en verdad, parece arrepentido.

—Me mudo, Blanca, no te preocupes.

—Ahora que a papá le ha dado un chungo, ¿no? ¿No entiendes lo mucho que te quieren

y lo que se preocupan por ti?

—Aplícatelo también a ti —me espeta.

Suelto un bufido frustrado y le tiendo una botella de agua.

—El lunes empezamos a buscar piso. Es fácil encontrar uno decente en Valencia —le digo. Él tan solo agacha la cabeza.

Al cabo de casi una hora nos llaman y me dirijo con rapidez al box. Asomo la cabeza y

descubro a mi padre pálido y triste. Se me encoge el corazón al verlo así y un montón de

recuerdos agridulces, de cuando estaba enfermo, pasa por mi mente. Mi madre y él casi siempre estaban en el hospital, y Javi y yo nos quedábamos esos ratos en casa de Nati.

—Papá —lo saludo acercándome a él. Me dedica una pequeña sonrisa —. ¿Cómo te

encuentras?

—Un poco mejor —dice con voz débil—. Pensaba que iba a morirme, pero ya dicen que mala hierba…

—Calla. —Lo cojo de la mano y le acaricio los dedos—. Perdona por no haberos contado la verdad.

—Entiendo que querías protegernos.

—Yo… —Un nudo atroz se me forma en la garganta y me noto los ojos llenos de lágrimas—. Siento no haber estado ahí para vosotros cuando debía.

—No digas eso, Blanqui. —Alza el brazo libre de goteros y me roza la barbilla—. Tu

madre y yo sabemos lo difícil que fue todo para ti, e imaginamos que todavía, en ocasiones, continuará siéndolo.

—Aun así…

—Sé que siempre has intentado protegernos, aunque ni tú misma lo creas.

Lo miro con los ojos muy abiertos y, sin poder aguantarme más, rompo a llorar. Apoyo

la cabeza en las frescas sábanas y mi padre posa su mano en mi cabello. «Dios, Blanca,

Dios… Quién te ha visto y quién te ve. Tus trastornos emocionales…»

—Nunca me he sentado a hablar contigo de lo que te pasó en el instituto, pero tengo muy claro que fue horrible y que tu silencio no solo se debió al terror que te inspiraban esas chicas, sino a ti misma y al temor de provocarnos más daño y preocupaciones de los

que ya sufríamos.

Un sollozo más fuerte se me escapa. Mi padre se limita a acariciarme el pelo con un cariño tremendo.

—No llores más, venga —me ruega, y me levanta la cabeza. Lo miro con los ojos anegados en lágrimas—. Me pone triste verte así. Tú eres una mujer muy fuerte.

—No, no lo soy —niego—. Y encima he sido una hija horrible. —Me sorbo la nariz y

papá dibuja una sonrisa.

—No es cierto. Pero puedo entender que te sientas mal y culpable. Es el mismo sentimiento que tu madre y yo hemos padecido durante todos estos años. La angustia de

no haber hecho las cosas bien, de no haberte cuidado más porque estábamos encerrados en

nosotros mismos. Si yo no hubiese enfermado…

—No. Tú no tuviste culpa de nada. —Le cojo la mano libre del gotero y se la beso. Él

se lleva la mía a la cara y la posa en su mejilla.

—Ojalá te hubiésemos evitado todos esos golpes y humillaciones —prosigue, y los pinchazos que noto en mi pecho aumentan—. Nunca me lo perdonaré. Los padres tienen

la obligación de proteger a sus hijos y evitarles sufrimientos.

—Eso es imposible, papá.

—No queremos cometer los mismos errores con tu hermano.

—Habéis sido y sois unos buenos padres. Nos habéis dado todo lo que teníais. —Lo beso en la mejilla, y él me abraza y me envuelve con su calidez. Quiero quedarme así toda

mi vida—. Lo habéis hecho bien.

—Pero mira a Javi…

—Él también lo hará bien. Solo ha sido una mala época y va a mudarse. El lunes lo acompañaré a buscar piso y todo se solucionará —le aseguro.

—Tu madre y yo os queremos mucho y deseamos que seáis felices.

—Lo somos.

—En serio, hija. —Me aparta un poco para mirarme con ojos emocionados—. Intentad

vivir al máximo, disfrutando de lo pequeño, sin preocuparos por lo que no tiene una

importancia real, pero sin dañaros. No mantengáis a vuestro lado las cosas o las personas que no nos hacen ningún bien. La vida es muy corta, y debemos aprender a aprovecharla.

Asiento, sin saber qué contestarle cuando él ya lo ha dicho todo. Sus palabras sabias, impregnadas de un conocimiento mucho mayor que el mío, me calan hondo. Me quedo un

rato más junto a él, hasta que se duerme y salgo a la sala de espera para que mi madre me

releve. Tal como he hecho con mi padre, la abrazo. Fuerte, mucho. Dejándome el alma entre sus brazos. No es bueno que nos demos cuenta de cuánto necesitamos a alguien solo

en los malos momentos, pero, al menos, estos nos abren los ojos y mejor tarde que nunca.

Y Javi y yo pasamos la noche también abrazados, recuperando el tiempo perdido.

Y pienso. Pienso todas las horas en Fer. Y en Adrián. Y en los consejos que me ha dado

mi padre.

Tenemos que hablar

El mensaje de Fer, recibido a la mañana del día siguiente, me aturde. Esa frase siempre

conlleva una situación incómoda, ¿no? En la pausa del trabajo le escribo una respuesta y,

para mi sorpresa, me pide que este viernes no haga ningún plan y extiende su demanda a

Begoña y Sebas. Observo el móvil sin comprender lo que sucede. ¿Es que pretende dejarme delante de todos mis amigos? ¿O se propone algo que, quizá, me dará mucho más

miedo?

Durante el resto de la semana le escribo más veces tratando de desentrañar el misterio.

Incluso le ruego que nos veamos. Lo llamo, pero me salta su buzón de voz. Empiezo a preocuparme. ¿Qué ocurre?

El jueves me llega un nuevo mensaje:

Tengo ganas de verte. Espero que tú también a mí

¿Significa eso que ya no está enfadado? Pero yo… ¿Qué es lo que quiero? Con cada día

que pasa mi cabeza se llena de más y más dudas y no consigo encontrar una solución que

satisfaga a todo el mundo. Begoña me ha dicho que al final todo se reduce a encontrarnos

a nosotros mismos y ser un poco egoístas. Básicamente lo mismo que opinó mi padre. Sin

embargo, me he dado cuenta de que le tengo mucho cariño a Fer, que siento cosas por él, aunque ni yo misma sepa exactamente cuáles.

De manera que el viernes Begoña, Sebas y Claudia acuden a mi casa a las siete y media

de la tarde. Los tres se me quedan mirando con expresión confundida.

—Entonces ¿cuál es el plan? —pregunta Sebas.

—No lo sé. Tan solo me dijo que se pasaría por aquí a las ocho menos cuarto y que lo

esperáramos abajo.

—¿Os imagináis que le propone matrimonio? —Clau se muestra emocionada, y Begoña

me lanza una mirada aterrorizada que le devuelvo de inmediato.

—No creo.

—La verdad es que con ese hombre nunca se sabe —opina Begoña, quien se ha puesto

elegantísima, como de costumbre.

Yo me he decantado por una blusa blanca y unos pantalones de gasa negros. Para los pies, unos zapatos del mismo color sin mucho tacón. En la cabeza, un moño alto con un

par de mechones sueltos rizados. Sencilla, pero distinguida. Clau y Sebas también van de

lo más guapos.

A las siete cuarenta y cinco, ni un minuto más ni uno menos, bajamos al portal y comprobamos que Fer ya nos espera. Él todavía viste más refinado, con un traje oscuro y

corbata. Arqueo una ceja. Como Claudia tenga razón, me da un patatús.

—¿Qué tal? —Los saluda uno por uno con besos y palmadas y a mí me deja para el final.

—Hola.

Le doy un tímido beso en la mejilla pues no sé cómo actuar. Sin embargo, él me abraza

con fuerza y me susurra al oído:

—Hablaremos esta noche, pero después. Primero quiero que disfrutes con lo que he preparado. Es una sorpresa, para que veas que me importas, Blanca, y también tus amigos,

todo lo tuyo, y que lo ocurrido no tiene por qué separarnos.

Asiento. Ya me he puesto más nerviosa. Subimos a su coche en silencio, hasta que Begoña lo rompe.

—¿Y adónde nos llevas? —pregunta desde el asiento trasero.

—Como le he dicho a Blanca, es una sorpresa. —Fer sonríe y apoya una mano en la mía.

Ladeo la cara para mirar a mis tres amigos, quienes se encogen de hombros, tan confundidos como yo.

Quince minutos después llegamos a la Ciudad de las Artes y de las Ciencias. Una incómoda sensación se instala en mi estómago y crece más al comprender que nos dirigimos al Palau de les Arts Reina Sofía, sede del teatro de la Ópera de Valencia y también de la Orquesta de la

Comunidad Valenciana. Begoña acude con frecuencia; yo solo he ido un par de veces con Fer. Menos mal que me he vestido decentemente. Al apearnos, Fer nos obliga a detenernos un momento. Nos señala el edificio y nos anuncia

con una sonrisa:

—Quería ofrecer a Blanca una noche especial por diversos motivos, y me apetecía que

la compartiera con sus amigos. Además, sé lo mucho que a Begoña le gusta todo esto.

Mi amiga me mira con el rabillo del ojo. «¿Qué ocurre?»

—La obra que está en cartel ha triunfado ya en otras comunidades. No me resultó fácil

conseguir entradas, pero al final lo logré. —Nos va tendiendo a cada uno la nuestra.

Al leer el título las pulsaciones se me disparan. *La vida es sueño*. ¿Esta obra no es…?

Caminamos hacia el palacio y, al levantar la cabeza hacia el cartel, ya no me queda ninguna duda. Es la obra en la que Adrián ha trabajado. El corazón me da un vuelco. ¿El

destino es un puñetero psicópata o qué? Miro a Begoña con expresión horrorizada y se encoge de hombros, aunque parece divertida.

—Creo que os encantará. Hasta a la gente que no le va todo esto habla maravillas de ella. Dicen que los compositores son estupendos. Y a uno Blanca ya lo conoce…

Fer me coge de la mano y me guía hasta la entrada. Me da un beso casi paternal y lo

miro, pero, en realidad, ante mis ojos se dibuja el rostro de otro hombre.

Va a ser estupendo, Blanca. Quería pedirte disculpas por lo que ocurrió —vuelve a repetirme al oído mientras esperamos en la puerta a que verifiquen nuestras entradas—. Ya

sé que la música clásica no es mucho de tu estilo, pero te aseguro que lo de esta obra es

distinto. He visto algún vídeo en internet y es una delicia. Y el compositor principal es el hijo de la amiga de tu madre, ya sabes.

Guardo silencio, aunque con una sonrisa tirante, hasta que accedemos al interior del edificio y Fer nos lleva por un corredor que desemboca en el enorme vestíbulo de la sala

principal. Este lugar es tan majestuoso y bello… Consta de una amplia platea y cuatro niveles de palcos en forma de herradura. Para mi sorpresa, Fer nos hace avanzar hasta los

asientos de primera fila. Oh, por Dios… ¿Aparecerá Adrián en escena o simplemente se

habrá dedicado a componer?

—¿Sabéis qué es lo mejor? Que la música es en directo —nos anuncia mi novio.

Vale, ya ha respondido a mi pregunta. Se excusa para ir al baño y nos quedamos Sebas,

Clau, Begoña y yo en silencio. Abro el folleto que nos han entregado en la entrada y busco como una loca. Cuando encuentro el nombre y apellido de Adrián el corazón me brinca.

—Te juro que esta vez no he tenido nada que ver —dice Begoña a mi lado.

—Esto es una puñetera broma del destino —susurro para que la pareja que se ha sentado un par de asientos más allá no me oiga.

—Bueno, no es algo tan raro —intenta calmarme mi amiga—. Sabiendo lo aficionado

que es Fer a la música clásica, la ópera y el teatro, algún día iba a ocurrir, y más con lo famosa que se ha hecho esta obra y, encima, si se enteró de que tu madre y la de Adrián

son amigas…

Echo otro vistazo por la sala y no puedo evitar sentir cierta alegría al comprobar que a Adrián las cosas le van bien. Supongo que esta es una gran oportunidad para él. Y lo único que tengo que hacer es aguantar lo que dure y después nos marcharemos de aquí.

Al cabo de diez minutos Fer regresa y ocupa el asiento a mi lado. Me coge de la mano y

deposita un beso en ella.

—¿Estás contenta? —me pregunta con una sonrisa. Solo atino a asentir. Se inclina y me

roza el cuello con la nariz—. ¿Por qué no te has puesto el vestido que te regalé?

—No sabía adónde nos llevabas —contesto con un hilo de voz.

Un cuarto de hora después la sala se ha llenado. La gente murmura expectante, pero yo

me mantengo callada, retorciendo el papel entre mis manos, aunque con miles de murmullos en mi cabeza. Y entonces las luces se apagan y el telón se abre poco a poco.

Clavo la vista al frente, donde un foco ilumina un rincón. Doy un brinco al notar una respiración en mi oído. Es Begoña.

—¿Nerviosa?

—Demasiado.

Una mujer finge caerse de un caballo y rueda por el escenario. La obra ya ha comenzado. Pasan varios minutos y la actriz empieza a cantar. Y, de repente, una suave melodía. Un segundo foco apunta al rincón opuesto, donde un hombre toca el piano. Y

desde mi privilegiada situación puedo vislumbrar los finos y largos dedos de Adrián acariciando las teclas. Eso es lo que parece hacer. Como siempre ha sucedido, la música es lo único que me acompaña. Y la figura de Adrián, tan imponente. Su rostro concentrado.

La pasión con la que toca.

Todo se ha congelado alrededor. Y cuando la obra se torna más apasionada y triste, la

melodía se vuelve también melancólica. En una nueva escena se convierte en salvaje. Y

Adrián se deja la piel en cada una de las interpretaciones. Y yo tiemblo por fuera, por dentro, en las extremidades, en el alma, porque jamás habría imaginado que aquel chico punk pudiera crear estas melodías tan hermosas, que de su cabeza (o mejor dicho de su corazón) surgieran estas notas que arrancan suspiros y llantos a las mujeres de la sala y exclamaciones y asentimientos a los hombres.

En un momento dado cierro los ojos y vuelo con la voz de la actriz. Me veo años atrás,

muchos, justo el día en que abandoné el pueblo con la intención de no volver jamás. Una

despedida que no nos concedimos. Me imagino con diecisiete años otra vez, infinitamente

más valiente y capaz de expresar mis sentimientos, delante de él, confesándole todo lo que me daba miedo. Y él hace lo mismo frente a mí. Y cuando el actor que da vida a Segismundo, el personaje principal de *La vida es sueño*, canta en un grito desgarrador que los «sueños, sueños son» abro los ojos y unas lágrimas se deslizan por mis mejillas. Dios

mío, estoy llorando. Y Fer me coge de la mano y susurra un «te dije que te gustaría».

En el momento en que las últimas notas flotan por la atestada sala comprendo que quise

a Adrián como se quiere a los diecisiete años, de esa forma en la que se te abre la piel y te lleva a cometer locuras o errores. Esa forma en la que no puedes dejar de pensar en el brillo de su pelo bajo el sol, o en el color de sus ojos en verano, o en las arruguitas de la comisura de sus labios al sonreír. Dejé ese amor atrás por la frustración, la rabia y el odio, y no me planteé ni por un instante revivirlo. Lo abandoné en busca de una nueva Blanca

que, al parecer, no es la que me gusta cuando lo tengo delante. Y entiendo que una cosa es dejar atrás a alguien, pero en serio, y otra, dejarlo y llevarlo pegado a la piel casi como una maldición.

Yo, que me convencí de que el amor no existe, y mucho menos para siempre, siento que

tengo el corazón lleno de él por el hombre que no es mi actual novio, por uno que no lo

fue nunca y que, a pesar de todo, ha sido más mío que de nadie. Que me ha dolido más

que ninguno, que ha estado en mi corazón como una huella imborrable.

Y ahora… Dios mío, ¿qué hago ahora? ¿Qué decisión tomas cuando has deseado que algo funcione pero no lo has logrado? ¿Qué camino escoges cuando uno se supone que te

aportará tranquilidad y estabilidad y el otro incertidumbre, pero, al mismo tiempo, es el que se ha grabado en ti?

Cuando quiero darme cuenta el musical ha terminado y los espectadores se levantan de

sus butacas y aplauden, vitorean, gritan bravo y docenas de halagos más. Hasta Fer y mis

amigos se emocionan y hacen lo mismo. Los imito más para disimular que por otra cosa,

aunque es cierto que mi corazón todavía se halla apabullado por todas las sensaciones que

ha ido recogiendo durante esta hora y media. El telón vuelve a abrirse y aparecen los actores para saludar y agradecer, y Adrián y el otro compositor se suman a ellos. Y yo, casi sin pretenderlo, doy un paso hacia delante y me hago más visible, pero él no me ve

pues tan solo mira al frente, más allá de mí.

La compañía se suelta de la mano al tiempo que el telón se cierra. Me vuelvo y veo que

unas cuantas personas atraviesan el pasillo para salir de la sala.

—Como hoy es el penúltimo día de pase, los actores, los compositores y el director van

a salir a saludar y hablar con los espectadores —nos informa Fer—. ¿Queréis que nos acerquemos a ver si conseguimos algo?

No me da tiempo a decir que no, ya que Begoña se me adelanta.

—Ya que Blanca conoce a Adrián podríamos pedirle un autógrafo… —dice la canalla.

Fer me mira con emoción. Me encojo y callo.

—¿Crees que te recibiría?

—Pues no lo sé, hace tantos años que no…

—¡Es un joven talento musical! Me encantaría poder charlar con él —exclama Fer, entusiasta.

—Es que apenas teníamos relación, en serio —murmuro.

—¿Cómo que no? De pequeños erais vecinos y amigos —continúa Begoña. ¡Debería

mantener la boca cerrada! ¿Qué pretende?

—Entonces vayamos a ver si logramos un autógrafo suyo —propone Fer. Me agarra de

la mano y casi que me lleva volando por el pasillo.

Fuera la gente se apelotona alrededor de los actores, en especial de la actriz que ha interpretado a Rosaura y del actor que ha dado vida a Segismundo, que ha bordado el papel, lo reconozco, aunque entiendo bien poco de todo esto. Murmullos, sonrisas, flashes, más vítores. Nosotros abriéndonos paso por entre la gente. Y, al fin, unos ojos encontrándose con los míos. Adrián ha reparado en mí y yo, de manera inconsciente, me

suelto de la mano de Fer y doy un paso hacia atrás. Pienso que Adrián hará caso omiso de

nosotros, pues charla de manera animada con un hombre que lleva un bloc de notas en una

mano y un bolígrafo en la otra. No obstante, minutos después se despide de él y se acerca

a nosotros. Begoña me da un toquecito en los riñones y echo el pie hacia atrás dispuesta a asestarle un taconazo.

—Hola —saluda Adrián con sus ojos clavados en mí—. Qué sorpresa verte por aquí.

—Dímelo a mí —respondo con la boca seca. Incómoda. Dubitativa. Con cientos de alas

desplegadas en mi estómago. Adrián está guapo a rabiar con ese traje.

Para mi sorpresa, se vuelve hacia Fer y le tiende la mano. Mi novio se la estrecha emocionado y alegre. Ay, Dios mío…

—Soy Adrián.

—¡Lo sé! Eres un portento, hombre —exclama Fer—. Como me enteré de que Blanca y tú erais conocidos y que vuestras madres son amigas, quería darle una sorpresa.

—Claro, sí. Algo nos conocemos. —Adrián esboza una sonrisa. Preciosa, brillante. E

irónica.

—Por cierto, yo soy Fer. El novio de Blanca.

Adrián asiente y luego dirige la vista hacia mí. La bajo hasta el suelo y creo que voy a

morir aquí mismo. Begoña me salva dándole dos besos y un abrazo, y se ponen a hablar.

Reparo en que Fer me observa con una ceja arqueada. Una mujer se acerca a nosotros y

Adrián nos dice:

—Perdonadme, pero debo ocuparme de algo. —Duda unos instantes y añade—: Tras

esto algunos compañeros iremos a L'Umbracle para celebrar lo bien que está funcionando

la obra. Si os apetece venir, estáis invitados.

Tras lo cual se despide y se da la vuelta para dirigirse a la anciana, quien le habla emocionada.

Estoy a punto de rechazar la oferta de Adrián, pero Begoña vuelve a adelantarse.

—Justo hoy es la reapertura de temporada de la discoteca. Ya que

hemos salido, vamos

a divertirnos un rato, ¿no? ¡Y encima rodeados de talentos!

—Pero no hemos cenado nada —me quejo.

—Sí, sería mejor comer algo —opina Fer.

—Nos acercamos a El Saler y picamos algo allí.

—Clau y yo nos volvemos a casa —dice Sebas.

—Si te apetece ir con ellos, puedo tomar un taxi. —Clau le da un beso en los labios, pero Sebas niega.

—Quiero estar contigo.

—¿Por qué no vamos a un restaurante? —Este es Fer, por supuesto.

—Sí —coincido. No es que me apetezca, pero tampoco es una buena idea ir a una discoteca donde estará Adrián. No desde que la última vez por poco nos besáramos.

—¡Por favor, chicos! —Begoña chasca la lengua y se cruza de brazos —. ¿Es que no podemos pasárnoslo bien? ¡Será solo un ratito!

Al parecer Fer no quiere quedar mal porque acaba aceptando el plan. Veinte minutos

después estamos comiéndonos unas hamburguesas de McDonald's y la cara de Fer no puede ser de más hastío. Imagino que le habría gustado algo más refinado, aunque a mí lo

cierto es que me da igual porque se me ha cerrado el estómago.

A la una menos cuarto, tras un mojito que se ha tomado Begoña, el agua con gas de Fer

y una manzanilla para mí (qué triste), nos detenemos en la terraza de L'Umbracle, una de

las discotecas más famosas de Valencia por su espacio al aire libre y su diseño. He de reconocer que he venido muchísimas veces y que siempre me lo he pasado genial. El interior es bonito y exclusivo, y la música está bien. Pero hoy los nervios se han apoderado de mis entrañas y poco me falta para no echar las tripas aquí mismo.

—¿Les esperamos fuera o pasamos a la terraza? —pregunta Begoña.

—Mejor terraza.

Mi idea es que, como la discoteca es tan grande, no nos los encontremos y mi amiga desista en su propósito y volvamos a casa. Cojo a Fer de la mano para guiarlo. Como no

frecuenta estos sitios, a ver si se me va a perder.

Dado que hoy se inaugura la temporada, la pista ya se halla atestada. Chicas muy maquilladas, con melenas larguísimas y escotes de infarto. Chicos con demasiados músculos y bastante alcohol en las venas para ser tan temprano. Todos posando en el *photocall*. Begoña se mueve como pez en el agua y nos abre camino hasta una de las barras. Yo antes también paseaba por aquí como por mi casa, pero como sé que Fer no se

siente cómodo, estoy algo rara.

—¡Para mí un gin-tonic! —pide mi amiga al camarero. Ladea el rostro hacia nosotros

—. ¿Qué queréis?

—¡Yo nada! —grito para hacerme oír por encima de la música.

—¡Cariño, por favor! —Me mira con gesto reprobatorio—. ¡Eh, os pido lo mismo que

para mí y punto pelota!

Minutos más tarde Fer rodea con su mano una bebida alcohólica que observa como si

fuera un bicho raro. Se atreve a darle un trago y pone mala cara.

—¡No me digas que jamás habías probado uno de estos! —Begoña se carcajea. Me

coge de la mano para bailar, aunque me quedo tiesa, al igual que Fer, y ella pone los ojos en blanco—. ¡Dame paciencia esta noche, Dios!

Media hora después no hemos visto ni a Adrián ni a los demás y propongo marcharnos

a casa, plan que Fer acepta con gusto. Su copa de gin-tonic todavía

está llena. La mía, por la mitad. La de Begoña más seca que un desierto.

—¡Vayamos a la entrada y así si llegan será más fácil que nos vean! —Me empuja hacia

delante y me dice al oído—: Mándale un mensaje, coño.

—Ni hablar —musito lanzándole una mirada mortífera.

—¿Habéis visto a esa tía de ahí? —Begoña nos señala a una chica que, posiblemente,

sea una de las azafatas por su atuendo y por la forma en que charla con un grupo de chicos

—. Creo recordar que se llamaba Samanta.

—¿Una antigua amiga? —me burlo.

—Hacía virguerías con la lengua —nos informa mi amiga. Fer compone un gesto

horrorizado—. Voy a por otro copazo.

Y como justo en ese momento atisbo una figura familiar exclamo:

—¡Ya voy yo!

Begoña me mira con los ojos muy abiertos y me tiende un billete de diez euros, pero ni

me espero.

Corro a la barra de antes y me coloco en la cola. Dejo que un par se me cuelen. No me

apetece volver a donde están Fer y Begoña porque he reparado en el actor de la ópera. No

en Adrián, pero es evidente que lo acompañará.

Me inclino hacia delante para solicitar el gin-tonic de mi amiga y entonces unas manos

grandes y frías me rozan la cintura. Creo que es Fer y, al darme la vuelta, se me congela

un grito en la garganta. Esto no puede estar pasándome. ¿Por qué tengo a Adrián pegado a

mi nariz? ¿Por qué me atrapa de la mano y me lleva hacia el lado opuesto de la terraza,

lejos de donde están Bego y mi novio? ¿Y por qué no opongo más resistencia? ¿Por qué el

corazón me brinca como un puñetero?

Al fin me detiene cuando unas cuantas personas nos rodean. Todavía tengo una de sus

manos en mis riñones y la otra con los dedos entrelazados en los míos. Se inclina hacia delante, provocándome un sobresalto, pero se aleja de mis labios hacia mi oreja.

—¿Me rehuías?

—Solo quería pedir algo de beber a mi amiga.

—La que me ha dicho adónde habías ido —me informa él y, aunque no veo su rostro,

noto que sonríe por el tono en que lo dice.

—Tiene la boca como un buzón —mascullo enfadada—. Es ella la que nos ha obligado a venir.

—No te mientas. Has venido aquí porque querías. Begoña no te ha puesto una pistola en

la sien.

Su voz es tan erótica que me provoca un temblor en la parte baja del vientre.

—¿Podemos volver con los demás?

—¿Tanto te incomoda estar aquí a solas conmigo?

Aparta los labios de mi oído para mirarme. Una sonrisa llena su rostro. Una cargada de

seguridad. Una que me hará perder la cabeza si paso más tiempo con él.

—Es que estarán esperándonos.

—¿Es incomodidad o nerviosismo lo que sientes? —continúa—. ¿O quizá atracción?

—No empecemos…

De repente me atrae hacia su cuerpo y ahogo un grito al chocar contra su pecho.

—Baila.

—No.

Me quedo tiesa, pero Adrián se mueve de una manera tan deliciosa que, al final, me uno

a él casi inconscientemente.

—¿Qué te ha parecido la obra? —me pregunta con sus manos posadas en mi cintura.

Allá donde me toca me quema. Saldrá fuego de mi piel.

—Muy bonita.

—¿Solo eso? —Me mira asombrado.

—Vale. Reconozco que me ha emocionado.

—¿Y ya está? —insiste.

—He llorado —le confieso agachando la cabeza.

—¿Por qué?

—No sé. Ha despertado cosas en mí que tenía dormidas.

Me coge de la barbilla y me la alza para que lo mire. Sus ojos estudian todo mi rostro

hasta posarse en mis labios. La mano de su cadera me mueve suave al compás de la

música. Se trata de una canción que suena mucho en los últimos meses y que en mala hora la ha pinchado el dj, ya que es bastante sensual, tanto el ritmo como la letra. « *Climb on board. We'll go slow*

and high tempo. Light and dark. Hold me hard and mellow…»

(«Sube a bordo. Iremos lento y rápido. Luz y oscuridad. Sujétame fuerte y suave…» *)*

—No importan los motivos por los que hayas ido hoy a ver la obra. Ni siquiera me molesta que el artífice haya sido tu novio. —Y esta última palabra en su boca suena rara

hasta para mí—. El que hayas estado allí, viéndome, es una de las mejores cosas que va a

pasarme en la vida, Blanca.

No, no. ¿Por qué no puede comportarse como un cabroncete? ¿Por qué me mira con esos ojos? Me abraza con más fuerza, tanto que el calor que desprende su cuerpo casi parece incorporarse al mío. Y nos movemos lentamente. Pegados el uno al otro. Su respiración chocando con la mía. Zayn cantando con su voz sensual y la mejilla de Adrián

tan cerca de la mía. « *Nobody but you, 'body but me, 'body but us, bodies together… I'd love to hold you close, tonight and always. I'd love to wake up next to you.* » («Nadie más que tú, que yo, que nosotros, nuestros cuerpos juntos. Me encantaría sostenerte cerca, esta noche y siempre. Me encantaría despertarme a tu lado.»)

—A mí también me encantaría ver tus ojos cada vez que despertara —me dice con sus

labios casi pegados a los míos. Y no pienso ni por un momento que Fer pueda vernos en

esta situación tan delatora. Porque soy incapaz de despegar los ojos de su boca—. Él lo hace, y me muero al imaginarlo, joder. Me hierve la sangre al pensar que él te tiene cada

día y que yo lo fastidié en cierto modo y que tú tampoco has querido hacer nada para solucionarlo.

—No puedes echarme en cara que…

—Da igual. No hablemos sobre eso. Tan solo déjame disfrutar de ti unos minutos. Si él

va a tenerte toda la vida, al menos aprovecharé este breve tiempo. Lo atesoraré.

Y me estrecha. Sus brazos me rodean cálidos. Mi cara apoyada en su pecho. Su cabeza

inclinándose y, lo siguiente, su nariz rozándome el cuello. Miles de estallidos en mi piel.

Diecisiete años otra vez. Una maldita regresión. Como siempre que le tengo cerca. Por eso, por eso no es posible que lo ame; sé que todos estos sentimientos son solo el fantasma del recuerdo…

« *So we'll piss off the neighbours in the place that feels the tears. The place to lose your fears. Reckless behavior. A place that is so pure, so dirty and raw. Be in the bed all day, bed all day, bed all day. Fucking in, fighting on. It's our paradise and it's our war zone.* »

(«Vamos a molestar a los vecinos en el lugar donde se sienten las lágrimas. El lugar donde perder tus miedos. Comportamiento inadecuado. Un lugar tan puro, tan sucio y crudo.

Estar en la cama todo el día. Follando, luchando. Es nuestro paraíso y nuestra zona de guerra.»)

—Zayn ha sabido dar voz a mis pensamientos —me dice Adrián al oído. Una cosquilla

baja por mi espalda—. Es lo que hicimos siempre. Follar, discutir. Pero era nuestro propio paraíso, ¿no crees? No sabes lo que daría por tenerte en mi cama todo el día.

Me coge los brazos y me los levanta, acariciándome la parte interna. Me los posa en su

cuello y me los cruza en su nuca. Y en esa postura nos balanceamos de un lado a otro al

ritmo de la canción. Y entonces caigo en la cuenta de que estoy bailando con alguien que

no es mi novio. Y no con un desconocido. No con una persona que no significa nada, sino

con una que lo es todo, que fue mi infancia y mi adolescencia y la mayor parte de mi vida

porque hasta mis dieciocho años no conocí otro mundo que no fuera él. Así que trato de

apartarme, pero Adrián no me lo permite. Y puedo sentir su dolor a través de este abrazo,

colándose entre las rendijas de mis propias heridas y me moriré si continuamos así. Porque me duele. Mucho. Adrián me duele demasiado, y es este sentimiento el que he estado evitando.

—Para… Haces que me sienta mal. Sucia —suplico revolviéndome entre sus brazos—.

Por favor, Adrián, compórtate. Si me aprecias, evítame todo esto.

—Necesito besarte, Blanca.

Apoya las manos en mis mejillas y sacudo la cabeza.

—Jamás sería infiel.

—A veces pienso que a quien eres infiel es a mí con él.

—Pero ¡¿qué dices?!

Le doy un pequeño empujón, pero me atrapa de las manos.

—No soy capaz de sacarte de mi cabeza. Me provocas necesidad, joder. Haces que cometa locuras… Mi mente está convencida de que es conmigo con quien debes estar.

—¡Me dijiste que no podías seguir esperando! Pero ahora que me ves feliz con otro hombre…

No me da tiempo a más. Se abalanza sobre mis labios a toda prisa. Me los cubre con los

suyos y su inconfundible sabor me marea. Por unos segundos olvido todo. Quién soy, qué

hago aquí, la gente que nos rodea, a mis amigos, a Fer… Me convierto en tan solo carne enfebrecida, piel ardiente, corazón extasiado, cuerpo tembloroso. La boca de Adrián me come sin piedad, me hace suya. Y me dejo. Permito que me bese de esa forma tan apasionada, tan ruda y dulce al mismo tiempo. Y después soy consciente de mis injustos

actos y lo empujo, y me pide perdón con los ojos. Me froto los labios, que hasta me duelen de la rabia con la que me los ha poseído.

—¡Eso ha sido rastrero hasta para ti! —le chillo. Pero en realidad

estoy enfadada conmigo misma porque mi sexo se ha despertado y demanda el suyo a gritos.

—Blanca, Blanca… —Intenta atraparme cuando ya me abro paso entre la multitud. Me

coge del brazo y me da la vuelta con violencia—. Vente conmigo. Dame una segunda oportunidad.

—¿Una segunda oportunidad? —le espeto con amargura—. ¿Es que acaso tuvimos

antes siquiera una?

Y esta situación es tan triste que los ojos se me llenan de lágrimas. Logro contenerlas,

pero tengo que apartar la mirada de la suya para no derrumbarme aquí mismo.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué te lo haces a ti? —continúa increpándome mientras

camino por la terraza a toda velocidad.

—¡Tan solo me quieres ahora porque estoy con otro hombre! —Y mis palabras ya no me convencen a mí. No sé si a él. Al parecer tampoco porque me persigue.

—¡¿Cómo puedes decir algo así?! ¡Me equivoqué! ¡Como tú! ¡Como todos! ¡Nuestro

maldito orgullo es el que nos está matando, Blanca! ¡Qué puta mierda que seamos así!

Sus palabras me martillean en el corazón. Me lo machacan. Me hace sentir lo

equivocada que estoy y que no soy capaz de enfrentarme a la verdad solo por miedo a caerme y hacerme daño. Me cuelo por entre unas cuantas chicas que bailan en círculo. Al

fin logro despistar a Adrián. Avanzo por la terraza en busca de Begoña y Fer. Los descubro a lo lejos en unos sillones. Él charla con el actor principal de la obra y ella bailotea con un par de mujeres que imagino que serán actrices. Cuando me ve arquea una

ceja.

—¿Y mi gin-tonic?

—No quedaba ginebra.

—¿Qué? —Arruga la nariz como si no se lo creyera.

Me doy la vuelta y descubro a Adrián acercándose a nosotros. Corro hacia Fer, lo tomo de la cintura y lo vuelvo hacia mí. Me mira con expresión sorprendida.

—Vamos a bailar —le pido, en un intento por olvidar el beso que me he dado con Adrián.

—Ahora no, Blanca. Sabes que esta música y estos ambientes no son para mí —

rechaza.

—Vamos… —suplico.

—Estoy hablando —me suelta en tono rotundo—. Y no voy a bailar esto.

Todos los errores de mi vida vuelven a caer sobre mí. Fer se merece la verdad. Y yo también. Aunque no pueda estar con Adrián, tampoco es sostenible la situación con Fer.

Mejor sola. Quizá ese sea mi sino. Así que voy a confesar a Fer lo que sucede, y ya está.

—Entonces vámonos a casa. Necesito explicarte algo.

—Espera un momento…

Adrián se coloca a nuestro lado y me separo como si quemara. Lanzo una mirada a Begoña, quien se arrima a mí y me lleva con las otras chicas.

—No sé qué te pasa, cariño, pero esta no eres tú. A la Blanca que yo conozco le importaría un zurullo si Fer quiere bailar o no. Te irías a la pista y disfrutarías.

—He hecho algo horrible, Bego.

Sacudo la cabeza, aturdida. La presencia de Adrián a mi espalda, cerca

de Fer, me descoloca.

—Vamos al baño y me lo cuentas. —Begoña me toma del codo y me lleva casi en volandas.

Por el rabillo del ojo aprecio que Fer y Adrián nos siguen con la mirada. De un momento a otro me volveré loca. Pero entonces un tío surge de la nada para demostrarme

que la noche puede ir a peor. Begoña frena en seco y me golpeo en la nariz con su omóplato.

—Perdona, ¿serías tan amable de apartarte?

El tipo pasa de ella. Me mira a mí y yo no sé qué es lo que quiere. Cuando habla descubro que va borracho.

—Oye, yo te conozco. Estás preciosa. ¿Te acuerdas de mí? —dice con voz gangosa.

Niego con la cabeza y me aferro al brazo de mi amiga, dispuesta a marcharnos. Sin embargo, él nos cierra el paso.

—¿Cómo que no? Nos conocimos aquí, hace ya más de un año. Tomamos unas copas.

Después fuimos a tu casa, un piso muy bonito, femenino, en El Carmen. ¿Sigues viviendo

allí?

Begoña abre la boca, sorprendida, y me lanza una mirada.

—¿Conoces a este tío?

—Yo, no…

—¿Por qué no vamos allí? —Y me coge de la mano para apartarme de Begoña. Me suelto sacudiendo la cabeza.

—Escucha, ¿por qué no te largas? Mi amiga y yo estamos juntas. Y también está ahí mi

novio…

El tipo se ríe y me observa con gesto burlón. Alza una mano y dice:

—Vale, ya lo entiendo. Eres una chica de una noche, ¿no? ¿Eres así?

—¿Puedes irte? —exclamo con malas maneras.

—¡Ya la has oído! ¡Date el piro, tío! —lo increpa Begoña. Y, para mi sorpresa, él le da

un empellón.

—¡Oye! ¡Vete a la mierda! —le chillo.

El tipo se saca un billete de la cartera y lo agita ante mi rostro. Begoña tira de mí, pero él me retiene por el brazo.

—Nena, me da igual. Puedo pagarte.

—En serio, ¡márchate! —Lo empujo con todas mis fuerzas y me insulta.

—Eres una zorra. Vamos, cógelo, ¡zorra! —Me tira el billete.

Fer aparece en ese momento y se nos queda mirando con expresión preocupada. A su

espalda, Adrián. Agacho la cabeza, rogando para que el tipo este se vaya. Me maldigo a

mí misma, a mi pasado.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta Fer.

—Esta tía, que es de rollos de una sola noche. Y, al parecer, esta es la tuya —le dice el

tío con una sonrisa borracha—. Así que pásalo bien. Yo lo hice, y mucho.

—¿Quién es este individuo? —Fer me mira con expresión incrédula. Atisbo en sus ojos un rastro de desprecio.

—¿Sabes? —El incordio vuelve a dirigirse a mí pero continúo con la vista clavada en la

punta de mis zapatos—. ¡Te follé en el suelo de tu puto salón! ¡Al menos podrías acordarte de mi puñetero nombre! ¡Gozaste como una perra!

—¡Dile que se marche! —Begoña tira de la manga de Fer, pero este no reacciona, tan

solo me observa con la boca abierta y gesto horrorizado.

Un puño vuela por delante de mi rostro e impacta en la cara del imbécil que está metiéndose conmigo.

Y descubro que no es de Fer, sino de Adrián.

27

La gente grita a nuestro alrededor. Begoña me aparta para que no me lleve ningún golpe.

Adrián está furioso y lanza un puñetazo tras otro al energúmeno. Él se lleva también un

golpe que le echa la cabeza hacia atrás.

—¡No vuelvas a decirle algo así! —grita—. ¡Te juro que si la insultas una vez más te

rompo tu mierda de cara!

Un par de personas pasa a toda velocidad por nuestro lado. Dos seguratas separan a Adrián y al tío que continúa soltando improperios. Alzo la vista y descubro que a Adrián

le sangra la nariz. Quiero acompañarlo porque van a sacarlo de la discoteca, pero Begoña

niega con la cabeza y me retiene. Sus compañeros de la obra lo siguen y nosotras nos quedamos en la pista. Fer, a nuestro lado, guarda silencio con expresión indescifrable.

—Vámonos.

Mi amiga tira de mi brazo. Intento coger a Fer de la mano, pero me la rechaza y una sensación de ahogo me llena la garganta.

Nos dirigimos a la salida en silencio. Yo a punto de echarme a llorar, gritar o lanzarme

al suelo y morirme aquí mismo. En el exterior Adrián discute con sus compañeros.

Cuando nos ve corre de inmediato hacia nosotros. En realidad es a Fer a quien se dirige.

—¿Por qué cojones no has hecho nada? ¿Por qué te has quedado ahí tieso mientras un

gilipollas decía de todo a tu novia?

Veo que a Fer le tiemblan las manos y me asusto al pensar que quizá haya una nueva

pelea.

—¡¿Y quién te ha dado a ti vela en este entierro?! —le espeta.

Adrián parpadea sorprendido.

—¡Estaba llamándola puta! ¡Humillándola! ¿Esperabas que me cruzara de brazos y ya está? ¡Blanca es mi amiga!

—¿Y por qué nunca me ha contado nada sobre ti, eh?

Es la primera vez que veo a Fer tan furioso, y eso hace que me preocupe más y que desee desaparecer.

Adrián se calla y coge el pañuelo que Begoña le tiende. Se limpia la sangre y luego me

mira. Ladeo el rostro y cierro los ojos. Dios, me siento tan mal, tan culpable, tan sucia…

Soy yo quien ha provocado este enfrentamiento, quien daña siempre a los demás con su

comportamiento.

—Me voy. Buenas noches —se despide Fer de todos.

Y yo no sé qué hacer. Alzo la cabeza y miro a Adrián, quien se muerde el labio inferior

y murmura algo entre dientes. Begoña me aprieta el hombro.

—Ve. Necesitas hablar con él. Me quedo con ellos.

Me disculpo ante todos. Los compañeros de Adrián me dedican sonrisas, aunque

imagino que pensarán que soy una mujer problemática. Corro hacia Fer, quien ya se halla

a unos cuantos metros debido a sus enormes zancadas. Antes de atraparlo me doy la vuelta

y descubro a Adrián al lado de Begoña, con aspecto desolado. El corazón me da un vuelco

y me pide a gritos que regrese con él, pero no puedo. Debo hacer las cosas bien.

—¡Fer! —exclamo—. ¡Por favor, espera!

No se detiene hasta que llegamos al coche. Me muerdo un carrillo para no romper en llanto. Me mira con la mandíbula apretada. Sé que está enfadado conmigo, mucho. Y con

razón.

—Te llevo a casa.

—Hablemos.

—En tu casa.

Se mete en el vehículo y yo lo rodeo, y casi no he tocado el asiento cuando él ya ha arrancado.

Durante el trayecto no me habla. Me odia, estoy segura. Yo también me detesto. ¿Qué

voy a decirle? No comprenderá mis actos. Es muy difícil explicar todo lo que he hecho. Ni

siquiera en el ascensor abre la boca y mucho menos me mira. Paso por delante para abrir

la puerta y él la cierra de un golpe que me hace dar un brinco. Me siento en el sofá, pero se queda de pie, alejado de mí, con los brazos cruzados.

—Aclárame qué ha ocurrido hace un rato —rompe el silencio con voz seca.

Decido desnudarme. Mostrarle quién he sido y quién soy. Se merece la verdad. Ha sido

una buena persona conmigo, a pesar de todo. Es hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Tú creías estar con una mujer formal y la verdad es que soy una guarra barata.

—Blanca, por favor…

Me levanto del sofá y me acerco a él.

—Resulta que hice cosas que, en cierto modo, me ayudaron a superar mi pasado, mi situación en la vida —tartamudeo—. Sé que quizá no eran buenas para mí, pero me ayudaban a llenar el vacío que sentía. Y ahora me avergüenzo… —La voz se me quiebra.

Fer me observa incrédulo.

—¿Por qué no me lo dijiste desde un principio?

—Porque tú esperabas algo diferente de mí, y yo no podía ni sabía dártelo.

—Bueno, ahora todo eso quedó atrás, ¿no?

—Sí… —asiento, aunque dubitativa.

—Entonces ya está. No debes avergonzarte más. Pero…

—Pero ¿qué?

—En cierto modo podría hacer caso omiso de todo eso, ya que es tu pasado. —Fer esboza una sonrisa triste—. No es lo que me gusta en una mujer. Va en contra de mis convicciones que hayas retozado con un sinfín de hombres…

—Fer, eso no es así. Yo…

¿Acaso no era libre yo antes? ¿Por qué asegura que es mi pasado y que no me avergüence cuando a él sí parece incomodarle?

—Tú me importas. Estaba… Y, bueno, estoy dispuesto a no darle mayor importancia a

todo eso, pero… ¿Acaso voy a tener que soportar más situaciones

bochornosas como la de

hoy?

Lo miro boquiabierta. Sacudo la cabeza, me aparto el flequillo sudado sin saber qué responderle.

—Blanca, dime: ¿con cuántos hombres te has acostado? ¿Diez? ¿Quince?

Me muerdo el labio inferior. No llevo la cuenta. Y no quiero mentirle más.

Fer suelta un suspiro.

—Imagino que no eran tus parejas.

—Esos actos no definen quién soy. La Blanca de antes quizá actuaba mal, pero ahora…

Desde que estoy contigo…

Trato de cogerle la mano, pero la aparta. Se me escapa un sollozo.

—Quiero tranquilidad en mi vida. Necesito estar seguro de que no me encontraré con un montón de tipos que te requerirán para tener sexo o que te increparán por haberte acostado con ellos.

—Lo de hoy ha sido un caso puntual.

—Y luego está ese hombre… Adrián. Nunca me habías hablado de él, decías que

apenas lo conocías, pero esta noche se ha peleado por ti. ¿Qué significa eso, Blanca?

Aparto la vista. Por el rabillo del ojo veo que se frota el rostro y niega una y otra vez.

—¿También te acostaste con él?

—Es distinto. Él no ha sido uno más.

—Peor me lo pones, Blanca. —Me mira muy serio—. ¿Te has acostado con él mientras

salíamos?

—¡No! —exclamo ofendida. Y entonces recuerdo el beso de esta noche y siento que me

sonrojo.

—¿Y cómo puedo saber que es la verdad?

—Si no me crees, ¿qué debo hacer?

Fer se sienta en la silla que tiene detrás y se cubre la cara con las manos mientras me

quedo aquí plantada sin mover un solo músculo hasta que vuelve a mirarme con los ojos

enrojecidos.

—Esto no funcionará. He intentado que fuera bien, en serio. He dado la cara por ti ante

mi padre incluso cuando él aseguraba que no eras de fiar.

—¡¿Qué?! ¡Me dijiste que se había solucionado todo! —Parpadeo totalmente

confundida—. ¡¿Y tú también crees que no soy una buena persona?!

—No es eso. Seguro que lo eres. Me lo has demostrado todos estos meses. —Esboza una leve sonrisa—. Pero quizá ya no podemos ir a más, o no debemos. Hay cosas de mí

que no te agradan, y también hay aspectos de ti que no me gustan a mí. Te lo dije: necesito una mujer en mi vida que quiera ir en serio ya. Me refiero a que desee casarse conmigo en

poco tiempo y que me dé hijos, que esté dispuesta a comer con mis padres todos los domingos y a divertirse en esos ambientes.

—¿No se supone que amar es aprender a respetar aquello que no nos gusta del otro? —

inquiero alzando un poco la voz.

—¿Y tú me amas a mí?

—Yo…

—Es cierto que siento algo por ti, pero creo que tampoco es un amor profundo, Blanca.

Habrá muchísimos hombres a los que les enamore tu forma de ser al completo.

—Eso no suena muy bien. —Frunzo el ceño.

—Estoy explicándome mal. Me pareces una mujer fantástica, pero lo más probable es

que no seas la adecuada para mí.

—¡Hace tan solo unas horas me diste esa sorpresa porque se suponía que querías que lo

nuestro continuara! —exclamo.

—Lo mejor es que lo dejemos aquí.

—¿Y ahora qué?

—Ahora es momento de que cada uno encuentre lo que quiere.

Sus palabras me dejan muda. ¿Y qué es lo que yo quiero? ¿No se supone que esto?

¿Acaso he tratado que nuestra relación no vaya más allá? ¿O de nuevo estoy equivocada y

debería haber luchado más por nosotros? ¿Fer es el hombre con el que habría sido capaz

de casarme? Los pálpitos en mi corazón me avisan de que no y, a pesar de todo, me duele.

Me lastima muchísimo que esto acabe aquí, ahora, de esta forma.

Me estrecha entre sus brazos. Le paso las manos por la espalda y me pego a su pecho.

Lloro en su camisa y se la empapo. Quiero decirle que esta noche Adrián me ha besado y

que lo he correspondido, pero no me sale. No deseo hacer más daño a nadie. Hay secretos

que es mejor guardar, a pesar de todo. Sin embargo, decido contarle parte de la verdad.

—De adolescente quise a ese hombre, a Adrián —me oigo confesar. El cuerpo de Fer se

tensa, aunque guarda silencio—. Por unas cosas o por otras, nos separamos. Volvimos a

encontrarnos el verano pasado y todo se despertó. Revivió lo que sentía por él como si en mi corazón se hubiera formado una primavera. Lo he intentado… Lo juro. —Se me escapa

un sollozo—. Cuando te conocí en Nochevieja estaba pasando por un mal momento, pero

te prometo que en estos meses he luchado conmigo misma para quedarme contigo, para quererte y mucho. Y siento un enorme cariño por ti, pero…

—Da igual. Puedo llegar a entenderlo. No significa que no me duela, pero…

—¡He tratado de olvidarlo, créeme! —exclamo entre sollozos con el rostro enterrado en

su camisa.

—No llores, Blanca. No te pongas triste. Estos meses han sido bonitos, ¿no? Hemos disfrutado en la cama, en restaurantes, he conocido a tus encantadores padres… y tú has

descubierto la mala leche del mío —bromea Fer para distender el ambiente.

—¿Qué van a decir ellos? —Alzo la barbilla para mirarlo con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué más da? No debería importante lo que piensen cuando no estemos juntos. Si te

sirve de consuelo, jamás diría nada malo de ti.

—Quizá me lo merezca.

—No digas eso. —Me acaricia el cabello—. Esto es un consenso. Lo dejamos de mutuo

acuerdo, ¿no? Mejor antes, cuando todavía nos tenemos cariño, que después, cuando pasado el tiempo quizá habríamos llegado a detestarnos por unas cosas o por otras.

—No tendría por qué ocurrir eso. ¿Y si funcionara?

—Blanca… —Me coge la barbilla con dos dedos y niega con la cabeza —. No me lo has

dicho claramente, pero si todavía amas a ese hombre, ¿cómo vas a sustituirlo por mí?

—No quería mentirte. Y no lo he hecho, de verdad. En realidad me he engañado a mí

misma. Estaba a gusto contigo, y al principio todo fue bien y lo aparté de mi mente, pero…

—Vale. Déjalo ya, en serio. —Sonríe, aunque lo noto un poco molesto, a pesar de todo.

—¿Vamos a ser amigos?

—Te seré sincero: ya tengo amigas en mi vida. Y sabes lo que busco.

Lo miro en silencio. Entiendo, no quiere mi amistad. En cierto modo, es lógico. Ha pasado casi medio año con una mujer que sentía cosas por otro.

—Eso no significa que no hablemos alguna vez y que si me necesitas no puedas llamarme. Hazlo, si lo deseas.

—No me odies, por favor.

—No lo haré.

—¿Por qué eres tan comprensivo?

—No se trata de eso. Si yo hubiera estado tremendamente enamorado de ti, por

supuesto que sería más difícil. Pero hemos conseguido pararlo a tiempo. Lo de esta noche

ha sido una especie de señal.

A mi mente acude aquella vez en que Adrián me dijo que no creía en

señales, sino en

hechos. El nudo en mi pecho crece y crece. Fer me da un pequeño beso en la mejilla y me

observa muy serio.

—Es un adiós —murmuro.

—No lo consideres así.

—¿Seguirás creyendo que me he acostado con él mientras estaba contigo?

—¿De verdad te importa lo que yo crea o no?

—Sí.

Fer suspira. Atraviesa el salón para dirigirse a la puerta. Lo acompaño abrazándome a

mí misma.

—En mi vida habré hecho muchas estupideces, pero esa no.

—No te tortures más —me dice en tono seco.

—He sido feliz contigo —le confieso cuando abre.

Se queda parado unos segundos, de espaldas a mí. Al darse la vuelta me muestra una sonrisa tristona.

—No del todo.

—¿Y tú conmigo?

—Me has hecho pasar unos buenos meses, tener ilusiones. Me he reído contigo y he aprendido cosas. Si podemos llamar felicidad a eso, entonces sí.

Asiento, tratando de contener las lágrimas que se avecinan de nuevo. Segundos después

la puerta se cierra dejándome sola en ese piso que, una vez más, se me antoja demasiado

vacío. Me descubro tirándome en plancha en la cama, boca abajo,

ahogando los sollozos.

Durante un buen rato lloro, hasta que decido que ya basta, que en cierto modo esto era lo

que debía suceder y lo que una parte de mí estaba buscando. Y se supone que así ha sido

más fácil, ¿no? De mutuo acuerdo, como ha dicho Fer. Aunque no me lo parece. Soy la

culpable. Me siento una traidora.

Regreso al salón para coger el bolso. Por el pasillo rebusco en él hasta dar con el móvil.

Marco el número de Begoña. A los diez tonos todavía no me lo ha cogido, pero en la segunda llamada me pregunta con preocupación:

—¿Estás bien?

—Sola, eso es lo que estoy.

—¿Qué quieres decir?

—Fer y yo lo hemos dejado.

Begoña se sume en un silencio que dura al menos un minuto.

—No te culpes. Sé que es lo que ahora mismo estarás haciendo.

—¿Cómo no hacerlo?

—Las parejas terminan. El amor se acaba. No puedes mantener una relación cuando no

hay un sentimiento real.

—No sé qué hacer.

—Sí, sí lo sabes, Blanca.

—Eso sería algo terrible. Correr a los brazos de… —Se me atraganta su nombre en la

garganta.

—No es terrible. Es lo correcto, lo que deberías haber hecho tiempo

atrás.

Rompo a llorar de nuevo. La oigo animarme, largarme un sermón acerca de buscarme y

encontrarme, de reflexionar, de abandonar el miedo, de aclararme, de arriesgar.

El amanecer nos encuentra despiertas. Le he contado todo. Todos mis momentos con Adrián desde que lo conocí cuando éramos tan solo unos niños.

28

Espero frotándome las manos mientras Nati me observa con una sonrisa. ¿Que qué hago

en casa de la madre de Adrián? Encontrarme, tal como me aconsejó Begoña. Me confesó

que Adrián le había dicho que pasaría unos días en el pueblo antes de marcharse a Barcelona para estrenar la obra allí. He estado una semana dándole vueltas, pero tampoco

puedo postergarlo más y echarlo todo a perder como de costumbre. He reflexionado sobre

si debía estar sola, como había estado hasta conocer a Fer, pero sin acostarme con ningún

hombre, por supuesto. Solo yo, porque ir por mi cuenta siempre se me ha dado la mar de

bien. Al fin y al cabo, se supone que después de una ruptura lo mejor es escucharse a una

misma durante un tiempo, ¿no? No volver a caer en los brazos de nadie. Pero he sentido

que mi ruptura con Fer no ha sido normal, no ha sido la de una pareja que se ha amado

mucho, porque no ha habido reproches ni palabras malsonantes, ni

siquiera una discusión.

Fer y yo nos hemos querido, pero como amigos y ya está. Y en mi interior había un amor

guardado, oculto. Por eso… Por eso no puedo quedarme sola y reflexionar más. Porque mi

cuerpo y mi alma me piden a Adrián. ¿Que quizá hago mal? Quién sabe. No voy a quedarme con las dudas.

No he dormido sino un par de horas y mis ojeras deben de llegarme a los pies, pero no

me importa. Tengo muchas cosas que decir a Adrián y no sé si seré capaz.

—¿Quieres tomar algo, cariño? —me pregunta Nati.

—No, gracias.

—¿Un café? Pareces cansada.

—Me provocaría más nervios. —Sonrío.

Adrián no sabe que estoy aquí. Cuando he llegado hacía tan solo cinco minutos que se

había metido en el baño, y he rogado a Nati que no lo avisara, que quería que fuera una

sorpresa. Y cuando él aparece en la cocina con el cabello revuelto, unos vaqueros descoloridos y una sencilla camiseta negra de manga corta el corazón me brinca alocado.

Su expresión de desconcierto y, a la par, de emoción me demuestra que he hecho bien en

venir.

—¿Ocurre algo?

—Necesito hablar contigo.

Lanza una mirada a su madre y por el rabillo del ojo veo que ella asiente con la cabeza.

Adrián me indica con un gesto que lo acompañe. Me despido de Nati con un beso y un abrazo, y lo sigo hasta el recibidor. Él coge las llaves, se las guarda en el bolsillo trasero del pantalón y abre la puerta. En el ascensor me dedica una sonrisa que se me antoja algo

incómoda, pero me obligo a no montarme nuevas movidas.

—¿Vamos a mi piso?

Asiento. Deslizo la mirada hasta el suelo, pero cuando Adrián camina por delante de mí

las retinas se me llenan de sus movimientos seguros, de su ancha espalda, de su cabello húmedo que me parece perfecto.

Una vez en su casa me deja sentada en el salón mientras prepara algo en la cocina.

Regresa con una pequeña bandeja con dos tazas de té y unas galletas. El estómago se me

ha cerrado, pero cojo una y le doy un mordisco. Toma asiento a mi lado y, de repente, alarga una mano, me agarra suavemente de la muñeca y me acerca a él. Con la otra palma

me acaricia la cara y, de manera instintiva, me inclino y apoyo una mejilla en su hombro

derecho al tiempo que suelto un profundo suspiro.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Fer y yo ya no estamos juntos.

Un silencio incómodo recorre la habitación y un zumbido se instala en mi cabeza.

Adrián carraspea y me suelta. Me obligo a conservar la calma, pero… ¿Y si yo tenía razón

cuando le insinué que únicamente me quería porque estaba con otro hombre? ¿Y si ahora

vuelve a rechazarme? «Todo seguirá igual. Sea cual sea su respuesta, estaría bien», trato

de convencerme. Mentira.

—Vale —dice en voz baja. ¿Solo eso?

—Quería que lo supieras. Es lo justo, ¿no? Me besaste, y casi me suplicaste que lo dejara y que estuviera contigo —le recuerdo.

—¿Lo has dejado tú?

—No. Los dos…

Adrián suspira. Se pasa la mano por el cabello y sacude la cabeza.

—No quiero que vuelvas a mí solo porque te hayas quedado sola.

—Eso es muy cruel.

—Lo siento.

—¿No era lo que esperabas?

—Parecías tan segura de no querer estar conmigo…

—Sabes perfectamente que no es así. Pero oye, tranquilo, no estoy pidiéndote nada.

—Entiéndeme, Blanca. Me ha chocado, nada más. Os fuisteis juntos. Salí a defenderte

yo, pero te marchaste con él y creí que…

—Era lo que debía hacer. Solucionar las cosas. Y… ahora contigo. Lo he meditado mucho esta semana. —Se me quiebra la voz. ¿Por qué tantas reticencias? ¿Es que me deseaba porque me acostaba con otro? —. Si esta vez soy yo la que tiene que esperar…

Vale. En serio, vale.

—Espera, tranquila. Hagámoslo bien. Hablemos de todo. Pongamos las cartas sobre la

mesa. Confesémonos que es lo que de verdad sentimos el uno por el otro.

Estallo en llanto. Tan desconsolado que Adrián da un brinco. Alarga los brazos para estrecharme, pero se lo piensa mejor y se detiene a solo unos centímetros de mí. Me deja

soltar todo el lastre que llevaba dentro.

—¿Por qué lloras? ¿Te sientes mal por haber terminado con Fer? —me pregunta.

Asiento, con la cara enterrada en las manos—. ¿Le quieres a él? ¿Es eso? ¿Te sientes culpable porque la atracción que sientes por mí ha conllevado que terminarais?

Sacudo la cabeza y sollozo con más fuerza. Parece mentira que me diga esas cosas. Por

supuesto que me atrae. El deseo que me despierta es superior a mí, a qué negarlo, pero…

es más. Es demasiado. Es un torbellino que me arrolla. Es una explosión en el corazón que

me abrasa y me congela. Es amor, y necesito decírselo, pero de nuevo las palabras están

atascadas en mi garganta.

—¿Puedo ir al baño?

—Claro. —Me mira confundido, sin saber qué hacer.

Me levanto y camino por el pasillo a trompicones. Me observo en el espejo y me repito una y otra vez que esto es lo correcto. Que Adrián lo sabe. Yo lo sé. Que tan solo debemos materializarlo y que no tiene por qué ser tan difícil. Voy a coger un trozo de papel para secarme las lágrimas y sonarme, pero descubro que no hay rollo. Busco por el aseo con la

mirada en vano. Me asomo al pasillo y exclamo:

—¿Tienes un pañuelo?

Lo oigo trastear en la cocina. Al cabo de unos segundos contesta:

—¡En el dormitorio! ¡En el cajón habrá algún paquete!

Me deslizo hasta su habitación. Las persianas se encuentran a medio abrir y la luz incide en su cama. Me trae recuerdos de aquella mañana que pasamos tumbados charlando

sobre nosotros. Me acerco a la mesilla y tampoco encuentro nada. Voy hasta la cómoda y

hallo un paquete con un par de pañuelos nada más. Saco uno y me sueno la nariz con estruendo, con la mirada perdida en las camisetas que descansan en el cajón. Y entonces

entreveo que por debajo de una de ellas asoma algo rojo. Un leve pinchazo en el corazón.

Tiendo la mano libre y, con dedos temblorosos, aparto la camiseta.

Un sobre. Rojo. Familiar. Sin remitente. Estiro el brazo y miro el pasillo vacío. Esto es

una intromisión en la intimidad de Adrián, pero es que este sobre forma parte de mí. De

nosotros. Lo sé.

Y al sacarlo el corazón me estalla una vez más. Al abrirlo se me escapa un jadeo.

Dentro se encuentra la foto y la carta que le escribí, que yo hice pedazos. Los ha pegado

uno a uno hasta recomponer ambas. Observo la fotografía, llena de trocitos de cinta adhesiva, en la que aparecemos él y yo de críos. El pañuelo se me cae al suelo sin darme

cuenta. Las manos me tiemblan tanto que la foto acaba desenfocándose ante mi mirada.

Leyó la carta. La leyó y la guardó. En su piso. Cerca de él. ¿La ha tenido consigo durante todos estos años? ¿Cuánto tiempo dedicaría a juntar todos esos pedacitos para que quedara

bien, casi como una forma de recomponer también el amor que se nos rompió?

Un pitido resuena en mis oídos. Y me veo desde fuera saliendo del dormitorio, corriendo por el pasillo y encontrándolo en la cocina preparando comida. ¿Para mí, quizá?

Adrián nota mi presencia, se da la vuelta con cara de sorpresa y automáticamente repara

en lo que porto en la mano. Pero no le doy tiempo a nada. Me lanzo a sus brazos, creados

para envolverme con ellos. Y me recibe apabullado, pero me rodea. Me rodea, y ya podría

el mundo desmoronarse alrededor de nosotros que me daría igual. Me engancho a sus

labios con los ojos cerrados. Nos besamos como si no existiera nada más, como si fuera la primera vez y la última, como si estos besos fueran nuestro alimento.

—Te quiero —jadeo en sus labios—. Te quiero. Te quiero, Adrián. Te quiero tanto…

Siempre te he querido. Te quise con miedo y ardor a los diecisiete años, te quise después y te quiero ahora.

Me abraza con fuerza y me levanta en vilo. Le rodeo las caderas con las piernas y cuando quiero darme cuenta me ha llevado al salón y estoy tumbada en el sofá, con él encima de mí, besándome todavía, arrancándome suspiros y lágrimas, amándome con sus

labios, con su lengua, con sus manos. Se separa para observarme. Me adentro en sus ojos,

me baño en su mirada. Le acaricio la mejilla con la mano libre al tiempo que con la otra

alzo la foto y la carta.

—Las has encontrado… —Esboza una sonrisa tímida—. No he pensado en ellas cuando

te he mandado al cuarto, lo prometo.

—Las has guardado todo este tiempo —susurro con emoción contenida—. Recogiste

los pedazos y los pegaste hasta formarlas otra vez. ¿Qué significa, Adrián?

—Significa que yo también te quiero, Blanca, y que nunca he dejado de hacerlo. A pesar de todo, a pesar de mis errores, de mi orgullo, del tuyo, de los años, no he sido capaz de sacarte de mis venas.

Sonrío. Lo atraigo hacia mí y apoyo mi mejilla izquierda en la suya. Nos quedamos así

un buen rato, abrazados, escuchando nuestras respiraciones, sintiendo nuestros corazones

palpitar el uno junto al otro.

—La he mirado muchas veces, esa foto. Era la única forma en que te tenía cerca. Y leí

la carta tanto que creí que las letras iban a desgastarse.

—Dios, qué vergüenza —murmuro con una sonrisa.

—¿Vergüenza? Es lo más bonito que jamás me han dicho, Blanca. Todo el amor que pusiste en esas palabras fue el que me mantuvo en pie en los momentos difíciles.

Lo beso de nuevo. Jadeos. Gemidos. Suspiros. Sus manos recorriendo todo mi cuerpo.

Su respiración confundiéndose con la mía hasta formarse un único aliento. Y tan solo deseo sentirlo dentro de mí y que se detenga el tiempo porque, sin dudarlo, esos son los

mejores minutos de mi vida. Así que bajo las manos hasta sus vaqueros y le desabrocho el

botón. Adrián se apresura a bajárselos y alzo el trasero para deshacerme de los míos. No

sé cómo, pero acabamos tirados en el suelo en un lío de brazos y piernas. Muriéndonos de

risa como hacíamos antes, en aquellas tardes de invierno, primavera, otoño y verano en que éramos amigos. Los mejores del mundo. Y ni siquiera nos dábamos cuenta de ello.

Se incorpora y me coge en brazos. Enlazo las manos en su cuello y me inclino para besárselo. Aspiro su aroma. Mi hogar. Está aquí, justo a su lado, con el calor de su cuerpo.

Me lleva hasta el dormitorio y me deposita con cuidado en la cama. Se sube a ella y se coloca a mi lado. Nuestros pantalones han quedado atrás, en el salón, y ahora nos sobran

las camisetas. Se la quito y él me despoja de la mía. Apoya una mano en mi garganta y entonces la desliza por mi pecho hasta llegar a mi vientre, y me dibuja con sus dedos y con los ojos.

—Me asustaba pensar que ya no volvería a tenerte así para mí. Verte desnuda me hace

entrar en el cielo.

Lo cojo de los hombros y lo atraigo hacia mí para perderme de nuevo en sus besos.

Húmedos. Salvajes. Después tiernos. Pequeños. Grandes. Con la boca abierta. Llenos de

saliva. Nos reconocemos. Nos aprendemos con todos esos besos que no solo tocan mis labios, sino también mi corazón. Como aquellos que me dio a los diecisiete años, con los

que sacudió mi boca, con los que todavía tiembla mi recuerdo. De esos que no se olvidan

ni en otros labios, ni en otras noches, ni siquiera en otras vidas.

—Me muero por hacerte el amor, Blanca. Pero solo si tú quieres. Si estás preparada.

Has terminado hace nada con otra persona y no deseo que…

Le tapo la boca con dos dedos. ¿Preparada? Siempre lo estaría para él. Si es el único que conoce bien mi cuerpo.

Contengo la respiración. Yo también lo deseo. Aunque esta no será la primera vez porque con él no follé nunca, con él fue todo, y siempre.

Me estrecha entre sus brazos y los ojos se me cierran inconscientemente. Y sus labios

en mi cuello me hacen trascender, iluminarme, brillar como un astro, ser otra persona…

Esa Blanca que he buscado durante tanto tiempo. Cuánto me ha costado darme cuenta de

que solo lo soy cuando estoy con él. Un corazón indomable y de fuego con su cercanía.

Me incorpora un poco para desabrocharme el sujetador. No sé cómo lo hace sin mirar,

pero en un segundo vuela por los aires y noto sus dos dientes

delanteros clavándose en mi

pezón derecho. Hundo los dedos en su cabello y tiro de él. Adrián lame mi pezón, sopla en

él, me mordisquea el contorno del pecho y a continuación hace lo mismo con el otro. Mi

espalda se arquea ante tanto placer. Gimo y sonrío. Desliza una mano por mi vientre y traza círculos en mi ombligo, arrancándome una risa a causa de las cosquillas. Y en cuanto

roza mi pubis por encima de las braguitas estallo. Mi cuerpo se volatiliza con el contacto de dos de sus dedos en mi ropa interior. Me revuelvo a un lado y a otro, ansiosa de que

meta la mano y se empape de mi humedad.

—Cuánto te he echado de menos… No creo que puedas hacerte una idea —jadea

todavía en mis pechos.

Los abandona para surcar mi abdomen, que llena de besos. La punta de su lengua lame

mi ombligo y mis caderas. Es algo que solo me ha hecho él, y es maravilloso, excitante,

extremadamente sensual. Me los acaricia con la otra mano y suspiro, deshecha en la cama

en un torbellino de sensaciones. Apenas puedo pensar, tan solo ahogarme bajo sus labios,

su lengua y sus dedos.

Me baja las bragas con suma lentitud y me muerdo los labios, todavía con los ojos cerrados, en espera de que todo sea más rápido, aunque luego me arrepentiré y querré más.

Mucho más. Al abrirlos, me topo con los de Adrián, quien me observa con una sonrisa ladeada y un rubor encantador en las mejillas consecuencia de la excitación.

—No sé por dónde empezar —murmura en tono juguetón. Aúpo el trasero para

mostrarle lo que quiero.

Sin embargo, ensancha la sonrisa y lo que hace es cogerme de una pierna y empezar a

besármela. En el tobillo. En la pantorrilla. En la rodilla. Adrián asciende con parsimonia, recreándose en mi piel, y ya echo chispas por todos los poros. Cuando roza con la nariz la parte interior de mi muslo creo que voy a morir.

—Dios… Me correré si sigues así, y eso que no has hecho nada.

—¿Cómo que no? Estoy haciéndote de todo, Blanca. —Me guiña un ojo y me tapo el

rostro riendo.

Me coge por sorpresa al lamerme el clítoris. Se me escapa un grito y me agarro a las sábanas para soportar todo ese placer. Es devastador. Es el que solo me ha otorgado Adrián en mis treinta años de vida, aun habiéndome acostado con muchos hombres.

—Tu sabor me enloquece —gruñe lamiendo mis pliegues—. Te lo dije y te repito: eres

mi locura, Blanca. Pero la verdad es que no habría estado muy cuerdo si no me hubiera enamorado de ti.

Tiro de su pelo mientras recorre mi sexo. Su lengua se mueve de forma experta, alcanzando y presionando en el punto exacto donde se esconden todos mis miedos y borrándolos. Atrapa mi clítoris con dos dientes y grito. Bajo una mano buscando su sexo.

Lo tomo por encima del bóxer y se lo aprieto. Gruñe, y sonrío al comprender que le entrego tanto placer como él a mí.

Otra vez su lengua explora mis recovecos más ocultos. Presiono con más fuerza y gime.

Uno de sus dedos se introduce en mí. Arqueo la espalda. Joder, voy a correrme. No puedo

aguantar más. Y todavía menos cuando me invade con otro dedo y mueve ambos en círculo al tiempo que me azota el clítoris con la lengua. Grito, perdida en una sensación de vuelo. Así es: me parece tener unas alas que se han desplegado y que me alzan hasta el techo.

Me deshago en su boca mientras él se bebe todo mi orgasmo.

Al cabo de unos segundos se coloca sobre mí y me besa con ardor. Sus labios saben a

mí y eso me excita más. Cuando me repongo tomo el mando. Le pido que se baje de la cama y se quede de pie frente a mí. Me arrodillo ante él y le bajo los calzoncillos. Su tremenda erección apunta directamente a mi boca. Pero primero comienzo a deslizar mi mano por toda su longitud. Con lentitud, con cuidado. Me inclino y lamo desde la base hasta el glande y termino con un pequeño beso en la punta. Adrián suspira y apoya una mano en mi cabeza.

—Blanca…

Repito los mismos pasos, con más parsimonia. Alzo los ojos y estudio su rostro, que se

crispa a causa del placer. Su mandíbula tensa y el rubor de sus mejillas le dotan de un aspecto sensual y salvaje. Sus tatuajes llenan mis retinas y vuelven a encender mi sexo.

Acelero el ritmo y arrimo el rostro a su miembro. Lo acojo en mi boca y lo llevo hasta lo

más hondo de mi garganta.

—¡Joder! —exclama.

Y jadeo con él en mi boca. Me la saco lentamente. Adoro su sabor. Le entrego un beso

más, uno muy húmedo, y bajo por su erección hasta los testículos. Se los chupo mientras

muevo mi mano hacia arriba y hacia abajo. Desliza la palma que había posado en mi cabeza hasta mi mejilla, y hace lo mismo con la otra. Acompasa mis movimientos con los

suyos, breves sacudidas de cadera que me la introducen más y más. Adrián suelta una palabrota cuando le mordisqueo la punta. Es demasiado grande para mi garganta, y muy

duro, pero trato de acogerlo en lo más profundo de mí para que se desate y me regale todo

de él.

—Me corro. Dios, me voy ya, Blanca.

Sus dedos tiran de mi cabello mientras clavo los míos en su perfecto trasero. Gimo con

él. Lamo como nunca lo he hecho con nadie. Me embiste con una nueva sacudida de

cadera, llenando toda mi boca. Las palpitaciones de su sexo me avisan de que va a explotar. Segundos después su sabor inconfundible golpea mi lengua y baja por mi garganta. Sin esperar más me toma por los hombros y me echa en la cama. Caigo de espaldas entre risas, limpiándome los labios con el dorso de la mano. Y me besa una vez

más. Su esencia y la mía se complementan.

Para mi sorpresa, me da la vuelta y me coloca boca abajo. Y entonces me embiste de manera brusca. Suelto un grito de placer con una pizca de dolor. Pero me gusta. Me encanta. Me excita hasta límites insospechados. Adrián se mueve a mi espalda sin ninguna

piedad, descargándose de todo el deseo y las ganas que me tenía desde hace meses. Hinca

las yemas de los dedos en mis nalgas y de una salvaje embestida me lanza hacia delante.

Sale de mí y se tumba boca arriba. Mis ojos van hacia su tremendo miembro y, sin dudarlo, me coloco a horcajadas sobre él. Me coge de las caderas y sonríe. Estoy tan excitada que lo único que atino a hacer es a guiarlo a mi interior. Me dejo caer de golpe, y cierra los ojos y se muerde el labio inferior. Doy unos cuantos saltitos, me inclino hacia delante y poseo sus labios. Ya ha asomado la Blanca dominante, perversa, y no va a irse.

Disfrutará con Adrián hasta el último segundo.

Me ayuda en los movimientos, empujándome hacia arriba, con lo que su miembro

choca en mis paredes, las reconquista, las hace suyas una y mil veces. Nos besamos con

lentitud mientras trazo con las caderas suaves círculos para que este momento no termine

nunca. Me folla con su boca, me hace el amor, me transmite cientos de promesas, consigue que me sienta una mujer y también una adolescente con exceso de hormonas. Mi

espalda se arquea para recibir otra de sus embestidas. Nada nos separa. Tan solo somos él, yo, su sexo, el mío. Jadeos. Un sonido tan tremendamente sexy que hace que me abandone. Cierro los ojos, con la cabeza echada hacia atrás. Las manos de Adrián abandonan mi trasero y suben por mis costados hasta llegar a mis pechos. Tira de mis pezones. Lo noto incorporarse y estrecharme entre sus brazos.

—Abre los ojos. Quiero que me muestren el placer que te doy. Deseo ver en ellos cómo

te corres.

Le obedezco. Me encuentro con su mirada brillante y desenfocada. Sus labios

entreabiertos en un jadeo silencioso. Mis paredes palpitan cuando sus brutales empellones

de cadera hunden su polla más en mí. Ya ni siquiera puedo moverme, soy como una marioneta embargada por el placer. Le rodeo el cuello con las manos y lo aprieto contra

mí. Vuelve a tomarme de las caderas y me ayuda a subir y a bajar.

—Me corro. Dios… Me corro —gimoteo, creyendo que incluso me echaré a llorar.

—Córrete. Para mí. Entrégame tu orgasmo.

Consigo tomar el mando. Clavo las uñas en sus hombros y me columpio hacia delante y

hacia atrás, arriba y abajo, gimiendo como una loca. Adrián también me embiste y me aborda con su boca, provocando que nuestras lenguas choquen, colisionen, formen un maremoto. Lo noto en todas partes, palpitando, llenándome entera, follándome y

haciéndome el amor. Sus dos dientes delanteros asoman entre sus labios y eso me guía hasta el precipicio.

—Así… ¡Joder! Fóllame. Hazlo para siempre, Blanca.

Bastan tan solo un par de minutos más para que un orgasmo me

envuelva. Uno que parece que no va a abandonarme nunca, que se desliza por mi espalda, por mis piernas, por mi garganta hasta convertirse en un aullido y, después, en una risa. Adrián debe de pensar que estoy loca, pero de inmediato se une a mi grito con sus gruñidos y jadeos.

Después besa la comisura de mis labios, y mi cuello y, al fin, se deja caer hacia atrás.

Aterrizo en su pecho, con la melena desordenada cubriendo el tatuaje de su corazón derretido.

—Un poco más y me rompes —bromea.

—Todavía no sabes lo que es eso. Espera y verás —respondo, con lo que le provoco una risa.

Silencio. Ese momento después del sexo que sirve para paladear todas las sensaciones

que has experimentado. Acaricio su piel desnuda.

—¿Y ahora qué?

—Ahora somos nosotros, Blanca. Por fin, somos.

29

Paso todo el domingo en su casa. Nos besamos, tocamos y lamemos en casi todos los

rincones de su piso. Paramos para pedir comida china y picotear algo, pero aún no hemos

terminado cuando nuestros cuerpos ya se encienden otra vez.

Acabamos en la ducha. Yo gimiendo bajo el chorro de agua. Adrián sosteniéndome a pulso, empujándome con sus caderas, elevándome a ese lugar donde existe el dolor pero

también la paz y las sonrisas. Beso todos sus tatuajes. Me acuclillo ante él y lo saboreo hasta que mis ojos se llenan de lágrimas. Se pierde en mis pechos durante un rato eterno,

perfecto, inexplicable.

Polvos de calentón. Otros serenos. Él encima de mí, cogiéndome de las mejillas sin apartar los ojos de los míos. Yo encima de él, cabalgando durante quince, treinta minutos, casi una hora, alargando al máximo el placer. De lado. Sentados en su sofá, besándonos como dos quinceañeros mientras nuestras lenguas se redescubren, se familiarizan, se prometen. En la encimera de la cocina tras haber tomado una Coca-Cola. Su sexo se pierde en mi interior hasta que ya ni siquiera podemos correrno. Parecemos dos animales,

pero con un amor que han estado guardando durante demasiado tiempo.

Duermo en su casa. Muy abrazados, sin que corra el aire entre nosotros. Me despierto

con su sonrisa iluminando la mañana.

—Buenos días, preciosa.

Y no puedo evitar reír y revolcarme en la cama como una tonta. Me pide que llame al

despacho y diga que estoy enferma para así quedarme con él también el lunes. Y, para mi

propia sorpresa, acepto.

Desayunamos en la cama. Nos duchamos otra vez juntos y aprovecha para saborearme

de nuevo. Su lengua causando estragos en mi piel, introduciéndose y saliendo, recordándome quién quiero llegar a ser.

A mediodía, algo más calmados, Adrián me prepara una pasta con nata buenísima. Me

observa mientras como con gula.

—Anoche me preguntaste que ahora qué —dice en un momento dado. Lo miro con la

boca llena y me apresuro a dar un trago de agua para hablar, pero se me adelanta—. Como

te respondí, ahora es nuestro turno, ¿no? Ahora es cuando vamos a

hacer las cosas bien…

Porque tú quieres estar conmigo, ¿verdad? Y no solo para acostarnos, sino para tener una

relación. Y yo quiero salir por ahí contigo mientras te cojo de la mano. Eso que nunca hicimos.

—Es lo que quiero, Adrián —asiento.

—Dentro de unas semanas iré a Barcelona, pero intentemos aprovechar al máximo este

tiempo. Conozcamos todo de nosotros. Hagamos cosas de pareja.

—¿Como qué?

—Ir al cine. Este viernes, por ejemplo.

—Me parece bien. —Sonrío.

—Y el sábado quedamos con mis amigos y te los presento.

—¿Los moteros?

—Sí. —Se echa a reír.

—Perfecto.

—Vamos a ser capaces, ¿verdad? —Retira su silla y se acerca a mí hasta arrodillarse a

mi lado—. Quiero decir… Nos amamos, Blanca. Sabremos cómo hacerlo.

—Sí. Y nos ayudaremos.

Me envuelve con sus brazos. Echamos una siesta en su sofá, encogidos uno al lado del

otro. Me despierto antes que él y no puedo evitar acariciarle el pelo. Cuando abre los ojos y me sonríe, el corazón me estalla en el pecho.

—Me he propuesto hacer las cosas bien. Necesito contarte algo.

—¿Qué?

—Tú no conoces del todo a la Blanca que he sido…

—No me importa. Ahora estoy contigo y me basta.

No cometeré el mismo error que con Fer. A Adrián deseo contarle todo de mí y espero

que, si tiene que suceder, me acepte.

—Después de lo que ocurrió, y esto no solo se debe a ti, en serio… No te digo esto para

culparte… —Carraspeo y frunce una ceja—. La cuestión es que durante el primer año de

universidad me comporté fatal. Me drogaba, bebía mucho, perseguía a una Blanca que ni

siquiera entendía. Me acosté con hombres. Y luego con más. Todos estos años he pasado

por la cama de muchos. El sexo era lo único a lo que sabía y podía enfrentarme y, en el

fondo, me hacía bien. No es que esté muy orgullosa de ello, pero…

—¿Por qué no, Blanca? —Me observa con atención—. ¿Acaso eres peor que otra

persona por ello? Si tú te divertías, y ellos también, si todos sabíais lo que era… ¿qué problema hay?

—No me gustaría que pensaras que soy una zorra.

—Jamás pensaría algo así. —Se pone serio—. Yo no soy virgen, precisamente. No es necesario que me des ninguna explicación. No voy a quererte menos por eso.

Lo abrazo. Aspira en mi cuello y me lo besa. Y, por primera vez, siento que la vida puede ser sencilla y, justo por eso, más maravillosa.

Al día siguiente, en el trabajo, medito sobre lo que deseo hacer con mi situación laboral.

He postergado demasiado la propuesta de Begoña y, por fin, voy a tomar una decisión.

Pido a Saúl una reunión y me la concede esa misma tarde. Me tiemblan un poco las manos

cuando le expongo que quiero dejar el despacho, pero que seguiré todos los pasos y que

acabaré con el caso de nuestro cliente pudiente. Saúl al principio se muestra sorprendido y algo molesto. Me preocupa que me ponga trabas o que la cosa se ponga fea. Al fin y al cabo, él me ha ayudado mucho. Sin embargo, el jueves por la mañana se acerca a mi despacho para decirme que lo entiende y que tan solo se siente triste porque me ha tomado

mucho cariño y porque pierde a una buena abogada. Respiro aliviada, ilusionada de que las cosas empiecen a funcionar otra vez en mi vida.

Por la tarde quedo con Begoña para darle la sorpresa. Jamás podría arrepentirme de ello

al ver su cara de satisfacción. Me llena de besos, me abraza al menos una docena de veces

y me promete que todo irá a las mil maravillas porque, insiste, he tomado la decisión correcta. Y charlamos sobre Adrián y la contagio de mi alegría.

—Yo también tengo algo que confesarte. —Esboza una sonrisa pícara —. Ella por fin ha

decidido dar el paso. Va a hablar con su marido para pedirle el divorcio.

Lo celebramos tomando unos margaritas y regreso a mi piso con el pecho lleno de felicidad, que todavía se me infla más al descubrir a Adrián esperándome en la puerta de

la calle.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sorprendida—. ¿No habíamos quedado el viernes?

—¿Crees que podía esperar tanto tiempo? Si estos dos días se me han hecho eternos.

Y me lo demuestra en la cama con su boca, su lengua, sus dientes, sus dedos, su cuerpo

entero.

El viernes vamos al cine a ver una película de terror. Me siento como si tuviera diecisiete años otra vez, en esas tardes en las que Adrián y yo comíamos palomitas y visionábamos

series o pelis en mi dormitorio.

Me pongo mi mejor vestido, uno ligerito porque el verano ya abre sus puertas y empieza a hacer bastante calor. Al final no nos enteramos de casi nada de la película porque prestamos más atención a nuestros besos y caricias que a otra cosa. Tomamos una

copa cerca de mi casa y terminamos la noche en el sofá de mi piso, ya que la pasión y las

ganas que nos tenemos ni siquiera nos permiten llegar al dormitorio. Y dormimos juntos

otra vez, y amanecer a su lado se me antoja una bella promesa.

Pasamos el día juntos hasta que cae la tarde y nos arreglamos (sin muchas ganas porque

parece que preferimos vernos desnudos) para ir al pueblo de al lado del nuestro. Ha quedado con sus amigos moteros y va a presentármelos, a excepción de uno que ya conocí. Me visto con unos pitillos negros y una blusa roja con topos negros.

—Vaya, pero si estás hecha toda una *pin-up* —bromea mientras observa cómo me ondulo las puntas del cabello y me pinto los labios con carmín rojo. Una vez que he terminado me rodea desde atrás y me da un pequeño beso en el cuello. Tiemblo bajo sus

manos—. No sé si aguantaré mucho sin borrarte ese pintalabios.

—Pues vas a tener que soportarlo. Tus amigos nos esperan —respondo, y lo empujo con

el trasero de forma juguetona, con lo que choco con su erección. Esbozo un fingido gesto de sorpresa—. ¿Siempre estás dispuesto?

—Contigo sí. Eres preciosa, ¿cómo no voy a estarlo? —Me da la vuelta y, tal como había predicho, sus labios se comen mi carmín, y me río cuando nos separamos y se los

veo manchados.

Mientras conduzco hacia el pueblo reflexiono sobre la normalidad con la que lo hemos

aceptado todo. Parecemos una pareja que llevan juntos muchos años y, en cierto modo,

¿no es bueno que sea tan sencillo? Y, a pesar de todo, me siento nerviosa al pensar que las cosas puedan torcerse otra vez.

—¿No te resulta extraño? —le pregunto de repente. Necesito dar vida a mis

pensamientos para que esto funcione.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos saliendo.

—Eso creo. —Se echa a reír.

—Y es fácil.

—¿Por qué no iba a serlo?

—Porque desde nuestro reencuentro hemos discutido muchas veces, y pensé que no lo

lograríamos, que nuestro destino era permanecer separados.

Su mano izquierda cubre la mía, apoyada en el volante. Me acaricia el dorso con suavidad.

—Lo único que faltaba era que nos enfrentáramos a nuestros miedos. Y que dejáramos

atrás esa tozudez tan característica en nosotros. Yo mantuve las esperanzas, Blanca, y no

me arrepiento por nada del mundo.

Sonrío al tiempo que asiento. No hay que darle más vueltas. Adrián es mi novio. Por fin. La palabra suena demasiado juvenil, ¿no? Pero es así como me siento. Repleta de júbilo, de energía, de vida.

Adrián me indica dónde aparcar. Primero cenaremos en un bar todos

juntos y después

iremos a tomar algo. En la puerta ya nos esperan dos hombres grandotes. A uno de ellos lo

reconozco, pues es el que lo acompañaba la noche en que me enfrenté a las buitronas, aunque no recuerdo su nombre.

—¿Te acuerdas de Raúl? —me pregunta Adrián.

Su amigo se inclina para darme dos besos y asiento.

—Yo me acuerdo perfectamente de ti. Nunca olvido las caras bonitas —dice Raúl—.

Pero me parece que esta noche estás mucho más guapa.

—Es por el estilo —respondo sacudiendo una mano—. Que hoy es más acorde al

vuestro.

Los tres reímos. El otro hombre se llama Mario, lleva una melena y una barba larguísimas. Un minuto después sale del bar una mujer morena preciosa, de estilo roquero,

que al final resulta ser la esposa de Raúl.

—Soy Lara. Encantada, Blanca. A decir verdad, Adrián nos ha hablado mucho de ti. —

Y le dedica una sonrisa cómplice.

—Espero que bien —bromeo.

Esperamos al resto durante unos diez minutos, charlando y riendo. Los amigos de Adrián conforman un grupo enorme y hasta me avergüenzo del mío. Pero pocos no significa menos importantes, por supuesto. Me los presenta uno por uno, y tan solo logro

recordar los nombres de las mujeres, todas ellas del mismo estilo de su respectivo novio o marido. Menos mal que me he puesto este atuendo que, en el fondo, creo que me sienta

realmente bien.

Durante la cena caen unas cuantas jarras de cerveza y todos reímos

mucho. Sí, incluso

yo. Son personas amables, vivarachas, con un humor mordaz que me encanta. Cuando me

hablan de sus profesiones me sorprendo. Un par trabaja en la banca, una es profesora, otro arquitecto… Me explican que durante el fin de semana sacan su lado más salvaje. Uno de

ellos grita que en todos los sentidos y estallamos en carcajadas.

Adrián me coge de la mano en unas cuantas ocasiones y me pregunta si me divierto. Me

parece tan mono el hecho de que se preocupe por mi comodidad… Hasta nos besamos delante de toda esta gente y no me importa en absoluto, ni siquiera cuando nos emocionamos y los hombres golpean la mesa y silban. Es todo tan increíble… Lo es que

Adrián y yo estemos dándonos de verdad una oportunidad.

—¡Y ahora vamos al mejor lugar que existe! —exclama Raúl cuando terminamos de

cenar.

Nos dirigimos hasta un descampado donde hay una docena de motos. Me vuelvo hacia

Adrián con estupefacción.

—Tenemos que ir a otro pueblo —me explica, y me besa de nuevo.

Sus amigos se lanzan a la carrera con sus motos, con un estruendo de motores. Adrián me tiende el casco con una sonrisa tranquilizadora y, segundos después, seguimos al resto.

La carretera se llena de nuestros sonidos. El viento me azota el rostro, otorgándome una

sensación de libertad sublime. A diferencia de lo que había imaginado toda mi vida, me agrada este ambiente.

El mejor lugar según Raúl resulta ser un pub en el que retumba el rock. Se encuentra atestado, y un montón de melenas y de puños en alto se agita por el local. Sin comerlo ni

beberlo me encuentro con una enorme jarra de cerveza entre las manos, brindando con todo el grupo. Cuando quiero darme cuenta estoy dando brincos al ritmo de la música junto a todos los demás. Adrián me abraza y me estampa un beso en la boca.

—¿Te diviertes?

—¿No ves que sí? —exclamo alegre.

—Tu sonrisa me hace feliz, Blanca. No sabes cuánto. Quiero besarla toda mi vida. —Y

de nuevo sus labios se pegan a los míos ahogando mi risa.

—¡Ven! ¡Vamos a subirnos ahí! —La mujer de Raúl me toma de la mano y me señala

una tarima.

Suena a toda paleta *I Love Rock 'n' Roll* y, no sé cómo, pero acabo accediendo y ambas bailoteamos, agitamos la melena y los puños con dos dedos en alto y cantamos a grito pelado mientras los hombres y el resto de las mujeres nos animan desde abajo. Adrián se

tapa la boca con una mano porque está muerto de risa. Pero estoy contenta. Me divierto muchísimo. Soy feliz aquí, rodeada de sus amigos, dejándome llevar y disfrutando de cada

uno de los minutos de esta noche.

Adrián me ayuda a bajar rodeándome por la cintura y nos besamos cuando todavía me

sostiene en vilo. Vamos, como si fuera la protagonista de *Dirty Dancing*.

—Te juro que has conseguido ponérmela dura —me dice al oído.

—Espero conseguir muchas más cosas —lo provoco.

Y mientras sus amigos beben y bailan, nosotros nos fundimos en un abrazo y un nuevo

beso muy húmedo, cargado de deseo y de ganas. Sus manos me acarician la espalda y terminan apretujando mi trasero. Me empotra contra su cuerpo y suelto una carcajada.

—¿Y si nos largamos?

—¿Vas a dejar plantados a tus colegas?

—Saben cuidarse solitos. Pero… ¿quién cuida de esto? —Se roza la entrepierna con la mía y aprecio su erección.

—No sé si seré una buena enfermera.

—Creo que eres la mejor. —Me da un mordisco en el lóbulo de la oreja que me despoja

de cualquier reparo.

Diez minutos después salimos del pub con las manos enlazadas, corriendo por la calle

entre risas. Adrián me detiene y me toma de las caderas para volver a besarme. Un rato largo, maravilloso, perfecto. Como su piso se encuentra más cerca y nuestra ansia es demasiado poderosa, allí que vamos. Subida en la moto deslizo la mano hacia delante y la

poso en su bragueta. Me regaña medio en broma gritando que voy a provocar un accidente.

No hemos abierto todavía la puerta cuando ya tengo los pitillos desabrochados y su camisa cuelga de sus brazos. Le acaricio el pez koi y me inclino para lamérselo.

—Estás muy juguetona —susurra con una voz que hasta para mí es excesivamente

erótica.

Le sonrío y hago lo mismo con el tatuaje de la pluma deshaciéndose en docenas de aves. Es tan sensual… Me toma por las mejillas y me incorpora para conquistar mi boca.

La posee durante un buen rato, apoyados en la pared, enfebrecidos como dos adolescentes

que se enrollan por primera vez. Sus manos exploran todos mis rincones y su lengua me

azota sin calma.

Me baja los pantalones y me ayuda a quitarme los zapatos. Lanza todo

de cualquier modo por los aires y me entra la risa. Sus ojos también reflejan una gran alegría. Él mismo se desprende de la ropa que le queda y me engancho a su trasero, todavía cubierto por los

calzoncillos. Introduzco la mano por ellos y le estrujo las nalgas con deleite. Entonces me lame los labios y acaba con un mordisquito que me arranca un gemido.

—Pídeme que te folle contra esta pared —susurra con voz ronca.

—Hazlo. Fóllame.

Tira de tal manera de mis bragas que al final me las rompe. Lo miro con sorpresa, y arquea una ceja y me dedica una sonrisa de lo más sexy. Yo soy un poco más amable y le

bajo el bóxer. Pasa las manos por debajo de mis muslos y me alza en vilo. Mi trasero choca contra la pared mientras Adrián ataca mi boca de nuevo, con un hambre feroz que

provoca docenas de calambres en mis extremidades.

—No soy muy liviana, a ver si nos caemos —bromeo.

—¿Insinúas que no estoy fuerte?

—No, por Dios. —Me río. Y para confirmarlo le acaricio la ancha espalda y los músculos de los brazos, que se contraen por el esfuerzo.

Se coge el miembro y lo guía hasta mi entrada. Me hallo tan húmeda que no le cuesta

nada adentrarse en mí. Pienso que lo hará duro y salvaje, pero su puntita me roza con calma y gimo y echo el cuerpo hacia delante para que me penetre más, hasta el fondo, hasta el límite y más allá.

—¿Quieres más? —me pregunta en la oreja. Su lengua chupetea mi lóbulo.

—Mucho más.

—¿Así? —Da una sacudida y más de la mitad de su sexo entra en mí.

Asiento, jadeante.

—Todavía más.

De otra embestida su polla entra entera en mí. Un ronroneo en mi garganta. Adrián se

queda quieto unos segundos, con la cara enterrada en el hueco de mi cuello y, a continuación, dibuja círculos con las caderas provocándome un placer indescriptible. Le clavo las uñas en la espalda, y gruñe y me muerde el hombro.

—Más rápido —le suplico.

—Blanca… Si acelero me correré en unos segundos. Tu sexo me engulle —jadea en mi

oído.

Sin embargo, obedece y empieza a acometerme. Mi trasero impacta una y otra vez contra la pared. Me extasío. Me abrazo a él y echo la cabeza hacia delante, con lo que mi

cabello cae desordenado ante mi rostro. Nuestros cuerpos sudan y resbalan, pero me eleva

una y otra vez con sus empellones. El sonido que compone su vientre chocando contra el

mío terminará por enloquecerme, por convertirme en una Blanca que jamás tendrá

suficiente de él. Aprecio que su miembro se contrae en mi interior y se detiene de manera

brusca. Gimoteo desilusionada cuando lo saca.

—Voy a hacerte gozar mucho más. No te preocupes —me dice al tiempo que se

acuclilla ante mí.

Me separa las piernas y una se la apoya en el hombro. Cuando me abre, entera y húmeda para él, creo que me derrumbaré y caeré al suelo presa de un placer atroz. Mi

espalda se desliza un poco hacia abajo debido al temblor de mis piernas. Adrián lame mi sexo de arriba abajo, de lado a lado, introduce la punta de su lengua en mi agujero y luego se acerca al clítoris para tirar de él, lamerlo, mordisquearlo. Dos de sus dedos entran en mí con tremenda facilidad. Los saca y extiende mi humedad

que, junto con su saliva, consiguen que gima, jadee, grite. Me engancho a su pelo y se lo estiro, con una muerte brillante en los talones.

—Sabes como todo aquello que me hace sonreír —murmura con voz ahogada.

Otro dedo explora mi interior. Y su lengua en el lugar perfecto donde se ahogan los miedos y las dudas. Yo misma me estrujo los pechos y me toqueteo los pezones. Mis gemidos resuenan en el silencio de la noche, acompañados de los jadeos gustosos de Adrián, quien no me da tregua, quien se hunde en mí más y más.

—Córrete en mi boca.

Y sus palabras son la cerilla que enciende la mecha. Me dejo llevar. Me suelto. Cientos

de cosquillas aparecen en la punta de los dedos de mis pies y ascienden por mis piernas

hasta llegar a mi pubis. Dos lametones en mi clítoris bastan para que el orgasmo me atraviese y me parta en dos. Tal como me ha pedido, me voy en su boca de manera escandalosa. Grito, aúllo, proclamo su nombre como un cántico y, una vez que se ha bebido todo mi placer, se incorpora besándome desde el vientre para morder mis dos pezones y acelerarme, y me alza en vilo y, de nuevo, me penetra. Esta vez sin contemplaciones. Fuerte, duro, salvaje, primitivo. Llenos de sudor.

Me besa, y notar mi propio sabor me excita más. Casi creo que me correré de nuevo en

poco tiempo. Esto es lo que provoca Adrián en mí: una sed y un hambre insaciables.

—Dios, Dios…

—No pronuncies el nombre de Dios en vano —se mofa empujando con fuerza.

—Si esto es un milagro… —Le sigo el juego.

Un nuevo empellón me estampa contra la pared. Mi cabeza choca y me río, me

descontrolo. Mis extremidades pierden todo dominio y mi piel se

quema con sus avances.

Dentro, muy dentro. Hasta que no queda un solo espacio que llenar. Su miembro increíblemente duro se acopla a la perfección en mis paredes.

—No puedo aguantar más, Blanca.

Le rodeo el cuello con el brazo izquierdo y guío mi mano derecha hasta mi sexo. Me acaricio yo misma para catapultarme a un nuevo orgasmo. Me mira con una sonrisa, con

los ojos brillantes, desenfocados por el inminente placer. Bastan un par de mis propias caricias en mi clítoris y unos cuantos empellones más de su cadera, hundiéndome su polla

hasta el final, para envolverme por segunda vez en pocos minutos en un placer inaudito. Y

mientras ambos nos corremos no dejamos de mirarnos. Hinco los dedos en su espalda, le

clavo las uñas. Lanza la cabeza hacia atrás y suelta una maldición. Pronuncia mi nombre

en un susurro sensual. Mi sexo se contrae alrededor de su erección para ayudarlo a que me

acompañe.

—Joder, joder… —gruñe chocando contra mi vientre.

Esta vez se corre en silencio, mostrándome su rostro crispado, sus mejillas acaloradas,

sus labios entreabiertos. Yo, en cambio, gimo y sacudo las caderas hacia delante mientras

absorbo los últimos espasmos de placer.

—Que alguien me explique por qué dejamos de hacer esto —murmura segundos

después con la cabeza apoyada en mi pecho.

—Porque éramos gilipollas —respondo con un suspiro.

Mis pies tocan el suelo y Adrián me estrecha entre sus brazos. Nos quedamos así un buen rato, escuchando los latidos de nuestros corazones desbocados. Cuando se calma me

toma de la mano y me lleva hasta su dormitorio. Caemos en la cama en un enredo. Mis piernas entrelazadas en las suyas. Mi mano derecha acariciando todos sus tatuajes. El silencio nos envuelve. Pasados unos minutos le pregunto:

—¿En qué piensas?

—En ti desnuda sobre la alfombra.

—No, en serio —insisto.

—En nosotros.

—¿Y está bien?

Ladea el rostro hacia mí y me estudia. En la penumbra sus ojos brillan.

—¿Acaso todavía dudas?

—No…

—Está tremendamente bien, Blanca. Te lo dije el año pasado… Nunca debimos dejar atrás todo esto. Pero al fin tenemos nuestra oportunidad. Y voy a luchar con todas mis fuerzas para darte lo que necesites, lo que quieras.

Me abrazo a él con fuerza. Su cuerpo desnudo, cálido, me inspira al fin tranquilidad. Y

se me pasa una idea por la cabeza que me sorprende a mí misma.

—¿Por qué no te quedas en mi piso hasta que te marches a Barcelona?

30

Adrián accede a mi propuesta. Así que el domingo lo dedicamos a recoger algunas de

sus cosas, las más necesarias, a empacar ropa y, cómo no, se trae también la guitarra.

Mientras estoy en el despacho él se dedica a trabajar en lo suyo. Por las tardes, cuando regreso a mi piso, me espera con la cena preparada y el pecho se me llena de colores similares a los del cielo. No me reconozco a mí misma: tan calmada, tan alegre, tan llena

de una energía que me hace despertar cada mañana con una sonrisa en la cara al reflejarme

en sus ojos.

Y charlamos mucho. Nos ponemos al día de todo. Nos interrogamos, nos contamos

cosas sobre nuestros amigos y familiares. Recuperamos todo el tiempo

que habíamos perdido. Por las noches hacemos el amor. Algunas, salvaje. Otras, tierno y embadurnado

de cariño. Y casi siempre, al terminar, me susurra que me quiere y yo también se lo confirmo. Yo… que creí que de mis labios jamás saldrían esas dos palabras las repito tanto últimamente.

En ocasiones nos empeñamos en mantener alejado aquello que una vez nos provocó dolor con tal de que no vuelva a repetirse. Sin embargo, los errores hacen que nos demos

cuenta de quiénes fuimos, de quiénes no queremos volver a ser y de lo que deseamos llegar a ser. El dolor es como un templo que nos ayuda a buscarnos y a encontrarnos. Y, en el fondo, por mucha ayuda que necesitemos, al final somos nosotros los que debemos poner de nuestra parte. Solo nosotros mismos lograremos entendernos y hacernos resurgir.

Abandonar los miedos no es sencillo. Ni siquiera tenemos por qué insistir en ello demasiado. Lo verdaderamente importante y valiente es atrevernos a hacerles frente y a convivir con ellos. Dicen que hay que dejar atrás el pasado. No obstante, en cierto modo el presente y el futuro dependen de él, incluidas las cosas que sabemos que no podremos

olvidar. Simplemente hay que aceptarlo y aprender. Siempre habrá algo en él que nos indique cómo continuar.

Perdonar es lo que nos hace libres. También perdonarnos a nosotros mismos. Y yo, en

estos días, siento que la libertad ha invadido mis venas. En especial por las noches, completamente relajada, tumbada en el sofá mientras Adrián compone con su guitarra.

Cuánto tiempo he estado ciega, pero qué suerte haber sido capaz de despertar y quedarme

con aquello que realmente me hace feliz.

El viernes antes de su partida a Barcelona acudimos al piso de Sebas y Clau para cenar.

La tripita de ella va creciendo, y ambos se sienten muy alegres y esperanzados. Begoña nos comenta que le habría gustado traer a su amada (así la llama ahora), pero que no ha

podido ser y que no nos preocupemos más porque todo marcha bien y que, en breve, ella

le contará toda la verdad a su marido.

—¿Va a decirle que es lesbiana? —Clau abre mucho los ojos.

—Sí. —Bego asiente y nos recorre a todos con su mirada brillante—. Tendremos que luchar mucho. El marido posiblemente no se lo tomará a bien y se convertirá en un escándalo.

—Qué suerte provenir de una familia humilde —comenta Sebas sacudiendo la cabeza.

—No todos son así —defiende Begoña, al tiempo que corta su carne—. Hay gente

buena y mala por todas partes, independientemente de su condición, raza y gustos sexuales.

—Tienes razón —apunta Adrián.

Estar aquí con mis amigos y con él me llena el pecho de una alegría contagiosa, ya que

veo a todos muy felices y sonrientes. Begoña nos pide que alcemos nuestras copas para brindar.

—¡Con agua da mala suerte! —exclama Claudia poniendo morritos.

—Venga ya, eso son paparruchas —insiste Bego. Pero, por si acaso, le servimos un poco de vino, aunque no se lo beba.

—¿Por qué brindamos? —pregunto con mi copa en alto.

—Es evidente. —Begoña sacude las pestañas un par de veces—. Primero, porque los embarazados —dice señalando a nuestros amigos — van a tener un bebé precioso.

Segundo, porque mi historia de amor será maravillosa. Y tercero… — Me apunta con la copa y esboza una sonrisa maligna—. Porque por fin estás creando tu cuento de hadas.

—¡Qué ñoña eres! —exclamo, aunque me río.

—Oye, y lo de tu hermano, ¿qué tal va? —quiere saber Sebas.

—Bien. —Me limpio los labios con la servilleta—. Ahora por fin ha encontrado un piso

en Blasco Ibáñez que le gusta y el próximo curso se muda. Ya ha hablado con el casero y

tal. De momento está en casa de mis padres, que menudo disgusto les dio.

—¿Y tu padre se encuentra mejor?

—Sí. Solo fue un susto.

El resto de la cena lo pasamos riendo por las anécdotas que nos cuenta Adrián acerca de

su trabajo. Por un momento pienso en la preciosa chica con la que estuvo que, según él, no fue nada, pero que a mí me preocupa. Y no debería ser así; ahora solo somos él y yo y nuestras ganas de que todo funcione a las mil maravillas. Sin embargo, cuando la cena termina y cada uno regresamos a nuestra casa parece ser que todavía llevo mala cara porque Adrián me toma por la cintura y me susurra al oído:

—¿Ocurre algo?

—No, qué va.

—Has pensando en ella, ¿verdad?

—¿En quién? —disimulo.

Me detiene y me coge de las manos. Su sonrisa ilumina la noche mucho más que las farolas y la luna en lo alto. Y siento que nada puede ir mal, que él a mi lado, por mucho

que me lo negara, es lo que el destino nos había deparado.

—En Anaïs.

—¿Se llama así? —Me descubro a mí misma y me pongo roja.

Adrián me acaricia el pómulo con una ternura increíble.

—Ni siquiera vive aquí ya. Se marchó poco después de la boda de mi prima —me explica acercándose un poco, lo suficiente para que su respiración inunde mi rostro—. Le

salió una gran oportunidad en Madrid y se quedará allí un tiempo.

—Me alegro.

—Ella fue importante —confiesa, y me pongo tensa al oírselo decir—. Pero no del

modo en que crees. Anaïs me ayudó a abrir los ojos, a comprender lo que deseaba y a querer luchar más y más.

Asiento y reanudamos el camino. Mi corazón palpita al darme cuenta de que somos Adrián y yo los que paseamos con las manos entrelazadas como una auténtica pareja, como aquello que nunca fuimos. En el portal de mi piso me pregunta:

—¿Qué te parece si el domingo comemos en casa de tus padres?

—¿Qué? —Parpadeo, algo asustada.

—¿No te parece bien que sepan lo nuestro?

—Pues…

—Esto es real, Blanca. Y que el mundo lo sepa no significa que vaya a estropearse. Más

bien al contrario. Yo gritaría por la ventana que, por fin, estamos juntos.

Acepto al comprender que está en lo cierto.

Llamo a mi madre y le digo que el fin de semana iré a comer con ellos acompañada, e

imagino que piensa que se trata de Fer, pues todavía no le he confesado la verdad. Y

cuando el domingo me presento con Adrián en casa de mis padres todo es júbilo.

—¡Adrián! —exclama la buena mujer con las manos en las mejillas—. ¿Qué haces

aquí? ¿Qué significa esto? ¿Volvéis a ser amigos?

—Eso y bastante más, María —dice entre risas.

Mi madre nos abraza muy fuerte y hasta suelta unas cuántas lágrimas. Bien sabía yo que

esto era lo que ella esperaba. Incluso mi padre se muestra contento. Y qué decir de Javi,

que con la mirada me recuerda: «Ya te lo decía yo, hermanita».

—¿Y qué ha pasado con Fer? —me pregunta mamá cuando estamos solas en la cocina.

—Pues… no sé nada de él. Pero le escribiré para que me cuente cómo le va —respondo

encogiéndome de hombros—. Me di cuenta de que debía hablar con él al aceptar lo que

sentía por Adrian, pero al final fuimos ambos los que decidimos terminar con nuestra historia.

—No era un mal hombre. —Mi madre asiente con un plato en cada mano—. Pero era

otro el que ocupaba tu corazón, hija. Y, en el fondo, me alegro mucho de esto. Ya sabes lo que aprecio a Adrián.

—Tú y toda la familia. —Me río.

—¿Ya se lo habéis contado a Nati? —pregunta a Adrián una vez que hemos vuelto a sentarnos a la mesa.

—Bueno… Blanca se presentó en mi casa y mi madre estaba delante, así que… —

Guiña un ojo.

—¡Y la muy caradura no me ha dicho nada! ¡Será posible!

—Imagino que quería que fuéramos nosotros los que os lo dijéramos.

Mi madre telefonea a Nati y, al cabo de un rato, esta se acerca para tomar café.

—¡Eres mala! No me comentaste que los niños estaban saliendo.

Nati tan solo sonríe y los ojos se le achinan.

—¿Los niños? —Pongo los ojos en blanco.

—¿Recordáis la primera vez que se vieron? —pregunta Nati emocionada.

—Me acuerdo de que Adrián me tiraba de la coleta. —Finjo que estoy molesta, aunque

esa remembranza me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Y esas tardes en las que yo tenía que irme a trabajar y tú, María, les preparabas la merienda.

—Tus bocadillos estaban buenísimos —dice Adrián riéndose.

—Siempre me los pedías de chorizo con mortadela.

—Y Blanca se enfadaba porque yo no entendía los problemas de matemáticas.

—Es que te costaba, ¿eh? —me burlo, y Adrián me abraza y me da un beso en la mejilla.

—¡Empalagosos! —exclama Javi—. Al final vomitaremos arcoíris y todo.

—¡Deja que los niños disfruten de su amor! —lo reprende mi padre.

—¿Tú también con eso, papá? Ya somos mayorcitos.

—Para mí siempre seréis aquellos críos que parecían llevarse a matar pero que, en realidad, se querían un montón.

—Lo que habéis tardado… —Mi madre sacude la cabeza.

—Más vale tarde que nunca. Y ahora no pienso soltarla.

—Es que mi hija ha sido siempre una cabezota.

—¡Eso no es verdad!

—Sí lo es, sí —interviene Adrián, y le doy un cachete juguetón en el brazo.

Observo a mi familia riéndose, sus caras de felicidad, y el corazón se me ensancha.

—Bueno, mi hijo también tiene lo suyo… Que ya pensaba que cada uno iría por su camino, y eso sí que no. Lo que nos han hecho sufrir estos años, ¿a que sí, María? —Nati

le coge la mano a mi madre.

—Ahora solo falta que Javi encuentre a una buena chica —dice ella y, claro, mi hermano se pone a la defensiva.

—Yo estoy muy bien solo.

—Di que sí, hijo, que la juventud está para disfrutarla —se inmiscuye mi padre.

—¡No le metas ideas raras al niño en la cabeza! —lo reprende mi madre—. Que

después ya sabes lo que pasa… Nos da unos disgustos horribles.

—¡Eh! —Alzo una mano—. No nos pongamos a pensar ahora en eso. Javi se equivocó

una vez, pero no volverá a hacerlo. ¿Verdad, hermanito? —Le muestro una sonrisa llena

de dientes.

Él pone los ojos en blanco y guarda silencio. Luego se dirige a Adrián para preguntarle

sobre el tatuaje que todavía no se ha hecho porque mi madre se niega en redondo.

—Adri, sabes que te quiero mucho, pero ese regalo no me gusta nada —dice la mujer

con una ceja fruncida.

—Yo ahí ya no entro… —Adrián levanta las manos con expresión inocente.

—Mamá, ¡no me toques la moral, por no decir otras cosas! Ya tengo una edad para hacer lo que me dé la real gana.

Y claro, mis padres saltan a la primera, y Nati, Adrián y yo debemos poner paz.

Nos quedamos también por la tarde para dar un paseo por el pueblo. A decir verdad, preferiría estar en mi piso abrazada a Adrián, pues mañana coge un tren en dirección a Barcelona y, durante unas semanas, no nos veremos. En cierto modo me preocupa que la

distancia vuelva a alejarnos y que mi cabeza o la suya se pongan a pensar en tonterías. Por otra parte, las visitas a mi familia ya no me resultan incómodas, sino todo lo contrario. Me gustan. Me hacen sentir bien. Me indican que, de nuevo, soy parte de ellos.

Por la noche, en la cama, Adrián me estrecha entre sus brazos con todo su amor. Nos

dejamos llevar por la pasión durante al menos una hora, hasta caer sudorosos y rendidos.

—Ojalá pudiera acompañarte —susurro con la cabeza en su pecho. Debo zanjar varios

asuntos en el despacho, así que no puedo cogerme días libres.

—A mí también me gustaría, pero en breve volveré a tenerte para mí. Y yo seré todo tuyo otra vez.

—¿Algún día me contarás la verdad de lo que sucedió cuando éramos unos críos?

Noto que se pone tenso. La presión de su abrazo se afloja y yo también me siento un poco nerviosa. No sé por qué he soltado eso, pero se me ha pasado por la cabeza que no

me lo explicó todo porque aseguró que, además del miedo que sintió por mi confesión al

ser tan joven, había más cosas. Y lo que más deseo es que nuestra relación se base en la

sinceridad.

—Algún día —murmura.

—¿Tan complicado es, Adrián?

—Sí.

—¿Y no te parece injusto que yo no sepa las auténticas razones de tu rechazo? —Alzo

la cabeza y aparta la mirada.

—Te lo explicaré cuando me sienta preparado. No es que quiera ocultarte nada. Es solo

que… Joder, no me apetece remover mierda de mi vida. Y mucho menos ahora, cuando me siento tan feliz contigo.

—Sabes que me merezco la verdad.

—No me implica solo a mí, ¿entiendes? No puedo contar algo que implica a más personas.

—¿Cómo puede haber otra gente metida en este asunto que nos afectó solo a nosotros?

—Blanca, ya te dije en la carta que ni siquiera esos motivos podrían exculparme de lo

que hice. Te dañé mucho y, aunque por entonces me pareció que mi actitud era la adecuada, después me di cuenta de que había sido una cobardía por mi parte. Por eso explicarte mis razones no cambiaría nada. Quizá lo empeoraría.

—Simplemente me gustaría saber el porqué. Si tan mal te sentiste después de hacerlo,

entonces estaría bien que me lo demostrases de alguna forma.

—Blanca, no discutamos hoy, por favor… —Y su voz suena demasiado suplicante y

preocupada.

Por unos instantes vuelvo a ser aquella muchacha egoísta, la del corazón elástico, y no

quiero. Ahora que he logrado ser una Blanca mucho más serena, capaz de perdonar y perdonarse, es momento de demostrarlo. Además, lo que me despierta Adrián es

demasiado grande y bonito para torcerlo.

—Claro que no —lo tranquilizo cogiéndolo de la barbilla. Lo beso con suavidad—.

Esperaré, siempre y cuando me prometas que me lo contarás cuando

estés preparado.

—Lo haré, cariño. Te juro que lo haré.

31

Tras acompañarlo a la estación de trenes voy al bufete. Hoy me espera una cita con el

cliente pudiente y con su ex esposa. He logrado convencerlo de que haga un trato, y lo mío me ha costado porque es horriblemente testarudo, egoísta y orgulloso. Solo falta que ella y su abogado acepten nuestra propuesta. Si vamos a juicio perderemos, y no quiero que Saúl

se moleste conmigo cuando queda poco para que abandone el despacho.

La cita marcha mucho mejor de lo que esperábamos y hasta yo me asombro de mi capacidad de persuasión. Quizá se deba al buen ánimo que porto conmigo estas semanas.

La cuestión es que tanto mi cliente como su ex mujer se muestran contentos. Cuando nos

quedamos a solas él me pregunta si podría continuar trabajando conmigo cuando me vaya

del bufete de Saúl. Le comento que haga lo que a él le parezca mejor y, aunque alabo el

buen hacer de mis antiguos compañeros, reconozco para mí que me vendría fenomenal contar con un cliente tan rico. Con todo, aprecio tanto al que hasta ahora ha sido mi jefe que no me parece correcto llevármelo.

Esa tarde, tras arreglar papeleo, decido enviar un mensaje a Fer. Uno cortés y amigable.

Al cabo de dos horas todavía no lo ha leído, así que me animo a llamarlo. Su voz suena

sorprendida al contestar.

—¡Blanca! ¿Cómo estás? ¿Sucede algo?

—No, solo quería saber de ti.

—¡Ah, vaya! Pues mira, me encuentro de vacaciones en Palma de Mallorca. Mis padres

y yo decidimos tomarnos unos días libres.

—Fantástico, ¿no? —Sonrío al confirmar que las cosas le van bien.

—¿Y tú qué tal?

—Aquí, ultimando detalles en el despacho porque al final trabajaré con Begoña.

—Eso me parece estupendo. Es una buena decisión.

—Sí, creo que lo es.

—¿Y por lo demás?

Me callo unos segundos. Sé por lo que está preguntándome. No merece la pena ocultar

la verdad porque estoy segura de que se la imagina.

—Pues… hice lo que sentía.

—Estás saliendo con… Adrián, ¿cierto?

—Sí.

—Espero que seáis muy felices juntos.

—Y yo deseo que encuentres al amor de tu vida. Eres un hombre fantástico, Fer. Me ayudaste muchísimo.

—Vamos, no hice nada…

—En serio. A tu lado, poco a poco, fui madurando más y más. Empecé a dar

importancia a las cosas que realmente lo merecían. Como a apreciar más a mi familia.

—Pues entonces estoy contento de haberte sido útil. —Oigo voces a lo lejos—. Oye, mi

padre me reclama. Quizá, algún día… Si te apetece, podemos tomar un café.

—Claro.

—Hasta pronto, Blanca. Sonríe, que estás preciosa de esa forma.

—Gracias.

Al colgar siento una extraña sensación en el pecho. Se trata de tranquilidad. De ser consciente de que, por fin, he tomado de verdad las riendas de mi vida.

Al día siguiente me telefonea Emma. Dudo si atender la llamada, pero al final lo hago

para no parecer maleducada. Me interroga por los motivos por los que no he asistido a su

consulta durante tanto tiempo. Le comento que he estado muy ocupada y que me siento con fuerzas suficientes para continuar sola. Por su tono de voz, no está muy contenta.

Omito todo lo sucedido en las últimas semanas. Insiste en que no es correcto que abandone la terapia después de todo lo que hemos logrado juntas y le aseguro que estoy

bien.

—Bueno, ya sabes que cuando lo necesites, es bueno que vengas —acepta—. Me tomaré vacaciones en agosto, aunque dejaré una sustituta.

Mi idea es no volver. No es que piense que un psicólogo no es necesario, si no jamás

habría acudido a uno, pero ahora deseo avanzar por mí misma, tal como he explicado a Emma. Confío en no tener ningún problema ni recaída, pues eso significaría que todo marcha bien.

El mes de junio se pasa entre mensajes y llamadas de Adrián. La obra está cosechando

también grandes elogios en Barcelona y, poco a poco, va llegando a más y más gente. Él

me envía enlaces de entrevistas y noticias. Cada noche, antes de

dormir, charlamos durante al menos una hora. Cuando queremos darnos cuenta ya solo queda una semana para que regrese a Valencia.

—¿Tienes ganas de verme? —me pregunta con un tono de voz distinto al habitual. Más

sexy.

—Muchas. No sabes cuántas.

—Pienso en ti todas las noches. Blanca, si me pajeo más que nunca.

—¡Eres un guarro! —exclamo divertida. Lo cierto es que yo también he imaginado todo

lo que haremos en cuanto ponga un pie en mi piso.

—Se me ocurre que podríamos hacer algo para calmar nuestras ganas.

—¿Qué?

—Instálate Skype en el ordenador. Cuando lo hayas hecho, avísame.

Con la mosca detrás de la oreja hago lo que me ha pedido. En cuanto se lo confirmo,

descubro en la pantalla una solicitud de videoconferencia. La imagen tarda unos segundos

en aparecer, pero juro que casi me ahogo al descubrir a Adrián tendido en la cama, con tan solo unos calzoncillos por todo atuendo. Sus tatuajes brillan a la luz de la lamparita.

—Me moría por verte.

—Pues aquí estoy.

—¿Qué llevas puesto? Baja la pantalla y enséñamelo.

Ya sé por dónde van los tiros. Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras agacho el portátil. Como hace tanto calor, me hallo tan desnuda como él.

—¿Vamos a tener cibersexo? —pregunto.

—Necesito follarte rápido. Y lento. Después salvaje. Y por último suave.

—Suena bien.

Me acomodo en la cama, decidida a pasar una buena noche, sea como sea. Es la primera

vez que hago esto, y no tengo muy claro cómo funciona.

—Quiero quitarte esas bragas tan monas que llevas. No… Mejor, quiero arrancártelas y

hacerlas pedazos. Tumbarte sobre la cama e introducirme en ti hasta que ya no pueda más.

Dios, Blanca, estás tan húmeda… Lo noto a la perfección. Dime, ¿te gusta?

Se me escapa un gemido. Su respiración se ha acelerado.

—Me encanta.

—Dime qué es lo que quieres que te haga.

Me muestra una sonrisa, con sus dos paletas asomando, y me acaloro.

—Quiero que te corras en mis tetas —respondo.

—¡Uau! Empiezas fuerte. —Se echa a reír.

—¿No te gustaría?

—Claro que quiero, cariño. Deseo correrme encima de ti. En tus tetas, en tu vientre, en

tu pubis. Que me sientas entero.

Observar sus labios diciéndome todo eso provoca que me caliente más. Me acomodo en

la cama y, sin dudarlo un segundo, introduzco la mano en mis bragas. Qué razón tiene.

Estoy mojadísima, y solo por unas palabras que me ha susurrado a través de una pantalla.

—¿Estás tocándote? —me pregunta.

—Sí. —Entorno los ojos, empezando a sentir placer gracias al

movimiento de mis dedos y al deseo que veo arder en su mirada—. ¿Y tú?

—Por supuesto. ¿Te lo enseño?

Asiento y se me escapa una risa nerviosa. Con lo que he sido yo, y ahora esto me da algo de vergüenza. Lo siguiente que asoma en la pantalla es su tremenda erección. Me muerdo el labio inferior y presiono en mi centro. Una descarga eléctrica me atraviesa todo el cuerpo y también el alma. La mano de Adrián se mueve con lentitud. A continuación la

imagen se desplaza y atisbo sus tatuajes, que me encienden todavía más. Aumento el ritmo

de las caricias. Regresa la cámara a su miembro. Su mano acariciando de manera firme su

sexo, bajando la piel brillante.

—Dios…

—¿Qué pasa, Blanca?

—La necesito en mi boca.

—La semana que viene la tendrás. En tu boca, en tu coño. Donde quieras.

Me arqueo en la cama, muerta de placer. Su voz es tan ronca, tan erótica, que el sexo

me palpita. Me introduzco un dedo y lo muevo en círculos, imaginando que es el suyo.

—Muéstrame lo que estás haciendo —me pide entre jadeos.

Me quito las bragas. Sitúo la cámara delante de mi pubis, me separo los pliegues y me

los toco. Tan húmedos, palpitantes, expectantes de tener para ellos la boca de Adrián. Lo

oigo jadear, murmurar maldiciones.

—Así, cariño. Tócate así. Joder, eres perfecta. Quiero lamerte hasta que grites mi nombre.

—Adrián —susurro mientras me introduzco un dedo.

—Más fuerte.

—¡Adrián! —exclamo, y hasta se me ponen los ojos en blanco.

—Sube la pantalla. Quiero verte la cara. Cómo gozas.

Obedezco. Y de nuevo puedo verlo. Su rostro se contrae a causa del placer y el esfuerzo. Los músculos de sus brazos se tensan mientras se masturba. Me sonríe.

—¿Gritarás cuando te corras?

—Mucho —jadeo. Otro dedo en mi interior. Me revuelvo en la cama.

—Cuando esté ahí voy a chuparte, a penetrarte, a follarte hasta que caigas rendida. Me

moriré en tus pezones, Blanca.

—Y yo me meteré tu polla hasta que casi me atragante. Lameré tu glande y te miraré

con cara de niña mala.

—Joder… Voy a correrme. —Se muerde el labio inferior.

Ese gesto, unido al movimiento de su brazo, junto con la visión de sus tatuajes y el tono

cargado de gusto me acercan a la explosión. Saco los dedos y me centro en el clítoris. Me

lo acaricio a toda velocidad, extendiendo la humedad. Nos corremos casi a la vez. Yo gritando su nombre; él gruñendo y gimiendo, soltándome unas cuantas guarradas más que

consiguen que mi orgasmo se alargue. Una vez que ha terminado me enseña su vientre manchado por unas cuantas gotas. Se me escapa una risa.

—Mira lo que has hecho.

—No niegues que has disfrutado.

—Ha sido la puta hostia. Pero te juro que cuando vuelva voy a

romperte.

Qué bestia es. Entierro el rostro en la almohada y me carcajeo.

—Ese sonido me da vida, cariño.

—Hoy dormiré genial —susurro con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y yo. Aunque posiblemente mis sueños estén plagados de imágenes tórridas.

—¿He gritado mucho?

—Creo que hasta los vecinos estarán fumándose el cigarro de la gloria. —Se echa a reír

—. Pronto podré abrazarte y besarte otra vez.

—Estoy contando los días, las horas, los minutos…

—Y yo. —Lanza un beso a la cámara.

Estoy a punto de colgar cuando me dice:

—No apagues todavía. Voy a limpiarme y ahora vuelvo.

Espero unos minutos, con la vista fija en el móvil, deseosa de que regrese. Cuando lo

hace porta consigo su guitarra.

—¿Piensas cantarme una nana para que me duerma? —bromeo.

—Mucho mejor. He aprendido una canción para ti. Hace poco la descubrí y, en cuanto

oí la letra, supe que estaba compuesta para nosotros.

—A ver…

Y resulta que es Ed Sheeran. *Photograph*, mi favorita. Qué casualidad. Sonrío, embargada por una ilusión enorme.

Adrián se ha separado de la pantalla y puedo ver a la perfección sus dedos en las cuerdas y su expresión mientras canta:

—« *Loving can hurt. Loving can hurt sometimes. But it's the only thing that I know.*

When it gets hard… You know it can get hard sometimes, it's the only thing that makes us feel alive…» («Amar puede doler. Amar puede doler a veces. Pero es lo único que

conozco. Cuando se vuelve difícil… Tú sabes que a veces es difícil, pero es lo único que nos mantiene vivos.») —Mira a la cámara y sonríe, y me tapo la boca con una mano y niego con la cabeza, emocionada—. « *We keep this love in a photograph. We made these*

memories for ourselves. Where our eyes are never closing, hearts are never broken and times are forever frozen still…» («Guardamos este amor en una fotografía. Hicimos estos recuerdos para nosotros, donde nuestros ojos nunca se cierren, nuestros corazones nunca

se rompan, y el tiempo se congele para siempre…»)

Y no puedo evitar llorar. Adrián consigue con esta versión que toda mi piel se erice, que

acudan a mi mente recuerdos felices. Sí, solo felices. Ninguno malo ni terrible. Él y yo en nuestra buena época. Cuando nos conocimos. Los juegos en el parque. Sus visitas a mi casa para ayudarlo con los deberes. Las tardes en la montaña observando el cielo. Charlas

sobre películas y series y el futuro. Y los besos. Besos adolescentes cargados de dudas, miedo, pero también de deseo y cariño. Nuestra primera vez. Mi temblor bajo sus brazos.

—« *When I'm away… I will remember how you kissed me under the lamppost back on*

Sixth Street, hearing your whisper through the phone… Wait for me to come home.»

(«Cuando esté lejos… Recordaré cómo me besaste bajo la farola de la calle Sexta, escuchando tu susurro a través del teléfono… Espera a que llegue a casa.»)

—Adrián… —susurro cuando rasga los últimos acordes.

—Siempre me acordé de nuestro primer beso, siempre —me confiesa con ojos risueños.

Y yo lagrimeo como una ñoña—. Y ahora descansa, mi vida. Espérame en casa.

Tal como dice la canción, en nuestro hogar.

32

No sé en Barcelona, pero aquí, en Valencia, hace un calor bochornoso. Tan solo estoy a

gusto en el despacho con el aire acondicionado a toda paleta. Este mes termino mi andadura en él y lo cierto es que, a medida que se acerca el día final, siento una gran melancolía. Los compañeros y Saúl han decidido que debemos vernos una noche para cenar juntos y así despedirnos. Para alegrarme, Begoña me habla de los clientes que ya ha

captado y, en poco tiempo, me presentará a dos de sus socios.

—¿Y qué tal con ella? —le pregunto.

—Pues se supone que se lo dirá en breve.

—¿Crees que de verdad lo hará? —La tomo de una mano.

—Sí, estoy segura. Ahora ya todo es serio. Y nos queremos, Blanca. Nos queremos mucho.

Me preparo para dar la bienvenida a Adrián. Llega a Valencia este fin de semana. Ha adelantado su vuelta, a las cuatro de la tarde. Me ofrezco para ir a buscarlo, pero me convence de que no hace falta y me pide que lo espere desnuda en mi piso. Y me propongo cumplir sus deseos. Desde que practicamos sexo virtual, me muero de ganas por

tenerlo encima de mí, debajo, de lado, en la mesa, en el sofá, en la silla… Vamos, en todas partes.

Así que el sábado, en cuanto acabo de comer, rebusco en mi cajón hasta dar con la lencería más sexy. Me maquillo un poco, pintándome los labios con ese carmín rojo que

me borró a besos la última vez y que sé que le pone tanto.

A las cinco todavía no ha llegado, y no es normal. Mi casa no se encuentra tan lejos de

la estación. O ha perdido el tren (me habría avisado, ¿no?, o se ha retrasado o ha ocurrido

algo malo. Y rezo para que no sea lo último. A las cinco y media lo llamo, pero no responde. Ninguna señal de vida. Por Dios, ¿qué pasa?

A las seis empiezo a asustarme, y estoy a punto de llamar a Renfe para preguntar si ha

habido algún problema cuando oigo las llaves en la cerradura. Me lanzo hacia la puerta en

ropa interior. Adrián aparece con una cara de muerto que echa atrás.

—¡¿Qué ocurre?! —pregunto con voz estridente.

—Perdona, Blanca, se me olvidó llamarte —dice simplemente.

Lo miro con la boca abierta.

—¡Estaba preocupada! —exclamo siguiéndolo hasta el salón.

Se sienta en el sofá con un suspiro. La maleta tirada de cualquier modo en la alfombra.

—Lo siento. En serio, perdón. Se me fue la cabeza.

Se frota el rostro. Me mira, y en sus ojos vislumbro una sombra.

—Pero ¿qué…? —Me siento a su lado.

—He tenido que ir al pueblo para solucionar unas cosas con mi madre —me explica serio.

—¿Pasa algo malo? —Mi cuerpo se tensa.

—No, no. Solo papeleos… Gestiones…

No está diciéndome la verdad. Lo conozco de toda la vida, aunque hayamos pasado diez

años separados y nuestros desencuentros nos hayan tenido más lejos que cerca. De niña y

adolescente no sabía muy bien qué pensar cuando su cara se mostraba imperturbable, pero

poco a poco he ido aprendiendo que eso significa que me oculta algo. Parece que somos

expertos en callar.

—¿Seguro? ¿Y por eso no has llamado? —Arqueo una ceja.

—Es que se me pasó por completo.

—Pareces preocupado… —Me inclino y le acaricio la barbilla. Pero en lugar de

abrazarme o darme un beso, como esperaba, me rehúye—. ¡¿Ves?! ¿Qué leches sucede?

—¡He discutido con mi madre! —exclama.

—¿Por qué?

—Cosas, joder. En las mejores familias hay problemas. ¿Acaso tú no los tienes con tus

padres?

Está a la defensiva conmigo, y no entiendo por qué.

—Claro que sí, pero…

—Perdona —se disculpa. Se rasca los ojos—. Es que estoy cansado. Todo lo de la obra

ha sido demoledor. Entrevistas, de aquí para allá… Lo único que me apetecía era venir y

estar contigo, pero luego me ha llamado mi madre y lo ha jodido.

—¿Has comido?

—Sí, en el tren me he comprado un bocadillo.

Asiento y me aparto. Apoyo la espalda en el sofá y guardamos silencio un rato.

Recuerdo que voy medio desnuda y me siento un poco ridícula. Pero había sido él quien

me había propuesto esperarle así, y parece que ahora mi ansiada

sesión de sexo se verá pospuesta.

—¿Puedo acostarme un rato?

—Claro. No me pidas permiso.

Acerca su rostro al mío y me besa en la mejilla. Tan solo eso después de estar casi un

mes separados. ¿Y todas esas promesas que me hizo por teléfono? Y sus deseos de verme… ¿dónde han quedado? Esbozo una sonrisa tirante y me quedo en el sofá, con las

manos en el regazo, sin saber cómo proceder.

—¿Te apetece venir conmigo? —me pregunta desde el umbral de la puerta.

No tengo sueño, pero desde luego me apetece estar cerca de él, de modo que me levanto

y lo acompaño al dormitorio. En la cama no tarda ni cinco minutos en caer dormido. Y yo

cachonda, a decir verdad, porque he estado imaginando toda la mañana lo que íbamos a hacer. Y porque lo tengo al lado con tan solo un bóxer, llevo mi conjunto más sexy y su

piel me roza cada vez que se mueve.

Mientras duerme mi cabeza empieza a rallarse. Con lo fogoso que es, y ni siquiera ha

mencionado mi atuendo. Es más, creo que ni ha reparado en él. Quiero pensar que se debe

solo a lo de su madre, no a mí. Nati es muy importante en su vida, es uno de sus pilares,

así que es comprensible que cuando discuten se le quiten las ganas de cualquier cosa.

Incluido el sexo, claro. Lo que me preocupa es que no me cuente por qué han tenido una

bronca tan grave como para que haya olvidado ponerse en contacto conmigo.

Tras estar mirando el techo durante una hora con movidas en la mente ya me he

aburrido y me coloco de lado para observarlo. Es tan guapo… Incluso con ese ceño que me indica que sueña con algo malo. Contemplo sus carnosos labios y me muero de ganas

de lanzarme a ellos, pero no quiero interrumpir su descanso. Deslizo la vista por sus maravillosos tatuajes (hay que ver, con lo que los detestaba) y me descubro imaginando que paso mi lengua por ellos. Mi mirada acaba en su paquete, cómo no. Si supiera que voy

a animarlo, estiraría una mano y crearía magia.

Al final opto por darme la vuelta porque he acabado tremendamente excitada. Me acomodo la almohada y cierro los ojos con la intención de dormir un poco. Quizá cuando

se despierte se encuentre de mejor humor y hablemos.

Creo estar soñando al notar unos dedos acariciándome el trasero, que luego se deslizan

hacia mi vientre desnudo. Me quejo por lo bajo.

—Te deseo —oigo junto a mi oído. Y mis ojos se abren de golpe.

No, no es un sueño. La abultada erección de Adrián presiona en la parte baja de mi espalda.

—¿Ahora sí? —respondo con retintín.

Suspira en mi cuello. Su cálida respiración me provoca un temblor. Me tantea para darme la vuelta y, en cuanto estamos cara a cara, me besa. Su lengua logra que separe los

labios y se mete en mí causándome cosquillas en el sexo.

—Siento haberme comportado de manera tan sosa. Estaba cansado.

—Y preocupado por tu madre, imagino. —Lo he dicho de forma inocente, aunque trato

de sonsacarle algo.

—Hemos discutido por tonterías. Suele pasar. Mañana haremos las paces. —Me pasa las manos por el cuello y me lo acaricia con

suavidad—. Bésame.

—¿Y si no quiero? —lo pico. Toca hacerle sufrir un poquito.

—Entonces me moriré de ganas aquí mismo. Eso o… —Empieza a hacerme cosquillas,

algo que siempre ha sido mi debilidad—. ¡O te chantajearé!

Suelto una carcajada y pataleo en la cama, suplicándole que se detenga o no respondo

de mí. Y claro, como no me hace caso, acaba con una patada en la cara.

—¡Casi me rompes la nariz, bestia! —exclama, aunque sonríe. Me toma de las caderas

y me arrima a él. Su erección permanece intacta o, mejor dicho, ha aumentado—. ¿Tú me

has echado de menos? —pregunta con voz melosa.

—Un poquito…

—A ver, muéstramelo. —Me roza la nariz con la suya. Le doy un mordisco juguetón en

el labio—. Qué mala eres. Todo eso que me dijiste por Skype, ¿ahora qué?

—Ahora tendrás que ganártelo.

Una de sus manos atrapa mi pecho derecho y me lo estruja por encima del sujetador.

—Levántate —me pide.

—¿Por qué? —Parpadeo confundida.

—Vamos.

Me incorporo y me coloco en la cama de rodillas. Desliza la mirada por todo mi cuerpo.

Observo cómo sus ojos se oscurecen más y más al descubrir los encajes de mi ropa interior. Me hace sentir deseada. Una mujer con

imperfecciones, pero perfecta para él. Se

coloca también de rodillas en la cama y toquetea la tela de las braguitas.

—Este conjunto te convierte en la chica más sensual del universo.

—Es para que disfrute un tal Adrián.

—Pues qué cabrón con suerte —bromea. Me acaricia la carne de los pechos que

sobresale del sujetador y luego se inclina y da un chupetón al derecho —. Ponte unos tacones.

—¿Qué?

—Es una de mis fantasías. Quiero verte con tacones y con esa lencería.

Me bajo de la cama con una sonrisa. Rebusco en el zapatero hasta dar con unos stilettos

negros de vértigo que tan solo he usado en un par de bodas. Me los coloco despacio, dándole la espalda, con lo que puede ver una maravillosa panorámica de mi trasero.

—Si te quedas mucho rato así, me voy a correr —dice, y noto su respiración acelerada.

Me arrimo a la cama con pasos sugerentes y un sensual vaivén de caderas. Adrián se acerca al borde y estira los brazos para atraparme, pero me echo hacia atrás y se muerde el labio inferior.

—Desnúdate para mí.

—No es justo. Tú solo llevas el bóxer.

—Tú tampoco es que lleves mucho —se mofa—. Prometo que también me quitaré esto

para ti. —Se mete la mano por el calzoncillo y mi sexo casi gruñe.

Vuelvo a darle la espalda y, con movimientos lentos y sexis, me desabrocho el sujetador. Deslizo los tirantes por mis brazos mientras ladeo la cara para mirarlo. Estudia todos mis movimientos, sentado en la cama con una sonrisa pícara. Dejo que la prenda caiga al suelo con un murmullo. Me doy la vuelta cubriéndome los pechos mientras él se

toca. Esa imagen me vuelve loca.

—¿Puedo? —me pregunta señalándose el abultado paquete.

—Debes.

Sonríe. Se baja un poco el bóxer y me muestra la punta de su pene. Por poco no me abalanzo sobre él. Me contengo y llevo mis manos hasta las braguitas. Las cojo por los bordes y jugueteo, le enseño parte de mi sexo rasurado y suelta una palabrota. En su turno Adrián se levanta y desliza los calzoncillos por sus piernas. Su erección me apunta directamente. Me bajo las bragas hasta las rodillas y, de nuevo, me doy la vuelta e, inclinada, las retiro hasta los tobillos. Alzo un pie, luego el otro. Todavía con los tacones.

Adrián resopla a mi espalda y, cuando me vuelvo, lo encuentro masturbándose despacio.

Sus dedos acarician la base de su miembro mientras me mira con ojos cargados de deseo.

Abro las piernas y presiono en mi clítoris con un dedo.

—Joder —murmura. Se rodea la polla con la mano y se la aprieta con fuerza—. Sigue.

Enséñame cómo te tocas.

Cara a cara, frente a frente, nos masturbamos. Me chupo un dedo y luego lo introduzco

en mi sexo. Gimo. Adrián jadea. Nos acercamos un poco más, hasta que nuestros cuerpos

se rozan. Cambiamos. Yo tomo su sexo y él se hunde en el mío. Apoyo la mano izquierda

en su hombro y cierro los ojos. Los dientes de Adrián se clavan en mi clavícula. Muevo la

derecha de arriba abajo. Una cálida humedad me moja la piel.

—Más despacio o acabo ya —gruñe enterrado en mi cuello. Me freno un poco y

aprovecho para acariciarle la base y los testículos—. Oh… Dios.

Me separa los muslos con ímpetu para introducirme dos dedos. Se me escapa un grito.

Mis uñas le arañan la espalda. Los mueve de manera rítmica. Hacia dentro y hacia fuera.

De lado a lado. Dibujando mi interior.

—Me llevas al límite —jadea.

Saca los dedos y se los lame. Hago lo mismo. Su humedad se impregna en mi lengua y

eso me pone más cachonda.

Vuelve a acercarlos a mi sexo. Su dedo corazón se desliza entre mis labios húmedos y se cuela en mi interior. Placer. Alivio. Paz. Todo eso y más es lo que siento. Nos besamos con anhelo, con hambre, con devoción. Con amor. Con ese amor que yo pensé que no existía para mí ni para nosotros. De la garganta de Adrián brota un jadeo y nos aceleramos. Cuando me corro pierdo el control de mi cuerpo y casi tiene que sostenerme

para que no me caiga. Aun así, no disminuyo las caricias en su miembro. Lo miro a los ojos mientras me voy y le ruego que me acompañe. Parece que tiene otra idea porque, en

cuanto mi orgasmo desaparece, me lleva hacia la pared, me da la vuelta y me empuja. Por

poco mi cara no choca contra ella.

Me rodea con sus brazos y entierra la nariz en mi cuello. Me huele. Aspira. Llenándose

los pulmones de mi aroma. Alzo un brazo y le acaricio el cabello y la nuca, con el sexo

palpitándome otra vez. El pecho de Adrián se apoya en mi espalda. Me acaricia el trasero,

primero con ternura, después con pasión. Me lo levanta un poco para abrirse camino en mí. Su sexo roza mi entrada, y me muerdo el labio inferior y reposo la frente en la fría pared. Empiezo a sudar. Él también. Me penetra desde atrás con lentitud, allanando el terreno, acoplándose a mis paredes, haciéndome sentir cada uno de los

avances.

—¿Te gusta así?

Se me escapa un gemido lastimero, suplicante. Adrián me toma de la barbilla y me la

besa, la muerde.

—Quiero aprender a hacerte el amor de todas las formas posibles.

Sus manos dibujan todo mi cuerpo mientras me penetra una y otra vez. Lento, suave, pero sin descanso. Mi carne tira para abrirse por completo a él. Quiero más. Mucho más.

Busco más roce moviendo las caderas en círculos. Noto que se acelera. Gime en mi oído y

me muerde el lóbulo.

—Dame la vuelta —le ruego entre jadeos—. Quiero verte.

Obedece de inmediato. Creo que va a follarme contra la pared, pero lo que hace es caminar hacia atrás con las manos en mis caderas y se sienta en la cama. Me coloco a horcajadas sobre él con una sonrisa. Me la devuelve. Es todo tan natural. Tan sencillo…

Como si nos hubiesen creado justo a nosotros dos para hacer esto. Creo que lo supe la primera vez que se hundió en mí a mis diecisiete años, solo que acallé ese sentimiento por temor e incomprensión. Pero ahora me arrepiento de haber malgastado tanto tiempo. Así

que tan solo deseo recuperarlo, disfrutar.

—Te quiero —le digo mientras lo guío a mi interior.

Me rodea con los brazos y me aprieta contra su cuerpo.

—Yo también te quiero, Blanca. Siempre has sido solo tú.

Me muevo y se acomoda. Me mira con intensidad, con los labios húmedos. Me gusta que me mire así. Hace que me sienta fuerte, decidida, sensual. Por fin, alguien sin miedos.

Me apoyo en sus hombros y le hago entrar y salir, al tiempo que me echo un poco hacia

atrás en busca de la postura y el ángulo perfectos. Adrián me coge de los pechos y me acaricia con las palmas los pezones. Dios… Esto es increíble. Sé que en un par de minutos

volveré a irme, a pesar de que hace nada ya he tenido un maravilloso orgasmo.

Doy unos cuantos saltitos, provocando que mis golpes de cadera le nublen la vista. En

cuanto ve que se acerca el orgasmo me estrecha entre sus brazos. Ahoga un jadeo en mi

hombro, que me muerde otra vez como antes. Apoyo la cabeza en el suyo y continúo meciéndome, aunque él ya se ha corrido y su sexo palpita en mi interior con los últimos

espasmos.

—Dame más… Más, por favor —le suplico.

Con su miembro todavía dentro del mío desliza una mano hasta mi clítoris y me lo acaricia. Se la cojo y le chupo dos dedos, a lo que me responde con una sonrisa. Me frota

con suavidad, de forma rítmica. Mis extremidades vuelven a convertirse en gelatina. Mi cuerpo se descontrola una vez más y mi piel estalla como consecuencia de un orgasmo sublime que me hace gritar con rabia, y luego con risas. Adrián me toma de la nuca y me

besa con ardor. Nos tiramos así unos segundos eternos, yo jadeando en su boca, deshaciéndome en su lengua, temblando entre sus brazos.

—¡Dios! Cariño… Ni Skype, ni pollas —bromea cuando nos relajamos.

No me apetece que salga de mí, y él tampoco parece predispuesto a ello. Así que nos

quedamos abrazados, yo sentada sobre él, hasta que su miembro se arruga y me aparta para ir a limpiarse al aseo. Regresa con unos pañuelos y me seca a mí. Entierro la cara en la almohada, sonriente y serena.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —me pregunta poco después.

Tengo su brazo apoyado en mi vientre y me dedico a acariciárselo.

—Mi idea era quedarnos aquí. Pero lo que prefieras. Si te apetece salir…

—¿Salir? Blanca, lo que deseo es pasarme la tarde y la noche entre tus piernas. Y

morirme ahí. —Me besa detrás de la oreja.

—¿Vas a tener que volver a viajar por la obra?

—No. Ya hemos cubierto la gira planificada. Así que a partir de ahora me tienes todo

para ti.

—He pensado algo.

—¿Qué? ¿Unas vacaciones?

—De momento no puedo. Ya sabes, el despacho… —Pongo morritos y me besa—. Pero

el mes que viene son las fiestas del pueblo. ¿Y si vamos unos días?

—¿Tú quieres ir al… pueblo? ¿A las fiestas? —Me mira sorprendido.

—¿Por qué no? Ya lo he superado, Adrián. Y, además, nos reencontramos gracias a ellas, en cierto modo. ¿No sería bonito ir y celebrarlo juntos?

Titubea. Lo veo dudar y no comprendo los motivos.

—No sé. No… no me apetece mucho.

—¡Pero si a ti te encanta el pueblo! Y es una pena que tu piso esté tan vacío. Pasamos

unos días con nuestras familias…

—Ya veremos, ¿vale?

—¿De verdad que no pasa nada? —Lo miro con intensidad, pero niega una y otra vez

con la cabeza.

—Es que estoy muy bien aquí, Blanca. Me estoy acostumbrando a tu

piso. Cada vez lo

siento más como mi hogar.

—Puedo ser muy persuasiva… —Deslizo una mano hasta su trasero y le apretujo las nalgas.

—No hace falta que me lo digas —susurra arrimándome más a él.

Y su boca vuelve a amarme durante la noche entera, logrando que me olvide de todo.

33

El mes de julio se pasa entre calores, idas y venidas, cervecitas con Begoña y también

con los amigos moteros de Adrián, que cada vez me caen mejor, visitas a Clau y a su barriguita, ajetreo en el trabajo, noches repletas de pasión y comidas familiares. Esto último es cada vez mejor con mi familia. Javi ha vuelto a trabajar en la pizzería del pueblo hasta que empiece el nuevo curso académico y mis padres se muestran de lo más alegres

cuando Adrián y yo los visitamos. No obstante, con Nati resulta extraño. Siempre ha sido

una mujer de lo más activa, de ojos brillantes, fuerte, enérgica. Y la relación que Adrián y ella han mantenido era magnífica, como si fueran un par de buenos amigos. Sé que él se lo

contaba todo, y ella lo escuchaba y le daba los mejores consejos. Ahora, sin embargo, los

pocos días que hemos ido a verla, y solo para tomar café después de comer con mi familia,

el ambiente en casa de Nati resulta opresivo. Adrián y ella apenas se dirigen la palabra, y soy yo quien debe tirar de una cuerda que, en ocasiones, parece estar a punto de romperse.

Cuando interrogo a Adrián suele decirme que no pasa nada, que se comportan como de costumbre. No soy ciega, no soy tonta y odio que

me mientan, así que una tarde en la que

Adrián se demora en el cuarto de baño aprovecho para sonsacarle a Nati.

—Me ha dado la impresión que Adrián y tú estáis serios.

—¿Serios? —Nati me observa con los ojos entornados.

—Antes… —Carraspeo—. Vosotros erais diferentes. Hablabais mucho más, os tratabais

con cariño. Ahora me parece que hay algún problema.

—Pues claro que no, mi cielo. Adri y yo estamos como siempre.

—Me comentó que discutisteis la tarde que regresó de Barcelona. —Arrimo la silla a ella y poso una mano en el dorso arrugado de la suya. Le dedico una sonrisa cómplice—.

Puedes contarme lo que sea. No se lo diré a él.

—Ay, cariño… —Sacude la cabeza, triste—. Son cosas que no solo me incumben a mí, sino también a mi hijo. Creo que es él quien debería contarte lo que sea.

—Me aseguró que no había nada que contar. —La miro sorprendida.

—Entonces es que no lo hay.

Arqueo una ceja y abro la boca para interrogarla más, pero Adrián aparece en el umbral

de la puerta y, al ver que callamos, nos pregunta con mala cara qué tramamos. En el viaje

de regreso a mi piso no hablamos. Enchufa el reproductor a toda paleta y la música rock

retumba en las paredes del coche. En la cama decido no cuestionar nada más. Siempre he

sido muy curiosa, la verdad, pero también sé lo que cuesta contar determinadas cosas, lo

que duele, cómo se te enquistan algunas palabras en la garganta y no te dejan hablar. Así

que esperaré. Lo he hecho durante más de diez años. Un poco más no me matará.

El mes de agosto llega con todo su calor bochornoso. Adrián me recuerda que en el pueblo todavía es peor, pero insisto en que unos días allí nos sentarán de maravilla y que recordaremos esos momentos tan especiales de nuestro reencuentro. No parece muy

convencido, pero mi capacidad de persuasión vence.

En los últimos días de julio Begoña me ha puesto al día del negocio e incluso he conocido a dos de sus socios. Uno de ellos se llama Savoretti y es un hombre que derretiría las bragas de cualquier moza. No pude evitar mirarle el culo cuando se levantó

para ir a pedir unas copas de vino, y Begoña me dio tal colleja que por poco me atraganté

con la aceituna que tenía en la boca.

—No se toca. Tiene pareja. Y tú también.

—¿Quién te dice a ti que voy a tocarlo?

—Es una broma, cariño. —Me sonríe con sus morros pintados de rosa —. Su mujer, Aleja, está de putísima madre. No sabes qué cuerpo tiene, qué pe…

—¿Ya se te ha pasado el encoñamiento con ella? —Begoña dice que si pronuncia su nombre o lo hago yo en su defecto el corazón se le quiebra, así que la llamo «ella» porque no quiero que a mi amiga le sobrevenga un infarto.

—Por supuesto que no. Eso nunca. Y menos ahora cuando ya hemos quedado para

hablar con el marido.

—¡¿Qué?! ¡¿Las dos?! —chillo. Begoña asiente, con total normalidad —. ¡Pero eso será

peor! ¿No debería ella confesárselo a solas y mantenerte al margen, al menos al principio?

—Hemos decidido hacerlo así.

Y como juramos en la universidad que siempre estaríamos ahí la una

para la otra, aunque nuestras decisiones no nos parecieran las más acertadas, acepto lo que me explica

y cuando Savoretti regresa del baño y nos dedica esa sonrisa de seductor por poco se me

olvida. Pero oye, mi Adrián no se queda atrás en atractivo. Me río para mis adentros al darme cuenta de que ya lo autoproclamo de mi dominio y todo. Ay, las cosas del amor…

La noche anterior a las vacaciones en el pueblo mis compañeros y mi jefe de equipo en

el bufete de Saúl celebran en mi honor una cena de adiós. Adrián me despide sonriente, más animado que en los últimos días, y me susurra que me esperará despierto para luego

hacer nuestra propia fiesta.

No sé dónde ha quedado la Blanca fría y desprovista de sentimientos, pero durante la cena acabo soltando unas cuantas lágrimas, sobre todo cuando Saúl me abraza y me desea

mucha suerte en mi nueva andadura. Me emociona ver que me echarán de menos, que existe gente a la que le importo y para la que han servido todos mis esfuerzos.

—Espero que no tengamos que enfrentarnos nunca —bromea Saúl. Pero yo lo espero de

verdad.

En cualquier otra época de mi vida me habría demorado mucho más. Habría tomado unas cuantas copas y habría ido a bailar con ellos hasta las tantas. Sin embargo, echo de

menos la compañía de Adrián, quien no ha contestado a los mensajes que le he enviado.

Quizá se haya quedado dormido. La cuestión es que a las dos y media vuelvo al piso y me

lo encuentro en el sofá como un tronco. Me quito los tacones para no armar mucho ruido y

lo miro unos segundos. Está tan guapo dormido como un bebé… Me acuclillo a su lado y

sonrío.

—No sé qué me has hecho… —susurro.

De repente arruga el entrecejo y se revuelve. Murmura algo entre sueños, aunque no logro entender sus palabras. Me acerco un poco más y lo que oigo me deja patidifusa.

Algo como «te odio» y «no vuelvas a mi vida». Estiro el brazo para acariciar su pelo húmedo y calmarlo porque parece muy exaltado, pero entonces abre los ojos y me mira aturdido.

—¿Blanca?

—La misma. —Deposito un beso en su frente perlada de sudor.

—Me he quedado traspuesto —susurra con voz pastosa al tiempo que se incorpora.

—¿Tenías una pesadilla? —le pregunto.

Su mirada se oscurece. De nuevo lo noto nervioso. Sacude la cabeza.

—No sé, no lo recuerdo.

—Te movías mucho y murmurabas por lo bajini.

—¿Qué he dicho? —Y ahora lo que parece es asustado.

Arqueo una ceja sin comprender.

—No he logrado entenderlo —miento.

Sus rasgos se relajan. Me coge de las muñecas y me tumba sobre él para abrazarme.

Aspiro su aroma, tan suyo, tan proclive a sacudirme las entrañas.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí, aunque también ha sido un poco triste. Echaré de menos el despacho.

—Seguro que con Begoña vas a estar genial.

—No lo dudo, pero siempre es difícil despedirse de lo que queremos, ¿no?

Se queda callado, con la mirada puesta en mí pero sin verme. Vuelvo a preguntarme qué

es lo que sucede. Si continúa tan misterioso, mi vena impaciente aparecerá y temo que trastoque lo que estamos construyendo con tanto cariño.

Al día siguiente liamos los bártulos y nos marchamos al pueblo en mi coche. Ya hemos quedado para comer con mis padres y por la noche saldremos un rato con sus amigos. Me

apetece verlos y reírme. Son ocurrentes, divertidos y agradables.

Cuando llegamos mi madre no está sola, sino acompañada de Nati, quien al vernos se

apresura a disimular. Lloraba. Sus ojos rojos y su nariz congestionada lo confirman.

—Hoy la tía comerá con nosotros, ¿vale? —Mi madre esboza una sonrisa triste y aparta

la mirada cuando la mía se encuentra con la de ella.

Adrián parece incómodo durante toda la comida. Ni siquiera responde a las bromas de

mi hermano. Y Nati apenas prueba bocado. Me rondan la cabeza un montón de cuestiones

que no verbalizo por respeto a todos.

Por la tarde, en el piso de Adrián, le confieso que durante un tiempo he acudido a una

psicóloga que ha tratado de ayudarme con mis problemas. Espero a que me pregunte o comente lo que sea, o que mencione si a Nati y a él les ocurre algo, pero tan solo sonríe y luego, mientras miro una película en el sofá, se dedica a tocar la guitarra en su estudio. Es todo tan raro, él lo está tanto… que mi estómago empieza a hacer de las suyas embargado

por el temor.

Sin embargo, los días siguientes se muestra más animado y la relación

con su madre mejora. Comemos juntos y Adrián la abraza, la mima, aunque Nati continúa con ese aire

melancólico y triste con el que la descubrí junto a mi madre.

La primera noche de fiestas me pongo mi mejor vestido, me dejo el cabello suelto y me

ondulo las puntas, y me calzo unas preciosas sandalias. Adrián me lanza un silbido al asomarse desde el cuarto de baño.

—¿Adónde vas tan guapa?

—Si me cruzo con las buitronas quiero que se mueran de envidia.

—¿Todavía las odias? —me pregunta acercándose con un deje de preocupación.

—En realidad, no. Pero supongo que es un mecanismo de defensa. —Me encojo de

hombros y termino de maquillarme.

—Esas chicas sabían lo maravillosa que eras. Por eso se comportaron así contigo.

Me abraza desde atrás y me huele el cuello. Lo veo cerrar los ojos y sonreír a través del

espejo.

—Pues qué manera más bonita de demostrarme su admiración —respondo con ironía.

—Te quiero, Blanca. —Me besa la nuca, y me tiembla todo.

—Y yo. Y esta noche daré gracias por el hecho de que el pueblo y estas fiestas volvieran a unirnos.

Primero cenamos con mis padres y mi hermano en el bar al que llevé a Begoña cuando

vino. Nati no ha querido acompañarnos, aunque se unirá a la verbena. Nosotros

asistiremos un rato y después nos acercaremos a la discomóvil.

—Hija, estás preciosa —me halaga mi madre, sorprendida—. Yo me he puesto lo

primero que he encontrado en el armario.

—María, lo tuyo es belleza natural —le dice Adrián, y ella cae rendida a sus pies.

Menudo seductor está hecho. En eso no cambiará nunca.

—Así hemos salido sus hijos de guapos —se mofa Javi, y le arreo un coscorrón.

—¿Cómo te va en la pizzería? —le pregunto.

—Como siempre. Es un rollo, pero lo bueno es la pizza gratis. Un día os pasáis y os invito.

—¿Y el tatuaje? —inquiere Adrián, a quien le gusta picar un poquito.

Mi madre salta en la silla.

—¡Ni mencionarlo! —exclama.

—He pensado hacerme uno bien grande que me cubra toda la espalda. —Javi le sigue el

juego a mi novio.

—¡Sí, hombre! —Mi madre entra al trapo—. ¡Como te atrevas, te lo quitaré con el estropajo!

Acabamos riéndonos a carcajadas. De hecho, me abrazo a mi padre con una sonrisa de

oreja a oreja y él me susurra al oído que le encanta la nueva Blanca. El corazón no me cabe en el pecho. Esto me recuerda a los momentos en que Nati, mi familia, Adrián y yo

paseábamos por el pueblo cuando era una cría. Tan solo falta ella aquí, y espero que luego, cuando nos la encontremos, sonría como siempre ha hecho.

Sin embargo, cuando llegamos a la plaza Mayor, donde hemos quedado, no la vemos por ningún sitio. Adrián la llama por teléfono y, tras unos segundos de conversación, se aparta y, desde lejos, reparo en que gesticula acalorado. ¿Otra vez discutiendo?

—Nosotros vamos a comprar unos helados —me anuncia mi madre, sin apartar la vista

de mi novio—. ¿Queréis?

—Estoy llena. —Esbozo una sonrisa falsa.

Espero a Adrián sentada en un banco. Sus gritos enfadados llegan hasta mí y me doy cuenta de que unas cuantas personas lo miran. Me muerdo las uñas sin poder evitarlo. En

cuanto regresa a mi lado me levanto.

—¿Va todo bien?

—Claro que sí —contesta en tono seco.

—¿Una nueva discusión?

—¿Y tus padres? —Cambia de conversación y arrugo el ceño.

No me da tiempo a interrogarlo sobre nada más porque Javi aparece con un cucurucho

enorme de fresa, mi sabor favorito. Aunque el estómago se me ha cerrado, me lo como para no quitarle la ilusión al chico, quien desde hace un tiempo se comporta como el hermano más amable del universo.

—Me haré el tatuaje a escondidas —explica a Adrián una vez que la verbena da comienzo y mis padres se suman al grupo de personas que bailan al ritmo de una orquesta.

—Mamá se enfadará —le aviso con el helado medio derretido.

—¿Y si me tatúo un «amor de madre» bien grande?

Se me escapa una carcajada. Ladeo el rostro hacia Adrián y lo veo tenso, cabizbajo.

Pero ¿qué le ocurre? ¿A santo de qué viene que me asegure que no pasa nada cuando es

más que evidente que miente?

—Ahora vuelvo, Blanqui. Voy a saludar a una amiga.

Javi me señala una chica que parlotea alegremente con un grupito. Asiento y me arrimo

a la papelera para tirar el poco cucurucho que me queda. El estómago no para de darme

vueltas.

—¿Quieres bailar? —insinúo a Adrián con una sonrisa. La orquesta interpreta *No rompas más mi pobre corazón* de Coyote Dax. No contesta, mantiene la cabeza gacha—.

Mira mi padre cómo intenta hacer los pasos —digo para animarlo. Pero nada, no hay manera. Lo cojo de la mano y se sobresalta, como si hubiera estado muy lejos de aquí—.

Adrián, ¿sigues conmigo?

—Lo siento. Me había ido —se disculpa, ladeando el rostro hacia mí con una sonrisa.

Una casi tétrica.

—¿No va a venir tu madre?

No contesta. Le toco los dedos para llamar su atención, pero parece que de nuevo me ha

abandonado. Tiene la vista fija en algún punto y la sigo con tal de saber qué es lo que observa con ese rostro malhumorado. Para mi sorpresa, descubro a un hombre. Uno bastante alto, muy delgado, de aspecto desgarbado. Tiene la piel morena, curtida por el sol, y un cabello oscuro que empieza a ralear. Me resulta familiar, aunque no atino a situarlo en ningún recuerdo. ¿Alguien del pueblo? Imagino que sí. Se halla solo a unos cuantos pasos de nosotros, mirándonos fijamente. No aparta los ojos de Adrián, quien, de

manera ausente, me estruja con tal fuerza los dedos que me hace daño.

—¿Lo conoces? —le pregunto con curiosidad.

El hombre avanza y, de improvisto, Adrián reacciona y me dice con las pupilas dilatadas:

—Vámonos.

Me obliga a dar la vuelta y me empuja. Un extraño presentimiento me envuelve por completo.

—¿Quién es?

—Nadie que conozcas.

—¿Y tú? —Me detengo, con lo que me lanza una mirada mortífera—. Tú sí, ¿verdad?

—No.

Me vuelvo para comprobar qué hace ese hombre y lo descubro cerca de donde nos encontramos. Sus ojos castaños verdosos despiertan en mí una clara sensación de familiaridad. Y temor. Lo he visto alguna vez, estoy segura… Rebusco entre mis recuerdos al tiempo que Adrián tira de mí. Y entonces el hombre exclama:

—¡Adrián!

Y, en lugar de detenernos, casi me hace correr y avanzamos por entre la multitud como

alma que lleva el diablo. El hombre nos sigue, pegado a nuestros talones.

—¡Adri!

Ese diminutivo es demasiado amigable para que no se conozcan. Adrián me aprieta la

mano con una fuerza increíble e incluso me parece oír el chasquido de mis huesos.

—¡Para! —le ruego—. ¿No lo oyes?

Pero parece haber perdido todo rastro de cordura. Su mandíbula tensa y su ceño de enfado me preocupan. Un fogonazo en mi cabeza trastoca todo lo que soy, todo lo que Adrián es, todo lo que somos.

Me doy la vuelta y descubro al hombre parado a lo lejos. Sus ojos… La marcada mandíbula… Lo cierto es que guarda un gran parecido con Adrián. El corazón se me lanza

a latir apresurado.

—Adrián —murmuro con la boca seca. Él hace caso omiso—. ¡Adrián!

—Consigo

detenerlo cuando nos hallamos en la avenida.

—¡¿Qué?! —me espeta.

—¿Quién era ese hombre? —pregunto con voz temblorosa.

—¿Acaso no lo has adivinado ya? —responde con amargura.

—No puede ser. Estaba muerto.

—Pues ya ves que no. No al menos en la realidad.

—Pero ¿por qué…? —No acierto a componer las palabras que se forman en mi mente.

—Porque lo estaba. ¿Lo entiendes? Para mí estaba muerto —dice, y rechina los dientes.

—¿En serio es…?

Sacudo la cabeza. Por supuesto que sí. Sus ojos son iguales a los de Adrián. Y su mandíbula.

—Es mi padre, Blanca. Ahora ya lo sabes.

Todo se nubla a mi alrededor. Adrián me lo ha ocultado toda una vida. Nunca fue capaz

de confesarme que su padre no estaba muerto.

—No entiendo nada.

—No es necesario. Él nos abandonó hace mucho. Y, de esa forma, murió para mí.

—¡Pero no era la verdad! —grito enfadada.

—¡Para mí sí lo era! —me increpa alzando los brazos—. ¡Fue la mentira que creé para

ser capaz de continuar viviendo, joder! ¡No puedes echármelo en cara cuando no tienes ni

idea de lo que sentí!

—Necesito respuestas para todas mis preguntas, Adrián —susurro

mirándolo con

intensidad. Me sostiene la mirada hasta que la aparta y suspira—. Dámelas, por favor. Si te importo, si me quieres, cuéntame todo. No me apartes más de tu vida.

—No puedo… No puedo… —Se toca el cabello, nervioso.

—No voy a juzgarte.

—Me dejarás por haberte mentido.

—No, no —niego, y lo abrazo para que se dé cuenta de que lo que digo es cierto.

Tiembla como un niño pequeño—. Me lo ocultaste, pero no importa. Lo hiciste para protegerte, y lo entiendo porque he vivido algo así. Pero, por favor, ahora ya lo sé. Ahora ya puedes abrirte a mí.

—Te avergonzarás de mí. Tú también querrás irte —murmura, casi más para él mismo.

—Adrián… —pronuncio su nombre con firmeza, agarrándolo de las mejillas—.

Méteme en tu vida si quieres que me quede junto a ti.

Y sus ojos me observan con un hondo dolor que me atraviesa y me estremece.

Me lleva a su piso en silencio. Se me pasa por la cabeza la idea de que jamás le he importado lo bastante para contarme toda su verdad. Me apresuro a eliminar ese horrible

pensamiento. Adrián simplemente luchó por sobrevivir a base de creerse una mentira. Y,

en cierto modo, soy capaz de entenderlo. Pero temo… Temo que este sea un nuevo golpe

para nosotros.

Adrián se ha encerrado en su estudio y yo, desde el salón, sentada en el sofá con dolor

de espalda a causa de la rigidez, lo oigo arrancar melodías tristes a su guitarra. Siempre que se sentía mal lo hacía. Me decía que la música lo transportaba a un mundo envuelto

por una burbuja que no podía ser atravesada por nada malo. De pequeña lo creía. Yo misma me lo imaginaba rodeado por un halo brillante, casi como un ángel, convertido en

un ser de luz intocable. Sin embargo, ahora sé que la música no ha logrado salvarlo de su

dolor. Quizá los minutos o las horas en los que cante y toque haya sentido que es así, pero después la realidad lo habrá golpeado con más fuerza, y supongo que habrá sido muchísimo peor darse cuenta de que ni siquiera tu pasión te libra del sufrimiento.

Y también yo estoy triste. Lo estoy porque no sé si seré capaz de ayudarlo, de hacerle

sentir menos desdichado. Y lo estoy porque jamás se atrevió a contarme la verdad.

Entiendo que de niño fuera una «vergüenza» para él, que su propia mentira se lo comiera,

pero… ¿y ahora? Que no se haya dado la oportunidad no tiene nada que ver. Este no es un

tema como cualquier otro, es mucho más peliagudo. Y si se supone que me quiere y que

desea que compartamos el presente y el futuro juntos, ¿hasta cuándo creía que podía mantener su mentira? ¿Si no se hubiera descubierto el pastel, me lo habría ocultado para

siempre? Pensar eso es lo que me hace sentir más intranquila, ya que me concibo trasladada a un plano en el que no puedo tocarlo, rozar sus pensamientos, formar parte de

su vida.

Lo peor es que ambos nos hemos comportado del mismo modo. Yo le oculté mi

situación en el pasado, todo lo que había sufrido en el instituto. ¿En qué nos convierte algo así? ¿En mentirosos? ¿En personas demasiado hundidas por el dolor para querer

explicárselo a otros?

Me froto los ojos mientras reflexiono y escucho la música de Adrián. No reconozco

ninguna de las canciones. Oscuras. Desoladoras. ¿Son composiciones suyas? ¿De sus dedos, cuando se trata de su historia, tan solo pueden salir esas notas desgarradoras? Si son el reflejo del corazón, el suyo debe de estar lleno de cicatrices. Y ansío calmarlo, curar todas sus heridas. Pero he adivinado en sus ojos que en estos momentos no soy bienvenida. Y eso me atemoriza. El hecho de que, al haber descubierto su verdad, me desplace, me aparte de su lado.

No es hasta pasada una hora que Adrián sale del estudio. Se acerca arrastrando los pies

y, cuando alzo la mirada, el alma se me quiebra. Ha llorado, y soy una de esas personas

que no sabe cómo comportarse cuando alguien suelta lágrimas. Me asusta. Me estudia con

semblante serio, cabizbajo, con la guitarra colgando de sus manos. Me mantengo callada,

a la espera de que diga algo. Como no lo hace, susurro:

—Te quiero.

Y frunce el ceño y los labios le tiemblan, como si estuviera a punto de echarse a llorar

otra vez. Me levanto y me coloco delante de él, aunque sin tocarlo. En cierto modo adivino lo que está pensando.

—Yo sí te quiero. A mí sí me importas. Y hay otras personas que también te necesitan.

—Quieres escuchar la historia, ¿verdad? —murmura con voz pastosa. Coge aire y

parece que hasta ese simple gesto le resulte doloroso—. Es muy común, Blanca. Le pasa a

mucha gente. La mía es la de tantos otros hijos cuyos padres no los amaron.

—Pero es la tuya. Y necesito saber cómo te sientes y qué piensas. —Lo tomo del codo y

lo guío hasta el sofá. Cae rendido al tiempo que suelta un suspiro—. Si precisas más tiempo, entonces esperaré.

—No sé casi nada de mi padre —dice con la mirada puesta en la pared de enfrente—.

Solo pasé con él la infancia. Pero me bastó para darme cuenta de que no es una buena persona.

—¿Cómo se comportaba contigo?

—Me insultaba.

—¿Te pegó alguna vez? —El vientre se me contrae al formular esta pregunta. Adrián niega muy despacio—. ¿Y a tu madre?

—Lo ignoro. Si lo hizo, nunca lo vi. Pero él bebía mucho. Y acabó drogándose también.

Gastaba hasta lo que no teníamos en el juego. Llegaba a casa por las noches, ya que ni

siquiera trabajaba, y todo eran gritos. Nuestra casa estaba hecha de chillidos y dolor, Blanca, nunca de alegría y amor como debe ser en una familia.

Adelanto un brazo y le acaricio el cabello con cautela. Creo que ni se da cuenta; parece

haberse sumido en otro mundo, otro lugar, otro momento. Quizá su pasado, cuando era un

crío que tan solo buscaba un poco de afecto por parte de esa figura paterna que no estuvo

ahí.

—Y después, un día, se fue. Sin decir nada. No dejó ni una nota. Se esfumó.

—¿Por qué?

—Porque no nos quería. —Ladea el rostro hacia mí y me dedica una mirada cargada de

dolor y rabia—. Es evidente, ¿no?

—Quizá se dejó vencer por el alcohol y las drogas y no quería dañaros.

—Entonces era muy débil.

—En ocasiones es difícil salir de ese mundo.

—¿Estás defendiéndolo? —Noto cierto matiz agresivo en su voz.

—Por supuesto que no. Un padre jamás debería hacer eso —me apresuro a calmarlo—.

Solo intento encontrar una explicación.

—Yo no quiero explicaciones. Ya no las necesito. —Niega con la cabeza—. Me inventé

esa mentira y ya está. Pensar que mi padre había muerto era mucho menos doloroso, pues

eso significaba que, al menos, me había querido.

—¿Y qué pasó después de su marcha?

—No pasó nada, y todo al mismo tiempo. Mi madre se sumió en una profunda

depresión y nos mudamos para intentar superarlo. Lejos de esa casa en la que se nos caían

las paredes encima. Lejos de esa presencia que todavía flotaba alrededor de nosotros. —

Traga saliva. Sé que explicarme todo esto es muy duro para él y no puedo estar más que

agradecida, a pesar de todo. Me lo ha ocultado siempre, pero en ocasiones esa es la única

forma de mantenernos cuerdos—. Pasé a ser el hombre de la casa. Asumí

responsabilidades demasiado grandes para un crío. Pero luché. Y, poco a poco, conseguí que mi madre volviera a sonreír, aunque ella también puso de su parte.

—Los dos habéis sido increíblemente fuertes —susurro.

Adrián esboza un atisbo de sonrisa triste.

—Estuve perdido mucho tiempo. Me odiaba a mí mismo. Pensaba que él se había marchado por mi culpa.

—¿Qué te hacía creer eso? —pregunto sorprendida.

Se encoge de hombros, como si no lo supiera realmente, aunque aprecio que hay más en

el fondo.

—Era un niño. No era capaz de razonar con coherencia. Mi madre muchas veces

aseguraba que todos los hombres eran malos. Y yo lo era, Blanca. Yo también soy un hombre.

Vuelve a mirarme y los ojos le brillan. Vislumbro en ellos algo que me deja la boca seca.

—¿Por eso fue que…?

—Estaba convencido de que en mí también había una semilla podrida que provocaría daño a quien amara. —Se pasa la lengua por los labios resecos—. En ocasiones me mostraba muy amoroso con mi madre, y luego recordaba los momentos en los que mi padre también era cariñoso con ella, siempre después de haber discutido, de haberla insultado, y me repetía a mí mismo que me comportaría igual que él, que algún día se me

cruzarían los cables y le gritaría. Y entonces pasaba un par de días alejado de ella y no me daba cuenta de que precisamente esa sí era la actitud de mi padre.

—Estabas asustado y confundido —digo para reconfortarlo, pero no sé si lo conseguiré.

El redondel oscuro bajo sus ojos me preocupa demasiado.

—Y tú llegaste a mi vida para cambiarla. No eras como mis otros

amigos, Blanca, te lo

aseguro. Tú eras mucho más. Y tu madre. Ella logró que mi madre se quisiera, que cambiara, que deseara continuar. Vosotras nos iluminabais.

—¿Mi madre sabía la verdad?

Adrián asiente y un leve pinchazo de celos me atraviesa el corazón.

—A veces también sentía envidia. Porque tú tenías una bonita familia. Tu padre te quería.

—No todo fue sencillo, y lo sabes.

—Ahora lo sé. No en aquel entonces. —Toquetea las cuerdas de la guitarra—. Bajé las

defensas. Derrumbé los muros. Poco a poco fui metiéndote en mi vida, aunque no tan adentro, claro. Puede que fuera una actitud cobarde, pero no quería que me rechazaras. Ni

que te apiadaras de mí. Era demasiado orgulloso. Prefería que pensaras que era huérfano.

Era mucho más fácil.

—No habría sentido pena por ti, te lo aseguro.

Cierra los ojos y apoya la cabeza en el respaldo del sofá. Sonríe de manera triste.

—Me había prometido que nunca permitiría que una chica se enamorara de mí. Ni yo

de ella. Porque de esa forma no provocaría ningún dolor.

—¿No te paraste a pensar que podrías haberlo hecho bien?

—Alguna vez. Cuando te besaba, cuando tú me acariciabas… Entonces, en esos breves

instantes, creía que sí.

El corazón me palpita en el pecho. Tengo ganas de llorar. Por Nati. Por él. Por la infelicidad que oscureció sus vidas. Por mí. Por nosotros dos, que no tuvimos una historia bonita. Pero ahora… Ahora sí. Ahora

somos adultos, hemos madurado, somos capaces de

vencer nuestros temores.

—Más o menos cuando cumplí quince años mi padre se puso en contacto con mi madre.

Básicamente para pedirle dinero, aunque también le preguntaba por mí. Y cuando descubrí

la primera carta me enfurecí con ella por dejar que regresara a nuestras vidas. Me aterrorizaba que él pudiera destrozarlas otra vez.

—¿Y si de verdad se sentía arrepentido?

—No —dice con rotundidad—. Aquel día… —Aspira con fuerza. De nuevo, cierra los

ojos. Su rostro se contrae. Su dolor me traspasa—. Nuestro día de mierda… —La nuez le

baila en la garganta—. Joder, te escribí una nota después de que te fueras. Juro que quería entregártela y solucionar todo entre nosotros. Pero se jodió. Mi madre me confesó que había respondido a las cartas de mi padre, que le había prestado dinero y después él había vuelto a desaparecer sin devolvérselo.

—Lo siento —murmuro, sin saber qué más añadir.

—Esa idea loca y furibunda de que yo podía llegar a ser como mi padre me absorbió por completo. Mi madre había repetido toda la tarde como una letanía que los hombres eran malvados. Y la creí, porque era lo único que había visto y porque yo tampoco es que

fuera un chico bueno. No sabía otra cosa. Y entonces rompí la nota que te había escrito y

me convencí de que lo que iba a hacer era lo mejor para todos. Llamé a Sonia para quedar

con ella. Como esa chica tan solo me quería para el sexo, estaba bien. Porque yo sentía que era lo único que podía y sabía dar, la única forma en que no traspasaba mi dolor a

nadie. Pero me equivoqué. Dios… Me equivoqué tanto… —Se frota los ojos. La voz se le ha quebrado—. No planeé que nos encontraras. No sabía nada de esa puñetera carta de mierda que te escribieron. Y me di

cuenta de que, de todos modos, te había hecho daño. Y

cuando me gritaste a la cara que nunca volvería a verte me di por satisfecho porque además estaba cagado de que alguien pudiera quererme de esa forma. Esa tarde pensé mucho en que romper a las personas estaba en mí, como una maldición. Pero luego arremetí conmigo mismo y quise luchar por ti, enmendar el error… Y ya fue tarde.

Suspiro. Es todo tan difícil… Incluso ahora, tras este tiempo separados, lo es. Todavía

noto su arrepentimiento, la culpa, el rechazo que siente por sí mismo.

—Ya te dije que los motivos no me exculpaban. Oyéndome hasta me resultan ridículos.

Que fui un cabrón es la realidad y punto.

Le cojo la mano. Le acaricio el dorso y, a continuación, me la llevo a los labios y deposito un beso.

—Pasé demasiado tiempo enfadada, y ese sentimiento ya no lo quiero. Puede que te comportaras mal conmigo en una ocasión; también yo contigo. Pero ahora estamos

haciéndolo bien, ¿no? No te culpes más. Perdernos una vez ya fue tu castigo. Y el mío. Me

has recuperado, y yo a ti.

Adrián me observa con la mirada perdida, como meditando sobre algo. Le muestro una

sonrisa.

—¿Crees que debemos perdonar todo?

—No, todo no.

—¿Y dónde se encuentran los límites?

—Considero que hay que mantener nuestra autoestima. Respetarnos. Si perdonar algo o

a alguien va en contra de eso, entonces no.

—Por esa razón no perdono a mi padre.

—¿Y no piensas que pueda estar arrepentido de verdad?

—La gente como él no cambia.

—Pero ya no se trata solo de perdonarlo a él, sino de perdonarte a ti. —Me mira con las

cejas fruncidas—. Tú me lo dijiste una vez. Y fue verdad. Cuando pronuncié esas dos palabras me liberé. Volví a estar en paz conmigo misma.

No responde. Le acaricio el mentón con delicadeza.

—¿No te gustaría descubrir lo que realmente se le pasó por la cabeza con lo que hizo?

—No sé, Blanca. No sé —musita—. Quizá, algún día…

Guardamos silencio. Permanecemos un rato más en el sofá, simplemente el uno al lado

del otro. En la cama me abraza muy fuerte, como un niño atemorizado. Estoy triste por él.

No es pena. Es un sentimiento mucho más doloroso.

—¿Entiendes por qué nunca te confesé la verdad? —susurra cuando estoy empezando a

dormirme—. ¿Lo comprendes, cariño? Por favor, dime que sí. Si la verbalizaba, entonces

sería consciente de esa realidad que no soportaba.

—Te entiendo —lo tranquilizo, con su cabeza apoyada en mi pecho—. Duérmete.

Y durante la noche apenas pego ojo. Le oigo hablar entre sueños, agitarse, sufrir. Y, de

algún modo, siento que soy yo quien debe ayudarlo en el camino al perdón. Tantos años

ocultándomelo significa que su infancia y su historia han sido para él un lastre.

Me encuentro en el nuevo despacho en el que Begoña y yo empezaremos nuestra

andadura a mediados de septiembre. La pobre va de cráneo y está muy estresada. Por supuesto, me he ofrecido a echarle una mano para, de paso, preguntarle acerca de los avances en su relación y contarle todo lo que yo he descubierto.

Estamos sentadas en el suelo, algo que Bego detesta, pero es que todavía no ha comprado los muebles. Junto a nosotras hay una bandeja con unos cuantos sándwiches de

jamón y queso. Doy un largo trago a mi refresco y luego prosigo con el papeleo. Muy divertido esto de revisar expedientes en un mediodía de agosto, sí señor.

—No me has contado nada sobre lo de tu chica en toda la mañana —le digo en un momento dado, cuando mi amiga despega la nariz de sus papeles para morder el pan.

—¿Sabes? Lo extraño es que no hay mucho que contar.

—¿Al final no le confesasteis la verdad?

—Lo hicimos, claro que sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Que él no montó un pollo.

—¿En serio? —Abro los ojos de par en par.

—Te lo juro. —Begoña asiente y traga antes de proseguir—. Nos escuchó con atención,

se quedó callado unos minutos mientras las dos nos moríamos de los nervios y después simplemente respondió que se olía algo.

—Pero…

—En el fondo no me siento tranquila. Ella sí. Asegura que lo conoce

bien después de

tantos años y que es sincero.

—¿Y tú qué piensas?

—Que algo gordo se cuece.

Me preocupa que ese hombre ponga grandes impedimentos en el divorcio. No tengo todos los detalles, pero mi amiga nunca ha mencionado que él tratara mal a su mujer, así

que si presentara una demanda contenciosa la lucha sería difícil.

—Imagino que ella se divorciará…

—Sí. —Begoña asiente.

—¿Crees que él está enfadado?

—Seguro que lo está. A ver, yo lo estaría. En su círculo es vergonzoso que su esposa quiera separarse y que, encima, el motivo sea porque se ha enamorado de una mujer.

—Quizá es buena persona y solo desea la felicidad de su familia.

Begoña arquea una ceja y me mira con suspicacia.

—¿Desde cuándo sientes tanto amor por la humanidad? —me pregunta con sarcasmo

—. Adrián te ha convertido en una cursi.

—Ahora pienso más con el corazón y soy más optimista. —Sonrío—. ¿Es malo?

—Claro que no, cariño. El pesimismo conlleva tristeza.

—Aunque ha pasado algo.

—Ya me parecía a mí que andabas un poco seria. —Aparta los papeles y centra su atención en mí—. ¿Va todo bien con tu chico punk?

Se me escapa una risita al oír ese mote que le puso y que ya no se lo quitará. Begoña es

así.

—Descubrí algo increíble, Bego.

—¿Qué?

—Adrián no es huérfano.

—¿Perdona…? —Frunce el ceño—. Me dijiste que su padre había muerto cuando era

un crío.

—Eso es lo que él y todos los demás me hicieron creer.

Estos días he dudado si debía contárselo a Begoña. Al fin y al cabo, había sido un secreto guardado a buen recaudo por Adrián. Pero ella es mi mejor amiga y sé que jamás

se lo revelará a nadie, mucho menos a él.

—En realidad su padre los abandonó.

—¡Qué fuerte! Y tú sin saberlo todos estos años.

—Las razones por las que me mintió son convincentes. No me enfadé mucho. Seguro

que eso te sorprende. —La miro y se ríe, asintiendo—. Pero en serio, comprendo que él

mismo quería creerse esa mentira. Estaba protegiéndose, y en eso tengo una gran experiencia.

—¿Y estás seria porque en el fondo sí te sientes algo molesta?

—No del todo. Lo estoy porque nos topamos con su padre. Al parecer, el hombre quiere

retomar el contacto. Disculparse o algo, imagino.

—Y Adrián no.

—Se ha pasado una semana triste, cabizbajo, silencioso. Hacemos el amor y parece ausente. Y creo que es el rencor lo que no le permite avanzar.

—Como te ocurría a ti.

—Exacto.

—¿Por qué la vida es tan difícil algunas veces? —Begoña suspira.

—No. Somos nosotros los que la complicamos más de lo que es.

Me mira con los ojos muy abiertos. Seguro que piensa que me han poseído.

—Esa idea te la metió tu amiga la loquera.

—No es mi amiga, ni tampoco lo segundo. —Chasco la lengua y sacudo la cabeza.

—Me parece genial que ya no acudas a su consulta. Te hacía más mal que bien.

—Tampoco es eso —me quejo.

—¡Te daba malos consejos!

—No, Begoña. Intentaba ayudarme desde su postura de profesional.

—Profesional de pacotilla.

Pongo los ojos en blanco. Meto unas hojas en un archivador y luego lo cierro.

—Esta es una idea mía, solo mía, a la que he llegado con mi experiencia —le explico—.

La rabia y el resentimiento te hacen dar marcha atrás.

—No has descubierto nada nuevo —se mofa.

Le lanzo una miguita de pan.

—Adrián no quiere hablar con su padre porque teme que los destroce otra vez… o de

que su madre acabe volviendo con él —continúo con la vista posada en el suelo—. Pero

posiblemente un encuentro con ese hombre lo ayudaría a perdonarse a sí mismo.

—Ya empezamos con la filosofía barata.

—¡Cállate! —Otra miga vuela por los aires sin llegar a su destino—. ¿Tú no le darías

otra oportunidad a tu madre? —Saco un tema peliagudo, pero que en este momento me parece muy similar—. Si ella quisiera retomar la relación que teníais, ¿no la aceptarías?

—Claro que sí, Blanca. Es lo que más deseo.

—Pues ya está.

—Pero mi madre no se largó de mi casa y nos abandonó a mi padre y a mí.

—¿No te sientes desamparada en ocasiones?

Begoña aparta la mirada. Quizá he sido un poco dura, pero preciso que entienda mis razones.

—¿No querrías que ella te explicara por qué te ha tratado así?

—Yo ya sé el porqué.

—Pero a veces necesitas escucharlo.

—Lo de Adrián es mucho más complicado, cielo.

—Cierto. Pero si él accediera a escuchar a su padre, tan solo eso…

—Si no quiere, hay que respetar su decisión.

Guardo silencio y me centro en los papeles de nuevo. Begoña alarga una mano y me toma por la muñeca. Alzo la mirada y me observa con preocupación.

—¿Qué ronda esa cabecita tuya?

—Solo quiero ayudarlo.

—Blanca, es una cuestión de Adrián, su madre y su padre. No tuya.

—¿Por qué no? Lo quiero. Y deseo que sea feliz. Estoy segura de que si se sentaran a hablar la cosa podría funcionar.

—Lo que tú creas puede que no tenga nada que ver con lo que pase en realidad.

El asunto queda ahí. Me callo y Begoña tampoco se inmiscuye más. Sin embargo, cuando nos hemos terminado los sándwiches me pregunta:

—¿Y tuvieron líos judiciales y tal? Es decir, ¿fue abandono de hogar o de familia? Si se

trata de lo segundo, todo sería mucho más difícil.

—Ni idea. Adrián no me lo ha contado y yo no he querido remover el tema.

—Pero de todos modos estás pensando en hacerlo… —El tono de Bego es rotundo.

—No lo sé. Estoy confundida.

—Cariño, te lo digo en serio: deja que sea Adrián el que decida.

—Él también querría ayudarme —protesto.

—Si vas a hacer algo… antes coméntaselo.

Al día siguiente, por la tarde, Adrián me comenta que va a salir a tomar algo con sus amigos y me pregunta si me apetece ir. Lo veo un poco más tranquilo y eso me hace sentir

mejor. Le respondo que prefiero quedarme en casa para relajarme y se marcha tras regalarme un beso humedecido por un montón de promesas de una noche más pasional que las anteriores.

En realidad, mi intención no es otra que pasarme por casa de Nati y averiguar cosas.

Puede que actuar a espaldas de mi novio no sea lo más acertado, pero pienso que después

todo irá mejor. Me pongo un vestido ligero para soportar el calor asfixiante y, quince minutos tras la marcha de Adrián, me dirijo a casa de su madre. Nati me recibe con una

sonrisa, aunque triste. Como en las últimas semanas. A ella también la quiero y deseo que

vuelva a ser la mujer alegre y brillante que recuerdo.

—Qué sorpresa, Blanqui. ¿Cómo es que has venido a verme sin Adrián?

—Pues ya ves, como cuando era niña. Recuperando viejos hábitos.

Sin embargo, me conoce muy bien. Mi presencia en la infancia a su lado y todo lo que

mi madre le ha contado siempre sobre mí han hecho que yo no sea un interrogante para

ella. Así que mientras prepara dos cortados (para mí con leche del tiempo) me lanza una mirada tras otra. No ha posado el trasero en la silla de la cocina cuando ya me está preguntando:

—¿Quieres hablar sobre algo?

—Si te incomoda…

—No, cariño. Es normal.

—Adrián te lo ha dicho.

—Sí. —Asiente con la barbilla al tiempo que se echa una cucharadita de azúcar en la

taza—. Y yo quería llamarte y disculparme, pero…

—¿Disculparte por qué?

—Por él, por mí… Por haberte ocultado algo así.

—Me enfadó un poco que mi madre lo supiera y yo no, pero vuestra decisión es respetable.

—Fue tan difícil para nosotros, Blanca… —Y lo ha dicho en un tono tan triste que me

acongoja tanto como cuando lo escuché de boca de Adrián.

—No puedo hacerme una idea de cuánto.

—La mentira era una forma de escape para Adri. Él se guardó una foto, ¿sabes? Y

cuando era más pequeñito la sacaba por las noches, a solas en su cuarto, y le hablaba.

Decía cosas como: «Papá, qué pena que te fueras al cielo tan pronto, pero yo cuido de mamá». Y de esa forma le resultaba menos complicado vivir.

Callo. No sé qué decir. Tengo un nudo en el estómago. Doy un sorbo a mi cortado. Está

fresco y, al menos, me calma un poco el ardor en la garganta.

—La vi una vez. Me la arrancó de las manos.

—Pero luego… Luego, en el fondo, él sabía a la perfección que una mentira como esa

no se sostiene y, cuando se asomaba a la realidad, esta le golpeaba mucho más fuerte. La

negación tan solo le sirvió para sufrir más con el paso del tiempo.

—¿Tu ex marido se desentendió del todo de vosotros?

Nati aparta la mirada y se pone roja. La observo con curiosidad.

—Sí.

—¿Y por qué no fuisteis a juicio? Ese hombre tenía unos deberes de los que hacerse cargo.

—Mira, la verdad es que nunca estuvimos casados.

—¿Qué? —exclamo patidifusa.

—Yo a su familia no le gustaba y la mía no podía ver a Pedro. Me repetían una y otra

vez que no era una buena persona. Por esa época, cuando tan solo teníamos dieciocho años, ya bebía bastante. Pero nunca quise creerlos y, poco después, me quedé embarazada.

Ni mi familia ni la suya quisieron ayudarnos, así que nos fuimos a vivir juntos y todo fue a peor desde ese momento. Sé que Pedro no deseaba un bebé en nuestra situación… Aun así, durante el embarazo fue cariñoso conmigo y al final se ilusionó. Sin embargo, cuando

nació Adrián volvió a cambiar y… Supongo que el resto de la historia la conocerás ya por

mi hijo.

—Algo.

—Cuando se fue, no quise más quebraderos de cabeza. Tan solo centrarme en nosotros

dos, en criar a mi hijo, sacarlo adelante yo sola. Mis padres me aceptaron de nuevo y se

ofrecieron a ayudarme, pero me avergonzaba tanto haber sido tan tonta que decidí que lo

mejor era mudarnos. Y ahí fue cuando tú nos conociste. —Bebe y se pasa la lengua por los

labios—. Las cartas llegaron antes de lo que Adri cree. Pedro me preguntaba por el niño y

me pedía perdón. Todavía estaba muy enfadada con él y no le contestaba. Pero luego… fui

volviéndome más débil y nos carteábamos. Creo que Adrián tenía quince años más o menos cuando lo descubrió. Y desde entonces Pedro se ha comunicado unas cuantas veces

conmigo. Me pedía consejo para acercarse a Adrián otra vez.

Nos terminamos los cortados. Nati hace ademán de levantarse para fregar las tazas, pero

me adelanto. Una vez que he terminado y tomo asiento de nuevo le pregunto:

—¿Lo has visto en persona desde entonces?

—Sí.

—¿Y cuál es tu opinión?

—¿En qué sentido?

—¿Lo ves arrepentido? ¿Ha superado sus problemas?

Nati titubea. Sus ojos bailan de un lado a otro de la cocina hasta que los posa en mí.

—Creo que sí.

—¿Piensas que merece el perdón de Adrián?

—Yo ya le concedí el mío. Nunca volveré con él, eso está claro. Pero le perdoné. Ya está. Y me quedé tranquila.

—Ya sé que no debería meterme en estas cosas…

—No digas eso, Blanqui. Tú has formado parte de esta familia desde niña. Aunque te

marcharas, tu madre seguía hablando de ti y yo te sentía igual de cerca. Entendía que no

quisieras venir al pueblo.

—Adrián está muy triste. Y convencido de que no debe perdonarlo, ni verlo, ni hablar

con él… ni nada. No sé cómo ayudarlo. Me siento fatal al notar su dolor y su enfado.

—Ha vivido siempre así. —Nati suspira—. Pero ¿sabes? Adri te quiere muchísimo. Y, a

veces, es la persona con la que se comparte el presente y el futuro la que puede ayudarte

más.

—¿Crees que…? —Abro los ojos con el corazón martilleándome en el pecho.

—Conmigo nunca funcionará. Jamás seré capaz de convencerlo, ya que para mi hijo el

hecho de que yo lo anime a reencontrarse con su padre es una forma de debilidad.

—¿Cómo podría ponerme en contacto con Pedro?

Veo que Nati duda. Al cabo de unos segundos se levanta y sale de la cocina. La espero

sentada, con una emoción incomprensible en mi cuerpo. Regresa con un papel en la mano.

Al entregármelo descubro que es un número de teléfono.

—No le digas a Adri que he sido yo. Invéntate cualquier cosa, como que te lo has encontrado por el pueblo y os pusisteis a hablar. Eres abogada, algo se te ocurrirá. —

Esboza una sonrisa.

Ya en la puerta me abraza con tremenda fuerza.

—Muchas gracias, cariño. Mi hijo te necesitaba, y me hace enormemente feliz que estéis juntos. Ojalá… ojalá consigas lo que yo llevo buscando desde hace tanto tiempo.

36

Adrián regresa más tarde de lo esperado de la quedada con sus amigos. Ya estoy en la

cama, pero más por los nervios que he sentido toda la tarde que por cansancio. Todavía aprieto el papelito entre los dedos cuando oigo las llaves en la cerradura. Me levanto como impulsada por un resorte y me apresuro a esconderlo en mi bolso. Realmente no sé qué hacer. Begoña opina que no debo inmiscuirme y Nati, por el contrario, desea que ayude a

su hijo.

—¿Blanca? —Adrián entra en el dormitorio sin encender la luz. Lo oigo chocar con los

pies de la cama y pronunciar un leve quejido—. Ya estoy aquí.

—¿Lo has pasado bien?

—Mucho.

Me coloco de lado para observarlo. Lleva algo en una mano y estiro el cuello para comprobar de qué se trata. Un cucurucho.

—¿Y eso?

—¿Recuerdas nuestra heladería favorita? Bueno, más bien la tuya.

Me tiende el helado y, como ambos nos encontramos en una mala postura, acaba

cayendo una buena parte de helado en mis piernas desnudas. Para mi sorpresa Adrián sube

a la cama, agacha la cabeza y lame la fresa. Un agradable cosquilleo aparece en mi entrepierna. Me acerca el cucurucho hasta la boca y yo le doy un lametón. Y luego Adrián

me besa, y el contacto de mi lengua fría y de la suya caliente me vuelve loca. Me lo como

mientras se desviste. Por las finas rendijas de la persiana puedo ver su torso, con esos tatuajes que adoro, y un nuevo cosquilleo entre los muslos me avisa de que, a pesar de todo, estoy juguetona.

—¿Qué habéis hecho? —le pregunto cuando se mete en la cama.

Su piel arde y me provoca más deseo al rozarse con la mía.

—Hemos cenado y tomado unas cervezas.

Al besarme, aprecio el olor a alcohol. No es que vaya borracho, pero sí contentillo.

Contengo una risa. Me engancho a sus labios y los saboreo. Una mezcla amarga y salada.

—¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

—Bañarme, tomar un té fresquito, pintarme las uñas…

—Qué coqueta eres —murmura entre beso y beso.

Le busco la lengua. La enrosca en la mía al tiempo que me rodea con los brazos y me

atrae hacia su cuerpo. Le acaricio el pecho y jadea en mi boca. Termino tirando de su labio inferior.

—Me parece que antes voy a darme un remojón.

—¿Por qué? —protesto—. Si vas a sudar más…

—Apesto a cerveza.

—¿Es una excusa para empotrarme en las paredes de la ducha?

—Quizá.

Me río y vuelvo a besarlo. Nos aceleramos. Me golpea con su lengua y desliza una mano por mi espalda hasta llegar a mi trasero. Como solo llevo una camiseta y las bragas,

me acaricia las nalgas. Se emociona y me da un apretón.

—Este culo me vuelve loco. Mira cómo me tienes ya.

Sin ningún reparo me coge la mano derecha y me la lleva hasta su erección.

—Y quieres irte al baño y desaprovechar esto.

—Vuelvo enseguida. En serio.

Deposita un nuevo beso en mis labios. Uno muy húmedo, impregnado de deseo.

Me pongo boca arriba y suspiro. El sexo me palpita. Segundos después oigo el sonido

del agua golpeando la bañera. Me dedico unos minutos a tocarme de manera distraída los

muslos y las ingles, hasta que suelto un gruñido de frustración y salgo de la cama. Los últimos encuentros sexuales han sido mucho menos apasionados de lo que Adrián me tenía acostumbrada, así que mi nivel de paciencia está por los suelos.

Me cuelo en el aseo y lo veo de espaldas a través de la mampara. Me despojo de la camiseta y de las bragas de inmediato. Doy unos golpecitos al cristal, y se da la vuelta y me dedica una sonrisa. Un par de mechones húmedos le caen por el rostro otorgándole un

aspecto tan sexy que me desboco por completo. Descorro la mampara y le indico con un

gesto que me haga un hueco.

—Qué impaciente eres, Blanca —susurra con voz ronca. No sé si por el alcohol o porque está tan cachondo como yo. Quizá por ambas cosas. Su erección me lo confirma.

La tomo con una mano y la recorro con mis dedos. Adrián cierra los ojos y, al abrirlos, se le han oscurecido—. Vas fuerte hoy.

—Contigo siempre.

Le rodeo el cuello con el otro brazo y acerco mi rostro al suyo. Hago amago de besarlo.

Abre la boca, ansioso, pero me echo hacia atrás y se ríe.

—Malvada.

—¿Yo? Eres tú quien últimamente ha estado más soso conmigo. —Acerco mi boca otra

vez, pero evito que me bese. Su respiración acelerada choca contra mi nariz. Me gusta provocarlo—. ¿Es que ya no me deseas?

—¿De verdad estás preguntándome eso? ¿Es que lo que tienes en la mano no te

demuestra lo loco que me pones?

—Yo siempre tengo ganas de ti. Demuéstrame que tú también.

Enreda una de sus manos en mi pelo y con brusquedad tira de él hasta dejar mi cuello al

descubierto. Sus dientes se clavan en mi carne sin piedad. Suspiro, extasiada. Me encanta

que me lo haga duro, salvaje y, al mismo tiempo, dulce y cálido. El agua moja nuestros cuerpos mientras besa mi piel con adoración. Aprieto su erección en mis dedos y de nuevo

me muerde. A continuación sus labios se posan en mi mejilla y me da tiernos besitos cubriéndome el ojo.

—Te besaría hasta no dejar un rincón libre.

Con un rápido movimiento me da la vuelta. Tengo que ladear la cara para no golpearme

con el cristal. Cierro los ojos con una sonrisa.

—Dime cómo quieres que te lo haga. Hoy te daré todo.

Meneo el culo. Me lo roza con la punta de su miembro e intento controlar un gemido.

Me abraza desde atrás y jadea en mi oído. Lleva sus manos hasta mi sexo y me acaricia los labios, separándolos un poco, hasta introducir un dedo.

—Esta humedad no es solo agua de la ducha, ¿a que no? —susurra en mi oído. Tira del

lóbulo y apoyo la frente en el cristal.

En ese momento me agarra de las caderas y me pone otra vez de cara a él. Sus ojos brillan y se le han enrojecido las mejillas, como sucede cuando se excita muchísimo. Me

sujeta la cara con ambas manos y ataca mi boca con hambre, con violencia. Su lengua se

abre paso y explora cada recodo. Me aferro a su cuello y me entrego a él con todo el ardor que inunda mi cuerpo tembloroso. Jadeo en sus labios como si fuera el fin del mundo. Una

de sus manos abandona mi mejilla y se engancha a uno de mis pechos. Me lo acaricia con

suavidad y luego lo aprieta; sus dientes se clavan en mis labios al emocionarse. Tira de uno de mis pezones, arrancándome un gemido. Sus expertas manos bajan por mi vientre y

se detienen en mis caderas. Me acaricia la pelvis tal como le gusta hacer.

—Te has portado mal al entrar aquí sin mi permiso —jadea en mi cuello mientras me lo

llena de tiernos besos—. Vas a tener que recibir un castigo.

—¿Y cuál es? —pregunto juguetona.

Me lame la barbilla y echo la cabeza hacia atrás. Me tiene tan empotrada contra el cristal que entre nuestros cuerpos no puede correr el aire. Su sexo palpita contra el mío.

Ese roce provoca que me muera de ganas por tenerlo dentro. Me aparta el cabello chorreante y me observa con una sonrisa seductora, esa que ponía para ganarse a cualquiera.

—Arrodíllate.

—¿Y si no quiero? —Arqueo una ceja, retándolo. En realidad, sé lo que pretende, y yo

también lo deseo—. Juguemos a mi manera.

Me pongo de cuclillas para su sorpresa. Adrián exhala cuando mi nariz roza su miembro. Tan duro, tan sugerente, tan adecuado para mi boca. Me lo introduzco con sumo

cuidado al tiempo que le cojo un testículo y se lo acaricio. Gruñe y masculla una palabrota que me pone a mil. Cierra el grifo de la ducha.

—¿Cómo es posible que con solo el contacto de tu lengua sienta que me corro?

—Porque soy maravillosa en esto —bromeo.

—Doy fe. ¡Joder! —exclama cuando me lo meto más y muevo la lengua de un lado a

otro—. No sé cómo he podido vivir sin esto. Las pajas no se acercan ni por asomo a lo que siento contigo.

—Bruto —murmuro, aunque suena raro porque tengo su pene en mi boca.

Me lo saco y lo recorro de arriba abajo con la lengua. Deposito pequeños besos y finalizo con un mordisquito en la punta. Adrián posa la mano derecha en mi cabeza y me

empuja para que me lo meta de nuevo. Lo cojo por detrás de uno de los muslos y lo acerco

más a mí. Vuelvo a tragarlo hasta lo más hondo y lanza un grito contenido de placer. Me

acaricia el pelo y zarandea las caderas. Casi lo recibo hasta la garganta. Lo hago como sé que le gusta, moviéndoselo con una mano a la vez que me lo introduzco entre los labios y

lo succiono con fuerza cuando me alejo de él. Gimo con su polla enterrada en mi boca. Me

siento tan poderosa. Tan sexual… Empiezo a masturbarlo con más fuerza. Una de sus manos se posa sobre la mía para ayudarme a

marcar el ritmo.

—Un poco más, Blanca… Chúpamela un poco más y me corro.

Empuja casi con rabia. Lo miro a través de mis pestañas y esbozo una leve sonrisa como puedo. Se agarra a mi pelo y gruñe.

—Estás tan sensual… Me pone loco esta imagen. La tendré grabada en mis retinas para

siempre.

Sigo lamiéndolo con toda la intensidad posible. Al cabo de unos segundos noto un sabor

inconfundible. Está a punto de irse.

—Quiero correrme en tus tetas… —Y suspira.

La saco de mi boca y lo masturbo con rapidez. Cierra los ojos un momento, y después

los abre y se muerde el labio justo en el instante en que lanza su orgasmo en mi piel. Yo

misma me he desbocado tanto que apenas me doy cuenta de que estoy tocándome entre las

piernas con la mano izquierda.

—Déjame a mí… —me pide Adrián una vez que se ha recuperado.

Me toma de los hombros y me levanta. Nos fundimos en un beso apasionado. El sabor

de su saliva se mezcla con el que todavía guardo de su sexo. Gimo cuando su lengua azota

la mía. Me recorre el cuerpo con las manos, haciéndome consciente de cada uno de los centímetros de mi piel.

Ahora es él quien se arrodilla. Lame mi vientre y el interior de mis muslos al tiempo que me separa las piernas. Lo que hay en el centro me palpita extasiado, indómito, impaciente. Aprecio su lengua, húmeda, lenta, introduciéndose en mis pliegues. Casi me

parece que nada en ellos. Empiezo a gemir y a sacudir las caderas

hacia delante y hacia atrás sin poder controlarme. Dos dedos penetran hasta lo más hondo de mí. Apoyo la cabeza en la mampara, perdida en un mundo repleto de placer que no quiero abandonar.

—Nunca me olvidé de tu sabor —susurra Adrián con los labios en mi clítoris. El movimiento y su respiración me causan un placer increíble —. Pero, incluso así, ahora es

todavía mejor. Cada vez que te lamo te descubro.

Gimo. Sus palabras a punto están de llevarme al éxtasis. Me coge de las nalgas y me empuja contra su boca. Su lengua azota mi clítoris. Arriba, abajo. A un lado y a otro. Sin pausa. Lento. Rápido. Intenso. Tres dedos en mi interior. Y otro más. Mis paredes se dilatan con cada uno de sus lametones y besos. Lo cojo del pelo y tiro de él con el grito

enganchado en la garganta. Boqueo. Me falta el oxígeno. Jamás, ningún hombre, me había

follado así con su lengua.

—Sigue… —susurro entre temblores—. Más. Por favor, más…

Y siento que también está haciéndome el amor. Su lengua en mi clítoris en una clara demostración. Y cuando el pulgar presiona justo en el centro de todas mis terminaciones

nerviosas me corro en un estallido. Sin previo aviso, llega. Revolotea en mi vientre, inundándome, ahogándome el grito en la garganta hasta que por fin puedo soltarlo y exclamo un «Adrián» que reverbera en las paredes de la ducha.

No me da tiempo a recuperarme porque ya se ha incorporado y me ha empotrado de nuevo en su cuerpo. Me besa, explorando mi boca con su lengua impregnada de mis flujos. Me siento húmeda, desmadejada, vibrante. Con una bola de calor todavía

condensada en mis entrañas.

De súbito me da la vuelta y acabo con la mejilla pegada al cristal. Un gemido escapa de

mi garganta. Su punta roza mi clítoris. Echo el trasero hacia atrás y hacia arriba para ayudarlo, y enseguida me penetra. Se desliza en mi interior con una facilidad inaudita. Su sexo está hecho para acoplarse a la perfección al mío. Una embestida fuerte, que me sacude entera. El

mundo desaparece. Únicamente él, yo y sus sacudidas poderosas y salvajes, tal como sabe que me gusta. Ya no soltamos la rabia ni el rencor con el sexo. Tan solo somos dos cuerpos que hablan de amor entre caricias y jadeos.

—Siempre lo supe… —gruñe en mi oído. Su sexo bombeando en mi interior,

trasladándome a un plano en el que soy una persona libre, un ser con su propia luz—.

Desde la primera vez que me hundí en ti, a mis dieciocho años, supe que esto era lo que

deseaba en mi vida. Eternamente. Hasta que no tenga fuerzas y, entonces, aun así, seguiría. Nunca querré parar.

Me suelta la cadera derecha y me acaricia el muslo hasta llegar a mi clítoris. Lo roza con suavidad y gruñe de satisfacción al encontrarlo hinchado. Apoyo la cabeza en la mampara y suelto un grito tras otro ante sus empujones. Sus dedos se pierden entre mi humedad, moviéndolos en círculos. Me moriré de placer si continúa así. Me siento tan sensible, capaz de deshacerme una y otra vez hasta que me convirtiera en polvo y volara.

—Te quiero —exhala en mi cuello.

Su vientre choca contra mi trasero provocando un sonido delicioso que me excita todavía más si cabe.

—¡Más fuerte! —exclamo, consciente de que voy a correrme otra vez.

Adrián duplica la velocidad de sus embestidas. Su pene palpita en mi interior, avisándome de que a él tampoco le falta mucho.

—¡Ah! —jadea con su nariz en mi nuca. Me besa—. Qué puta locura, Blanca. Eres la

locura más cuerda de mi vida.

Me aferro a la mampara y, justo en ese instante, me desboco. Mi estómago se encoge

una y otra vez con las oleadas de placer. Adrián gime en mi espalda y se derrama en mí

con una fuerza increíble. Me sumerjo en un universo repleto de

estrellas. Floto, vuelo, trasciendo. Me envuelve con sus brazos mientras me besa una y otra vez en la nuca, y sonrío satisfecha, rendida. Sintiéndome protegida por él. Hacer el amor con Adrián es como volver a nacer, a descubrir el mundo, a conocerme a mí misma. A la Blanca real y

no a aquella impostora.

Me da la vuelta y abre el grifo sin dejar de abrazarme. Nos pasamos un buen rato bajo el

agua; yo con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando los acelerados latidos de su corazón que me hacen consciente de la vida que corre por sus venas.

—Te quiero tanto…

—Y yo a ti —susurro.

—Cuando estoy contigo, Blanca, me siento poderoso. Me siento capaz de conseguir cualquier cosa, de perseguir todos mis sueños y de dejar atrás lo malo. —Me acaricia el

pelo, con la barbilla en mi coronilla—. Eres mi antídoto.

Cierro los ojos y le clavo las uñas con suavidad en la espalda.

Había olvidado la visita que he hecho a Nati esta tarde. Me pongo nerviosa al pensar en lo que pretendo llevar a cabo. No deseo que sufra más. ¿Y si mi idea no es la adecuada?

—Incluso creo que con tu presencia podría perdonar a mi padre. Teniéndote a mi lado

todo me parece posible, más sencillo. Antes, alguna que otra vez, me descubría a mí mismo plantado en el pasillo, a punto de pedirle a mi madre la dirección de él para ir a verlo. Pero no existía nada ni nadie que me dieran el empujón.

Abro los ojos de golpe. ¿Y si sus palabras son una señal? ¿Y si de verdad está preparado

para ello? Levanto el rostro y lo miro. Leo un inconmensurable amor en ellos. Hacia mí.

Me convenzo de que todo irá bien.

Los días pasan sin que pueda tomar una decisión. En breve el mes de agosto acabará y

regresaremos a la ciudad, donde será mucho más difícil crear un ambiente propicio para un encuentro. En el pasado habría hecho las cosas a lo loco, sin pensar en las consecuencias, solo en el hecho de ayudar. Sin embargo, ahora mis ojos lo ven todo desde

otra perspectiva, una que creo más madura y salpicada de amor hacia otra persona. El egoísmo quedó atrás, también aquellos días en que pensaba que mis ideas y acciones eran

siempre las correctas.

Tropezar y caerse muchas veces no parece de personas muy listas, y al final, después de

todo, puede que yo no lo sea en las relaciones interpersonales, pero me doy cuenta de que

me han servido para aprender a meditar antes de actuar y ponerme en el lugar del otro.

¿Y qué ocurre cuando pienso como si fuera Adrián? Que, por una parte, no querría ver a

mi padre por pura rabia y rencor, y que de verdad ese hombre no se merece ninguna oportunidad. Pero, por otra, creo que es el miedo el que hablaría por mí y opacaría la curiosidad y las ganas de saber si ese hombre me ha querido alguna vez.

—Te veo ausente —me dice alguna vez que otra Adrián—. ¿Qué pasa por esa cabecita

tuya?

Una mañana no me aguanto más y le contesto.

—¿De verdad perdonarías a tu padre por mí?

Se queda paralizado, con una lata de refresco a medio camino hacia la

boca. Atisbo el

movimiento nervioso de su nuez en la garganta y la tensión de los huesos de su mandíbula.

Ay, Blanca, ¿por qué te empeñas en ser la Madre Teresa de Calcuta? Ya te lo dijo Bego en

una ocasión, que dejaras de intentar salvar al resto del mundo y te ocuparas de ti misma.

—¿Por qué necesitas que lo perdone?

—No es necesidad. Y no es por mí, es por ti —digo a la defensiva.

—¿En serio? —me suelta, molesto—. Yo creo que lo que te preocupa es que eso afecte

a nuestra relación.

—No es cierto —me quejo—. Y no es así, ¿a que no?

—¿Entonces…?

—Simplemente me preocupo por ti. La figura paterna es realmente importante y…

—Ahórrate esos discursos para tus clientes y juicios —me espeta entre dientes.

Desvío la mirada, consciente de que la suya es demasiado intensa. Lo oigo chascar la lengua, levantarse de su silla, donde trabajaba en una nueva composición musical, y acercarse a mí. Enrolla un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—Perdona. No quería decir eso. Me pongo a la defensiva cuando alguien habla de mi

padre.

—Tan solo me gustaría saber si puedes ser feliz sin haber escuchado sus disculpas.

—Es que no las necesito, Blanca. Ya te lo dije.

—¿Estás seguro? ¿Lo notas dentro de ti? —Alzo el rostro y lo miro con los ojos entornados.

—Mira, no lo sé, ¿vale? Siempre ha habido días en los que me he despertado odiándolo

y otros, en cambio, en los que lo habría buscado aunque hubiera sido solo para gritarle o

darle una paliza por cabrón. Y algunos, los menos, en que deseaba que me abrazara. Esos

únicamente cuando me sentía débil y estúpido.

—¿Por qué? No es de débil ni de tonto querer a un padre, por mucho daño que te haya

hecho.

—¿Tú querrías encontrarte con el tuyo si te hubiera abandonado? —me pregunta con la

mirada perdida en un punto muy lejano.

—Sí.

—¿Para qué?

—Para saber que ya soy fuerte y que no me dolería más.

Adrián me observa serio, con una ceja arqueada, y luego asiente. Un halo de esperanza

aparece en mi pecho.

—Hablas como mi madre. —Sonríe—. Ella se muere de ganas de que contacte con mi

padre, de que simplemente me pare frente a él, cara a cara, lo mire durante un rato y me

quede en paz conmigo mismo.

—Nati es una mujer muy sabia.

—Y las dos sois un poquitín pesadas —dice en broma. Se inclina y me da un besito en

el cuello. Ambos callamos unos segundos—. Quizá… algún día. Es posible que tampoco

fuera algo tan malo.

—¿Y si yo diera el paso por ti? —le pregunto en un arranque.

—¿Qué quieres decir?

—Por ti mismo no vas a llamarlo, pero yo…

—Blanca…

—¿Qué?

—No.

—Yo estaría a tu lado —le recuerdo.

Adrián suspira. Se incorpora y sacude la cabeza.

—Eres una testaruda.

—Pero ¿significa que es un posible sí?

Se echa a reír. Un sonido que me inspira tranquilidad, alegría, ánimos. No añade más,

pero mi cabeza no deja de funcionar en todo el día. Y por la noche sueño con un encuentro, uno en el que estamos los tres y todo va a las mil maravillas. Adrián perdona a su padre y, por fin, vence a la oscuridad.

Y dos días después, aunque sé que Emma se encuentra de vacaciones y que yo misma

me alejé de su consulta, decido llamarla. Cuento con su número personal. Quizá le moleste, pero me apoyaré en que realmente es una emergencia. Así que, mientras Adrián

hace una visita a su madre, yo me encierro en mi dormitorio, marco las teclas y espero con los nervios pegados al estómago.

—¿Blanca? —Como imaginaba, no suena muy contenta.

—Hola, Emma —la saludo, tratando de aparentar tranquilidad. Por teléfono debería ser

más fácil, pero no lo es.

—¿Ocurre algo? La consulta está cerrada. Este número es solo para urgencias —me recuerda con tono seco.

—Sí, pero se trata de una. Y te pagaré. En septiembre iré a tu consulta y te daré lo que

sea.

—Eso suena muy feo. ¿Te das cuenta? No es una cuestión de dinero.

—Lo siento.

Emma suspira al otro lado de la línea. Me llega al oído una risa cantarina, de niño. Me

choca, porque no sabía que tuviera hijos. Tampoco es que ella debiera contarme nada de

su vida. Era mi psicóloga y yo su paciente, claro está.

—¿Qué ocurre? ¿Va mal con Fer?

Vaya, casi lo había olvidado. Emma todavía cree que mantengo una relación con él.

Carraspeo para que no se me note en la voz que estoy mintiendo.

—No, qué va.

—Entonces ¿qué? ¿Algún problema con tus padres? ¿Con aquellas chicas? —Ni

siquiera menciona a Adrián, como si no existiera, y me resulta perfecto para continuar omitiendo la verdad.

—Para nada. Es más, estoy pasando este mes en el pueblo, y todo es genial.

—¿En serio? Fantástico. —No parece ilusionada, ni siquiera satisfecha.

Un silencio al otro lado de la línea. Como siempre, espera a que sea yo quien le cuente

mis problemas.

—Verás, es que… —Me muerdo el carrillo derecho mientras pienso cómo explicarle la

situación—. Tengo una amiga… —Me imagino a Bego para que me resulte más sencillo

—. Su padre se marchó hace muchísimo tiempo y…

—Ajá.

—Ella decía que lo odiaba, que jamás le perdonará el abandono.

—Sí.

—Hace poco… Bueno, en realidad durante un tiempo él dio señales de vida, deseos de

querer ponerse en contacto… Y lo hizo a través de la madre porque ella no quería verlo.

Pero últimamente ese hombre ha estado más cerca, tratando de solucionar algo que quizá

ya sea imposible, pero que tanto la madre de mi amiga como yo creemos que podría funcionar. Al menos para que ella lo perdone y pueda continuar con su vida en paz.

—¿Piensas que el perdón lo arreglaría? —me pregunta Emma.

—Sí… Es lo que tú me has dicho siempre.

—El perdón es muy importante para seguir adelante sin dolor, sin rencor y sin cometer

errores —coincide—. Las raíces son necesarias. Uno se halla desubicado, sin un lugar en

el mundo, cuando no cuenta con una referencia, ya sea materna o paterna. Eso puede conllevar a no encontrarse en la vida, a no quererse y a no saber qué camino tomar. A no

ser consciente de quién se es.

—¡Exacto! —exclamo, y de inmediato me callo porque me he puesto demasiado

emocionada.

—No obstante, es una situación delicada. Si tu amiga tiene mucha rabia o enfado acumulados, puede resultar difícil un acercamiento.

Estará cerrada.

—¿Y cómo podría abrirse?

—A veces necesitamos un empujón de nuestros seres queridos, de los que nos apoyan y

entienden.

—Si tú tuvieras la oportunidad de lograr que se abriera… ¿lo harías?

—Por supuesto. —Otro silencio y, de repente, me pregunta—: No se trata de una amiga,

¿verdad?

—¿Qué?

—Vamos, Blanca. Hemos pasado un tiempo juntas y me lo has contado todo de ti. Sé

cuándo me mientes hasta por teléfono. —Noto que habla con una sonrisa.

De nuevo me imagino que es capaz de leerme el pensamiento, que tiene poderes

sobrenaturales, que es una bruja y no una simple psicóloga. Me pongo nerviosa y por poco

no se me cae el móvil al suelo.

—Creo que esa… amiga tuya —dice esto con retintín— necesita encontrar un sentido a

su historia. Habrá luchado durante años con cuestiones de control, autoestima, vergüenza e identidad. Y esta última es muy importante a la hora de madurar, de crecer. Estoy segura

de que tu amiga quiere formar parte de algo, aunque asegure todo lo contrario. Las personas que han sido abandonadas se bloquean. Si, tal como dices, tienes la oportunidad

de hacerlo, entonces ayúdala a buscar su identidad.

Emma espera a que responda, pero tan solo puedo morderme el labio inferior, pensativa.

—Eso es lo que opino. Lo que como profesional puedo explicarte. ¿Necesitas contarme

algo más?

—No…

—Si te apetece, en septiembre vuelve a la consulta y me cuentas qué tal va todo.

—Claro.

—¿Y Adrián?

El corazón me da un vuelco. Trago saliva, nerviosa.

—Pues… no sé, bien.

—¿Has vuelto a tener contacto con él?

—Sí…

—¿Por teléfono? ¿En persona?

—Lo he visto un par de días por el pueblo —respondo con el tono más tranquilo posible.

«Ay, Blanca, qué mentirosilla. ¿Qué más da lo que crea Emma o no? ¿Es que acaso tienes miedo del efecto que pueda tener en ti su opinión?»

—Es curioso —murmura.

—¿Qué?

—Según me contaste, su padre murió —dice. ¿Todavía se acuerda? ¿Es que ha repasado

todos mis relatos una y otra vez?—. Y tienes una amiga que también sufre de una ausencia

paternal. Y tú, en cierto modo, tampoco tenías una relación satisfactoria con tus padres.

Me quedo callada, sin saber lo que pretende. ¿Se imagina que es Adrián de quien le he

hablado?

—En ocasiones las personas que sufren esa falta de identidad y de ausencia acaban juntándose. Es increíble, ¿verdad? —Percibo que esboza una sonrisa.

—Sí…

—Bueno, Blanca, espero que tu amiga y tú os ayudéis mutuamente. Nos vemos en

septiembre, si quieres.

—Que pases unas buenas vacaciones —le deseo con un hilo de voz.

—Y tú.

Y al día siguiente, mientras Adrián trabaja en sus composiciones, me excuso anunciándole

que salgo a correr y me dirijo a casa de Nati. Nada más verme la mujer descubre mis intenciones y se le ilumina el rostro.

—Déjame que te cuente algo. —Me toma del brazo y me sienta en el sofá—. Ayer Adrián estuvo preguntándome por su padre.

—¿En serio? —La emoción no me cabe en el pecho.

—Quería saber cómo le iba, si lo veía estable, si creía que había cambiado… Incluso me preguntó si continuaba en el pueblo. —Nati dibuja una sonrisa de oreja a oreja.

—Voy a llamarlo, pero necesito que tú estés presente. Me daría más fuerzas.

—Claro que sí, cariño.

—¿Crees que Adrián se enfadará?

—Aunque lo hiciera, te perdonaría mil y una veces. Y cuando descubra que es bueno para él se le pasará enseguida. Sabes cómo es… Cabezota al cien por cien. Orgulloso.

Cerrado en cuanto a sus sentimientos. Pero esto será un paso enorme para mi hijo si al final lo convences.

Llamo a Pedro ante la atenta mirada de Nati, quien no deja de sonreír. El hombre al principio se muestra receloso, serio, dubitativo. Quiero conocerlo un poco más, comprobar

que esto será bueno para Adrián. Poco a poco voy explicándole todo. Le digo que tanto Nati como yo deseamos que ambos se encuentren. Él acaba charlando conmigo en tono amable, con un deje de alegría.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Lo que sí me gustaría es estar presente yo también. Puede que a Adrián le resulte más

fácil. Bueno, luego me iría para que usted y él hablaran de sus cosas.

—No hay ningún problema. Solo con poder decirle «Hola» ya sería mucho para mí.

Que me mire, que me escuche…

—No le aseguro tanto.

—¿Y cuándo sería?

—¿Cuándo le viene bien a usted?

—No me importa. Cuanto antes, mejor. Estoy impaciente. En la verbena quise hablar con él porque… —Calla unos segundos y carraspea—. Estoy enfermo.

Los ojos se me desvían hacia Nati, quien arruga las cejas sin entender mi mirada.

—¿Enfermo…? Pero… ¿enfermo cómo? —titubeo cuando no me contesta.

Trago saliva. Dios mío… ¿Tiene sida como consecuencia de su mala vida? ¿Cáncer, tal

vez? Más que nunca siento que Adrián debe verse con él. Cojo aire para seguir hablando.

—Primero debo charlar con Adrián, intentar convencerlo… Trataré de que sea pronto.

—Sí, sí, lo entiendo. Llámame con lo que sea.

Tras colgar, Nati me abraza una y otra vez y hasta se le escapan un par de lágrimas.

—Blanca, sé que sus progresos son por ti. Adrián se siente más fuerte y seguro contigo

a su lado. Va a lograrlo, lo sé. Y nuestro dolor se marchará al fin.

—¿Sabías que está enfermo?

Asiente, con los ojos todavía húmedos. Suspira.

—No le quiero ya, después de todo. Pero eso no quita que no me sienta triste por él.

Lleva un tiempo luchando contra el cáncer, y eso no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Ahora está mejor.

Me paso el resto del día nerviosa. Ni siquiera la carrera que me he dado para quitarme

el estrés ha servido. Adrián me hace el amor por la noche y siento que lo quiero tanto que el pecho va a explotarme. Ahora su felicidad es mi prioridad.

Al día siguiente preparo una buena comida. Mi madre siempre me decía que a los hombres se los gana a través del estómago. No quiero chantajear a Adrián, por supuesto,

pero si una mesa bien surtida me ayuda…

—¿A qué se debe esto? Con lo poco que te gusta cocinar —bromea cuando sale del estudio tras haber trabajado toda la mañana.

—Pues nada… a que estamos juntos, felices, y nos queremos mucho…

Le sirvo un poco de lasaña en su plato y reparo en que la mano derecha me tiembla.

Trato de disimular, pero Adrián ya se ha dado cuenta. Sin embargo, no menciona nada

sobre ello durante la comida. Charlamos sobre sus nuevas composiciones y lo noto raro,

como si él también estuviera ocultándome algo.

—¿Tendrás que viajar de nuevo?

—Quizá. Todavía no lo sabemos. —Lo veo titubear.

Asiento y me como el último bocado. Brindamos con nuestras copas de vino y después

saco el postre: una tarta de queso y arándanos que me ha salido bastante bien. Adrián esboza un gesto de placer al probarla y me mira con una sonrisa.

—Tú quieres chantajearme.

—¿Qué dices? No… —Sacudo la mano.

—Dime qué pasa. —Y ahora se ha puesto serio.

Trago saliva. Tomo la servilleta entre mis manos y empiezo a juguetear con ella de manera nerviosa. Adrián insiste con la mirada.

—Verás… He hablado con alguien.

—¿Hablado? —Arquea una ceja—. ¿Con quién?

Me preparo para soltarle la bomba. Rezo en silencio para que se lo tome a bien.

—Con tu padre.

Se queda quieto, observándome con los ojos muy abiertos, y luego suelta una carcajada

que aumenta mi inquietud.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No.

Y lo siguiente sucede a toda velocidad. Se levanta de golpe, provocando un choque en

la mesa, con lo que su copa de vino cae y su contenido se derrama por el mantel. Me mantengo en mi sitio, rasgando la servilleta con la cabeza gacha. Joder, joder. ¿Por qué no me atrevo a mirarlo?

—Dime que es una puñetera broma, Blanca.

—No lo es —murmuro.

—¡Esto es increíble! —exclama. Alzo el rostro y lo veo frotándose la frente, negando

una y otra vez—. ¿Por qué coño has hecho eso? Ha sido idea de mi madre, ¿a que sí? Ella

te ha dado su número.

—No —me apresuro a contestar. Nati y yo quedamos en que no la metería en esto—.

No ha tenido nada que ver. He sido yo. Me encontré con tu padre por la calle y… lo paré.

No pude evitarlo. Lo siento. Charlamos un poco… Se le veía mal, triste.

—¡¿En serio?! —atruena Adrián. Me encojo en la silla—. ¿Estás loca o qué, Blanca?

—Solo he hablado con él, nada más. Parecía estar arrepentido, te lo aseguro.

—¡¿Qué cojones sabes tú de nada?! ¡¿Y crees que no tengo claro por qué has hablado

con él a escondidas?! ¿Te parece justo? ¿No eres tú la que defiende las causas ajenas?

¡Pues esta vez te has lucido, tía! ¿Quieres salvarme? ¡Menuda forma más rastrera!

Lo veo salir del salón y perderse en el pasillo. Un portazo que me hace dar un salto. La

he cagado, ¿no? Al final no debería haberme metido en esto. Una metomentodo, sí, esa soy yo. De nuevo he cometido un error. Y, aunque ahora dudo si he hecho bien, una parte

de mí me asegura que sí. No he dado ningún paso más sin comentárselo antes a Adrián porque no sería lo correcto.

Espero a que pasen unos minutos que se me antojan eternos y

entonces me levanto y me

dirijo al dormitorio. Llamo a la puerta con los nudillos, pero Adrián no contesta. Tomo aire y abro con cuidado y, al asomarme, lo encuentro frente a la ventana, mordiéndose las

uñas.

—A veces no puedo entenderte, Blanca —musita al reparar en mi presencia.

—Creo que sería una buena oportunidad para ti si accedieras a… — Me acerco y poso

una mano en su hombro, pero me la rechaza. Una sensación de temor me araña el estómago.

—No, no lo es. Es una estupidez. Mi madre… Porque por mucho que digas que no, sé

que ha tenido algo que ver… Mi madre y tú os habéis empeñado en actuar como justicieras, y estas cosas no funcionan así —dice de manera atropellada dándome la espalda.

—Si no pensara que puedo ayudarte me daría igual todo esto, Adrián. No pasa nada por

llamarlo, hablar un poco con él… Y quizá, después, intentar quedar…

—Basta. —Y, aunque lo dice en un murmullo, su tono es suficientemente cortante para

hacerme callar.

Me aparto de su lado y me acerco a la cama. Me siento en el borde, inclinada hacia delante, con la sensación de que la he fastidiado. Está claro que no soy capaz de hacer funcionar una relación, que en mí hay algo podrido, algo malo que lo destruye todo. Estoy

a punto de echarme a llorar cuando Adrián se coloca ante mí. Alzo la cabeza y me topo

con su mirada triste. Un sollozo escapa de mi garganta. Me cubro la boca con las manos en un intento de controlar el llanto.

—Sé que lo has hecho con buena intención. —Se acuclilla y apoya sus manos en mis

rodillas—. Pero ¿por qué no me has preguntado antes?

—No lo sé, no lo sé —niego con la voz estrangulada.

Adrián suelta un bufido. Un tremendo malestar me asola el estómago.

—No tienes por qué hacer nada. Ya le dije que debía hablar contigo primero.

—Ay, Blanca, tú y tu manía de hacer las cosas sin consultar…

—Estás enfadado.

—Bastante.

—Entonces ya está. Olvídalo todo tú también.

—Es que no se trata de eso… —Se revuelve el cabello, nervioso—. No sé lo que es. Es

el hecho de que mi madre y tú estéis tan seguras de lo que me ayudará o no. Es lo que más

me jode.

—He estado pensándolo mucho, Adrián. De verdad. —Lo miro a los ojos, tratando de

que me crea. Suspira. Se incorpora y se pasea por el dormitorio. Y el temor viene de nuevo para carcomerme—. Imagina que le pasara algo. Que se fuera de este mundo sin que hubierais solucionado las cosas. Sería mucho peor para ti, ¿no? —Dudo si decirle que está

enfermo, y al final decido confesárselo—. Tu padre está… Tiene cáncer.

Abre mucho los ojos. Un ligero temblor asoma a sus labios. Una sombra cruza su rostro.

—No sé cómo me sentiría al estar frente a él, ¿entiendes? —dice, más para él que para

mí—. No sé si sería capaz de dirigirle la palabra, de hablarle. Me da miedo encontrar algo de mí en sus rasgos, en su manera de actuar. De descubrir que jamás me quiso ni lo hará

nunca.

—Ese es otro de los motivos por los que un encuentro podría ser bueno —murmuro esperanzada—. Para darte cuenta de que tú eres tú. Único, especial. De que eres bueno, de

que no tienes por qué comportarte como él.

Suelta un par de palabrotas y sale de la habitación, dejándome sola. Acabo tumbada, con las manos cruzadas sobre el estómago y con la sensación de ser una auténtica gilipollas. La tarde se pasa en silencio. Horas lentas, agonizantes. Yo dando vueltas.

Adrián por alguna parte de la casa tocando la guitarra y cantando, como siempre hace cuando tiene dudas, cuando se siente mal o está triste.

Al empezar a anochecer noto su peso en la cama. Me he amodorrado y me doy la vuelta

hacia él con los ojos medio cerrados. Me acaricia la mejilla con suavidad.

—Lo pensaré, ¿vale? Lo pensaré. Porque quizá mi madre y tú tengáis razón y sea hora

de enfrentarse a aquello que me dio tanto miedo. Y si ese algo es mi padre, entonces debo

hacerle frente de una vez.

Me mantengo callada, con los ojos húmedos y el corazón palpitándome en cada una de

las partes de mi cuerpo.

—Y estaría bien decirle todo lo que me guardé. Lo malo y lo bueno. Explicarle cómo

me sentí, cómo me rompió su marcha. Él debería saberlo, ¿no? Si se supone que desea retomar el contacto conmigo es porque le importo en cierto modo y, por tanto, también mi

opinión, mis sentimientos. Y, además, si está enfermo… Yo…

—Adrián… No tienes por qué hacerlo si no te sientes con ánimos —insisto.

—Lo pensaré —repite, ausente—. Sí, es hora de pensar.

Adrián pasó un par de días taciturno. Entre silencios. Y a la tercera mañana me anunció

que lo haría, que hablaría con su padre, pero que lo llamara yo porque él no sabía cómo

empezar. Y luego le pasé el teléfono, se dijeron un hola, quedaron a una hora en una heladería y ya está. Imagino que resulta muy difícil mantener una conversación con alguien que es casi un desconocido y, encima, te provocó tanto dolor.

Anoche ninguno de los dos durmió mucho, pero tampoco hablamos. Y esta mañana él

no estaba en la cama cuando me he despertado. Quizá haya salido a correr, o a discutir con Nati… o qué sé yo. Hasta me he asustado pensando que podría haber huido para no encontrarse con su pasado. He mirado en la puerta de la nevera si había dejado una nota,

pero nada, y he venido al pueblo de al lado (acordamos un lugar neutral) con la esperanza

de que estuviera aquí.

Miro el móvil para ver si me ha enviado un mensaje. Echo un vistazo a la hora. Hace

diez minutos que Pedro debería haber llegado. ¿Y si no se presenta? ¿Y si Adrián al final

viene y se encuentra con que su padre no ha acudido a la cita? Ese sería un nuevo golpe

para él. Uno muy fuerte y doloroso. Y yo me sentiría la peor persona del mundo por haber

provocado todo esto.

Pido al camarero otro granizado. Ya llevo dos en quince minutos, pero no he

desayunado por los nervios y esto es lo único que me entra. El estómago se me retuerce a

cada segundo que pasa. Al final decido telefonear a Adrián y no me lo coge.

Pasados veinte minutos estoy dispuesta a marcharme cuando diviso fuera de la

heladería una figura familiar. En un principio pienso que es Adrián y me asusto, pero luego, cuando el hombre entra, descubro que es su padre. Me levanto como si la silla

quemara y lo espero de pie, retorciéndome las manos. Confirmo que se asemeja muchísimo a Adrián. La manera de andar, sus rasgos, el color de los ojos.

—Blanca —me saluda con una sonrisa ladeada.

—Esa soy yo —digo poniendo mi tono más jovial y adelanto una mano.

Sin embargo, él me da dos besos y tan solo acierto a sonreír. Aprecio un olor que no me

agrada: alcohol. Pedro ha estado tomando cerveza. Me digo que no pasa nada, aunque tan

solo sean las once de la mañana.

—¿Y Adrián? —me pregunta tras unos minutos de silencio.

—Pues…

—No ha querido venir, ¿verdad? —Percibo tristeza en su voz y mi nerviosismo

aumenta.

—No, no es eso…

—No pasa nada, era una posibilidad.

Nos estudiamos durante unos segundos. Pedro no va muy bien vestido. La camisa

medio salida del pantalón. Una mancha en el costado. El cabello

desordenado. Los ojos rojos y la mirada perdida, señal de que lo más probable es que no se haya tomado tan solo

dos cervezas. Y eso me preocupa. No sé qué tipo de cáncer tiene, pero desde luego el alcohol no será nada bueno para él. Nati me aseguró que ya no bebía, que había dejado atrás los malos hábitos. Y era una de las cosas que yo quería demostrar a Adrián.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre ti mientras esperamos? —Esboza una sonrisa

amable.

—Pues no sé qué decirle.

Me río como una tonta. No me siento cómoda del todo, y menos cuando el camarero se

acerca y Pedro le pide un doble y un chupito de cazalla.

Al darse cuenta de que lo miro con atención dice:

—Estoy un poco nervioso. No es que beba cada día…

—Espero que no —respondo seca.

Frunce el ceño, como si le hubiera molestado.

—Imagino que mi hijo y tú estáis saliendo.

—Así es.

—No es nada tonto, el chaval. Eres muy bonita. —Y no me agrada su tono ni su mirada.

—Gracias.

—Y dime… ¿cómo está él?

Da un trago enorme a la cerveza que acaba de servirle el camarero y acto seguido se toma el chupito. Lo observo con un peso en el estómago.

—Bien —murmuro.

—A diferencia de su madre, no ha querido saber nada de mí.

—Supongo que fue más complicado para él. Al fin y al cabo, solo era un crío cuando

usted se marchó.

No pretendo que suene a reproche, pero me doy cuenta de que así ha sido. Pedro se queda callado, observándome con una mirada enrojecida. Por unos instantes empiezo a entender a Adrián, y siento ganas de levantarme y largarme. Hay algo en este hombre que

me hace sentir incómoda.

—Sé que hice mal. No necesito que nadie me lo diga. Y ya pagué por mis errores. Dios

me ha castigado, ¿no?

Se termina la cerveza y, de inmediato, le pide otra al camarero. Esbozo un gesto de estupefacción. Cuando se la traen alargo el brazo y, sin decir nada, la aparto de su alcance.

Pedro suelta una carcajada parecida a la de una hiena.

—Vamos, guapa, que ya no soy un alcohólico. Lo fui antes, ¿sabes? Bueno, seguro que

Nati y Adri te lo habrán contado ya muchas veces. Te habrán explicado muchas cosas malas de mí, ¿a que sí? —Dibuja una sonrisa llena de dientes.

—La verdad es que no.

—Tú no sabes lo difícil que era todo por aquella época. Los padres de Nati me consideraban un paria, no podían ni verme. Aunque los míos a ella tampoco. Y, aun así,

nos queríamos. Pero luego llegó el crío y las cosas se pusieron más y más complicadas.

Sin dinero ni un trabajo decente…

—A mí no tiene que darme explicaciones.

—Mira, solo te digo que ni los buenos son tan buenos ni los malos son tan malos.

—Y yo le ruego que no beba más. Si Adrián viene, ¿no sería mejor

para todos que

comprobara que usted ha cambiado? —Lo miro casi suplicándole.

—Tienes razón.

Alza las manos con una sonrisa. Se echa hacia atrás, frotándose la tripa inexistente. Es

un hombre muy delgado.

—Gracias.

Me disculpo y voy al baño. Saco el móvil y llamo de nuevo a Adrián. Nada, no hay manera. No va a venir y, en cierto modo, hay una parte de mí que se alegra. Y cuando regreso y me encuentro con que Pedro ha ignorado mi petición y se ha tomado la otra cerveza mi paciencia empieza a desmoronarse.

—Mire, creo que es mejor que… —No me da tiempo a terminar porque me coge de la

muñeca y me dedica una sonrisa lobuna a la vez que me señala la silla.

—¿Por qué no te sientas y me cuentas algo de ti?

—No es a mí a quien tiene que conocer, sino a su hijo —le espeto todavía de pie.

—A él ya lo conozco.

—No es cierto. Usted conoció al niño que abandonó. —Mis palabras le hacen abrir mucho los ojos, como si se sintiera ofendido—. Ahora Adrián es un hombre.

A cada momento que pasa voy dándome cuenta de que mi idea ha sido muy mala. «Por

Dios, Nati, ¿es que acaso tú tampoco reparaste en que quizá este tipo sigue siendo el mismo que se comportó mal con vosotros? ¿Y por qué yo me convencí de que habría cambiado? Menuda tonta.»

—Si él no viene, podemos charlar nosotros. Así no pierdes el tiempo.

—Tengo muchas cosas que hacer —mascullo, y me aparto, dispuesta a marcharme.

Pero entonces la campanilla de la puerta suena y, al alzar la vista, descubro a Adrián.

Un retortijón en el estómago me avisa de que no debería haber venido. Pedro se da la vuelta y, al ver a su hijo, levanta una mano a modo de saludo. Adrián titubea. Su mirada se oscurece unos segundos, y creo que se lo pensará mejor y saldrá por donde ha entrado. No

obstante, se acerca a nosotros con paso seguro.

—Hola —saluda serio, pero nervioso. Y no me gusta que se sienta así delante de su padre. Querría que se mostrara fuerte.

—Adrián… —Pedro se levanta y, para sorpresa nuestra, lo abraza. Adrián separa los

brazos, sin tocarlo. Por unos instantes me digo que ni siquiera sabrá cómo estrechar a su padre contra él. Nunca existió algo así en su vida. Se le negaron todas las muestras de afecto que debería haber recibido —. Hijo —murmura Pedro.

Adrián lo mira sin saber qué decir ni cómo actuar. Los tres nos quedamos en silencio.

Luego ambos se observan, se estudian, se buscan el uno en el otro.

—No sabes lo que significa para mí que hayas accedido a este encuentro —dice Pedro,

sonriente.

Ojalá Adrián no haya reparado en su olor a alcohol. Lo malo son las dos jarras de cerveza y el vaso del chupito de la mesa. Ya no puedo ocultarlas. Tomo asiento, despacio,

y mientras ellos se miran coloco delante de mí una de las jarras, como si fuera yo quien se la ha tomado. Me siento una estafadora, rastrera, pero solo quiero proteger a mi novio.

—¿Nos sentamos? —Pedro señala la silla libre y Adrián asiente, todavía en silencio.

Cuando los tres nos hemos acomodado, le pregunta—: ¿Cómo estás?

—Bien —murmura Adrián sin apartar la mirada de su padre.

—Tu madre me contó que te va genial con lo tuyo.

—No me quejo.

Otro silencio incómodo. Más de veinte años separados son demasiados. Y está claro que

los dos tendrán muchas cosas que decirse, pero no saben cómo.

—¿Os dejo solos? —pregunto con una sonrisa nerviosa.

—No, quédate —me pide Adrián sin apartar los ojos de los de Pedro.

—¿Quieres tomar algo?

—No, tranquila.

Pedro desliza su mirada hasta mí y a continuación vuelve a posarla en Adrián. Dios, no

llegué a imaginar que esto pudiera ser tan incómodo.

—Me sorprende que mi hijo esté convirtiéndose en un músico famoso.

—No lo soy.

—No es eso lo que dice tu madre. —Pedro intenta mostrarse alegre, simpático, aunque

a Adrián no parece hacerle mucha gracia—. Estás ganando mucho dinero, ¿no?

La respiración se me corta. ¿A qué viene esa pregunta? Está completamente fuera de lugar. ¿No tendría que interrogarlo acerca de otras cosas como si es feliz o qué tal ha ido

durante todos estos años… o, cuando menos, disculparse con él? Por el rabillo del ojo veo a un Adrián con los nudillos apretados.

—¿Es eso lo más importante para ti?

—No, claro que no. —Pedro alarga un brazo para palmear a su hijo en el hombro, pero

este se aparta—. Todavía me odias.

—No te odio, simplemente me eres indiferente.

—No sé lo que es peor, hijo —dice el hombre con una sonrisilla.

—No me llames así, me resulta extraño.

—¡Vamos, Adri! No te pongas a la defensiva. Estoy aquí para solucionar las cosas.

—¿De verdad piensas que pueden arreglarse? ¿Después de tanto tiempo?

—Desde luego tu vida está bien. Un buen trabajo, una buena novia… —Las palabras le

salen más lentas, como consecuencia de las cervezas y el chupito.

—Todo lo he conseguido yo.

—¡Lo sé, hombre, lo sé! Y bien que me alegro.

—¿Esperas que te ayude? ¿Que te dé dinero? ¿Es por eso que me has preguntado cuánto

ganaba nada más verme?

Observo a uno y a otro. Se retan con la mirada. La garganta se me ha quedado seca y

doy un trago al granizado. El limón me sabe amargo en la boca. Por un instante ardo en

deseos de sacar a Adrián de aquí.

—Tu madre debe de haberte contado muchas milongas para decirme esas cosas. No

estás siendo nada amable, hijo.

—Ya te he dicho que no me llames así.

—Adrián, por favor… —interrumpo, pero me lanza una mirada fulminante y hasta se me corta la voz.

—¡Vaya! Sí que la tienes dominada. —Pedro suelta una carcajada que me retumba en

los oídos.

La cara de Adrián empieza a ponerse roja.

—Dominada era como tú tenías a mi madre —espeta a su padre, quien parpadea y se

pone serio—. Y ella jamás ha dicho ni tan siquiera la mitad de las cosas que tendría que haber soltado de ti.

—Ha venido con ganas de guerra el chico, ¿eh? —me dice a mí mientras señala a Adrián con la mano abierta.

—Quizá sea mejor que nos vayamos —susurro aturdida. Por mi cabeza pasan un sinfín

de pensamientos inconexos.

—¡No, joder! —se queja Pedro, malhumorado—. He esperado mucho tiempo para este

momento. —Se vuelve hacia Adrián—. No quería verte para pedirte dinero.

—¿Estás trabajando?

—Ahora no, pero tengo unos ahorrillos.

—¿De qué? ¿De tus trapicheos?

Me froto la frente. Dios mío… esto va de mal en peor. No imaginé a Adrián tan enfadado. Creí que todo sería como en las películas. Un encuentro difícil, pero, al final de todo, emocionante.

—Ya entiendo. —Pedro se echa hacia atrás y se toca la tripa, como antes. Un gesto que

me provoca disgusto, no sé bien por qué—. Has venido para echarme en cara todos mis

errores. De acuerdo, puedes hacerlo. —Agita una mano—. Me hice a la idea de que sería

así.

—Sigues siendo igual que antes —masculla Adrián.

—¡Eras un mocoso cuando me fui, no puedes saber cómo era!

—¿Crees que no me acuerdo de los gritos que le dabas a mi madre? ¿De los insultos que le dedicabas? Ah, espera, deja que te recuerde

que te marchaste sin decir nada y que

nos dejaste solos. ¡Abandonaste a tu pareja y a tu hijo! —El tono de Adrián sube con cada

palabra y miro de forma disimulada hacia el camarero, quien nos observa con curiosidad.

—Las cosas se pusieron difíciles…

—¿Tanto como para largarte con el rabo entre las piernas? ¡Pues menudo cobarde!

—Tú, en mi situación, habrías hecho lo mismo.

Y Adrián explota. Su rostro se torna casi púrpura y tiene los puños tan apretados que los

nudillos se le blanquean. Abro la boca para decir algo, con tal de poner paz, pero no me

sale nada. Me he quedado sin voz, joder. ¿Dónde está la abogada profesional que siempre es capaz de solucionar los problemas por más graves que sean?

—Nunca. Jamás habría hecho algo así.

—Eso no se sabe hasta que te ves en esa situación.

—¡Deja de decir eso! —exclama Adrián dando una palmada en la mesa—. Pretendes

excusarte de algo terrible.

—Mis intenciones eran buenas. Ver de nuevo a mi hijo, charlar con él, compartir tiempo…

—Es demasiado tarde.

—¡Qué carácter, macho! —Pedro vuelve a reírse. El alcohol ya se le ha subido. Me muero de vergüenza—. Lo has sacado de mí, porque de tu madre me parece que no.

¿Dónde ha quedado el hombre afable con el que hablé por teléfono? Este es uno totalmente distinto. Uno como el que Adrián me había descrito y que traté de defender. Me

siento horrible. Dirijo la mirada hacia él. La nuez le baila en la garganta. Está muy enfadado. Esto le provoca dolor y yo soy la causante.

—¿Sabes? Podría haberte perdonado. Lo habría hecho si al pasar por esa puerta hubiera

descubierto a un hombre amable, que se sintiera culpable…

—Claro que me siento así. Durante todos estos años.

—¡Es una puta trola! —No le deja terminar, y Pedro arruga la nariz—. Estoy seguro de

que ni una sola noche te has sentido culpable.

—Mira, de verdad que quiero solucionar…

—Sigues igual. —Adrián da un golpe a la jarra de cerveza y tengo que sujetarla para que no derrame—. Bebiendo. Quizá drogándote. Acostándote con putas. ¿De verdad estás

enfermo o es otra de tus mentiras para que nos apiademos de ti? —le espeta en tono cruel.

Su padre lo mira rabioso.

—Por favor, vámonos. —Me levanto en un intento por poner fin a esta terrible

situación.

—Estás acusándome de cosas que no son ciertas.

Pedro y Adrián se incorporan al mismo tiempo. Ambos son igual de altos. Tan similares

y, al tiempo, tan distintos. El corazón se me deshace en el pecho.

—He venido únicamente para demostrarme a mí mismo, y a Blanca, que no mereces una segunda oportunidad y tampoco un perdón.

Pedro lo observa con estupefacción, como si no creyera lo que está oyendo. Luego esboza un gesto de asco.

—¿Tanto te molesta que me haya tomado un par de cervezas?

Adrián chasca la lengua y pasa por su lado, dejándolo atrás. Pedro me mira en espera de

que yo haga algo, pero tan solo me encojo de hombros y murmuro un «lo lamento». De

todos modos, no me siento mal por este hombre. Ni por un segundo ha dado muestras de

auténtico arrepentimiento. Se ha comportado como un fanfarrón y ahora va a resultarle mucho más difícil recuperar a su hijo, si es eso realmente lo que pretendía.

—He de ir a pagar —digo a Adrián en medio de la heladería.

—Te espero fuera. No quiero ni verle la cara otra vez.

Se da la vuelta y sale del establecimiento con la cabeza gacha. Un sentimiento de desolación se cierne sobre mí, y luego otro de miedo.

Estoy en la barra cuando noto la presencia de Pedro a mi lado. Pide otra cazalla al camarero y se la toma de un trago. Se tambalea al tiempo que sonríe.

—Siempre tuvo ese carácter tan agrio, incluso de crío.

—Adrián es un hombre muy bueno —murmuro enfadada.

—Claro. Tú también piensas que yo soy el malo. A saber lo que te habrán contado de

mí.

—No me han contado nada.

—¿Puedes pagarme las bebidas? No llevo suelto.

Le dedico una mirada de desagrado. Saco un billete de veinte euros y se lo tiendo al camarero. Pedro no aparta la vista de mi monedero.

—Qué buen partido mi hijo, ¿verdad? —dice con ironía.

—¿Qué insinúa?

—Las mujeres sois así. Os volvéis locas por una cartera abultada. Y si después hay una

buena polla, pues mejor.

Sus palabras son hirientes. He tenido clientes desagradables, y los he aguantado por mi

trabajo, pero no tengo por qué hacerlo con este hombre que ha resultado salir rana. No me

molesto en contestarle que yo tengo un buen empleo y no necesito a ningún hombre que me mantenga. Recojo el cambio y me dispongo a abandonar la heladería. Pedro me sigue

con andares borrachos.

—Creo que debería meditar sobre lo de hoy —le digo antes de salir.

Una vez en la calle no diviso a Adrián por ningún lado. ¿Se ha marchado sin mí?

—Ninguna puta va a decirme lo que tengo que hacer o no.

—¿Perdone?

Parpadeo, confundida. No sé si he entendido bien o mi mente ha creado esas palabras.

Pedro me observa con los ojos entornados y aspecto desgarbado.

—Habéis venido aquí para joderme —continúa mientras avanza un paso hacia mí. Doy

uno hacia atrás—. Tanto Nati como él y tú habéis planeado esto para insultarme.

—Eso no es cierto —me defiendo.

Busco a Adrián con la mirada. Descubro su moto aparcada en la acera de enfrente, un

poco lejos. Pero ¿dónde está él?

—¡Y yo que he acudido con todas mis buenas intenciones…! —exclama enfadado. Se

acerca más, y noto el olor a alcohol que derrocha cada uno de sus poros—. Ya me parecía

extraño. Pensé: «Sí que debe de chupársela bien para que mi hijo acepte un encuentro conmigo».

—No le permito que me hable así. He intentado…

—Así es como se debe hablar a las mujeres como tú.

Me toma del brazo y se me escapa un gritito asustado. Una chica que pasa por nuestro

lado nos mira con sorpresa. Incluso se detiene unos segundos para averiguar qué sucede.

—Suélteme.

—¿Te has equivocado alguna vez? —Su tono cambia a uno débil, suplicante—. Si lo sabes, si conoces esa sensación de ser una mierda, ayúdame. Quiero recuperarlo. Quiero

que me considere su padre.

—No sé cómo ayudarlo. Es usted el que tiene que cambiar —respondo aturdida.

Me mira con esos ojos enrojecidos, tristes, y siento lástima por un momento. ¿Cuál es el

Pedro real? Y, de repente, sus facciones se transforman de nuevo. Arruga la comisura de

los labios y me lanza una mirada de desagrado mezclada con un ápice de lujuria. Sus ojos

se deslizan por mi pecho hasta mis piernas. Tiro de mi brazo para que me suelte. Sus dedos se clavan en mi piel.

—Os creéis perfectos, ¿verdad? Nati en todas esas cartas me transmitía que sentía lástima por mí. ¡Sí! ¡Yo le daba pena! ¿Yo? Ella piensa que es mejor porque pudo con todo…

—Por favor, tengo que irme.

—¡No la toques!

La voz de Adrián retumba en mis oídos. Pedro me suelta y lo veo trastabillar hacia atrás

a causa del empujón recibido. La respiración se me acelera y me descubro gritando al verlos forcejear. Padre e hijo. Y esto no debería estar sucediendo. Es culpa mía. Yo he provocado esta situación horrible al insistir a Adrián. Insultos. Gritos. Un puñetazo aterriza en el rostro de Adrián. Una sacudida lanza a Pedro al suelo, quien se levanta de

inmediato dispuesto a continuar con la pelea. Ambos han perdido la cabeza y no sé cómo

detenerlos. La gente se para a nuestro alrededor y crea un círculo de curiosos.

—¡Basta! —exclamo.

Tiro del brazo de Adrián y se suelta furioso. Me interpongo entre los dos, luchando con

todas mis fuerzas para que se den cuenta de lo que están haciendo. Empujo a Adrián hacia

atrás sollozando. Se revuelve como una fiera. No parece mi Adrián.

—Por favor. Ya, ya…

Al oírme llorar reacciona. Su mirada nublada se posa en mí. Su rostro se crispa en un

gesto de dolor y se me parte el alma en dos. Es la segunda vez que se pelea con alguien

por mí, aunque aquí hay mucho más latiendo bajo la superficie. Años de desolación, de rencor, de humillación. Pero ahora se ha pegado con su padre y parte de la culpa es mía.

—Vámonos, Adrián. Por favor… —le suplico llorosa.

Me doy la vuelta lentamente para descubrir a un Pedro descamisado y furioso. Nos mira

casi con asco, y no puedo más que arrepentirme de haber convencido a Adrián para que

viniera.

—Nunca, jamás, te acerques a ella —escupe a su padre con voz ronca.

La gente murmura a nuestro alrededor. Recuerdos de mi infancia circulan por mi mente.

Por suerte, no estamos en nuestro pueblo.

—¿Crees que quiero acercarme a ella? ¡No es más que una puta! ¡Como todas!

Apenas logro contener a Adrián, quien pretende golpearlo otra vez. Una anciana deja escapar una exclamación y regala un insulto a Pedro.

—No pasa nada. Ya está. Estoy bien. No me importa lo que dice. Vámonos —ruego mientras cubro la cara de Adrián con mis manos.

El labio le sangra y trato de limpiárselo, pero me aparta sin ni siquiera mirarme. Se suelta de mi agarre.

La multitud abre el círculo cuando avanza desbocado. Lanzo una última mirada a Pedro

antes de perseguir a mi novio, quien se sube a su moto y arranca antes de que pueda alcanzarlo. Grito frustrada. Doy un par de vueltas sobre mí misma. Corro hacia el coche y

conduzco hasta casa con el miedo desperezándose en todos los rincones de mi cuerpo.

—Lo siento, lo siento… —repito una y otra vez al tiempo que trato de contactar con Adrián.

Temo que cometa una locura o que, simplemente, debido a la rabia conduzca de manera

imprudente y tenga un accidente. No me lo perdonaría jamás. Le dejo un mensaje en el buzón de voz rogándole que me llame.

El piso se encuentra vacío cuando llego. ¿Adónde habrá ido? Le busco por el pueblo durante todo el día. Ni siquiera como. Telefoneo a Nati, pero tampoco sabe de él. Ambas

lloramos cuando le explico lo ocurrido. Lo espero sentada en el sofá, pensando que nunca

va a volver, que en cualquier momento recibiré un mensaje suyo diciéndome que no me

quiere en su vida porque he sido la culpable de su dolor. Sin embargo, a media tarde la puerta se abre, y me asomo al pasillo muerta de terror. Adrián entra con los ojos hinchados y enrojecidos y aspecto abatido. Se deja caer en mis brazos, y ambos nos deslizamos hasta

el suelo y lo acuno como a un niño y le acaricio el pelo, en un intento por consolarlo.

—Lo siento. Lo siento mucho —le susurro al oído como en una letanía.

Al cabo de un rato consigue recobrarse. Lo acompaño al dormitorio y me tumbo a su lado en silencio, perdida en su dolor.

—Yo no quería esto, Adrián. Perdóname, por favor. —Estrecho con fuerza su cuerpo abandonado, rígido, inmóvil.

—Olvídalo todo —murmura cuando creo que jamás me dirigirá la palabra—. Yo no soy

ese hombre que has visto hoy, Blanca. No quiero. No puedo ser alguien dominado por la

rabia.

—No lo eres… Es culpa mía, solo mía. Fui demasiado insistente… — Cierro los ojos,

rogando para que todo esto tan solo sea un sueño.

Pero no lo es. La cama vacía al día siguiente me lo confirma. Unas sábanas húmedas en

las que Adrián ha estado llorando toda la noche.

39

Si algo he aprendido de esto, aparte de que soy una estúpida, es que no todos los padres

quieren a sus hijos. Que la familia no necesariamente la componen las personas de nuestra

sangre y que existen cosas que no pueden perdonarse. Y eso es algo

que ya debería saber,

pues he conocido casos similares, compañeras de trabajo me han hablado de padres y madres que actuaban de forma horrible… Pero nunca imaginas que te tocará a ti o a alguien cercano, a quien amas con todo tu corazón y, desgraciadamente, has dañado.

Adrián y yo discutimos dos días después. Fuerte, nos dijimos cosas feas y luego ambos

acabamos llorando, conscientes de que por mucho dolor que nos causemos también somos

los únicos que podemos recoger nuestros pedazos y recomponernos.

—Sigues enfadado —dije, tras cuarenta y ocho horas que Adrián se pasó en su mayor

parte encerrado con su guitarra.

Y entonces levantó la cabeza y, para sorpresa mía, me miró con algo similar al odio y

me encogí, me hice muy pequeñita y me detesté también a mí misma.

—¿Y cómo no estarlo, Blanca? Si te repetí hasta la saciedad que ese hombre no se merecía mi perdón.

—Quizá se sentía nervioso. Le dijiste eso feo sobre su enfermedad… ¿Cómo podría mentir alguien sobre algo así?

—¿Oíste sus palabras? ¿Viste cómo actuó? ¿O es que tan solo estaba yo allí? ¡No sé qué

creer de él!

—Ya te pedí disculpas por haber insistido tanto.

—¿Y basta con eso? —Chascó la lengua y sacudió la cabeza, con una sonrisa tan amarga como su tono de voz—. ¿No habría sido mejor dejarlo todo como estaba?

—Solo quería ayudarte. Y al final aceptaste. Podrías haberte negado.

—¿Sabes cuál es tu problema? —Se levantó y me miró desde toda su altura. Serio, oscuro, triste—. Que piensas que puedes arreglarlo todo por arte de magia.

—Eso no es cierto —me quejé.

—Ya te lo dije una vez: en ocasiones eres una egoísta.

Me callé. Me tragué el orgullo y me limité a sostenerle la mirada. Estaba más enfadado

con él mismo que conmigo. De alguna manera tenía que desfogarse. Yo era el único blanco en ese momento, y se lo permití.

—Haces las cosas por ti, para sentirte bien. Te habría gustado que te echaran una mano

cuando te fue mal y, como no fue así, te has convertido en un salvavidas para los demás.

Solo que a veces te sale el tiro por la culata porque no es tan sencillo como decir: «Venga, voy a ayudar a fulanito». No todo tiene solución.

—Es posible.

—Y eres una testaruda. Te encierras en ti misma, en tus creencias. No hablas con nadie

sobre lo que se te ocurre. No intentas ponerte en el lugar del otro.

—Esta vez sí lo hice.

—¡Ah, claro! —exclamó incrédulo—. Imaginaste que para mí sería una maravilla

reencontrarme con el tipo que me abandonó.

Me mordí el labio. Estaba lastimándose a sí mismo y no era capaz de darse cuenta. Pero

¿cómo hacérselo ver? Ahora no habría tenido en consideración mi opinión. Necesitaba lamerse sus heridas, al menos durante un tiempo.

—Todo lo hice porque te quiero.

—Si me quieres, sal de la habitación, por favor. Debo acabar esto. —Señaló unas hojas

y apartó la mirada.

Y salí. Lo hice con la cabeza alta, con el orgullo latiéndome en las

venas, con ganas de

decirle muchas cosas, aunque me las tragué todas. Y el silencio se envenena en la garganta y pudre la sangre. Quizá a él también está ocurriéndole eso mismo porque pasan los días y

cada vez se muestra más meditabundo, menos afable y alegre, siempre con los ojos turbios

y palabras cortantes. Tan solo en el silencio de las noches se calma y me abraza. Y hasta

hacemos el amor. Y me convenzo de que seguimos bien, de que tanto amor no puede romperse.

Nati nos visita de vez en cuando y le pide perdón delante de mí. Adrián calla. Tan solo calla. Y sus silencios me causan temor, intranquilidad, desasosiego. Necesito que me cuente lo que se le pasa por la cabeza. Si de verdad me odia o si llegará un día en que me perdonará.

Mi madre pone el grito en el cielo al enterarse. Casi me dice lo mismo que Adrián. Que

soy una inconsciente, que no es normal que me meta donde no me llaman, que es lógico

que esté enfadado conmigo y que tengo que currármelo mucho (bueno, con otras palabras)

para solucionarlo. Tiene miedo. Como yo. A mí el miedo no me ha abandonado nunca, y

hasta podría acostumbrarme a sentirlo en cualquier otra circunstancia, pero no con Adrián.

Jamás.

Septiembre está a la vuelta de la esquina y, con él, parece que su humor mejora. Le apetece volver a salir a la calle. ¡Y conmigo! Me habla más a menudo. Retomamos la rutina de ver series y películas y reírnos juntos. Las sesiones de sexo son mucho más apasionadas otra vez: reconocemos nuestras carnes y las aceptamos.

—Te quiero —me susurra una noche, pegado a mi espalda, con sus labios en mi cuello

—. Lo sabes, ¿no? Deseo que lo sepas. Me he comportado como un auténtico capullo durante este tiempo y me arrepiento, aun así, no logro evitarlo. Me puede el mal humor.

Quizá mi padre y yo no seamos tan distintos…

—Por favor, no digas eso nunca más —le ruego con un nudo en la garganta.

A pesar de sus palabras, sé que no somos capaces de ser sinceros el uno con el otro. Y

yo debería preguntarle qué sucede de verdad, qué no le gusta de nuestra relación o si directamente somos yo y lo que hice lo que lo ha alejado de mí.

Y, entonces, un día ocurre. A veces llega ese momento que, por alguna razón, has estado

esperando, aunque sea de manera inconsciente. Yo, en cierto modo, lo sabía. El miedo en

mi pecho me avisaba. Jamás me ha fallado.

Adrián se ha levantado muy temprano. Mañana tengo una cita con Begoña y otro socio,

y por eso hoy he querido alargar el descanso, aprovecharme. Últimamente duermo mucho.

Quizá porque es la única forma de obviar la tristeza y la preocupación. Aunque quien duerme con el corazón roto despierta mucho peor.

La cosa es que cuando voy a la cocina para tomar el desayuno encuentro a Adrián sentado con la mirada fija en la puerta, como si me esperara. Me dedica una sonrisa extraña, en la que hay escondidas muchas palabras que no me ha dedicado durante este tiempo.

—Buenos días —lo saludo con un beso en los labios. Y él me abraza con fuerza. Sus uñas se clavan en mi carne y a mí se me acelera el corazón.

—Hola, Blanca.

Ni cariño, ni amor. Solo Blanca. Y mi nombre en su boca siempre me ha gustado. Pero

ya no. Tan solo mi nombre no.

Le lanzo un par de miradas mientras pelo una manzana. Sus dedos tamborilean en la mesa provocándome nerviosismo. Trato de sonreír al decirle:

—Mañana por la mañana estaré con Begoña, pero volveré a mediodía y haremos las maletas para regresar a la ciudad.

Habíamos quedado así. Antes de lo ocurrido con su padre. Y después. Después también

lo hablamos y se había mostrado satisfecho, incluso ansioso.

—De eso quería hablarte.

Dejo de pelar la fruta y lo miro con una bola que quema en la garganta. ¿No suelen ser

esas palabras un anuncio funesto?

—¿De qué?

—No voy a poder ir.

Parpadeo y lo miro con el ceño fruncido. Los labios me tiemblan.

—¿Quieres decir que te quedas aquí un tiempo más?

—Me marcho a Nueva York.

La manzana se me escurre de las manos, rebota en la mesa y cae al suelo. Adrián se levanta para recogerla, la coloca delante de mí y luego toma asiento de nuevo. Sacudo la

cabeza, aturdida.

—No entiendo.

—Existía la posibilidad, pero no era seguro. Nos han contratado para representar el musical allí. —Sonríe, aunque no parece del todo ilusionado—. Es una fantástica oportunidad para mí, Blanca.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Lo sé seguro desde hace tan solo una semana. Y he tenido que tomar una decisión.

—Se supone que esas cosas se hablan con tu pareja, ¿no? —mascullo, un poco molesta

—. ¿Cuántos meses estaréis en Nueva York? ¿Uno? ¿Dos?

—En principio más de seis. Si la cosa se alarga, quizá un año. Estrenaremos este musical, y han pedido otro a la compañía. Yo también participaré en él.

Nos quedamos en silencio. No se sincera conmigo. Va a marcharse a la otra punta del

mundo durante medio año y ni siquiera me ha preguntado si me parece bien. Entiendo que

es su trabajo, que es bueno para él, pero me parece que hay algo más.

—Ahora mismo no puedo ir tanto tiempo contigo. Begoña me necesita y he invertido parte de mis ahorros en el despacho, así que trasladarme allí sería una locura…

—Verás, Blanca… —Carraspea. De nuevo sus dedos tamborilean en la mesa—. He

pensado en todo eso. No estoy pidiéndote que vengas.

La certeza cae sobre mí como una roca sólida, muy dura. Me golpea con fuerza en cada

centímetro de mi cuerpo. El corazón se me acelera tanto que la sangre se me acumula en

los oídos, provocando un pitido insoportable. Adrián estudia todos mis gestos con semblante inquieto.

—Esto significa que no te vas solo por un asunto profesional. —Un murmullo. Casi ni

me oigo a mí misma—. Es eso, ¿no? Se trata de una buena excusa para alejarte de mí.

—No, joder… No. —Se frota el rostro. La nariz se le queda roja—. No quiero que pienses eso. Es solo que… —Me mira muy serio, aprieta los labios antes de hablar—.

Necesitamos darnos un tiempo.

—Un tiempo —repito de forma mecánica.

—Sí.

—¿Para qué? ¿No se supone que pides un tiempo a alguien y es como si lo dejaras?

—No. Es un período para reflexionar.

—¿Y sobre qué tienes que reflexionar? ¿Decidir si me quieres o no? ¿Si tenerme en tu

vida es algo bueno o malo?

Adrián me dedica una mirada triste. Estira una mano para atrapar la mía. Sus dedos me

rozan con suavidad, casi con miedo.

—Me dijiste que me querías —susurro.

—Y te quiero.

—Pero pretendes alejarme de ti. Como antes…

—No soy yo, Blanca. ¿No te has dado cuenta?

—Sí eres tú, solo que un poco más triste. Y sé que es por mi culpa, pero lo arreglaremos.

—Necesito comprender que tú y yo de verdad podemos estar juntos.

—Lo estamos.

—Blanca… Nos hacemos daño. Por un motivo o por otro. Siempre ha sido así, desde

críos. No sé qué hay en nosotros que nos impide avanzar, incluso cuando las cosas nos van

bien algo se tuerce. No encuentro la razón, pero no sabemos cómo expresarnos, cómo entender los sentimientos del otro. Nos hablamos para lo bueno, pero para lo malo preferimos optar por el silencio. Y una pareja aguanta no por eso, sino por lo contrario, porque los dos se confiesan todo. Todo lo que sienten, sea bonito o feo. Tú y yo no sabemos hacer eso, y tenemos que aprender de alguna forma.

Cierro los ojos, aguantándome las ganas de llorar. Cuando los abro la simple imagen de

Adrián frente a mí, tan espectacular con su pelo revuelto, sus tatuajes y sus ojos verdosos, me causa un dolor inaguantable.

—¿Y estando lejos es como aprenderemos? No sé, Adrián, no opino como tú. No todas

las parejas hablan mucho. Vale, será lo correcto, pero no lo hacen. Y aun así lo superan,

Adrián. Intentan arreglarlo juntos, no dándose un tiempo.

—Quiero comprobar que estamos hechos el uno para el otro. Que no estar a tu lado me

dolerá muchísimo más que estarlo.

—¿No se supone que ya te diste cuenta de eso cuando nos separamos la otra vez?

—La otra vez ni siquiera estábamos saliendo juntos. Debíamos ver si funcionábamos como pareja.

—Y ha sido así. Hemos sido felices, ¿no? —Mi voz suena demasiado suplicante, casi

histérica. Y siempre me había prometido que no me arrastraría por un hombre, pero los pálpitos en el pecho son mucho peor.

—Sigo enfadado, ¿sabes? Conmigo, aparte de contigo. Por eso… —Se frota los ojos con un suspiro—. En estos momentos no soy una buena compañía. La lejanía nos hará bien.

—Eso lo has decidido tú solo.

—¿Te has sentido bien conmigo estos días?

Dudo. Si digo que sí, mentiría. Si dijera que no, también. Simplemente ha sido extraño, como tenerlo cerca pero muy lejos al mismo tiempo. Como una réplica del Adrián que yo

conocía. Asiente con la cabeza, como si mi silencio fuera la respuesta que necesitaba.

—Serán solo unos meses.

—Quizá todavía me quieras, pero allí se acabará.

—No digas eso.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Adrián me observa con seriedad. ¿Está triste también? ¿O soy yo la única dolida por esta separación?

—¿Cuándo te marchas? —me atrevo a preguntar.

—En cinco días.

Rompo a llorar. Me levanto de golpe, tirando la silla al suelo. Adrián se sobresalta y, cuando me lanzo a sus brazos, siento todos sus músculos tensos, como si mi contacto lo

incomodara. Me engancho a su camiseta, humedeciéndola con mis lágrimas,

rompiéndome por dentro. Un tiempo… Un tiempo para mí significa siempre. Que ya nada

volverá a ser igual. Que se ha dado cuenta de que le he fallado y no soporta mi presencia

en su vida.

—No llores, por favor. Esto no es un adiós, es un hasta luego. —Su voz se quiebra.

Niego, ahogada en mis propias lágrimas. Busco sus labios y recibe los míos, después de

todo. Nos besamos como antes… Con ganas, con pasión. Pero sabe diferente. Es un sabor

a despedida. A una que se me antoja permanente, por mucho que me diga que no.

—Nos ha sido tan difícil llegar hasta donde estábamos. ¡Apenas hemos estado juntos!

—sollozo muerta de pena—. Hemos luchado contra nosotros mismos. Podíamos…

—Pero ahora no puedo más, Blanca. No soy capaz de darte lo que necesitas en estos momentos.

—Lo único que necesito es que estés a mi lado.

—Por favor… —Suena tan suplicante… Y triste. Ahora sí—. Dame un tiempo. Te lo ruego. —Me coge de la barbilla. Una sonrisa tenue se asoma a su rostro. Quiero besársela

todos los minutos de mi vida—. ¿Recuerdas cuando te fuiste del pueblo? ¿Cómo te sentías? El miedo, el deseo de desaparecer, de ser alguien distinto… Ahora te comprendo.

Alejarme de mí mismo, incluso, es lo que busco. Me atemorizo. Me aterra pensar que quedarme aquí, cerca de la presencia de mi padre, nos afecte mucho más y que entonces

sea irreparable. Siempre he notado una presión en el pecho que no me dejaba respirar, que me impedía vivir. Era la pena, el dolor. Y cuando tú estabas conmigo desaparecía. Era maravilloso que tú lograras eso. Pero… Joder, Blanca… —Sus ojos se llenan de lágrimas

—. Te juro que no es por ti y que sigo queriéndote igual, pero ni siquiera con tu presencia se me marcha ahora esa presión desde que hablé con mi padre. Ha vuelto el Adrián jodido,

el que tenía la cabeza llena de mierdas. Y no deseo que estés a mi lado mientras ocurre.

Esta vez necesito buscarme… solo.

—Podemos lograrlo juntos —insisto.

—Blanca… No me gusta nada el Adrián que estás conociendo. Uno violento, hasta el

punto de pegarse con su padre. Uno taciturno, que en ocasiones te habla mal porque acumula rabia dentro. Uno que a veces ni siquiera tiene ganas de hacerte el amor, a pesar

de que te desea como siempre. Tengo demasiadas cosas en la cabeza, y todas oscuras.

¿Quieres a alguien así a tu lado? Sé que necesito escapar durante un tiempo para entenderme, para descubrir quién soy. Tú conoces esa sensación. Lo sé. Ahora es duro y

triste, pero serás capaz de comprenderme, estoy seguro.

Los sollozos aumentan. Me aferro a él. Entierro la nariz en su cuello y

absorbo su aroma. Pegarlo a mi piel, meterlo muy dentro para que no se me olvide cuando su avión

despegue. No hay marcha atrás. Soy consciente de que no la hay.

—Volveré, te lo prometo. —Está llorando.

—Me parece como si esta hubiera sido nuestra única oportunidad.

Adrián niega con aire abatido. Apoya su barbilla en mi cabeza y nos quedamos así un

buen rato. Yo abrazada a su cuerpo, con los ojos cerrados, con la mente puesta en todos los momentos que hemos vivido. Buenos y malos. Bonitos y feos. Así somos nosotros

también, con nuestras dos partes que nos hacen recular. Luminosos. Oscuros. Incapaces de

encontrar un camino cuando nos perdemos.

Al separarnos lo veo borroso a causa de las lágrimas.

—Vamos… Sonríe.

—No me pidas eso.

—Deseo marcharme con el recuerdo de tu sonrisa.

—Eso es demasiado. Me duele, Adrián.

—Y a mí.

—Entonces ¿por qué lo haces?

Su mirada se enturbia. Por sus ojos pasa una sombra extraña que me arruga el corazón.

—Porque ha vuelto. Ha regresado esa sensación de que en mí reside parte de mi padre.

Y, por eso, no soy como antes contigo. Y te quiero, Blanca. Aunque pienses que no, te quiero con todas mis fuerzas… Pero a veces todo el amor del mundo no es suficiente. Me

da miedo quererte mal.

Esa noche cada uno duerme en un rincón de la cama, lejos uno de otro. Sollozo en silencio, tratando de mostrarme fuerte. Es tan complicado. Es tan difícil anhelar entender sus motivos y no lograrlo… Cuando se marche volveré a sentirme perdida. Mi mente negativa se obsesionará con la idea de que jamás regresará a mí. Me parece que mi cuerpo

se ha convertido en una cáscara vacía, como si lo que está a punto de suceder no perteneciera a la realidad. Como si mi mente se negara a creerlo.

Me duermo muy entrada la madrugada. En mi sueño somos adolescentes de nuevo. Y él

tiene un padre. Y somos felices. Somos novios siempre, desde antes hasta ahora. Y cuando

me despierto por la mañana, muy temprano para ir a mi cita con Begoña, Adrián se ha arrimado a mí y me roza con una mano en los riñones. Pero su tacto se me antoja lejano,

ausente. Lo estoy perdiendo. Quizá ya se me haya ido del todo. Escurrido de entre las manos. ¿Cómo podré recuperarlo si se hallará tan lejos?

Y me duele pensar que, tal como él dice, nos hayamos querido tarde y mal y que, al final, nuestro amor, de tan grande, nos haya vencido.

ADVERTENCIA:

ESTA TRILOGÍA ARROLLADORA Y SENSUAL
PUEDE CREAR ADICCIÓN

EDICIÓN IMPRESA 08/06/2017	EDICIÓN IMPRESA 06/07/2017	EDICIÓN IMPRESA 07/09/2017
FORMATO DIGITAL 11/05/2017	FORMATO DIGITAL 08/06/2017	FORMATO DIGITAL 07/08/2017

TRILOGÍA CORAZÓN

Nunca lo olvidarás

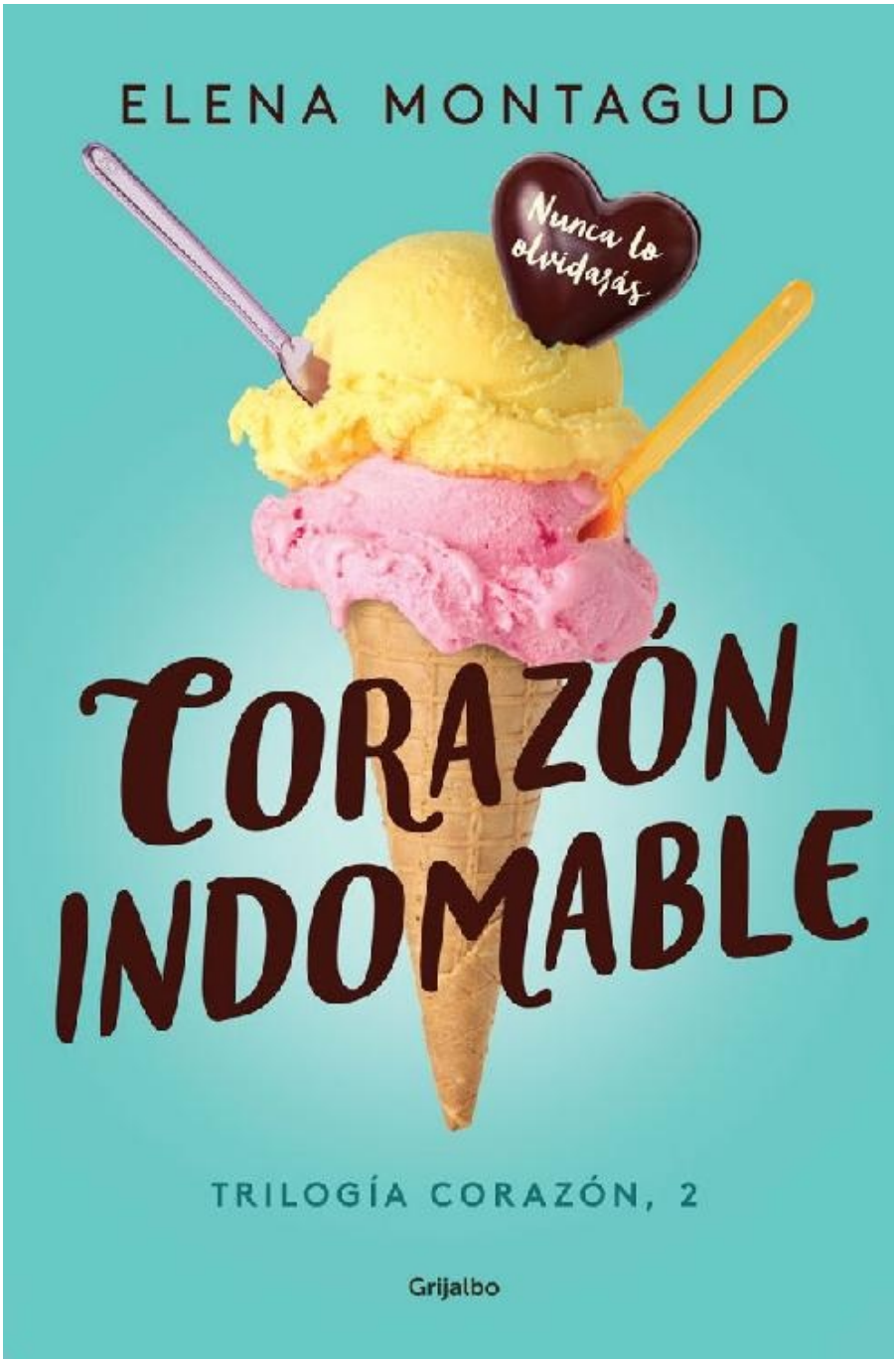
ADVERTENCIA:

ESTA TRILOGÍA ARROLLADORA Y SENSUAL
PUEDE CREAR ADICCIÓN

EDICIÓN IMPRESA 08/06/2017	EDICIÓN IMPRESA 06/07/2017	EDICIÓN IMPRESA 07/09/2017
FORMATO DIGITAL 11/05/2017	FORMATO DIGITAL 08/06/2017	FORMATO DIGITAL 07/08/2017

TRILOGÍA CORAZÓN

Nunca lo olvidarás



Si tu primer amor te destrozó el corazón, ¿crees que merece una segunda oportunidad?

Tras *Corazón elástico*, llega *Corazón indomable*, la segunda novela de la trilogía «Corazón», en la que Elena Montagud

vuelve a sorprendernos con una historia de relaciones

aparentemente imposibles y sensualmente inevitables. A esta

novela le sigue el desenlace *Corazón desnudo*.

Esta historia tierna y pasional puede provocarte los sueños más eróticos.

Después de la ruptura con Adrián, Blanca regresa a su vida anterior. Mucho

trabajo, algún ligue sin importancia, fiesta y descontrol. Ella sabe que eso

no es lo que le conviene ni lo que desea de verdad, aunque cualquier cosa es

mejor que quedarse en casa echando de menos a un hombre al que no es capaz de perdonar.

Pero Adrián no se da por vencido. Quizá las circunstancias no los hayan ayudado, ni en la

adolescencia ni tampoco ahora. Quizá ambos hayan dejado que el sexo devore las palabras… Pero lo que está claro es que la atracción sigue viva como una llama, encendiendo sus cuerpos para luego hacerlos pelear de nuevo, con la misma voracidad con

la que antes hicieron el amor. ¿Hay solución para esta pareja imposible?

Él despierta en ti las emociones más desatadas: pasión, odio, temor, deseo… Ese

chico se está convirtiendo en el dueño de tu placer.

Frágil, sexy, sincero, atrevido…

Nunca lo olvidarás.

Elena Montagud (Valencia, 1986) es filóloga y escritora. Ha cultivado sobre todo los géneros erótico y fantástico, y sus relatos han sido premiados en varios certámenes y publicados en algunas antologías. En el año 2014 Montagud se autopublicó en internet las

novelas *Trazos de placer* y *Palabras de placer*, que cosecharon grandes elogios y se situaron rápidamente en el top de ventas de Amazon. Ese mismo año, una editorial independiente editó su trilogía de romance erótico «Tiéntame».

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2017

© 2017, Elena Montagud

Publicado por acuerdo con MJR Agencia Literaria

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: Sophie Güet y For Food: Xabier Mendiola y Amanda Laporte

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y

permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5536-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Índice

Corazón indomable

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Trilogía corazón

Sobre este libro

Sobre Elena Montagud

Créditos

Document Outline

- Corazón indomable
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39

- Trilogía corazón
- Sobre este libro
- Sobre Elena Montagud
- Créditos